Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

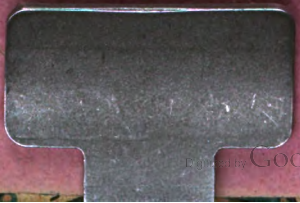
+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`


Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

EL CONDE

DE

MONTE-CRISTO.

TOMO I.

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

J. Puigari d. Amills g.

Uno! _ dijeron los sepultureros, _ dos! tres!

Digitized by Google

R.4149

EL CONDE
DE
MONTE-CRISTO.

novela original
DEL
CÉLEBRE ALEJANDRO DUMAS;
TRADUCCION DE
D. Victor Balaguer.

R.4149

TOMO I.

BARCELONA:
Librería de la Sra. Viuda é Hijos de Mayol, calle de Fernando VII, núm. 29.

1846.

Digitized by Google

R. 447518

Esta traduccion es propiedad
de los editores.

C.

IMPRENTA HISPANA,

calle de la Ribereta, número 66;

Á CARGO DA LA Sra. VIUDA É HIJOS DE MAYOL.

Digitized by Google

EL CONDE
DE
MONTE-CRISTO.

PARTE PRIMERA.

1.º

MARSELLA.—LA LLEGADA.

El 28 febrero de 1815 hizo seña el vijía de Nuestra señora de la Guarda indicando la llegada del *Faraon*, procedente de Smirna, Trieste y Napoles. Un práctico salió inmediatamente del puerto, segun

Digitized by Google

costumbre, atravesó por delante del castillo de If y abordó el buque entre el cabo de Morgion y la isla de Rion. En un instante, como tambien es costumbre, llenóse de curiosos la plataforma del puerto de san Juan, porque en Marsella se da mucha importancia á la llegada de un buque y mucho mas cuando es un buque que como el *Faraon* habia sido construido en los astilleros de la antigüa Phocée y pertenecia á un armador de la ciudad.

El buque iba avanzando entretanto; ya habia felizmente salvado el estrecho que alguna erupcion volcánica ha producido entre las islas de Calasareigne y de Jaros, ya habia doblado á Pomègne y hendia las olas bajo sus tres gavias, su enorme foque y su mesana, pero con tanta lentitud y de una manera tan melancólica, si puede decirse así, que los curiosos reunidos en la esplanada, con ese instinto que presajia siempre alguna desgracia, se hacian preguntas unos á otros acerca del accidente que podia haber tenido lugar á bordo. Sin embargo, los conocedores en el arte de navegar demostraban que si habia sucedido alguna desgracia á bordo, no habia sido precisamente al buque, pues si bien este marchaba lentamente, marchaba no obstante con todas las condiciones de una nave perfectamente gobernada. Su áncora se hallaba á punto de soltarse, los cabos del bauprés enganchados, y junto al práctico que se disponia á dirijir el *Faraon* por la estrecha entrada del puerto de Marsella, estaba un jóven que con animada fisonomía y mirada segura vijilaba cada uno de los movimientos del buque y repetia cada órden del práctico.

Digitized by Google

do que conoce la suya de un modo que no necesita recibir lecciones de nadie.

— Oh! si, — dijo Danglárs echando sobre Dantés una mirada oblicua en la que se descubria un gérmen de reconcetrado odio — ese jóven parece que todo lo sabe. En cuanto murió el capitan se apoderó del mando del buque sin consultar á nadie y en lugar de encaminarse directamente á Marsella, nos hizo perder dia y medio en la isla de Elba.

— En cuanto á tomar el mando del buque, — dijo el armador — no hizo otra cosa que cumplir con su deber: en cuanto á perder dia y medio en la isla de Elba, hizo mal, como no fuese para reparar alguna avería.

— Nada de eso, señor Morrel; el buque estaba en el mejor estado posible y aquella detencion fué motivada por puro capricho; por el deseo de ir á tierra, no lo dudeis.

— Dantés, — dijo el armador volviéndose hácia el jóven, — acercaos.

— Dispensadme, señor Morrel, — contestó Dantés, — vuestro soy dentro un instante.

En seguida dirijiéndose á la tripulacion: «Fondo»! — gritó, — y repentinamente cayo el áncora haciendo rodar con gran estrépito la pesada cadena que la sujetaba. Dantés permaneció en su puesto, á pesar de la presencia del piloto, hasta que la última maniobra se hubo ejecutado: — Arria gallardete hasta mitad de mastelero, — dijo en seguida, — iza el pabellon, cruza las vergas!

— Ya lo veis, — dijo Danglárs, — se cree ya capitan.

Digitized by Google

— Y lo es de hecho, — dijo el armador.

— Si, pero sin vuestro consentimiento y el de vuestro asociado, señor Morrél.

— Qué diablos! y porqne no le hemos de dejar en ese puesto? — dijo el armador — es jóven, ya lo sé, pero me parece muy á propósito para tal encargo y con suficiente esperiencia para ejercerlo.

Una sombría nube oscureció la frente de Danglárs.

— Perdonad, señor Morrél; dijo Dantés aproximándose, ahora que hemos ya fondeado, héme aquí á vuestras órdenes. Paréceme que me llamasteis....

Danglárs dió un paso hácia atrás.

— Queria preguntaros porque os habeis detenido en la isla de Elba.

— Lo ignoro, señor Morrél; fué tan solo para cumplir las últimas órdenes del capitan Leclerc que antes de exalar el postrer suspiro me entregó un pliego para el gran mariscal Bertrand.

— Y le habeis visto, Edmundo?

— A quién?

— Al gran mariscal...?

— Si.

Morrél dió una mirada á su alrededor y retiróse aparte con Dantés.

— Y como está el emperador? — le preguntó con interés.

— Muy bien, segun he podido juzgar por mis propios ojos.

— Pues qué, habeis visto tambien al emperador?

— Si señor; entró en la habitacion del mariscal mientras estaba yo en ella.

Digitized by Google

— Y le hablasteis?

— Entendámonos: el emperador fué quien me habló, dijo Dantés sonriéndose.

— Qué os dijo?

— Hízome mil preguntas sobre el buque, me preguntó la época de su salida de Marsella, el rumbo que habia seguido y el cargamento que traia. Creo muy bien que á ir la nave en lastre y á ser yo su dueño, la intencion del emperador era comprármela, pero le dije que no era mas que un segundo y que el buque pertenecia á la casa Morrél é hijos. « Ah! — dijo entonces, — conozco esa casa. Los Morrél han sido siempre armadores y habia uno de ellos que servia en el mismo regimiento que yo cuando estábamos de guarnicion en Valence! »

— Cierto! cierto! — esclamó el armador loco de alegria; — ese era Policarpo Morrél mi tio, que es en el dia capitan. Dantés, en cuanto digais á mi tio que el emperador se acuerda de él, le vereis llorar como un chiquillo.... Pobre anciano! Vamos, vamos! — continuó el armador dando amistosas palmadas en la espalda del jóven, — habeis hecho muy bien en seguir las instrucciones del capitan Leclerc, haciendo escala en la isla de Elba, á pesar que si se supiese que habiais entregado un pliego al mariscal y hablado con el emperador, podria esto comprometeros gravemente.

— Y porque habia de comprometerme? Fácil me seria asegurar que estaba ignorante de lo que traia y por lo demás, el emperador solo me hizo las preguntas que á otro cualquiera hubiera hecho.... Pero dispensadme... — continuó Dantés — aqui llegan los

Digitized by Google

hotes de la sanidad y de la aduana.... Me permitireis.... ?

— Sí, sí, querido Dantés. Cumplid ante todo con vuestro deber.

El jóven se alejó y á medida que se separaba fué aproximándose Danglars.

— Y bien! — preguntó este, parece que se ha justificado y os ha dado esplicaciones acerca su detencion en Porto-Ferrajo?

— Mucho que si, señor Danglárs.

— Vaya! tanto mejor, porque siempre disgusta ver á un camarada que no cumple con su deber.

— Dantés ha cumplido fiel y lealmente con el suyo y nada hay que reprenderle.... La detencion era una órden del capitan Lederc.

— A propósito del capitan Lederc, no os ha entregado Dantés una carta de su parte?

— A mí?... no; acaso le habia dado alguna carta para mí?

— Creia que además del pliego le habia confiado el capitan una carta.

— De que pliego quereis hablar, Danglárs?

— Del que ha dejado Dantés, en Porto Ferrajo.

— Y como sabeis que Dantés traia un pliego que debia dejar en Porto-Ferrajo?

Danglárs se sonrojó.

— Pasaba casualmente por delante el camarote del capitan, cuya puerta solo estaba entornada y vi como entregaba á Dantés un pliego y una carta.

— Nada me ha hablado de eso todavía. — dijo el armador, — pero si él tiene en su poder la carta, no dejará de entregármela.

Digitized by Google

Danglárs quedó un momento meditabundo.

— Entonces, señor Morrél, — le dijo — os suplico que ni una palabra le digais á Dantés.... Puede que me haya equivocado.

En este instante acercóse de nuevo el jóven y Danglárs se retiró.

— Y bien! querido Dantés, estais ya libre? — preguntó el armador.

— Si señor.

— Vaya! la operacion no ha sido larga.

— Nada de eso. He mostrado á los aduaneros mis papeles, y en cuanto á la sanidad, para que nos dé entrada, he enviado con el practico un hombre de la tripulacion con mi diario.

— Bueno. Entonces ya nada teneis que hacer aquí?

Dantés arrojó una rápida mirada á su alrededor.

— Nada; todo está en el mayor órden.

— Podreis, pues, veniros á comer con nosotros.... hé?

— Dispensadme, señor Morrél, dispensadme, os lo suplico, porque en rigor mi primera visita la debo á mi padre. Sin embargo, no por esto estoy menos reconocido al honor que me haceis.

— Es muy justo, Dantés, es muy justo: ya sé que sois un buen hijo.

— Y... — preguntó Dantés con cierta ajitacion, — sabeis como está mi padre?

— Creo que lo pasa bien, querido Edmundo, á pesar que yo no le he visto.

— Sí, se mantendrá encerrado en su pobre habitacion.

Digitized by Google

—Eso prueba á lo menos que nada le ha hecho falta durante vuestra ausencia.

Dantés se sonrió.

—Mi padre tiene demasiado orgullo, señor Morrél, y aunque hubiese carecido de lo mas preciso, dudo que hubiese pedido nada á nadie, escepto á Dios.

—Pues bien, despues de esa primera visita, contamos con vos.

—Os repito mis escusas, señor Morrél, pero despues de esa primera visita quiero hacer otra que no le interesa menos á mi corazon.

—Ah! es cierto, Dantés, olvidaba que en el *barrio de los catalanes* hay una persona que quizá os aguarda con tanta impaciencia como vuestro padre, la hermosa Mercedes.

Dantés se ruborizó.

—Ah! ah!—añadió el armador,—no me admiro ya de que haya ido tres veces á mi casa para saber noticias del *Faraon*. Por cierto, Edmundo, que sois hombre que lo entiende: teneis una linda y preciosa querida.

—No es mi querida, señor Morrél,—dijo con cierta gravedad el marino,—es mi novia.

—Lo mismo tiene,—dijo sonriéndose el armador.

—Para nosotros no, señor Morrél,—contestó Dantés.

—Vamos, vamos, mi querido Edmundo, no quiero entreteneros mas, pues habeis desempeñado demasiado bien mis negocios para que yo os impida ocuparos en los vuestros. Os falta dinero?

Digitized by Google

—No señor, conservo aun todos mis sueldos de viaje.

—Sois muy arreglado en vuestros gastos, Edmundo.

—Es que tengo un padre muy pobre, señor.

—Si, si, ya sé que sois un buen hijo! Id pues á ver á vuestro padre. Tengo yo tambien un hijo y á decir verdad no me complacerian mucho si despues de un viaje de tres meses lo retuvieran lejos de mí.

—Con vuestro permiso, pues.....—dijo el jóven saludando.

—Nada mas teneis que decirme?

—Nada mas, señor Morrél.

—El capitan Leclerc no os entregó antes de morir alguna carta para mi?

—Oh! no, le fue imposible escribir... pero, apropósito de esto recuerdo que tengo que pediros algunos dias de licencia.

—Para casaros?

—No solamente para esto, sino para ir á Paris.

—Bueno, bueno. Tomaréis todo el tiempo que os haga falta. El alijo del buque nos ocupará seis semanas á lo menos, de modo que no podrá darse á la vela de nuevo sin que pasen tres meses; para esta época, si que será preciso esteis de vuelta, porque el *Faraon*—continuó el armador dando algunas palmadas sobre el hombro del jóven marino,—no podria partir sin su capitan.

—Sin su capitan!—esclamó Edmundo con la embriaguez de la alegria en sus ojos,—atended bien á lo que decis, señor Morrél, porque acabais de dar vida á las mas secretas esperanzas de mi co-

Digitized by Google

razon. Pensais pues nombrarme capitan del *Faraon*?

—Si yo fuese solo os tenderia ahora mismo la mano diciéndoos: esto es hecho; pero tengo un asociado y ya sabeis el proverbio italiano: *Chi à compagno à padrone*. Sin embargo, teneis andada ya la mitad del camino, pues de los dos votos que os son indispensables podeis contar con uno. En cuanto á conseguir el otro, no desconfieis de mi celo.

—Oh! señor Morrél, —esclamó el jóven marino estrechando entre las suyas, con los ojos brotando lágrimas, las manos del armador, —señor Morrel, os doy gracias en nombre de mi padre y de Mercedes.

—Basta, basta! —dijo Morrél, —id á verlos y volved en seguida á buscarme.

—Quereis que os conduzca á tierra?

—No, gracias. Tengo aun que arreglar cuentas con Danglárs... Á propósito, habeis estado contento de él durante el viaje?

—Conforme el sentido que deis á esa pregunta: como buen camarada, no; porque creo no me quiere bien desde el dia en que á consecuencia de una lijera disputa, cometi la simpleza de proponerle una detencion de diez minutos en la isla de Monte-Cristo, proposicion que yo no debia hacer y que él tuvo la prudencia de rehusar. Ahora, si es como ajente de vuestros negocios, no creo haya motivo alguno de queja y estoy seguro quedaréis satisfecho de la manera como ha llenado su cometido.

—Y bien! Dantés, —preguntó el armador, —si llegais á ser capitan del *Faraon*, cosa que no

Digitized by Google

miro muy lejana, os pesaria tener á bordo á Danglárs?

—Capitan ó segundo, señor Morrél, tendré siempre las mayores consideraciones con aquellos que posean la confianza de mis armadores.

—Vamos, Dantés, vamos! Veo que sois en todo un escelente muchacho. No os ocultaré que estoy contento de vos y por lo mismo no quiero deteneros mas.

—Hasta la vista, señor Morrél.

—Adios, mi querido Edmundo, adios.

Entró el jóven marino en un bote, sentóse en la popa y dió orden de parar junto á la Cannebiere; pusiéronse á remar dos marineros y deslizóse la lancha con toda la rapidez y celeridad con que es posible hacerlo teniendo que pasar por en medio de los innumerables buques que obstruyen la especie de calle estrecha que conduce, entre dos hileras de embarcaciones, desde la entrada del puerto al muelle de Orleans.

El armador le siguio con la vista sonriendo hasta tanto que le vió subir los escalones del muelle y confundirse en seguida entre la variada multitud que desde las cinco de la mañana hasta las nueve de la noche obstruye la famosa calle del Cannebiere.

Al volverse el armador vió tras de sí á Danglárs, que en apariencia hacía como que esperaba sus órdenes, pero que en realidad seguia como él con la vista al jóven marino.

Empero, notable y gran diferencia habia en la espresion de esa doble mirada dirijida al mismo personaje.

Digitized by Google

Digitized by Google

2.°

PADRE É HIJO.

Dejémos á Danglárs que, dando rienda suelta á su odio, procuraba inventar alguna calumnia é inspirar al buen armador malignas suposiciones contra su camarada, y sigamos á Dantés, que despues de haber recorrido en toda su longitud la Cannebiere, dirijióse á la calle de Nouailles, entró en una modesta y pequeña casa situada en la acera izquierda de las alamedas de Meillan, subió precipitadamente los cuatro pisos de una escalera oscura como boca de lobo, comprimiendo con una mano los fuertes latidos de su corazon, y apoyándose con la otra en la grasienta barandilla, se detuvo

Digitized by Google

delante una entornada puerta que permitia ver hasta su fondo una reducida estancia.

En ella habitaba el padre de Edmundo Dantés.

La noticia del arribo del *Faraon* no habia aun llegado á oidos del anciano, que subido en una silla se recreaba con trémula mano en colocar algunas capuchinas mezcladas con clemátidas que subian enrredadas á lo largo del encañizado de su ventana.

De repente sintió que dos brazos enlazaban cariñosamente su cuerpo y oyó á sus espaldas una voz que murmuraba:

— Padre mio! padre mio!

El anciano dió un grito, volvió su rostro, y al ver á su hijo se dejó caer en sus brazos pálido y tembloroso.

— Qué teneis, padre mio? — exclamó el jóven, presa de la mayor inquietud, — estais enfermo?

— No, no, querido Edmundo, amado hijo mio, no; la alegria, el placer de verte así, tan de improviso.... como no te aguardaba!... Ah! Dios mio! me parece que voy á morir.

— Tranquilizaos, padre mio! ya veis que soy yo, yo mismo: como se acostumbra á decir siempre que la alegria no hace daño, por eso he entrado sin prepararos. Vaya, padre! sonreios, y no me mireis así, con esos ojos que parece encierran tanto pavor.... Ya estoy de vuelta, ya estoy á vuestra lado y vamos á ser muy felices.

— Ah! con qué es cierto?... Vamos, á ser felices? Ya no te separarás de mi, hé? Vamos, cuenta, cuéntamelo todo.

Digitized by Google

— Perdóneme el señor, — dijo el jóven, — si me regocijo de una circunstancia, que al propio tiempo que derrama la dicha en mi corazon, siembra el luto en toda una familia; pero el mismo Dios sabe que jamás hubiera ambicionado semejante felicidad. El bravo capitan Leclerc ha muerto, padre mio, y es muy probable que por la proteccion del señor Morrél ocupe yo su plaza.... capitan á los veinte años! con cien luises de sueldo y una parte en las ganancias.... No es cierto que es mucho mas de lo que podia esperar un pobre marinero como yo?

— Si, hijo mio, si, — dijo el anciano, — es en efecto toda una dicha.

— Por lo tanto, el primer dinero que cobre quiero emplearlo en alquilaros una espaciosa casa con jardin, para que podais plantar vuestras clemátidas y capuchinas.... pero, que teneis, padre? Paréceme que os hallais indispuesto?

— No, hijo mio; no es nada.... no será nada.

Y faltándole fuerzas, el pobre anciano dejóse caer hácia atrás.

— Vamos, vamos! — dijo el jóven, — un vaso de vino, padre mio. Un vaso de vino, eso os reanimará y cobrareis nuevas fuerzas. Donde teneis el vino?

— No le busques, no, gracias! — dijo el viejo procurando detener el jóven, — si no es nada, absolutamente nada.

— Si, lo necesitais, os hace falta un poco para animaros.

Y abrió dos ó tres armarios.

Digitized by Google

— Es inútil, — dijo el anciano, — no hay vino en casa.

— Cómo! No teneis vino? — esclamó Dantés palideciendo á su turno y mirando con mas atencion las descarnadas y amarillentas mejillas de su padre. — Y porque no teneis vino? Os habrá faltado acaso dinero, padre?

— Nada me ha faltado, pues que te veo.

— Sin embargo, — replicó Dantés limpiando el sudor que en abundancia humedecia su frente, — sin embargo, yo os habia dejado doscientos francos.... hace tres meses, al partir.

— Si, Eduardo, si, es muy cierto, pero olvidaste una pequeña deuda que habias contraido con nuestro vecino Caderousse y este me lo recordó diciéndome que si no pagaba por tí, iria á reclamárselo al señor Morrél. Entonces, temeroso de que semejante paso te perjudicára.... pues! entonces.... ya comprendes.

— Pero, — esclamó Dantés — eran ciento cuarenta francos los que adeudaba á Caderousse..... se los habeis dado vos de los doscientos que os dejé?...

El anciano hizo con la cabeza un movimiento afirmativo.

— De manera que habeis vivido tres meses con sesenta francos.... — murmuró el jóven.

— Ya sabes que yo poco necesito.

— Oh! Dios mio! padre, perdonadme, — esclamó Edmundo arrojándose á los pies del honrado viejo.

— Qué estas haciendo?

— Oh! me habeis desgarrado el corazon.

Digitized by Google

— Bah! puesto que ya estas aquí, — dijo el anciano sonriéndose, — todo se ha olvidado.

— Si, afortunadamente estoy aquí, frente á frente de un hermoso porvenir y con algun dinero en el bolsillo. Tomad, padre, tomad y mandad al momento en busca de lo que os haga mas falta.

Y al decir esto el jóven vació sobre la mesa sus bolsillos que contenian una docena de piezas de oro, cinco ó seis escudos de cinco francos cada uno y una porcion de pequeñas monedas.

El viejó Dantés se quedó asombrado.

— Para quien es eso? — dijo.

— Para vos, para nosotros: Tomad; comprad provisiones; sed felíz sobre todo, que mañana tendreis otro tanto.

— Despacito, despacito, — dijo el anciano sonriéndo, — ya que me das tu permiso, dispondré de tu bolsa, pero con moderacion porque nuestros vecinos y conocidos al verme comprar muchas cosas á la vez, creerian que me he visto obligado á aguardar tu vuelta para comprarlas.

— Haced lo que gusteis, pero antes que todo, tomad un criado, eso sí: no quiero que os quedeis solo. Tengo á bordo un cofrecito lleno de buen café y escelente tabaco de contrabando, el cual os mandaré traer mañana mismo.... Pero, silencio.... me parece que llega gente.

— Será Caderousse que habiendo sabido tu llegada vendrá á felicitarte.

— Oh! siempre han de ser los labios los que dicen una cosa, mientras siente el corazon otra muy distinta, — murmuró Edmundo, — pero, no impor-

Digitized by Google

ta! al fin y al cabo es un vecino que no ha dejado de hacernos algun servicio.

Efectivamente; en el instante mismo en que acababa Edmundo su frase, vióse asomar por la puerta de la escalera el bárbudo y moreno rostro de Caderousse. Era este un hombre de veinte y cinco á veinte y seis años, y tenia en la mano un pedazo de lienzo que, en su calidad de sastre, se disponia á transformar en forro de una levita.

—Hola! bien venido, bien venido, Edmundo! — dijo con un acento marsellés muy pronunciado y con una sonrisa que descubria una compacta fila de dientes tan blancos como el marfil. — Por fin os tenemos de vuelta....

— Ya lo veis, vecino Caderousse, estamos ya de vuelta prontos siempre á serviros en cuanto se os ofrezca, —contestó Dantés disimulando mal su frialdad bajo las políticas palabras de su oferta.

— Gracias, gracias: Afortunadamente yo nada necesito y antes bien son los otros los que algunas veces me necesitan á mí....

Dantés no pudo menos de reprimir un movimiento.

— No digo eso por tí, muchacho, — continuó Caderousse, — porque si te he prestado dinero, me lo has devuelto, eso es corriente entre buenos vecinos, y estamos pagados.

— Nunca se paga suficientemente á los que nos han hecho un favor, — dijo Dantés, — pues cuando esta zanjada una deuda de dinero, queda aun otra en pie, la del reconocimiento.

— A qué hablar de eso, chico? Lo pasado, pasado. Hablemos solo de tu feliz llegada. Habia ido

Digitized by Google

hácia el puerto, con objeto de comprar paño por el camino, cuando hé te aquí que me encuentro de manos á boca con el amigo Danglárs. — Tú en Marsella? le preguntó. — No lo estás viendo? —me responde. Te creia en Smirna? — Toma! yo lo creo, como que ahora vengo de allí. Y Dantés el hijo, donde está, que se ha hecho ese muchacho?—Ha venido conmigo y supongo estará en casa de su padre, contestóme Danglárs. Y casi sin despedirme, le dejo y vengo volando para tener el gusto de estrechar cuanto antes la mano de un amigo.

— Qué buen Caderousse! dijo el anciano. Cuanto nos aprecia!

— Cierto, muy cierto que os aprecio y os estimo porque sois muy honrados y esa clase de hombres mucho escasea en el dia.... Pero, á lo que parece, vienes rico, muchacho, continuó el sastre arrojando una oblicua mirada sobre el puñado de oro y plata que depositára Dantés en la mesa.

No se le escapó al jóven marino el brillo de codicia que iluminó pasajeramente y como un relámpago los negros ojos de su vecino.

— Psé! dijo Edmundo con indiferencia, — ese dinero no me pertenece. Manifestaba á mi padre el temor que abrigaba de que le hubiese hecho falta alguna cosa durante mi ausencia, y para tranquilizarme ha vaciado su bolsa sobre la mesa. Con qué, padre, continuó Dantés, volved á guardar ese dinero en vuestra gabeta, á menos que al vecino Caderousse le haga falta alguna cantidad, en cuyo caso está á su inmediata disposicion.

— No, muchacho, no, nada necesito, porque,

Digitized by Google

á Dios gracias, el oficio me proporciona con que vivir decentemente. Guarda tu dinero, guárdalo, que eso jamás hace falta; sin embargo, eso no me impide quedar tan agradecido á tu oferta como si de ella me hubiera aprovechado.

— Os lo ofrezco con toda voluntad, vecino.

— No lo dudo, no lo dudo. Y bien! te tenemos ya el favorito del señor Morrél, tunantuelo!

— El Señor Morrél ha sido siempre y en todas ocasiones demasiado bondadoso para conmigo.

— En ese caso has hecho mal en rehusar su convite.

— Cómo! interrumpió el viejo. Has rehusado su convite? Te habia acaso convidado á comer?

— Sí, padre mio, replicó el jóven sonriéndose al ver el asombro que causaba á su padre el inesperado honor de que era objeto.

— Y porqué has rehusado, hijo mio?

— Pora volar mas pronto á vuestros brazos, contestó el jóven. Impaciente me hallaba sin veros.

— Y no obstante, eso habrá contrariado al señor Morrél, dijo Caderousse. Creedme, joven, cuando uno se halla en vísperas de ser capitan, no se debe disgustar á su armador.

— Le he manifestado la causa de mi negativa y estoy segurísimo que ha sabido apreciarla en su justo valor.

— Oh! es que para ser capitan se debe adular un poquito á los protectores.

— Espero ser capitan sin necesidad de hacer bajezas y mentir adulaciones, replicó el jóven.

— Tanto mejor, tanto mejor; será eso una ver-

Digitized by Google

dadera satisfaccion para los amigos antigüos y.... yo sé de uno, que vive allá abajo, trás la ciudadela de san Nicolás, que en manera alguna le ha de disgustar.

— Mercedes? dijo el anciano.

— Sí, padre mio, replicó Dantés, y ahora que sé que estais bueno, que nada os falta, os pediré permiso para ir á visitar á alguno que habita en el barrio de los catalanes.

— Vé, hijo mio, vé, y Dios te bendiga en tu esposa como á mi me ha bendecido en mi hijo!

—Su esposa! dijo Caderousse; no lo es aun, señor Dantés, no lo es aun, á lo que creo.

—No, pero segun todas las probabilidades poco tardará en serlo, contestó el jóven.

—No importa! dijo Caderousse, pero lo que te diré es que, has hecho bien en andar lijero, chico!

— Por qué?

— Porque la Mercedes es una linda muchacha y á las lindas muchachas siempre les sobran amantes..... Á esa sobre todas! Como que son á docenas los que la pretenden....!

—Cierto? dijo Edmundo con una sonrisa tras la cual se percibia un lijero tinte de inquietud.

— Ya se ve que sí! y partidos brillantes! replicó Caderousse, pero tú vas á ser capitan y no haya miedo de que no produzcan efecto tus charreteras.

— Lo que quiere decir, replicó Dantés con una sonrisa que encubria mal su desazon, que si no fuera capitan.....

—Tá! tá! tá! dijo Caderousse.

—Vaya! vaya! añadió el jóven, Tengo forma-

Digitized by Google

mada mejor opinion que vos de las mujeres en general y de Mercedes en particular, para no estar convencido de que con charreteras ó sin ellas, siempre se mantendrá fiel.

—Tanto mejor, tanto mejor; dijo Caderousse, cuando uno va á casarse siempre es bueno tener fe; pero, no importa! creeme muchacho, no pierdas tiempo en irla á anunciar tu llegada y hacerla partícipe de tus esperanzas.

—Allá voy, dijo Edmundo, y abrazando á su padre saludó á Caderousse y salió.

Poco rato después despidióse Caderousse del viejo Dantés y fuése muy de prisa á reunirse con Danglárs que le aguardaba en la esquina de la calle Serac.

—Y bien! dijo Danglárs, le has visto!

—Acabo de separarme de él.

—Te ha dicho algo sobre las esperanzas que alimenta de ser capitan?

—Lo cuenta como cosa hecha.

—Yá! yá! dijo Danglárs. Esas cosas necesitan calma y el jóven parece tener mucha prisa.

—Qué diablo! Si á lo que parece le ha sido prometida la vacante por el mismo Morrél!

—Estará pues muy contento?

—Mas que contento; orgulloso. Me ha ofrecido ya sus servicios como si fuese un gran personaje y me ha ofrecido tambien su bolsa como si fuese un capitalista.

—Tú habrás rehusado?

—Si por cierto, aunque no me faltaban motivos para aceptar, atendido á que yo fuí quien le puso

Digitized by Google

en la mano las primeras monedas que ha manejado, pero ahora el señorito Dantés no tendrá necesidad de nadie..... va á ser capitan!

—Bah! dijo Danglárs, aun no lo es.

—Y en verdad que me gustaria que no lo fuese, pues si llega á ocupar la vacante... qué diablo!... demostrará un orgullo que ya! ya!

—Si yo quiero, dijo Danglárs, puedo hacer que no llegue á serlo, ó, por mejor decir, hacerlo menos de lo que és.

—Qué estás diciendo?

—Nada; no hablaba contigo. Y sigue aun enamorado de la catalana?

—Como un loco: ahora mismo ha ido á verla, pero ó mucho me engaño ó no le faltarán disgustos por ese lado.

—Á ver, á ver, esplicame eso.

—Y para que quieres que te lo esplique?

—Porque es mucho mas importante de lo que crees. Tú no le tienes á Dantés mucho cariño, que digamos?

—Me disgustan los orgullosos.

—Entonces dime todo lo que sepas relativo á la catalana.

—De positivo nada, pero he visto cosas, como ya te he dicho, que me obligan á creer que al futuro capitan no le faltará algun disgustillo por los alrededores de las Vieilles-Infirmeries.

—Que has visto? Dí, pues.

—He visto que siempre que Mercedes viene á la ciudad, la acompaña un arrrogante catalan, de ojos

Digitized by Google

negros, piel tostada, muy moreno, nada tímido, y al cual ella llama primo.

— Yá! Y tú crees que el primo le hace la corte?

— Lo supongo, porque que diablos puede tratar un bizarro jóven de veinte y un años con una muchacha de diez y seis?

— Y dices que Dantés se ha dirijido al barrio de los catalanes?

— Por mas señas que ha partido antes que yo.

— Si vamos por el mismo lado, podremos quedarnos en la *Reserva*, en casa del tio Pámfilo, y mientras que apuramos un vaso de vino de *Lamalque*, aguardarémos algunas noticias.

— Y quién nos las dará?

— Estarémos en acecho y cuando pase Dantés, por la espresion de su rostro hemos de venir en conocimiento de lo que habrá pasado.

— Vamos pues, dijo Caderousse, pero, entendámonos..... tú eres quien paga..... hé?

— Si, hombre, si; no faltaba mas.

Y los dos se encaminaron rapidamente hácia el lugar indicado. Llegados allí, pidieron una botella y dos vasos. El tio Pámfilo, segun indicó, acababa de ver pasar á Dantés pocos minutos hacia. Seguros pues, de que se hallaba en el barrio de los catalanes, sentáronse á la escasa sombra que prestaban las nacientes hojas de los plátanos y sícomoros, en cuyas ramas se posaban alegres y festivos pájaros que con sus melodiosos gorjeos animaban aquel delicioso sitio.

Digitized by Google

3.°

EL BARRIO DE LOS CATALANES.

A unos cien pasos del sitio en que los dos amigos, puestos en acecho, paladeaban el espirituoso vino de *tamalque*, se eleva, por detras de un promontorio árido y enrojecido por el sol y el mistral, el reducido barrio de los catalanes.

Allá, cuando en remotos y lejanos dias una colonia misteriosa abandonó el suelo de España y fue á abordar en la lengua de tierra, en que moran todavía sus descendientes, uno de sus gefes que comprendia el provenzal, pidió á la municipalidad de Marsella que se le concediese aquel agreste y des-

Digitized by Google

nudo promotorio á cuyas rocas acababan de amarrar sus esquifes. Su peticion fue otorgada y tres meses después aquellos bohemios del mar habian levantado allí un pequeño pueblo. Construido este por un estilo caprichoso, pintoresco y á la vez con mezcla de árabe y de español, es el mismo que hoy en dia se halla habitado por los descendientes de aquellos hombres, descendientes fieles y leales que ni han perdido las costumbres de sus antepasados, ni han echado en olvido la lengua de sus padres.

Tres ó cuatro siglos han pasado ya y aun esos moradores permanecen fieles al pequeño promontorio sobre el cual fueron á posarse, semejantes á una bandada de pájaros marítimos, sin mezclarse en nada con la poblacion de Marsella, casándose entre sí y conservando los hábitos y costumbres de su antigua madre patria del mismo modo que han conservado su idioma.

Indispensable es que nuestros lectores nos sigan á traves de la única calle que cuenta ese pequeño pueblo y entren con nosotros en una de aquellas casas á cuyo esterior ha dado el sol ese bello y pintoresco color de paja, peculiar á todos los edificios del país, y á su interior una capa de cal ese manto de escesiva blancura, único adorno de las posadas españolas.

Una lindísima jóven de cabellos negros como el azabache y de ojos de un negro aterciopelado como los de la gazela, se hallaba en pié y arrimada á la pared, oprimiendo entre sus delicados dedos una rosa á la que arrancaba una á una las hojas que dejaba caer en seguida esparcidas á sus plan-

Digitized by Google

tas. Sus brazos, que desnudos hasta el codo y aunque tostados por el sol parecian modelados por los de la Venus de Arlés, se estremecian con una especie de febril impaciencia mientras que golpeaba al propio tiempo la tierra con su pie cimbrador y flexible de manera á dejar entrever la forma noble, esbelta y pura de una pierna aprisionada en una media de algodon encarnado con cuchillas pardas y azules.

A tres pasos de la jóven, sentado en una silla que hacia balancear con un movimiento uniforme y sostenido y apoyado el codo en un mueble carcomido por los años, hallábase un jóven de veinte á veinte y dos años mirándola con una escesiva espresion de inquietud y de despecho. Sus ojos en vano procuraban interrogarla pues la firme y fija mirada de la jóven dominaba enteramente á su interlocutor.

—Ya veis, Mercedes,—decia él,—la Pascua se acerca y ninguna ocasion es mas á propósito para celebrar la boda, contestadme.

—Cien veces os he contestado ya, Fernando, y os suplico no os fatigueis haciéndome nuevas preguntas

—Pues bien! repetidlo otra vez, os lo suplico, repetidlo para que llegue á creerlo; decidme por centésima vez que rehusais mi amor, mi amor aprobado y bendecido por vuestra madre; hacedme comprender por fin de un modo indudable que poco os importa mi felicidad y que mi vida y mi muerte no son nada para vos. Oh! Dios mio! Dios mio! haber soñado diez años con la halagüeña idea de ser vuestro esposo y perder al fin esa esperanza en la cual cifraba mi dicha, mi porvenir, mi vida!

Digitized by Google

—No direis sin embargo que he contribuido con mi conducta hacia vos á que hayais alimentado esa esperanza, Fernando, respondió Mercedes. No podeis reprocharme la mas mínima palabra ni la mas leve accion que hayan sido susceptibles de interpretarse en favor de vuestra obstinada exijencia, y siempre me habeis oido decir: « os amo como á un hermano, pero nunca exijais de mi otra cosa que ese cariño fraternal, porque mi corazon pertenece á otro.» Siempre me habreis oido hablar así, Fernando.

—Sí, lo sé muy bien, Mercedes, contestó el jóven, si, habeis hecho alarde para conmigo del cruel mérito de la franqueza; pero olvidais, por ventura, que es una ley sagrada é inviolable entre los catalanes la de casarse esclusivamente entre sí?

—Os equivocais, Fernando, no es una ley, es solo una costumbre y creedme, no la invoqueis en nuestro favor. Habeis caido en la conscripcion, la libertad que se os permite disfrutar, la debeis unicamente á la tolerancia; de un momento á otro pueden reclamaros vuestras banderas y una vez soldado, que hariais de mí, de mí, pobre y aflijida huérfana sin fortuna, sin parientes, sin otros bienes que una humilde choza casi arruinada en la que solo existen algunas redes usadas, miserable herencia, único legado transmitido por mi padre á mi madre y por esta á mí? No olvideis, Fernando, que desde que ella murió, hace un año, estoy viviendo casi á espensas de la caridad pública. Algunas veces fingis que os soy útil para tener el derecho de repartir vuestra pesca conmigo, y yo acepto, Fernando,

Digitized by Google

porque sois hijo del hermano de mi padre, porque juntos nos hemos criado, y mas todavia, porque aparte de todas esas consideraciones, sé que os seria altamente sensible mi negativa. No por eso dejo de conocer, sin embargo, que ese pescado que voy á vender de puerta en puerta y que me produce el dinero con que compro el cáñamo que hilo, no dejo de conocer, Fernando, que es tan solo debido á la caridad, á la limosna.

—Y que importa! que me importa, Mercedes? Pobre y aislada como sois, os prefiero á la hija del primer armador ó del mas rico banquero de Marsella. Acaso un hombre puede apetecer algo mas que una mujer honrada y hacendosa? Tal vez creeis que me seria facil encontrar una mejor que vos en todos conceptos?

—Fernando, replicó Mercedes meneando su cabeza en señal de duda, la mujer casada que ama á un hombre que no es su marido, ni puede ser honrada madre de familia, ni puede asegurar que no ha de hacer traicion á la felicidad conyugal. Contentaos, pues, con mi amistad, primo, porque os lo repito, es todo lo que puedo ofreceros y á mi jamás me gusta ofrecer sino lo que estoy segura de cumplir.

—Oh! comprendo, comprendo, dijo Fernando; soportais con resignacion vuestra miseria, pero teneis miedo de partir la mia. Pues bien, Mercedes, amado por vos, probaré fortuna, lo arrostraré todo, vos sereis mi buena estrella y me haré rico. Puedo abandonar mi oficio de pescador, entraré en algun escritorio de negocios, y aunque al principio solo sea un humilde dependiente, quien sabe si con

Digitized by Google

el tiempo llegaré á ser el gefe de una respetable casa de comercio!

—Nada de eso podeis intentar, Fernando, porque sois soldado y porque si permaneceis aun entre nosotros, consiste tan solo en que no hay guerra y en que la nacion no necesita aun vuestro brazo. Seguid siendo pescador, no alimentais ilusiones seductoras cuya desaparicion os produciria de fijo amargos sinsabores y contentaos con mi amistad tal cual es, porque tampoco puedo ofreceros otra cosa.

—Pues bien, razon teneis, Mercedes; quiere decir que seré marino. En vez del grosero vestido de nuestros padres, que voz pareceis despreciar, me pondre un sombrero de charol, una camisa rayada y una casaca azúl con áncoras en sus botones... No es ese el traje que he de vestir para agradaros?

—Que estais diciendo? preguntó Mercedes arrojando á su interlocutor una imperiosa mirada, que quereis decir?... No os comprendo!

—Quiero decir Mercedes, que si tan cruel y tan dura os mostrais para conmigo, es porque os hallais aguardando á cierto sugeto adornado poco mas ó menos con el traje que os he descrito; pero no debeis echar en olvido que tal vez tenga un fondo de inconstancia el corazon del que esperais y cuando no, á buen seguro que lo que es al mar nadie le negará la mencionada calidad.

—Fernando, repuso Mercedes con conmovido acento, os creia bueno y me engañaba. Fernando, mucha perversidad debe abrigarse en vuestro corazon cuando en ayuda de vuestros celos llamais la cólera del Eterno. Y bien! si, no seguiré ocultándo-

Digitized by Google

lo, es muy cierto que espero y amo al que decis, y si infortunadamente no llegase, en vez de acusar su inconstancia, como habeis espresado, creeré que ha muerto amándome, lo diré en voz alta, por todas partes, lo creeré en fin con la mas ciega y profunda confianza.

El jóven catalan no pudo reprimir un movimiento de odio.

—Os comprendo perfectamente, Fernando! Querreis vengaros en él del amor que no os profeso y cruzareis con su debil puñal de marino vuestro afilado cuchillo catalan... Y, á que os conducirá tal accion? A perder mi amistad si sois vencido, á verla trocada en odio si sois vencedor. Creedme, provocar querella y batirse con un hombre amado, es mal medio para atraerse el cariño de la mujer que le ama. No, Fernando, vos no os dejareis arrastrar asi por vuestras malévolas ideas, y no pudiendo tenerme por esposa os contentareis con tenerme por amiga y por hermana. Ademas..... vos mismo acabais de decirlo, añadió Mercedes enjugando las lágrimas que á sus ojos se agolpaban, el mar es inconstante y, quien sabe si.... cuatro meses hace que partió y durante este tiempo he contado tantas tempestades!

Fernando continuó impasible, y ni aun trató de enjugar las lágrimas, que surcaban las mejillas de Mercedes, á pesar de que por cada una de aquellas lágrimas hubiera dado un vaso de su sangre... Aquel llanto se vertia por un hombre, por un hombre que era su rival! Levantóse de repente, dió una vuelta al rededor de la cabaña y colocándose frente

Digitized by Google

por frente de la jóven con semblante sombrio y con los puños cerrados:

—Acabemos de una vez, Mercedes, dijo: respondedme y pesad vuestra respuesta... Es irrevocable vuestra resolucion?

—Irrevocable, contestó la jóven con frialdad; amo á Edmundo Dantés y nadie mas que Edmundo será mi esposo.

—Y le amaréis siempre?

—Mientras viva.

Fernando inclinó la cabeza como un hombre aterrado bajo el peso de un anatema, lanzó un desgarrador suspiro y en seguida irguiendo la cabeza y apretando los dientes:

—Y si ha muerto? dijo.

—Si ha muerto, yo moriré tambien porque no podria sobrevivirle.

—Y si os ha olvidado?

—Mercedes! gritó de pronto una voz alegre en la puerta de la choza; Mercedes!

—Ah! esclamó la jóven latiendo precipitadamente su pecho y coloreandose de júbilo sus mejillas, ya veis que no me ha olvidado... él es!

Y lanzándose hacia la puerta que abrió con precipitacion dijo.

—Aqui estoy, Edmundo! aqui estoy!

Fernando pálido y convulso retrocedió algunos pasos como hace el caminante al encontrar fija en él la fasinadora mirada de una serpiente, y hallando tras de si una silla, dejóse caer sobre ella anonadado, falto de fuerzas y poseido de una inquietud y angustia inesplicables.

Digitized by Google

Edmundo y Mercedes se arrojaron uno en brazos de otro.

El ardiente sol de Marsella que penetraba á través de la puerta, cubria en aquel momento á los dos amantes con un esplendoroso manto de luz. Durante el primer transporte de júbilo nada vieron de cuanto les rodeaba, en nada fijaron su atencion porque un insondable abismo de felicidad les separaba del mundo y solo despedian sus labios entrecortadas palabras, esas palabras rápidas y confusas, espresion de un júbilo tan vehemente que se asemeja al dolor.

Repentinamente reparó Edmundo en la figura sombria de Fernando, que pálida y amenazadora se delineaba en la sombra; el jóven catalan por un movimiento del cual ni el mismo podria darse cuenta en tal instante, empuñaba con mano firme el cuchillo que en su cinto se escondia.

—Ah! dispensadme, dijo Dantés frunciendo las cejas á su turno; no habia reparado que somos tres en lugar de dos.

En seguida volviéndose á Mercedes:

—Quien es ese hombre? le preguntó.

—El hombre que indudablemente será tu mejor amigo, Edmundo, porque lo es mio, porque es mi primo, porque es mi hermano, es Fernando, es decir, el hombre á quien despues de ti amo mas en este mundo.

Edmundo sin soltar á Mercedes á quien apretaba fuertemente la mano entre una de las suyas, alargó la otra al catalan con afectuosa cordialidad, pero Fernando lejos de corresponder á una demostracion tan amigable y cariñosa, continuó mudo é in-

Digitized by Google

móvil en su asiento como si fuese una estatua de mármol. Entonces Edmundo paseó alternativamente su mirada investigadora, de Mercedes, conmovida y convulsa, á Fernando sombrio y provocador. Este examen se lo esplicó todo y al instante nublóse su frente por la cólera.

—Al dirigirme tan de prisa á vuestra casa, Mercedes, ignoraba que debiese encontrar en ella á un enemigo.

—Un enemigo! esclamó Mercedes lanzando sobre su primo una mirada de indignacion, un enemigo en mi casa, Edmundo? Si eso fuese posible, si tal creyera, me asiria de tu brazo y me iria á Marsella abandonando mi choza para no volver nunca á pisar sus umbrales.

Los ojos de Fernando fulminaron un rayo de la cólera que ahogaba su corazon.

—Y si te sucediese alguna desgracia, Edmundo mio, continuó la jóven con una calma inplacable para probar á Fernando que habia leido hasta en lo mas recóndito de su siniestra imajinacion, si te sucediese alguna desgracia, lo juro por lo que mas venero, me subiria al cabo Morgion y me arrojaria de él para estrellarme entre las rocas.

El rostro de Fernando se cubrió con la palidez de un cadáver.

—Pero, te has engañado, Edmundo, prosiguió, Tú no cuentas aqui enemigo alguno; no hay mas que Fernando, mi primo, que va á estrecharte la mano como á un amigo tierno y afectuoso.

Y al decir estas palabras fijó la jóven su mirada exijente é imperiosa sobre el catalan, que fascinado

Digitized by Google

por la muda y resuelta demanda de su prima se aproximó lentamente á Edmundo y le tendió su mano.

Acababa de abatirse su odio y su implacable encono ante el ascendiente que sobre él ejercia aquella mujer, pero apenas sintiera el contacto de la mano de Edmundo, conoció que no podia sufrir mas y se lanzó fuera de la casa.

—Oh! esclamaba corriendo como un insensato y hundiendo las manos entre sus cabellos, oh! quien me librará de ese hombre, infeliz de mi!

—Eh! el catalan! eh! Fernando! adonde corres? le gritó de pronto una voz.

Detúvose el jóven, miró á su alrrededor y vió á Caderousse sentado con Danglárs junto á una mesa colocada bajo una bóveda de follaje.

—Vaya! hombre, porque no te acercas? dijo Caderousse. Tanta prisa llevas que ni tiempo te queda para saludar á los amigos, sobretodo cuando son amigos que tienen todavia' una botella casi llena delante de sí?

Fernando miró á los dos maquinalmente y no contestó una sola palabra.

— Parece como que está avergonzado, confuso, dijo Danglárs dando con el pié á Caderousse. Nos habremos tal vez engañado y contra nuestras esperanzas quedarà triunfante Dantés?

— Quien sabe! Preciso es cerciorarse, dijo Caderousse, quien volviéndose hácia el jóven esclamó: — Y bien! veamos catalan, vienes ó no vienes?

Fernando enjugó el sudor que se desprendia de su frente y entró con lentitud bajo el emparrado cu-

Digitized by Google

ya sombra pareció restituir algun tanto la calma á su abatido y acongojado espíritu.

— Buenos dias, dijo; me habeis llamado, no es cierto? Y se dejó caer mas bien que no se sentó en un banco de los que circuian la mesa.

— Te he llamado porque ibas corriendo como un loco y temí que tratases de arrojarte al mar, dijo sonriendo Caderousse. Qué mil diablos! cuando se estima verdaderamente á las personas no se las llama solamente para ofrecerles un vaso de vino, sino tambien para evitarles que se traguen tres ó cuatro azumbres de agua.

Fernando exhaló un suspiró muy parecido á un sollozo y apoyó su frente en las dos manos que cruzó sobre la mesa.

— Y bien! quieres que te hable francamente, Fernando? dijo Caderousse entablando la conversacion con la brutal grosería propia de la gente vulgar á quien la curiosidad hace olvidar toda clase de atenciones; pues tienes todas las trazas de un amante deshauciado.

Y acompañó esa chocarrería con una estrepitosa carcajada.

— Bah! Qué simpleza! contestó Danglárs, un buen mozo no ha nacido para ser desgraciado en amores; tú te burlas Caderousse.

— Nada de burla, replicó este, y en prueba de ello mirále como suspira. Vamos, vamos, Fernando, levanta esa cabeza y respóndeme que no está por cierto en el órden natural de las cosas quedarse callado cuando los amigos le preguntan á uno por su salud.

Digitized by Google

— En mi salud no hay la menor novedad, dijo Fernando apretando los puños pero sin levantar la cabeza.

— Pues señor, dijo Caderousse guiñando el ojo á Danglárs, has de saber que Fernando, el buen mozo que aquí estás viendo, honrado y valiente catalan, y sin exajeracion uno de los mejores pescadores de Marsella, se halla enamorado de una jóven lindísima que se llama Mercedes, pero desgraciadamente parece que la lindísima jóven está por su parte enamorada del segundo del *Faraon* y como este buque ha llegado hoy mismo al puerto... comprendes?

— No, no te comprendo, dijo Danglárs.

— Al pobre Fernando le habran dicho que se vaya con la música á otra parte.

— A mí! dijo Fernando irguiendo su cabeza y mirando á Caderousse como quien desea encontrar alguno sobre el cual desahogar su cólera; y aun suponiendo que fuese cierto lo que decís, acaso tendria eso algo de particular? Mercedes no depende de nadie y por consiguiente puede amar y preferir á quien mas le acomode.

— Ah! si tomas el asunto en esos términos ya es otra cosa, dijo Caderousse; te suponia animado de las ideas propias de un verdadero catalan. Se me habia dicho que los catalanes no eran hombres apropósito para dejarse suplantar por un rival y aun me añadieron que Fernando sobre todo era terrible en su venganza.

Fernando dejó escapar una desdeñosa sonrisa.

— Ningun enamorado puede ser jamás terrible, dijo.

Digitized by Google

— Pobre jóven! esclamó Danglárs finjiendo compadecerse de Fernando con todo su corazon. Como ha de ser? Probablemente no esperar ia ver regresar tan pronto á Dantés, quizá le creeria muerto, infiel.... quien sabe? Esas cosas suelen sentirse tanto mas cuanto mas de improviso vienen.

— Oh! De todos modos, dijo Caderousse que no dejaba de menudear los tragos y en quien el vino de Lamalque habia comenzado á producir su efecto, de todos modos no es el único Fernando á quien el felíz arribo de Dantés ha contrariado en sus proyectos.... No es verdad, Danglárs?

— Verdad es y casi me atreveria á decir que esa circunstancia ha de acarrearle alguna desgracia.

— Y que le importa? añadió Caderousse llenando por primera vez el vaso de Fernando y por la octava ó décima el suyo, mientras que Danglárs apenas habia humedecido sus labios con el vino, que le importa, si entretanto se casará con la bella Mercedes, porque supongo que habrá venido á eso.

Interin decia Caderousse estas últimas palabras, Danglars tenia fija la vista en el jóven sobre cuyo corazon cayeran las espresiones del sastre como plomo derretido.

— Y cuando es la boda? preguntó.

— Aun no se ha hablado de ella, murmuró Fernando.

— En efecto, pero se celebrará, dijo Caderousse: estoy tan cierto de ello como de que Dantés será capitan del *Faraon*.... verdad, señor Danglárs?

Estremecióse Danglárs al oir tan inesperada salida, y se volvió hácia Caderousse, de quien á su

Digitized by Google

vez estudió la fisonomía á fin de averiguar si el ataque habia sido premeditado; pero solo leyó una asquerosa espresion de envidia en aquel rostro alterado ya por la embriaguez.

— Magnífico! dijo de pronto llenando los vasos; bebamos, pues, por el capitan Edmundo Dantés esposo de la bella catalana!

Caderousse aplicó el vaso á sus labios con trémula mano y lo vació de un sorbo. Fernando tomó el suyo y lo estrelló contra el suelo.

— Calle! calle! dijo Caderousse, que es lo que estoy viendo allá abajo, en lo alto del cerro, en direccion de los catalanes...? A ver, Fernando; mira eso tú que tienes mejor vista que yo. Me parece que ya empiezo á distinguir algo y cuidado que como tu sabes el vino siempre enseña dobles los objetos.... sí, sí.... diríase que son dos amantes que caminan juntos mano á mano.... oh! oh! oh! no sospechan ellos que nosotros les estamos observando.... calle! y se abrazan! sí, sí, ahora están abrazados.... Mirad!

Ni un solo instante separó Danglárs su vista de Fernando, cuyo rostro se alteró considerablemente.

— Les conoceis, Fernando? dijo al jóven.

— Sí, contestó este con voz sorda, son Edmundo y Mercedes.

— Ola! ola! les has visto? y yo que no podia conocerles! Vaya! vaya! Ola! Dantés! eh! Mercedes! eh! venid, acercaos, decidnos cuando se verifica la boda porque el señorito Fernando es tan terco que no quiere decirlo....

— Quieres callarte? dijo Danglárs procurando

Digitized by Google

detener á Caderousse que con la tenacidad propia de la embriaguez trataba de salirse del emparrado. Procura tenere firme y en pié y deja á los amantes enomorarse tranquilamente. Y sino mira á Fernando y toma ejemplo; ya ves que pacífico se encuentra.

Poco faltó para que Fernando aguijoneado por Danglárs como el toro por los picadores, poco faltó, decimos, para que de un brinco se hubiese arrojado sobre su rival; pero como Mercedes, risueña y erguida, dejase ver un momento el rayo penetrante de su mirada, acordándose Fernando de la amenaza que ella le habia hecho de morir si moria Dantés, determinó continuar inmóvil en su asiento.

Miró Danglárs sucesivamente á aquellos dos hombres embrutecido el uno por el vino, dominado el otro por el amor.

— Ya estoy viendo que ningun fruto sacaré de esos majaderos, dijo para si, y sobre todo no estoy de humor de continuar entre un beodo y un cobarde. He aquí un envidioso que se embriaga de vino en vez de verificarlo de odio: he aquí tambien un solemne imbecil á quien acaban de arrebatar la dama en sus propias narices y se contenta con gemir y lloriquear como un niño! Está visto que Edmundo Dantés tiene buena estrella y está visto que con su proteccion se casará con la catalana y será capitan y se burlará de nosotros, á menos que... (una indefinible sonrisa asomó en los labios de Danglárs), á menos que yo no me interponga y mezcle en el asunto.

Digitized by Google

— Ola! continuó gritando Caderousse, medio incorporado y apoyando sus puños sobre la mesa, ola! Edmundo, parece que no reparas ya en los amigos, tal vez porque te has vuelto tan orgulloso que desdeñas hablarles....

— No, amigo Caderousse, contesto Dantés, no tengo orgullo ninguno; pero soy feliz y, á lo que observo, la felicidad ciega mas que el orgullo.

— Oh! oh! muy buenos dias, señora Dantés, dijo Caderousse.

Mercedes saludó con gravedad,

— Aun no es ese mi nombre, dijo la jóven, y en mi país, segun aseguran, es cosa que hace poco favor aplicar á las solteras el apellido de sus novios. Llamadme, pues, Mercedes os lo suplico.

— Es preciso dispensar al buen Caderousse, dijo Dantés; porque hablando francamente, no ha sido mucha su equivocacion.

— Entonces se verificará muy luego la boda? dijo Danglárs saludando á los jóvenes.

— Lo mas pronto posible, señor Danglárs. Hoy nos tomaremos los dichos en casa de mi padre y mañana ó pasado mañana lo mas tarde tendrá lugar aquí, en la *Reserva*, la comida de esponsales. Como supongo que los amigos nos honrarán con su asistencia, quiero decir con esto que quedais convidado desde ahora, señor Danglárs, y tú tambien Caderousse.

— Y Fernando, dijo sonriéndose este último, se hallarà igualmente en el número de los convidados?

— El hermano de mi mujer es mi hermano y

Digitized by Google

Mercedes y yo le veríamos con profundo sentimiento apartarse de nuestro lado en tan solemne dia.

Fernando abrió los labios como si quisiese contestar, pero la voz espiró en su garganta y no pudo articular una sola palabra.

— Hoy los dichos, mañana ó pasado las bendiciones! qué diablo! os dais mucha prisa, capitan.

— Señor Danglars, contestó Edmundo sonriendo, permitidme deciros lo que hace poco Mercedes á Caderousse: no me deis un título que no me corresponde todavía.

— Dispensadme, contestó Danglárs. Decia sencillamente que os dais mucha prisa para casaros. Qué diablo! hay sobrado tiempo para todo, pues el *Faraon* no volverá á darse á la vela lo menos hasta dentro de tres meses.

— Siempre se debe ir de prisa para alcanzar la felicidad, señor Danglárs, pero no es solo el egoismo ni el interés propio lo que me hace obrar así; me precisa tambien ir á París.

— A París! ah! en efecto, y será esa la primera vez que emprendais ese camino?

— La primera.

— Tendreis algo que hacer en la corte?

— No es negocio mio. Llévame allí tan solo el deseo de cumplir la última comision que me encargó nuestro pobre capitan Leclerc, cosa que, como ya comprendereis, es en estremo sagrada. Por lo demás, podeis estar tranquilo, pues solo me tomaré el tiempo necesario para ir y venir.

— Sí, sí, ya comprendo! dijo en voz alta Danglárs: luego dijo entre sí: — A París para entregar

Digitized by Google

la carta que le dió el capitan ! Ah ! pardiez ! la tal carta ha hecho que se me ocurra una idea de las mas felices. Oh ! amigo Dantés, tú no estás aun inscrito en el rejistro del *Faraon* con el n.° 1.°

Al llegar aquí, volviéndose hácia Edmundo que se alejaba ya, gritóle desde lejos:

— Buen viaje !

— Gracias, contestó Dantés volviendo la cabeza y acompañando este movimiento con una amistosa sonrisa.

Y los dos amantes continuaron su camino, tranquilos y satisfechos como dos predestinados que se elevan à los cielos.

Digitized by Google

Digitized by Google

4.°

COMPLOT.

Siguió Danglárs con la vista á Edmundo y á Mercedes hasta tanto que hubieron desaparecido los dos amantes torciendo una de las esquinas del puerto de san Nicolás: volviéndose entonces reparó en Fernando que pálido y trémulo se habia dejado caer de nuevo sobre el banco, mientras que Caderousse balbuceaba la letra de una cancion báquica.

—Eh! señor mio, dijo Danglárs á Fernando, he ahí una boda que no creo sea de la aprobacion de todos.....

—Esa boda me desespera, dijo Fernando.

—Segun eso amais á Mercedes?

Digitized by Google

—La adoro entrañablemente desde que la conozco.

—Y os estais ahi quietecito, mesándoos los cabellos en vez de buscar remedio al mal? Qué diablo! no creia que los de vuestro pais se portasen de semejante modo.

—Y qué quereis hacerle?

—Qué se yó! Me importa á mi ese asunto? Sois vos ó yo el que está enamorado de Mercedes?.... El Evangelio dice: *Buscad y encontraréis.*

—Ya habia yo encontrado un buen medio.

—Cuál?

—Coser al *hombre* á puñaladas, pero la *mujer* me ha dicho que si le sucede alguna desgracia á su futuro, se matará.

—Bah! bah! esas cosas se dicen pero no se hacen.

—Vos no conoceis á Mercedes, caballero; todo lo ejecuta del modo que lo dice.

—Imbécil! murmuró Danglárs; que se mate ó nó que me importa con tal que Dantés no sea capitan?

—Y antes que Mercedes muera, continuó Fernando con el acento de la mas inmutable resolucion, moriré yo mismo.

—Bien por los enamorados! gritó Caderousse con una voz cada vez mas ronca à causa del vino.

—Veamos, dijo Danglárs, me pareceis un buen muchacho y lléveme el diablo si no quisiera daros algun consuelo, pero.....

—Si, dijo Caderousse, veamos.

—Querido, díjole Danglárs, tienes ya las tres

Digitized by Google

cuartas partes de una completa embriaguez; acaba la botella y estarás borracho por entero. Bebe, pues, y no te mezcles en nuestra conversacion, que para lo que estamos tratando nosotros se necesita estar sereno.

—Salimos, pues, ahora con que estoy borracho? Borracho, cuerpo de Cristo! cuando soy capaz de beberme cuatro de esas botellas que no son, por cierto, mayores que frascos de agua de Colonia..... Tio Pámfilo! vino!.... vino! tio Pámfilo!

Y para dar mas fuerza á la palabra, dió Caderouse un golpe sobre la mesa con el vaso que en la mano tenia.

—Ibais, pues, diciendo..... replicó Fernando que con avidez esperaba la continuacion de la interrumpida frase.

—No sé..... me lo ha hecho olvidar ese beodo de Caderousse con sus tonterías.

—Borracho! beodo! Bueno, bueno... lo que quieras!

Y al decir esto, Caderouse con un entusiasmo verdaderamente báquico, se puso á cantar la última estrofa de una cancion muy sabida:

Y á la muchacha bella
que hermosa y complaciente
apura una botella
de vino moscatel;
y al bebedor panzudo
alegre y narigudo,
ciñámosle corona,
corona de laurel.....

—Deciais, caballero, continuó Fernando, que

Digitized by Google

deseabais prestarme algun consuelo, pero... y aquí os interrumpió Caderouse.

—En efecto; ahora recuerdo..... Iba á añadir que para conseguirlo bastaría con que Dantés no se casase con la que amais, cosa que, en mi concepto, puede ser sin necesidad de la muerte de Edmundo.

—Solo la muerte puede separarlos.

—Discurris como un canibal, amigo mio, interrumpió de nuevo Caderousse, y aqui teneis á Danglárs que es un astuto, un truan, un Séneca en cuanto á sabiduría, el cual va á probaros con razones convincentes que haceis muy mal en obrar así. Vamos, Danglárs, pruébaselo, he salido garante de tí, ya lo ves! Pruébale que no es necesario que Dantés muera porque es un buen muchacho, como suele decirse, y sobre todo porque yo le quiero, le aprecio mucho, mucho... mucho! A la salud de Dantés!

Fernando se levantó con impaciencia.

—Dejadle hablar, repuso Danglárs conteniendo al catalan, á pesar de que, aunque está ébrio, no deja de tener razon. Creedme, amigo; la ausencia concluye todas las cosas tan bien como la muerte: figuraos, es no mas que una suposicion, figuraos que llegase á mediar entre Edmundo y Mercedes la pared de una cárcel; en este caso se hallarian separados como si hubiese una tumba de por medio.

—Sí, pero se puede salir de la cárcel, dijo Caderousse que apelando al resto de inteligencia que aun le quedaba, procuraba terciar en la conversacion, y una vez fuera de la cárcel, uno que se llame Edmundo Dantés sabe vengarse.

—Qué importa! murmuró Fernando.

Digitized by Google

—Además, continuó Caderousse, por qué motivo se ha de meter en la cárcel á Dantés? Él no ha robado, ni ha herido, ni ha asesinado.....

—Te callarás? dijo Danglars.

—No quiero callarme, no me dá la gana, quiero que se me diga porque se ha de poner preso á Dantés... Yo amo, aprecio, quiero á Edmundo... A la salud de Dantés.

Y echóse al coleto un nuevo vaso de vino. Danglárs quedó un momento observando en los trastornados ojos del sastre los rápidos progresos de la embriaguez; en seguida volviéndose hacia Fernando:

—Y bien! habeis comprendido? le dijo. No hay ninguna necesidad de matarle.

—Lo comprendo, si como habeis dicho, es posible hallar un medio para hacerle arrestar... Pero teneis vos ese medio?

—Si se buscaba bien, se encontraria, dijo Danglars, mas, quien diablos me manda mezclarme á mi en ese asunto? Bien mirado, que me importa?

—Yo no sé si os importa ó no, dijo Fernando cojiendole por un brazo, pero si sé que teneis algun motivo particular de odio contra Dantés, porque el que como yo lo abriga, no puede equivocarse sobre los verdaderos sentimientos de los demás.

—Yo! motivos de odio contra Dantés? os juro que no tengo ninguno. Os he visto desgraciado y me ha interesado vuestra posicion. He aqui la verdad, ni mas ni menos. Pero desde que creeis que mi conducta en este asunto tiene interesadas miras, he resuelto no volver á deciros una palabra. Quedad con Dios, amigo mio, y haced lo que mas os acomode.

Digitized by Google

Y Danglars hizo un movimiento como para marcharse.

—No, dijo Fernando deteniéndole, quedaos. Poco me importa al fin y al cabo que os intereseis ó no en la pérdida de Dantés. Por mi parte le aborrezco. Buscad un medio y queda á mi cargo el cuidado de ejecutarlo.

Caderousse, que habia dejado caer la cabeza sobre la mesa, la levantó y dijo, mirando á Fernando y á Danglars con ojos estúpidos.

—Matar á Dantés! Quien es el que habla aqui de matar á Dantés? Yo no quiero, no quiero que le mateis... es mi amigo... un buen amigo que esta misma mañana se ha ofrecido á partir conmigo su dinero como otros veces he partido el mio con él... Está dicho, no quiero que mateis á Dantés.

—Y quien dice semejante cosa, majadero? repuso Danglars. Solo se trata de una broma, de jugarle una burla. Bebe á su salud, añadió llenándole otra vez el vaso, y déjanos en paz.

—Si, si, á la salud de Dantés, dijo Caderousse agotando su vaso, á su salud!... á su salud!... y. .

Ciñamosle corona,
corona de laurel.

—Pero el medio?... el medio? preguntó Fernando.

—No le habeis hallado aun?

—No. Vos os habeis encargado de buscarle.

—Teneis razon, replicó Danglárs. Los franceses tienen esa superioridad sobre los españoles: vosotros meditais mucho las cosas; nosotros las inventamos.

Digitized by Google

—Pues inventad, dijo Fernando con impaciencia.

—Mozo! gritó Danglárs; pluma, papel y tintero.

—Pluma, papel y tintero! murmuró Fernando.

—En mi calidad de ajente de negocios la pluma, el papel y el tintero son mis instrumentos y nada sé hacer sin ellos.

—Pluma, tintero y papel! gritó á su vez Fernando.

—Aqui están, dijo el mozo depositando sobre la mesa los referidos objetos.

—Cuando uno reflexiona, dijo Caderousse dejando caer la mano sobre el papel, que con esto hay lo suficiente para matar à un hombre con mas seguridad é impunidad que si se le esperase al volver una esquina ó en las encrucijadas de un bosque para asesinarle! Por eso he tenido siempre mas miedo à una pluma, à una botella de tinta y à una cuartilla de papel que à la hoja de una espada ó al cañon de una pistola.

—El pícaro no està tan beodo como parece, dijo Danglars. Echadle, pues, de beber, Fernando.

Llenó Fernando el vaso de Caderousse y este, bebido como estaba, apartó la mano de encima del papel y la llevó al vaso. El catalan siguió el movimiento hasta que Caderousse, casi vencido por este nuevo ataque, depositó, ó mas bien, dejó caer el vaso sobre la mesa.

—Y bien! repuso el catalan viendo que el resto de razon que aun quedaba à Caderousse comenzaba á disiparse de resultas del último vaso de vino.

—Y bien! queria decir, contestó Danglárs, que si despues de un viaje como el que acaba de hacer Dan-

Digitized by Google

tés y en el cual ha hecho escala en Nàpoles y en la isla de Elba, le denunciase alguno al procurador del Rey como ajente bonapartista...

—Yo le denunciaré, yo! dijo vivamente el pescador.

—Si, pero en este caso se os haria firmar la declaracion y sufrir un careo con el denunciante. Estoy seguro que no me faltarian elementos para proveeros de pruebas con que pudieseis sostener vuestra acusacion, pero Dantés no ha de estar siempre preso, tarde ó temprano tendrá que ponersele en libertad y entonces, ay del acusador!

—Oh! dijo Fernando, precisamente esto es lo que mas deseo, que venga Dantés à pedirme una satisfaccion.

—Bueno, señor olvidadizo, bueno! Con que ya nada os importa Mercedes que os odiaria de muerte si tuvieseis la fatalidad de desollar, aunque no fuese mas que lijeramente, la epidermis de su adorado tormento?

—Teneis razon! contestó Fernando.

—Nada, nada, replicó Danglárs, hallàndose ya decidido á eso, seria mucho mejor tomar pacificamente una pluma, como yo lo hago, mojarla en tinta, y escribir con la mano izquierda para que la letra saliese desconocida, la siguiente denuncia.

Y juntando Danglars el ejemplo al precepto, escribió con la mano izquierda, y con una letra que en nada se parecia á la que comunmente usaba, las siguientes líneas que entregó á Fernando y que este leyó á media voz.

«Un amigo del trono y de la relijion se apresura

Digitized by Google

«á advertir al señor procurador del Rey, que el lla-
«mado Edmundo Dantés, segundo del buque mer-
«cante *Faraon*, llegado esta mañana de Smirna,
«despues de haber hecho escala en Nápoles y en
«Porto-Ferrajo, ha sido encargado por Murat de
«llevar una carta al usurpador y por este de en-
«tregar una al comité bonapartista de Paris.

«La prueba de su crímen se hallará infaliblemen-
«te procediendo á su arresto en razon á que la últi-
«ma de dichas cartas se encontrará en su poder, ó
«en casa de su padre, ó en su camarote á bordo del
«*Faraon*.»

—Ea, pues, continuó Danglárs, de esta manera vuestra venganza podria surtir su efecto sin necesidad de que nadie sospechase de vos y el negocio seguiria su rumbo solo. No habria mas que doblar la carta, como estoy haciendo, poner el sobre: *Al señor procurador del Rey*; y negocio concluido.

—Si, negocio concluido, esclamó Caderousse que por un postrer esfuerzo de su apagada inteligencia, habia estado oyendo la lectura y cuyo instinto le indicaba los desastres que podia acarrear una dela cion semejante, si, negocio concluido, pero negocio vil, infame, criminal.

Y alargó la mano para apoderarse de la carta.

—Pues como! dijo Danglárs; has tomado de veras todo lo dicho y hecho? He ahi lo que tiene el vino! Si no ha sido mas que una broma, una inocente broma. Yo seria quien mas que todos sentiria en estremo le sucediese algun percance á Dantés... Es tan buen muchacho! Y en prueba de que hablo seriamente, mira...

Digitized by Google

Y al llegar aqui, cojiendo la carta, la estrujó entre sus manos y la arrojó á un rincon.

—Que me place! dijo Caderouse, Dantés es mi amigo y no quiero que le causeis daño alguno.

—Pero quien diablos piensa en semejante cosa? Ni Fernando ni yo soñamos en ello, dijo Danglárs poniéndose en pié y dirijiendo una mirada al jóven, que continuaba sentado con los ojos fijos en el papel denunciador arrojado al suelo.

—Siendo así, replicò Caderousse, venga vino. Quiero beber á la salud de Edmundo y de la linda Mercedes!

—Aun no has bebido lo bastante, beodo? dijo Danglars. Si continuas te verás obligado á acostarte aqui pues tus piernas se negarán á sostenerte.

—Quiá! dijo Caderousse levantándose con la fatuidad de un beodo, decis que mis piernas no podrán sostenerme? Vaya una gracia! Apostaria ciento contra uno á que me atrevo á subir al campanario de la catedral sin tropezar ni una sola vez.

—Vaya, pues, dijo Danglárs, admito la apuesta, pero será para mañana, que lo que es hoy, hora es ya de retirarnos á casa; con qué dame el brazo y vámonos.

—Vámonos, si, contestó Caderousse, pero no admito tu brazo, porque maldita la falta que me hace tu apoyo. Eh! tu! Fernando! vienes con nosotros á Marsella?

—No, me vuelvo al barrio de los catalanes.

—Haces mal, muy mal. Vente con nosotros á Marsella, hombre! Vaya, vienes?

—Nada tengo que hacer en la ciudad y no quiero ir.

Digitized by Google

— No quieres? Bueno... Hágase tu gusto; yo soy muy amigo de la libertad; haga cada uno lo que mas le acomode. Vamos, pues, Danglárs, y dejemos al señorito que se vuelva á los catalanes, ya que asi lo quiere.

Danglars aprovechó aquel momento de buena voluntad de Caderousse para conducirle á Marsella, solamente que para dejar libre á Fernando el camino mas corto, en lugar de volverse por el muelle de la orilla nueva, lo verificó por la puerta de S. Victor. Caderousse le seguia bamboleándose y cojiéndose á su brazo de tanto en tanto: apenas habrian andado unos veinte pasos, volvió Danglárs la cabeza y vió á Fernando, precipitarse sobre el papel y metèrselo en el bolsillo; luego le vió tambien salirse precipitadamente del cobertizo dirijiéndose por el lado de Pillon.

— Calle! dijo de pronto Caderousse. Que es lo que hace? Nos ha engañado; nos ha dicho que se iba á los catalanes y se dirije en línea recta á la ciudad... Hola! eh!

— Quien va equivocado eres tú, que ves las cosas al reves. No reparas que sigue en derechura el camino de las *Vieilles Infirmeries*?

— En efecto, contestó Caderousse; hubiera jurado que habia torcido hacia la derecha. Bien dicen que el vino hace distinguir mal los objetos y esto que hoy no he bebido mucho.

— Pues señor, dijo para consigo Danglárs; la cosa se halla colocada en buen camino y no hay mas que dejarla marchar por si sola.

Digitized by Google

Digitized by Google

5.

EL CONVITE DE ESPONSALES.

Puro y sereno amaneció el dia siguiente á los sucesos que acabamos de describir. Levantóse el sol brillante y resplandeciente, y sus primeros rayos de un rojo purpúreo, colorearon con variados y diversos matices las espumosas crestas de las oscilantes olas.

Habia sido preparada la comida en el primer piso de la *Reserva*, en cuyo cuarto bajo se hallaba el cobertizo, que hemos ya dado á conocer á nuestros lectores, y á cuya sombra tuvo lugar el precedente capítulo. La mesa estaba colocada en un

Digitized by Google

espacioso salon que recibia luz por cinco ó seis ventanas, sobre cada una de las cuales, —raro capricho por cierto! —veiase escrito el nombre de las principales ciudades de la Francia. Una tosca balustrada de madera, como el resto del edificio, adornaba cada una de las indicadas ventanas.

Aunque la comida, conforme se habia anunciado, no debia tener lugar hasta medio dia, sin embargo, ya desde las once paseaban por el salon algunos de los convidados, midiendo á largos pasos y con impaciencia la estancia en que debia celebrarse el convite. Eran estos los marinos del *Faraon* junto con algunos soldados amigos de Dantés, todos ellos adornados con sus mejores trajes y luciendo sus mas vistosas galas, deseosos de honrar debidamente á los novios. Circulaba entre los convidados la noticia de que los armadores del *Faraon* honrarian con su asistencia la comida de boda de su segundo, pero era este un honor tan estimable, que casi nadie se atrevia à creer en él. Con todo, cuando llegó Danglárs, acompañado de Caderousse, confirmó à su vez la noticia, apoyàndose en que habia visto por la mañana al mismo señor Morrél, el cual le habia dicho que iría à comer à la *Reserva*.

Efectivamente; algunos momentos despues, verificó el señor Morrél su entrada en el salon, siendo recibido con repetidas y unànimes aclamaciones por los marinos del *Faraon*. La presencia del armador era para ellos la confirmacion del vago rumor que desde el arribo del *Faraon* circulaba de boca en boca, de que Dantés seria nombrado su capitan, y

Digitized by Google

como este era muy querido y estimado à bordo, manifestaban con tales demostraciones aquellos honrados marineros su gratitud al armador por un nombramiento que, por feliz casualidad, estaba en armonía con los deseos de sus subordinados.

Apenas entràra el señor Morrél, cuando, por unanimidad, se comisionó à Danglàrs y à Caderouse para ir á noticiar al novio la llegada del importante personage, cuya presencia tan viva y agradable impresion habia producido. Danglárs y Caderousse partieron á toda prisa, mas apenas habrian dado unos cien pasos, cuando, muy cerca del almacen de pólvora, encontraron un grupo que se acercaba.

Componíase este de cuatro jóvenes catalanas amigas de Mercedes que acompañaban á la novia á quien daba el brazo Edmundo; junto á ella iba Dantés el padre y detras caminaba Fernando, entreabiertos sus labios por una sonrisa amarga y de mal agüero. Ni Mercedes ni Edmundo reparaban en esa sonrisa, porque era tanta su felicidad que no se veian mas que á sí mismos y al cielo puro y despejado que parecia bendecir el lazo santo que iban á contraer.

Danglárs y Caderousse hicieron presente el objeto de su mision y despues de haber apretado cordialmente la mano á Edmundo, en señal de sincera amistad, fueron á colocarse, el primero junto á Fernando, el segundo junto al viejo Dantés, objeto de la atencion general. El anciano vestia una casaca de tafetan, ornada de grandes y relucientes botones de acero de primorosa labor; cubrian sus

Digitized by Google

piernas, delgadas aunque robustas y vigorosas, unas medias de algodon con listas, que olian de lejos á contrabando inglés; de su sombrero tricornio colgaban una porcion de lazos y cintas blancas y azules que ondeaban graciosamente impulsadas por un viento suave, y apoyábase, por último, en un baston de madera grueso y de encorbado puño muy parecido al *pedum* de los antiguos.

A su lado, como dijimos ya, se colocó Caderousse, á quien la esperanza de un opíparo convite habia acabado de reconciliar con los Dantés, y á quien quedaba en la memoria un recuerdo vago de los sucesos de la víspera, á la manera que al despertar uno por la mañana se le presenta á su embrollada imaginacion un recuerdo confuso de los objetos que en su sueño ha visto. Danglárs, al aproximarse á Fernando, lanzó sobre el deshauciado amante una mirada profunda é investigadora. Caminaba este detrás de los futuros esposos, pálido y encendido alternativamente, segun las distintas impresiones que le comunicaba el semblante de Mercedes, que olvidada de él y con ese juvenil y hechicero egoismo del amor, solo tenia ojos para mirar á su Edmundo. De vez en cuando dirijía su vista á Marsella y entonces un temblor involuntario y nervioso estremecia cruelmente todos sus miembros. Fernando, al parecer, esperaba ó presentia algun notable acontecimiento.

Dantés no podia estar vestido mas elegante y sencillamente. Como pertenecia á la marina mercante, llevaba una casaca que muy bien podia admitirse como término medio entre el uniforme de los mi-

Digitized by Google

litares y el traje de los paisanos; su fisonomía, interesante siempre y candorosa, participaba, sin embargo, en aquel momento de una tan dilatada espresion de placer, que hacia resaltar mucho mas su natural belleza. Mercedes, bella como una de esas griegas de Chipre ó de Ceos, las de ojos de ébano y labios de coral, caminaba y se movia con ese paso libre y franco, con esa sin igual soltura y voluptuoso desembarazo de las hijas de Andalucía. Una jóven de la ciudad tal vez hubiera ocultado el fuego que sus miradas despedian bajo el ancho velo que flotante se deslizaba á lo largo de sus espaldas, ó á lo menos bajo el velo natural que Dios le diera en las finas pestañas de sus seductores párpados, pero Mercedes, ajena á otra coquetería que á la puramente peculiar á todas las mujeres lindas, se sonreia sin doblez mirando á todos los que la rodeaban, y diciendo con su sonrisa y su mirada: «Si sois verdaderamente mis amigos, tomad parte en el gozo que me enajena, porque me conceptúo actualmente la mas feliz de las mujeres.»

Luego que los de la *Reserva* divisaron á los novios y á su comitiva, bajó el señor Morrél y se apresuró á salirles al encuentro, seguido de los marineros y soldados que habian permanecido con él, y á los cuales renovára la promesa, hecha anteriormente á Dantés, de que este seria el sucesor del capitan Leclerc. Al verle acercarse, abandonó Edmundo el brazo de su amada cediéndole al señor Morrél. El armador y la jóven rompieron entonces la marcha y subieron los primeros la escalera de madera que conducia al salon, en que estaba pre-

Digitized by Google

parada la mesa, y cuyo pavimento crujió por espacio de cinco minutos bajo la pesada planta de los convidados.

—Padre mio, dijo Mercedes, colocándose en el centro de la mesa, vos á mi derecha; á mi izquierda quiero colocar al que siempre ha hecho por mí las veces de un cariñoso hermano.

Y dijo esto con tal dulzura que su acento penetró como la aguda punta de un puñal hasta lo mas recóndito del corazon de Fernando. Los labios de este palidecieron y bajo la morena tez de su rostro varonil pudo observarse como se retiraba poco á poco la sangre para ir á agolparse en su corazon. Dantés habia seguido entretanto el ejemplo de su amada; colocó á su derecha al señor Morrél y á su izquierda á Danglárs y en seguida hizo una señal á los convidados para que cada uno de ellos se sentase donde mejor le pareciese.

Empezaron, de allí á poco, á circular sobre la mesa los ricos salchichones de Arlés, de carne oscura y de olor muy vivo; las sabrosas langostas, de dorada y reluciente coraza; los apetitosos erizos, que se parecen á las castañas cuando están envueltas aun en su punzante cubierta; las truchas que los gastrónomos del Mediodia pretenden ser superiores á las ostras del Norte; y en fin otra porcion de manjares á cual mas gustoso y delicado.

—Magnifico silencio! dijo el anciano Dantés saboreando un vaso de vino limpio y transparente como el topacio: quien diria que se hallan aqui reunidas treinta personas que solo desean broma y diversion?

Digitized by Google

—Es que no siempre está uno de humor para bromas, dijo Caderousse.

—El hecho es, dijo Edmundo, que me encuentro demasiado feliz para estar bromista, y si habeis querido dar á entender, mi querido vecino, que el gozo produce á veces el mismo efecto que una pena, á fe que no os engañais, porque oprime como el dolor.

— Vamos, vamos, amigo Edmundo, dijo Danglárs, observando á Fernando cuyo carácter impresionable se descubria á cada emocion, no os quejeis de la suerte porque todo os va saliendo á pedir de boca como quien dice.

— Justamente es eso lo que me hace temer, porque me parece que no ha nacido el hombre para alcanzar à tan poca costa su felicidad. La felicidad es como uno de esos palacios de las islas encantadas, que nos pintan guardados por tigres y leones; para conquistarles es preciso combatir, y á decir la verdad no sé yo que obstàculos he debido vencer para alcanzar la mano de Mercedes.

— Su mano! su mano! dijo Caderousse sonriendo, todavia no, mi capitan, y si no, prueba hacer el papel de marido y verás como te se recibe.

Mercedes se sonrojó.

Entretanto, agitàbase Fernando en su asiento, temblaba al menor ruido y à cada momento enjugaba las gotas de sudor que surcaban su frente cual las primeras gotas de la lluvia de cercana tempestad.

— A fé mia, vecino Caderousse, dijo Dantés, que poco errado anduvisteis en vuestra broma. Ver-

Digitized by Google

dad es que Mercedes no es aun mi esposa, pero lo será, añadió sacando su reloj, dentro de hora y media.

Todos los concurrentes dieron un grito de sorpresa á escepcion de Dantés, el padre, cuya sonora carcajada descubrió una dentadura blanca y hermosa todavía á pesar de los años. Fernando estrujó convulsivamente el mango de su cuchillo.

— Dentro de hora y media! dijo Danglars palideciendo; y como es eso?

— Si, amigos mios, continuó Dantés, gracias al crédito del señor Morrél, persona à quien, despues de mi padre, debo mas consideraciones en este mundo, se han allanado todas las dificultades. Hemos alcanzado todas las licencias indispensables para este asunto, y á las dos y media nos espera el *maire* en la casa de la municipalidad. De consiguiente, como el reloj señala la una y cuarto, creo no aventurar gran cosa cuando digo que dentro de hora y media se llamará Mercedes la señora Dantés.

Fernando cerró los ojos: una nube de fuego quemó sus mejillas, apoyóse sobre la mesa para no caer desmayado y á pesar de sus violentos esfuerzos, no le fué posible ahogar un sordo y prolongado suspiro que se perdió entre las carcajadas y felicitaciones de los concurrentes.

— Eso, eso se llama trabajar con actividad sin desperdiciar el tiempo, dijo el padre Dantés; llegar ayer mañana y casarse hoy á las tres de la tarde.... eh! que os parece?

— Pero y las demàs formalidades? se atrevió á

Digitized by Google

decir tímidamente Danglárs. El contrato?... las escrituras?

— El contrato? contestó riéndose Dantés, el contrato está hecho mucho tiempo há. Mercedes no tiene nada, yo tampoco, es decir, que ambos llevamos por todo caudal al matrimonio nuestras personas en el estado que se hallan: ya veis que para esto no es necesario escribir mucho ni pagar grandes derechos.

Esta broma provocó una nueva esplosion de aplausos.

— Con qué, segun eso, dijo Danglárs, lo que teniamos por comida de esponsales, es en realidad un convite de boda?

— No, eso no, replicó Dantés; mañana al amanecer parto á París; cinco dias de ida y cinco de vuelta; un solo dia, indispensable para evacuar en la corte la comision que allí me conduce, y el 12 de marzo estoy de vuelta: para el 13 de este mismo mes anuncio desde ahora la comida de boda.

La perspectiva de un nuevo festin redobló de tal manera la bulliciosa alegría de los asistentes, que Dantés el padre, que al principio se quejára del escesivo silencio, se esforzaba entonces en vano para que fuera oido su brindis á la salud y prosperidad de los esposos. Edmundo adivinó el pensamiento de su padre y contestó con una espresiva sonrisa de filial cariño. Mercedes que dió una ojeada al péndulo del salon, hizo disimuladamente un signo á Edmundo para indicarle que era ya la hora. Reinaba entonces entre los convidados ese júbilo atronador y esos ademanes y brutal franqueza pe-

Digitized by Google

culiar à las gentes de baja esfera al hallarse al fin de la comida. Los que no estaban muy satisfechos del sitio que en la mesa ocupaban, se habian levantado y buscaban vecinos mas de su gusto. Todos hablaban à lo vez y nadie se ocupaba en contestar à lo que le decia su interlocutor, sino à sus propios pensamientos. La palidez de Fernando parecia haberse trasladado à las mejillas de Danglárs que estaba inquieto, ajitado, convulso; en cuanto al infortunado amante parecia no hallarse en este mundo, semejante à un condenado que se hunde poco à poco en un estenso lago de fuego. Habia sido el primero en levantarse y se paseaba á lo largo de la habitacion procurando aislar su oido de la gritería de las canciones y del ruidoso choque de los vasos y botellas. Caderousse se le acercó en el momento en que Danglárs, de quien huia al parecer, se le habia reunido en un ángulo del salon.

— En verdad sea dicho, esclamó Caderousse, á quien los finos obsequíos de Dantés, y sobre todo el vino del tio Pámfilo, habian alejado los restos de encono, cuyos gérmenes arrojára en su pecho la inesperada felicidad de Edmundo, en verdad sea dicho que Dantés es un escelente muchacho, y cuando le veo tan feliz y dichoso al lado de su querida, no puedo menos de entristecerme al pensar en la cruel burla que queriais jugarle ayer.

— Ya has visto, pues, que aquella broma no ha tenido consecuencia alguna, replicó Danglárs. Ese pobre Fernando se hallaba tan aflijido que en los primeros momentos le tuve lástima, pero desde el instante mismo en que lo ví dispuesto á tomar la

Digitized by Google

cosa con seriedad, varié de plan. Fernando lo conoció tambien así por último y abandonamos nuestros proyectos.

Caderousse miró á Fernando; estaba lívido.

— Y el sacrificio es tanto mas violento, continuó Danglárs, en cuanto la jóven es bellísima. Voto á tal! Cuán afortunado es mi futuro capitan! Por muy contento me daria si pudiese llamarme Dantés por solo doce horas.

— Vámonos? preguntó Mercedes con su vocecita dulce y encantadora. — Están dando las dos y nos aguardan á las dos y cuarto.

— Sí, sí, vamos, dijo Dantés levantándose con viveza.

— Vámonos, vámonos, repitieron á una todos los convidados.

Fernando estaba en aquel momento apoyado en el antepecho de una ventana: Danglárs que no le quitaba el ojo de encima, le vió de pronto levantarse casi maquinalmente, abrir los ojos con espanto y volver á caerse cruzado de brazos sobre el punto mismo en que antes se apoyaba.

Casi al mismo tiempo oyóse un sordo rumor en la escalera cuyo maderaje retemblaba como oprimido por el peso de muchas personas, y el eco de varias voces unido á un confuso choque de armas, vino á dominar la bulliciosa alegría de los convidados y á atraer la atencion general que no tardó en mostrarse por un silencio inquieto y temeroso. Fuese acercando el ruido, sonaron tres golpes en la puerta y los concurrentes cambiaron recíprocas miradas de admiracion y sobresalto.

Digitized by Google

— En nombre de la ley! gritó una voz sonora y penetrante.

Nadie contestó.

Abrióse en seguida la puerta, y un comisario, ceñida su faja, entró en el salon seguido de cuatro soldados y un cabo. La inquietud cedió entonces su plaza al terror.

— Qué se os ofrece? preguntó el señor Morrél saliendo al encuentro del comisario á quien conocia: sin duda, caballero, hay aqui una mala intelijencia.

— Si hay mala intelijencia, señor Morrél, contestó el comisario, contad con la mas pronta reparacion. Entretanto, sabed que soy portador de una órden de arresto, y, aunque con disgusto, fuerza me es cumplir con mi deber.

— Quién de vosotros, señores, se llama Edmundo Dantés?

Fijáronse las miradas de todos en el jóven que muy conmovido pero sin perder su dignidad se adelantó un paso á los demas y dijo:

— Soy yo; que se os ofrece, caballero?

— Edmundo Dantés, contestó el comisario, en nombre de la ley, quedais arrestado.

— Me arrestais! dijo Edmundo palideciendo lijeramente; pero por que motivo?

— Lo ignoro, caballero, pero la declaracion indagatoria os lo dará seguramente á conocer.

El señor Morrél conoció desde luego que no habia remedio contra la inflexibilidad de las circunstancias: un comisario ceñido con su faja no es un hombre, es la estátua de la ley, fria, sorda, muda. El viejo por el contrario, se precipitó hácia el

Digitized by Google

comisario: hay cosas que el corazon de un padre ó de una madre no sabe nunca comprender. Rogó, suplicó; sus lagrimas y sollozos nada pudieron alcanzar: fué, empero, tan grande su desesperacion que el comisario se conmovió.

— Caballero, le dijo, tranquilizaos, tal vez vuestro hijo habrá olvidado alguna formalidad para con lo aduana ó sanidad, y es muy probable que en cuanto haya indicado lo que se trata saber de él será puesto en libertad.

—Qué significa esto? preguntó Caderousse, frunciendo las cejas, á Danglárs que demostraba la mayor sorpresa.

— Qué sé yo? hago lo que tú; veo lo que pasa, no comprendo nada, y me pierdo en conjeturas.

Caderousse buscó con la vista á Fernando: habia desaparecido.

La escena de la víspera se presentó entonces por completo á la imajinacion de Caderousse, en toda su espantosa realidad. Hubiérase dicho que la realizacion de la catástrofe acababa de rasgar el velo que la embriaguez del dia anterior interpusiera entre su voluntad y su memoria.

— Oh! oh! dijo con ronca voz, serian estas las consecuencias del chasco que combinabais ayer, Danglars? En tal caso, maldito quien lo ha puesto en ejecucion, porque es negocio demasiado triste!

— No por cierto! esclamó Danglárs, porque demasiado sabes que rasgué el papel.

— Es falso; no lo rasgaste; replicó Caderousse, lo que hiciste fué estrujarle y arrojarlo á un rincon: eso es lo cierto.

Digitized by Google

— Cállate, tu nada pudiste ver porque estabas borracho.

— Donde está Fernando? preguntó Caderousse.

— Lo se yo por ventura? habrá salido probablemente. Pero ¿no valdria mas que en lugar de estar charlando procuráramos prestar algunos socorros á esos pobres aflijidos?

En efecto, mientras este diálogo, Dantés siempre con la sonrisa en la boca se habia ido despidiendo de sus amigos y dando un beso en la frente de su Mercedes, se dió á prision, diciendo:

— Tranquilizaos; es una equivocacion que se aclarará luego y es regular que ni aun llegue á la cárcel.

— Oh! es muy probable; estoy casi cierto de ello dijo Danglárs, que en este momento se acercaba como hemos dicho ya, al grupo principal.

Bajó Dantés la escalera precedido del comisario de policia y rodeado de soldados. Un carruaje, cuya portezuela estaba entreabierta esperaba á la puerta; subieron á él el preso, dos soldados y el comisario, y cerrada la portezuela el coche emprendió el camino de Marsella.

— Adios, Dantés! adios Edmundo! esclamó Mercedes con casi todo el cuerpo fuera de la ventana.

El preso oyó esta última despedida salida del desgarrado corazon de su novia como un gemido de dolor, sacó pues la cabeza por la ventanilla y esclamó:

— Hasta la vista, Mercedes!

Y desapareció en uno de los ángulos del fuerte de san Nicolás.

— Esperadme todos aquí, dijo el armador, voy

Digitized by Google

á tomar el primer carruage que encuentre, me dirijo á Marsella y vuelvo á traeros noticias.

— Marchad, gritaron todos á una, marchad y volved pronto, muy pronto.....!

Despues de su partida hubo un momento de terrible estupor entre los que habian quedado allí. El anciano Dantés y Mercedes quedaron por algun tiempo ensimismados cada uno en su propio dolor. Mas luego se encontraron sus miradas, se reconocieron víctimas de un mismo golpe y se arrojaron en los brazos uno de otro. Durante este intermedio entró de nuevo Fernando, llenó un vaso de agua que bebió de un sorbo y se sentó en una silla. Quiso la casualidad que esa silla estuviera inmediata á la en que cayó Mercedes cuando se desprendió de los brazos del anciano: Fernando, por un movimiento mas rápido que el pensamiento apartó su silla.

— Es él, dijo Caderousse á Danglárs, que no perdia de vista al catalan.

— No lo creo, contestó este, es demasiado necio. De todos modos, caiga el golpe sobre la cabeza de su autor.

— Pero tu no haces mencion del que le aconsejó dar ese paso, dijo Caderousse.

— Toma! contestó Danglárs, si fuese uno á quedar responsable de todo lo que se dice inadvertidamente.....

— Ya se ve que si, cuando lo que uno dice inadvertidamente tiene resultados funestos.

Durante este coloquio, los diferentes grupos comentaban á su modo y de diversa manera la prision de Dantés.

Digitized by Google

— Y vos Danglars, dijo uno que opinais sobre este suceso?

— Yo! contestó, creo que habrá traido algunos fardos de contrabando.

— Pero á ser así, deberiais saberlo vos, Danglárs, vos que sois contador del buque.

— Es verdad: pero el contador no tiene conocimiento sino de los fardos que van declarados en el manifiesto. Lo único que sé es que cargamos de algodon, y no hay mas; que tomamos el cargo en Alejandría en la casa Pastret, y en Smirna, en la casa Pascal: no hay mas sobre que preguntarme.

—¡Oh! ahora recuerdo, dijo el infeliz padre procurando renovar antiguas ideas, ahora recuerdo que ayer me dijo que traia un cajon de café y otro de tabaco.

— Pues siendo así, fuera dudas, dijo Danglárs; eso ha de ser: durante nuestra ausencia los aduaneros habrán reconocido el *Faraon* y descubierto el pastel.

Mercedes no daba importancia ninguna á estas suposiciones: habiendo reprimido hasta entonce su dolor, prorrumpió repentinamente en sollozos.

— Vamos! vamos! no hay que desesperar! dijo el viejo Dantés sin saber casi lo que se decia.

— Esperanza! repuso Danglárs.

— Esperanza! procuró articular Fernando; pero esta palabra le ahogaba, ajitáronse sus lábios y no pudieron pronunciar ningun sonido.

— Señores! esclamó uno de los convidados que estaba de observacion en la ventana, señores, un

Digitized by Google

coche..... Ah! es el señor Morrél! ánimo! ánimo! sin duda nos trae buenas noticias.

Mercedes y el anciano corrieron al encuentro del armador á quien encontraron en la puerta: el señor Morrél estaba pálido y trastornado.

— Y bien! gritaron todos á una.

— Amigos mios, contestò el armador moviendo la cabeza, la cosa es mas grave de lo que creiamos...

— Oh! señor! esclamó Mercedes, está inocente.

— Lo creo muy bien, contestò el señor Morrél, pero se le acusa.

— De què? preguntò el viejo Dantès.

— De ajente bonapartista.

Los lectores que hayan presenciado la època en que pasa esta historia, recordarán cuan terrible era la acusacion que acababa de mentar el señor Morrél. Mercedes diò un grito, el anciano se dejò caer sobre una silla.

— Ah! murmuró Caderousse, me has engañado, Danglárs, la chanza se ha convertido en realidad. Pero yo no quiero, no puedo permitir que mueran de dolor ese pobre viejo y esa inocente jóven: voy á decírselo todo.

— Cállate, desdichado! esclamó Danglárs, cojiendo á Caderousse por la mano, cállate, ó no respondo de tí. Quien te ha dicho que Dantès no es culpable? La embarcacion ha tocado en la isla de Elba; él saltó á tierra, y pasó un dia entero en Porteferrajo. Si encuentran en su poder algun escrito que pueda comprometerle, los que le apoyen serán tenidos por cómplices.

Digitized by Google

Caderousse, con el rápido instinto del egoismo, comprendió la fuerza de esta observacion. Miró á Danglárs con ojos atontados por el miedo y por el dolor, y por cada paso que diera hácia delante dió dos hácia atrás.

— Esperemos pues! dijo entre dientes.

— Si, esperemos, dijo Danglárs, si está inocente será puesto en libertad: si culpable es por demas comprometerse por un conspirador.

— Pues entonces vámonos, no puedo quedar aqui por mas tiempo.

— Si, vamos dijo Danglárs muy satisfecho de encontrar quien le acompañase en su retirada, vamos y dejémoslos que se arreglen como puedan.

Partieron en efecto. Fernando, siendo otra vez el único apoyo de la jóven, tomó á Mercedes por la mano y la condujo al barrio de los Catanes. Los amigos de Dantès hicieron lo propio con el anciano, aunque en direccion opuesta, llevándosele casi desmayado. Poco tardó en esparcirse por toda la ciudad la nueva de que Dantés habia sido preso por ajente bonapartista.

— Hubierais imajinado jamás lo que pasa, mi querido Danglárs? dijo el señor Morrél juntándose con su ajente de negocios y con Caderousse, porque tambien volvia muy de prisa á la ciudad á fin de saber nuevas ciertas de Edmundo, por medio del substituto del procurador del rey, el Sr. de Villefort con quien tenia algun comocimiento, lo hubierais imajinado jamás?

— Que diantre, señor! contestó Danglárs; ya os dije que Dantès, sin ninguna necesidad habia toca-

Digitized by Google

do en la isla de Elba, y esto, ya sabeis que siempre me pareció sospechoso en alto grado.

— Habriais comunicado acaso vuestras sospechas á otro que á mí?

— Guardaríame muy bien de ello, señor, añadió Danglárs bajando de tono; ya sabeis que á causa de vuestro tio, el Sr. Policarpo Morrél, que ha servido con el desterrado, y que no oculta su modo de pensar, se os tiene tambien en opinion de bonapartista, y hubiese temido el que haciendo á Edmundo un daño no hubiese caido de rechazo sobre vos. Hay algunas cosas de que está uno obligado á dar parte á su armador y que debe ocultar muy cuidadosamente á los demas.

— Bien, Danglárs, bien, dijo el armador, sois un jóven escelente; tambien me habia ocupado de vuestra suerte cuando pensé nombrar al pobre Dantés capitan del *Faraon*.

— Como, señor?

— Si, si; ya le habia preguntado á Dantés en que opinion os tenia y si tendria alguna repugnancia en que quedárais en viestro destino, pues yo no sé porque me habia parecido haber notado entre los dos cierta frialdad.

— Y que os contestó?

— Que efectivamente habiais tenido alguna cuestion en cierta circunstancia que no refirió, pero que la persona en quien el armador depositára su confianza siempre obtendria la suya.

— Hipócrita! murmuró Danglárs.

— Pobre jóven! dijo Caderousse; lo cierto es que era un escelente muchacho.

Digitized by Google

—Si, pero entretanto, dijo Morrél, el *Faraon* se ha quedado sin capitan.

—Oh! dijo Danglárs; podemos aun esperar, puesto que no volveremos á hacernos á la vela hasta de aqui á tres meses, y para entonces Dantés habrá sido puesto en libertad.

—No hay duda; pero y durante este intermedio?

—Y bien; entretanto no estoy yo aqui, señor Morrél? dijo Danglárs; ya sabeis que conozco la maniobra de un buque tan bien como el mejor capitan despues de largos años de práctica. Aun el serviros de mí interinamente os será ventajoso, puesto que asi cuando Edmundo salga en libertad no tendreis que agradecer nada á nadie: el se hará cargo de su destino, yo del mio, y estaremos corrientes.

—Gracias Danglárs, dijo el armador; es un escelente medio que concilia todos los estremos. Tomad el mando del buque, os autorizo para ello; vigilad la abertura de escotillas y consiguiente descarga, pues por acontecimientos que sobrevengan á los individuos que tripulan el buque no deben jamas sufrir menoscabo los negocios.

—Quedad tranquilo señor... No podremos siquiera ver al pobre Edmundo?

—Muy luego podré contestar á esa pregunta, Danglárs. Procuraré hablar con el Sr. de Villefort é intercederé con él en favor del preso. Ya sé que es un realista acérrimo, pero qué diablo! aunque realista y procurador del rey, es hombre, y no le creo duro de corazon.

—No, dijo Danglárs; pero tengo entendido que es algo ambicioso y esto es un equivalente.

Digitized by Google

—En fin, dijo el señor de Morrél ahogando un suspiro, veremos; id á bordo, luego iré yo. Y se despidió de los dos amigos para dirijirse al tribunal.

—Lo ves? dijo Danglárs á Caderousse, ves el giro que toma este negocio? perseveras aun en la idea de defender á Dantés?

—No por cierto, pero no deja de ser terrible que una chanza tenga semejantes consecuencias.

—Qué diantre! quien lo ha hecho? no creo seamos tú ni yo; es Fernando. Tú sabes muy bien que en cuanto á mí, arrojé el papel á un rincon, y hasta creo haberlo rasgado.

—No, no, ¡oh! en cuanto á eso, estoy seguro: yo le ví en el rincon del cobertizo magullado, estrujado, y daría no sé qué porque estuviese aun allí mismo donde le ví!

—Y qué quieres? Fernando lo recojería, lo habrá copiado ó hecho copiar, ó tal vez no se habrá tomado tanta molestia; y quién sabe, Dios mio! si habrá enviado mi mismo escrito. La fortuna es que tuve ya la precaucion de desfigurar mi letra.

—Pero sabias tú acaso que Dantés conspiraba?

—Yo no sabia nada. Como te dije, creí jugarle una chanza y nada mas.

—El resultado es el mismo, repuso Caderousse, daría la mitad de mi fortuna porque este caso no hubiese acontecido, ó á lo menos por no verme mezclado en él; ya verás como no dejará de acarrearnos algun disgusto, Danglárs.

—Si alguno ha de tenerlo, será el verdadero culpable, que lo es Fernando, y no nosotros. Que quieres que nos suceda? Lo que nos conviene es estar-

Digitized by Google

nos muy quietos sin hablar palabra de todo ello; y pasará la tempestad sin que caiga el rayo.

—*Amen*! dijo Caderousse, despidiéndose de Danglárs y dirijiéndose hacia la calle de Meillan, con la cabeza baja y hablando á solas como hombre fuertemente preocupado.

—Bueno, dijo Danglárs, las cosas toman el jiro que yo habia previsto; héteme aqui capitan interino, y si ese imbécil Caderousse puede callarse, capitan efectivo. Solo hay el riesgo de que la justicia suelte á Dantés.... Oh! añadió sonriendo, pero, la justicia es justicia, y no desmentirá en tal ocasion la idea que de ella me he formado.

En esto saltó á una lancha dando órden para dirijirse al *Faraon*, donde, como hemos dicho, habia quedado citado con el señor Morrél.

Digitized by Google

6.º

EL SUBSTITUTO DEL PROCURADOR DEL REY.

En la calle de Grand-Cours, frente la fuente de Medusa, en una de esas casas antiguas de aristocrática arquitectura, debidas al génio de Pujet, se celebraba en el mismo dia y á la misma hora otro convite de esponsales. No habia mas diferencia sino que los actores de esta otra escena, en vez de pertenecer á las filas del pueblo, como marineros y soldados, eran todos de lo mas selecto y mas aristocrático de Marsella. Hallábanse alli reunidos antiguos majistrados, que dimitieran sus cargos en tiempo del usurpador, antiguos oficiales que habian desertado del ejército francés para servir á las órdenes

Digitized by Google

de Condé, jóvenes educados al lado de sus familias, inseguras todavia acerca su suerte, apesar de los cuatro ó cinco reemplazos que habian costeado por ellos, en odio á ese hombre á quien cinco años de destierro habian de hacer un mártir y quince de restauracion un Dios!

Daban pábulo á la conversacion, ya de sí bastante animada, todas las pasiones de la época, pasiones tanto mas terribles, vivas y encarnizadas en el mediodia, cuanto que los odiosos religiosos elaborados durante el largo período de cinco siglos, habian venido á prestar su ayuda á los odios y rencores políticos.

El emperador, rey tan solo de la isla de Elba, despues de haber sido soberano de una gran parte del mundo; aquel emperador que se veia entonces reducido á gobernar una poblacion de veinte y cinco mil álmas, cuando oyera poco antes el grito de *viva Napoleon!* repetido por ciento veinte millones de súbditos y en diez idiomas distintos; aquel hombre, en fin, era considerado alli, como muerto ya para la Francia y para el trono: los magistrados ponderaban sus deslices políticos; los militares hablaban de Moscow y de Leipsik; las mujeres de su divorcio con Josefina. Parecíales á aquella gente henchida de gozo y triunfante, no por la caida del hombre, sino por la ruina de los principios, que la vida empezaba para ellos y que despertaban de un angustioso sueño.

Un anciano condecorado con la cruz de San Luis, levantándose propuso un brindis á sus convidados á la salud del rey Luis XVIII; era el marqués de

Digitized by Google

Saint-Méran. Al oirse aquel *toast* que recordaba á la vez al desterrado de Hartwell y al rey pacificador de la Francia, la aclamacion fue unánime, levantáronse en alto los vasos al estilo inglés, las señoras deshicieron sus ramilletes y cubrieron de flores los manteles; el entusiasmo rayaba en poético, la alegria en delirio.

—Forzoso les fuera confesar, dijo la marquesa de Saint-Méran, mujer de altiva mirada, delgados labios, talento aristocrático, pero elegante todavia á pesar de sus cincuenta años, forzoso les fuera confesar á todos esos revolucionarios que nos espulsaron y á quienes dejamos á nuestra vez conspirar muy tranquilamente en nuestros antiguos castillos que compraron por un mendrugo de pan en la época del terror, que el verdadero entusiasmo nos pertenece, porque nosotros nos adherimos á la monarquía vacilante, interin ellos, por el contrario, adulaban al sol naciente é improvisaban su fortuna mientras nosotros perdiamos la nuestra; habrian de convenir tambien en que nuestro rey era verdaderamente para nosotros Luis el *muy amado*, mientras que el usurpador para ellos no ha sido mas que Napoleon el maldito: No es así, Villefort?

—Qué decís, señora marquesa?.... respondió el jóven á quien se acababa de dirijir la palabra. Dispensadme, no estaba en la conversacion.

—Vaya, dejad á los jóvenes, marquesa, repuso el viejo que promoviera la cuestion. Considerad que van á casarse, y es muy natural que sus conversaciones versen sobre objetos muy distintos de la política.

Digitized by Google

—Os pido mil perdones, mamá, dijo una hermosa jóven de blondos cabellos y rasgados ojos de ébano. Os devuelvo al señor de Villefort á quien por un instante habia tomado por mi cuenta. Señor de Villefort, mi madre os dirigia la palabra...

—Y yo estoy pronto á contestar á la señora, si se digna repetir la pregunta, que no he comprendido.

—Quedais perdonada, Renée, dijo la marquesa con una sonrisa de ternura que contrastaba con lo desabrido de su fisonomía, pero es tal el corazon de la mujer que por árido que parezca á consecuencia del secante soplo de las preocupaciones y de las exigencias de la etiqueta, conserva siempre un rincon fértil y lozano, y este es el que Dios ha consagrado al santo amor maternal... Quedais perdonados!... Os decia pues, Villefort, que los bonapartistas no tenian ni nuestra conviccion, ni nuestro entusiasmo, ni nuestra abnegacion.

—Algo tienen sin embargo, señora que equivale á todo eso, y es el fanatismo. Napoleon es el Mahoma de Occidente: es para todos esos hombres vulgares, pero de alta ambicion, no solo un legislador y un soberauo, sino tambien un tipo: el tipo de la igualdad.

—De la igualdad! esclamó la marquesa; Napoleon el tipo de la igualdad! y en qué lugar pondréis á Robespierre? Me parece que le arrebatais su puesto para dárselo al corso, y esto es en mi concepto una verdadera usurpacion.

—No señora, dijo Villefort, dejo cada estátua en su pedestal; Robespierre, en la plaza de Luis XV,

Digitized by Google

sobre su cadalso; Napoleon en la plaza de Vendome sobre su columna: la diferencia está en que el uno ha formado la igualdad que abate y el otro la igualdad que eleva: el uno ha conducido los reyes al cuchillo nivelador de la guillotina, y el otro ha elevado al pueblo al nivel del trono. Esto no quita, añadió riéndose Villefort, que á entrambos cuadre la calificacion de infames revolucionarios y que el 9 de termidor y el 4 de abril de 1814 no sean dos dias de gloria para la Francia y dignos uno y otro de ser solemnemente celebrados por los amigos del órden y de la monarquía: y esto basta para esplicar el porque Napoleon á pesar de su caida, de que confio no volverá á levantarse, conserva todavía sus seides. Qué quereis, marquesa! Cromwell, que no fue ni la mitad de lo que ha sido Napoleon, tenia tambien los suyos!

— Sabeis que lo que decís, Villefort, huele á revolucion á la legua? pero yo os lo perdono, porque es imposible ser hijo de girondino y no conservar algun resabio de terrorista.

La frente de Villefort tomó instantaneamente el mas vivo color de escarlata.

—Mi padre era girondino, señora, es verdad, pero mi padre no votó la muerte del rey; mi padre ha sido proscrito por ese mismo gobierno terrorista que os desterró á vos misma y poco faltó para que su cabeza no cayese en la misma guillotina en que cayó la de vuestro padre.

— Es muy cierto; contestó la marquesa sin que este sangriento recuerdo produjese la menor alteracion en sus facciones; no hay mas diferencia sino

Digitized by Google

que los dos hubieran muerto en defensa de principios diametralmente opuestos, y la prueba está en que toda mi familia ha seguido la suerte de los príncipes desterrados, mientras que vuestro padre se ha dado prisa en unirse al nuevo gobierno; y que despues de haber sido girondino el ciudadano Noirtier, el conde Noirtier ha sido nombrado senador.

— Mamá, mamá! esclamó Renée, ya sabeis que se convino en no volver á hablar de tan desagradables recuerdos.

— Señora, contestó Villefort, no puedo menos de unir mis ruegos á los de la señorita Saint-Meran, para suplicaros humildemente el olvido de lo pasado. A qué ocuparnos de cosas ante las cuales es impotente la voluntad del mismo Dios? El Ser Supremo podrá cambiar el porvenir, pero no le es dado modificar lo pasado. Echemos pues un velo sobre lo que no está en nuestra mano evitar. En cuanto á mí, me he separado no solo de la opinion, si que hasta he abandonado el nombre de mi padre. Mi padre ha sido, ó acaso es aun, bonapartista y se llama Noirtier; yo soy realista y me llamo de Villefort. Dejad morir en el viejo tronco un resto de sabia revolucionaria, y ved señora tan solo el tallo que se desvia de aquel tronco, sin poder y aun añadiré casi sin voluntad, para desprenderse del todo.

— Bravo, Villefort, bravo! dijo el marqués, bien contestado, tambien yo he suplicado siempre á la marquesa el olvido de lo pasado sin poderlo jamas conseguir; espero que vos sereis mas afortunado.

— Enhorabuena, dijo la marquesa, olvidemos lo

Digitized by Google

pasado, no quiero otra cosa; pero á lo menos, Villefort, sed inflexible para el porvenir. No olvideis que hemos salido garantes de vos á S. M. que S. M. por su parte ha querido tambien olvidar á instancia nuestra (al decir esto le tendió la mano) como olvido yo á vuestras instancias. Acordaos tan solo que si cae algun conspirador en vuestras manos, sois tanto mas vigilado cuanto que es muy público que perteneceis á una familia que puede estar en relacion con los conspiradores.

— Señora, dijo Villefort, mi destino y sobre todo el tiempo en que vivimos me ordenan ser severo; lo seré. He sostenido ya algunas acusaciones por causas políticas y bajo este concepto he dado ya mis pruebas. Desgraciadamente no serán las últimas.

— Lo creeis así? dijo la marquesa.

— Mucho lo temo. Napoleon, en la isla de Elba, está muy cerca de la Francia; su permanencia á la vista de nuestras costas, sostiene las esperanzas de sus partidarios. Marsella está atestada de oficiales á media paga, que cada dia promueven, por lijeros pretestos, serios altercados con los realistas, de ahí los desafios entre las clases distinguidas, los asesinatos entre el pueblo.

— A propósito, dijo el conde de Servieux, antiguo amigo del Sr. de Saint-Meran y chambelan del conde de Artois, sabeis que la santa-alianza trata de variar su residencia?

— Si; tratábase de eso á nuestra salida de París, dijo el Sr. de Saint-Meran, y á donde se le envia?

— A santa Elena.

Digitized by Google

— Santa Elena! que sitio es ese? preguntó la marquesa.

— Una isla situada á diez mil leguas de aquí, mas allá del Ecuador; contestó el conde.

— Qué me place! porque como dice Villefort, es una imperdonable locura haber dejado á ese hombre entre Córcega, su cuna, Nápoles, donde reina aun su cuñado, y á la vista de esa Italia de que queria hacer un reino para su hijo.

— Desgraciadamente, dijo Villefort, se hallan vijentes los tratados de 1814 y no puede removerse á Napoleon sin faltar á esos tratados.

— Y qué importa? serán quebrantados; dijo Mr. de Servieux. Anduvo él con tales consideraciones cuando se trató de fusilar al desgraciado duque de Enghien?

— Vaya! es cosa hecha, dijo la marquesa, la santa alianza librará á la Europa de Napoleon, y Villefort limpiará á Marsella de sus partidarios. El rey reina ó nó? si reina, su gobierno debe ser fuerte y sus agentes inflexibles; este es el único medio de prevenir el mal.

— Por una fatalidad, señora, dijo sonriendo Villefort, un substituto del procurador del rey, siempre llega cuando el daño está hecho.

— Entonces es de su incumbencia repararlo.

— Tambien podria deciros, señora que nosotros no reparamos el mal, sino que lo vengamos.

— Oh señor de Villefort! dijo una linda jóven hija del conde de Servieux y amiga de la señorita de Saint-Meran; ved si podreis proporcionarnos alguna causa curiosa durante el tiempo que perma-

Digitized by Google

nezcamos en Marsella. Jamás he visto reunido el tribunal del crimen y segun dicen es cosa digna de verse.

— En efecto, llama la atencion, señorita, dijo el substito; puesto que en vez de una finjida traje-dia, es un drama real y verdadero; en vez de supuestos dolores, son dolores que salen del alma. El protagonista que allí vereis, en vez de volver á su casa, despues de caido el telon de boca, á cenar con su familia y acostarse tranquilo para volver á repetir al dia siguiente la misma funcion es conducido á la cárcel en la que encuentra al verdugo. Ya veis que para las personas nerviosas que apetecen emociones fuertes no hay espectáculo como ese. Confiad en mí, señorita, que si se ofrece la ocasion, os la proporcionaré.

— Nos horroriza con sus palabras..... y él se rie, dijo Renée conmovida.

— Que quereis, repuso Villefort, es lo propio que un duelo.... he pedido cinco ó seis veces la pena de muerte por delitos políticos ú otros.... quien sabe los puñales que á esta hora se estarán aguzando ó están ya asestados contra mí!

— Oh! Dios mio! dijo Renée cada vez mas asustada hablais con formalidad, señor de Villefort?

— No hay cosa mas cierta, señorita; repuso el jóven majistrado sonriendo. Y con ese ruidoso proceso que la señorita desea para satisfacer su curiosidad, y yo para satisfacer mi ambicion, no se hará otra cosa que empeorar la marcha actual de las cosas. Todos esos soldados de Napoleon acostumbrados á lanzarse á ciegas sobre el enemigo, creeis que

Digitized by Google

reflexionan cuando queman un cartucho ó cuando cargan á la bayoneta? creeis que reflexionarian mas para matar á un hombre á quien creen su enemigo personal, que para matar á un ruso, un austriaco, ó un húngaro á los que jamas han visto? Y preciso es que así sea; de otro modo para nada serviria nuestra carrera. Yo mismo, cuando veo chispear de rabia los ojos de un acusado, me siento con mas valor, me exalto; no es ya un proceso, es un combate; lucho contra él, me contesta; redoblo yo mis esfuerzos y el combate concluye, como todas las batallas, por una victoria ó una derrota. Hé ahi pues, hasta donde alcanza el poder irresistible de la elocuencia. Un acusado que se sonriera despues de mi acusacion me haria creer que habia hablado mal, que lo que yo habia dicho era frio, sin vigor, insuficiente. Juzgad pues la sensacion de orgullo que esperimentará un procurador del rey intimamente convencido de la culpabilidad del acusado, cuando le ve ponerse descolorido é inclinar su culpable cabeza bajo el peso de las pruebas y la eficacia de su elocuencia! Cabeza que se inclina en tales momentos, es seguro que no tardará en caer.

Renée dió un profundo suspiro.

— Eso es hablar en regla; dijo uno de los convidados.

— Ese es el hombre que se necesita en los tiempos que corremos, añadió otro.

— Tambien, dijo un tercero, en vuestra última acusacion estuvisteis inimitable, mi querido Villefort; ya sabeis....! aquel que asesinó á su padre!

Digitized by Google

pues bien, á ese literariamente le habiais ya muerto antes que le tocára el verdugo.

— Oh! para los parricidas, dijo Renée, poco me importa, no hay suplicios bastantes para esos monstruos; pero para los infelices acusados políticos....!

— Delitos políticos! esclamó la marquesa, aun es eso mucho peor, Renée; porque el rey es el padre de la nacion, y querer destronar ó matar al rey es querer asesinar al padre de 32 millones de hombres.

— Oh! es igual: señor de Villefort, dijó Renée; me prometeis ser indulgente para con aquellos que yo os recomiende?

— Tranquilizaos, contestó Villefort con una sonrisa llena de espresion, haremos juntos las competentes indagaciones.

— Querida, dijo la marquesa; atended á vuestros pájaros, vuestro faldero y á vuestro tocador y dejad à vuestro futuro esposo que cumpla con su deber. En el dia las letras han reemplazado á las armas; hay sobre esto una frase latina que encierra un pensamiento muy profundo....

— *Cedant arma togæ*, dijo inclinándose Villefort.

— No me habia atrevido á hablar en latin, respondió la marquesa.

— Preferiria á vuestra carrera la de médico, repuso Renée; el ángel esterminador, por mas ánjel que sea, siempre me ha causado espanto.

— Escelente corazon! dijo Villefort, enviando á la jóven una mirada de amor

— Hija mia, dijo el marqués; el señor de Ville-

Digitized by Google

fort será el médico moral y político de esta provincia; créeme, es muy bella su mision.

— Y á mas que siempre será un medio para hacer olvidar el papel que en otro tiempo desempeñó su padre, repuso la incorregible marquesa.

— Señora, contestó Villefort con triste sonrisa, he tenido ya el honor de deciros, que mi padre, segun creo, abjuró sus pasados errores y que al presente es amigo sincero de la religion y del órden. Acaso sea ahora mejor realista que yo, atendido á que él lo es por arrepentimiento mientras que yo lo soy por pasion.

Y despues de tan escojida frase, deseoso de juzgar el efecto producido por su fecunda imajinacion, miró Villefort á los convidados, como despues de una frase equivalente, hubiera en el tribunal mirado al auditorio.

— Precisamente, mi querido Villefort, repuso el conde de Servieux, eso es lo que contesté, hallándome en las Tullerías, al intendente de palacio que se manifestaba como sorprendido de la singular alianza entre el hijo de un girondino y la hija de un oficial del ejército de Condé, y por cierto que se hizo cargo de mis razones. «Ese sistema de fusion es precisamente el de Luís XVIII:» Asi es que el rey que sin pensarlo nosotros escuchaba la conversacion, la interrumpió diciendo: «Villefort, (reparad que el rey no pronunció el nombre de Noirtier, y que por el contrario apoyó su acento en el de Villefort) «Villefort, dijo, hará carrera; es un jóven muy juicioso y esperimentado. Hé visto con satisfaccion que el marqués y marquesa de Saint-Meran le aceptan

Digitized by Google

por yerno, y yo les hubiera aconsejado esa alianza, si no se hubiesen ellos adelantado á pedirme licencia para realizarla.

— Eso ha dicho el rey, conde! esclamó Villefort arrebatado de júbilo.

— Os refiero sus propias palabras, y si el marqués quiere ser franco, no podrá menos de confesar que concuerda exactamente con lo que le dijo el rey cuando fué á hablarle, hará cosa de seis meses, sobre el proyectado matrimonio entre vos y su hija.

— Verdad es, dijo el marqués.

— Oh! con que se lo deberé todo á tan digno príncipe! qué imposibles habrá que no arrostre yo para servirle?

— Eso, eso, dijo la marquesa; así os quiero yo; que venga ahora un conspirador y se le recibirá cual corresponde.

— Pues yo, mamá, dijo Renée, ruego á Dios que no escuche vuestros votos, y que no haga caer en poder de Villefort, sino rateros, ó comerciantes que hayan hecho quiebra frandulenta, ó tímidos petardistas; siendo así dormiré tranquila.

— Seria por ejemplo, dijo chanceándose Villefort, como si deseaseis para un médico jaquecas, sarampiones ó picaduras de avispa, enfermedades que no comprometen mas que la cútis. Si aspirais á que llegue á ser procurador del rey, debeis por el contrario, desear que se me proporcionen enfermedades terribles; de esas cuya curacion acredita al facultativo.

En el mismo instante, y como si la casualidad guardára tan solo que Villefort espresase su deseo

Digitized by Google

para verlo realizado, un ayuda de cámara entró y le dijo algunas palabras al oido: Villefort se levantó de la mesa pidiendo su venia á los convidados, y habiendo salido volvió á los pocos momentos con la satisfaccion en el semblante y una lijera sonrisa en los labios.

Renée le dirigió una mirada amorosa; porque en tal estado con sus ojos azúles, su tez mate y las negras patillas que circuian el rostro, estaba elegante y hermoso. Estaba la jóven con la atencion fija como pendiente de los labios de su amado esperando que esplicase la causa de su momentánea desaparicion.

— Pues señor! dijo Villefort, ambicionabais hace poco, señorita, tener por esposo á un médico; tengo yo tambien con los discípulos de Esculapio (así se hablaba aun en 1815) la semejanza de que ningun momento me pertenece y que nunca estoy seguro de que no habrá quien me llame ni aun cuando esté á vuestro lado y en el convite de mis esponsales.

— Y por qué ese contratiempo, caballero? preguntó la jóven con lijera inquietud.

— Porqué ha de ser? un enfermo que se encuentra, si es permitido dar crédito á lo que se me ha dicho, en grave crisis; el caso es muy sério y la enfermedad me huele á patíbulo.

—Oh Dios mio! esclamó Renée perdiendo el color.

— Será cierto? dijeron en coro varios de los concurrentes.

—Parece tan solo que acababa de descubrirse un pequeño complot bonapartista.

BIBLIOTECA DE CATALUÑA

Digitized by Google

—Es posible! esclamó la marquesa.

— He aqui la denuncia, y Villefort leyó.

« Un amigo del trono y de la relijion se apresura « á advertir al señor procurador del Rey: que el lla- « mado Edmundo Dantés, segundo del buque mer- « cante *Faraon*, llegado esta mañana de Smirna, « despues de haber hecho escala en Nápoles y en « Portoferrajo, ha sido encargado por Murat de lle- « var una carta al usurpador y por este de ir á en- « tregar una al comité bonapartista de Paris.

« La prueba de su crímen se hallará infalible- « mente procediendo á su arresto, en razon á que la « última de dichas cartas se encontrará en su poder, « ó en casa de su padre, ó en su camarote á bordo « del *Faraon*. »

— Pero este escrito, dijo Renée, no es mas que un anónimo; á mas de que va dirijido al procurador del rey y no á vos.

— Es cierto, pero el procurador del rey está ausente y en su defecto, la carta va dirijida á su secretario que tiene el encargo de abrir los pliegos. Ha abierto este, me ha enviado á buscar, y no encontrándome ha dado órden para prender al acusado.

—Con que el culpable está ya preso? dijo la marquesa.

— Decid mejor el acusado, repuso Renée.

— Si, señora; dijo Villefort, y como he dicho ya á la señorita Renée, si se encuentra la carta en cuestion, el enfermo está de peligro.

— Y donde se halla ese desgraciado? preguntó Renée.

— Esperando en mi casa.

Digitized by Google

— Id pues, amigo mio, dijo el marqués, no falteis á vuestros deberes por complacernos, cuando el servicio de S. M. os llama á otra parte.

—Oh, señor de Villefort! dijo Renée juntando sus manos en ademan suplicante, sed indulgente; es el dia de vuestros esponsales.

Villefort fué despidiéndose de los convidados y al llegar junto á la silla de la jóven en cuyo respaldo se apoyó dijo:

— Para ahorraros una inquietud haré cuanto sea posible, mi amada Renée; pero si los indicios son seguros, si la acusacion es cierta, será preciso cortar de raiz esa mala hierba bonapartista.

Renée se estremeció al solo nombre de *cortar*, porque esta yerba que se trataba de cortar tenia una cabeza.

— Bah! bah! dijo la marquesa, no escucheis á esa niña, Villefort; ya se irá acostumbrando.

Y la marquesa tendió á Villefort su descarnada mano que este besó mirando á Renée á quien decia con los ojos: «Es vuestra mano la que beso, ó por lo menos la que querria besar en este momento.»

— Tristes auspicios! murmuró Renée.

—En verdad, señorita, dijo la marquesa, que sois niña por demas. Yo quisiera me dijeseis que ventajas reportaría el estado con vuestra exajerada sensibilidad y vuestrós románticos sentimientos.

— Oh madre mia!

—Gracia, señora, para la fria realista, dijo Villefort. Os prometo que desempeñaré mi cargo de substituto de procurador del Rey concienzudamente; quiero decir, os prometo ser horriblemente severo.

Digitized by Google

Pero al propio tiempo que el magistrador dirijia estas palabras á la marquesa, el amante lanzaba al descuido una mirada á su querida y esta mirada parecia decir: «Tranquilízate Renée, en obsequio á nuestro amor seré indulgente.»

Renée contestó á esta mirada con la mas dulce sonrisa y salió Villefort con el corazon henchido de alegria y de orgullo.

Digitized by Google

Digitized by Google

7.º

INTERROGATORIO.

Apenas Villefort hubo salido del comedor cuando depuso su aire placentero para revestirse de la gravedad del hombre llamado al augusto ministerio de decidir sobre la vida ó la muerte de su semejante. Empero á pesar de la volubilidad suma de su fisonomia, volubilidad que el substituto habia cual debe hacerlo un hábil actor, ensayado y estudiado mas de una vez delante su espejo, costóle esta vez mucho trabajo arrugar su entrecejo y dar un tinte

Digitized by Google

adusto á su semblante, porque sin tomar en cuenta la línea de política trazada por su padre y que podria, si no la abandonaba, aguar sus bellas esperanzas, Gerardo de Villefort era en aquel momento tan feliz como puede serlo un hombre. Rico ya por herencia, desempeñaba á los veinte y siete años un elevado cargo en la magistratura, y casaba con una bella y encantadora jóven á la que amaba un estremo: á mas de una belleza indisputable la señorita de Saint-Meran, pertenecia á una de las familias mas distinguidas de la época: y ascendia su dote á cincuenta mil escudos que podrian con el tiempo llegar hasta medio millon de herencia. Todos estos elementos reunidos componian para Villefort una deslumbrante felicidad hasta tal punto que hubiera encontrado manchas en el sol despues de haber contemplado por largo rato su vida interior con los ojos del entendimiento.

Encontró al salir la puerta á un comisario de policia que le esperaba. La vista de aquel hombre vestido de negro hizo caer sus ilusiones desde el tercer cielo hasta la tierra material que pisaba: compuso su fisonomía como hemos dicho ya, y acercándose al oficial de justicia le dijo:

— Aqui me teneis; he leido la carta y apruebo el arresto del acusado; dadme ahora todos los detalles que hayais recojido tocante á él y á la conspiracion.

— De la conspiracion, señor, nada sabemos aun, contestó el comisario, y en cuanto los papeles que se le han encontrado encima se ha hecho un paquete cerrado y sellado que encontrareis en vuestro despacho. Por lo que toca al arrestado lo habreis ya visto

Digitized by Google

en la carta que le denuncia, es un tal Edmundo Dantés, segundo de la fragata el *Faraon*, destinada al comercio de algodon con Alejandria y Smirna, y perteneciente á la casa de Morrél é hijo de Marsella.

— Antes de servir en la marina mercante habia servido en la militar? preguntó Villefort.

— No señor; es muy jóven todavia.

— Qué edad tiene?

— Diez y nueve ó veinte años á lo mas.

En este punto de la conversacion, habiendo llegado Villefort á la esquina de la calle de los Cónsules, acercósele un hombre que al parecer le estaba esperando: era el señor Morrél.

— Ah, señor de Villefort! esclamó el buen hombre apenas divisó al substituto, soy muy feliz en encontraros: figuraos que acaba de acontecer el mas estraño é inesperado caso: ha sido arrestado el segundo de mi buque, Edmundo Dantés.

— Lo sé, caballero, dijo Villefort, y ahora mismo voy á proceder á su interrogatorio.

— Oh señor! continuó Morrél, llevado de su amistad por el jóven, vos no conoceis al acusado y yo le conozco á fondo. Imaginaos el hombre mas probo y hasta me atreveré á deciros el mas intelijente, el que sabe mejor su obligacion en toda la marina mercante. Oh señor de Villefort! os lo recomiendo sinceramente y con todo mi corazon.

Villefort, como se habrá echado de ver, pertenecia á la clase noble de la ciudad y Morrél á la de plebeyo; el primero era realista consumado, el segundo era tenido por bonapartista. Villefort miró pues con desden á Morrél y le respondió con frialdad.

Digitized by Google

— Ya sabeis, caballero, que se puede ser hombre de bien en la vida privada, probo en sus relaciones comerciales, sabio en su carrera sin dejar por eso de ser un gran criminal en política vos sabeis eso, caballero, no es así?

Y el magistrado recargó su acento en estas últimas palabras como si quisiera aplicarlas al mismo armador, mientras con mirada escudriñadora trataba de penetrar lo mas profundo del corazon de aquel hombre, bastante atrevido para interceder por otro cuando debia saber que el mismo necesitaba tambien indulgencia.

Morrél se ruborizó, porque no se sentia muy limpio de conciencia en cuanto á sus opiniones políticas; á mas de que la confidencia que le hiciera Dantés de su entrevista con el gran mariscal y de las pocas palabras que le dirigiera el emperador, le turbaban algun tanto el ánimo. Sin embargo, no pudo, empero, menos de añadir con el mas vivo interés.

— Os suplico, señor de Villefort, que seais justo cual os conviene serlo, compasivo como lo sois siempre y que *nos devolvais* lo mas pronto posible á ese pobre Dantés.

Ese *nos devolvais* sonó revolucionariamente en los oidos del procurador del rey.

— Ya, ya, se dijo por lo bajo. Este Dantés será un conspirador como el mismo Morrél! Se le ha arrestado en un fingon, me ha dicho á no equivocarme, el comisario, y con mucha gente que le acompañaba; misterio hay aquí. Luego añadió en voz alta: caballero, podeis quedar del todo tranquilo, persuadido de que no en vano habeis invocado mi rectitud si el ar-

Digitized by Google

restado es inocente; pero si por el contrario es culpable, nos encontramos, caballero, en una época muy peligrosa, y en que la impunidad seria un ejemplo fatal: me veria en tal caso en la precision de cumplir con mi deber. Y habiendo llegado, al decir esto, á la puerta de su casa situada á espaldas del tribunal, entró en ella, saludando antes con una política glacial, al infeliz armador que quedó como petrificado en el lugar en que de él se separara Villefort.

La antesala estaba llena de gendarmes y agentes de policía. En medio de ellos, con guardas de vista, rodeado de miradas de odio, el preso se hallaba de pié tranquilo é inmóvil. Villefort atravesó la antesala, arrojó una mirada oblícua á Dantés, despues de tomar un pliego que le entregara un agente y desapareció diciendo:

—Que traigan al preso.

Por rápida que fuese la mirada que habia dirigido á Dantés, bastó á Villefort para formarse una idea del sugeto á quien iba á interrogar. Echó de ver un entendimiento claro y despejado en aquella frente ancha y espaciosa, el valor en su vista inmóvil y arrugado entrecejo y la franqueza en sus gruesos y entreabiertos labios que dejaban ver una doble hilera de dientes blancos como el marfil. La primera impresion no podia ser por consiguiente mas favorable á Dantés. Pero Villefort habia oido decir muy á menudo y como máxima de profunda política que es preciso desconfiar siempre del primer movimiento; máxima que aplicaba él á la primera impresion sin tener en cuenta la diferencia de estas palabras. Procuró pues ahogar los buenos ins-

Digitized by Google

tintos que pugnaban por asaltar su corazon : arregló de nuevo ante el espejo su fisonomía á la forma de las grandes solemnidades, y se sentó, ceñudo y amenazador, delante de su bufete. Un momento despues entró Dantés.

El jóven estaba pálido, pero tranquilo y sereno. Saludó á su juez con desembarazo y buscó luego con la vista una silla como si estuviese en el salon del armador Morrél. Entonces fué cuando echó de ver la mirada impasible de Villefort, esa mirada particular á los magistrados que no quieren dejar leer en su pensamiento, y que trasforman sus ojos en un opaco cristal. Esta mirada le recordó que se encontraba delante la justicia, cuyo rostro es de sombríos contornos.

— ¿Quién sois y como os llamais? preguntó Villefort hojeando el legajo que el agente le entregó l entrar, y que en una hora habian llegado á adquirir un volúmen considerable; hasta tal punto la corrupcion del espionaje se aglomera desde luego al rededor de un acusado.

— Me llamó Edmundo Dantés, señor, contestó el jóven con voz sosegada y sonora, soy el segundo del buque el *Faraon*, propiedad de los señores Morrél é hijo.

— Qué edad teneis?

— Diez y nuevo años.

— Qué haciais en el momento que os prendieron?

— Asistia al convite de mis propios esponsales, dijo Dantés con voz ligeramente conmovida, tal era el doloroso contraste de aquellos momentos de alegría con la lúgubre ceremonia que entonces se ve-

Digitized by Google

rificaba, tanto contrastaba el adusto y torvo mirar de Villefort con la fisonomía esplendente y angelical de Mercedes.

— Con que asistiais á vuestra comida de esponsales? dijo el substituto estremeciéndose á su pesar.

— Si, señor, pensaba casarme dentro pocos momentos con una jóven á quien amo hace tres años.

Por grande que fuese la impasibilidad de Villefort, no hubiera podido menos de sorprenderse á tan marcada coincidencia; y la conmovida voz de Dantés, sorprendido en medio de su dicha, fué à dispertar una fibra simpática en el fondo de su alma. Tambien él iba á casarse, tambien él era dichoso, y acababan de turbarle en su ventura para que contribuyese á la destruccion de la alegría de aquel hombre que como él tan cerca estaba de su felicidad. Este cotejo filosófico, dijo para sí, hará grande efecto á mi retorno en el salon de Saint-Meran. Y empezó á coordinar en su imaginacion, mientras Dantés esperaba la continuacion del interrogatorio, las antítesis de que se valen los oradores para construir esos discursos codiciosos de aplausos que à veces les dan la ilusion de una verdadera elocuencia. Luego que tuvo corriente en su interior su breve alocucion, Villefort quedó satisfecho de su obra y dirigiéndose á Dantés.

— Continuad, le dijo.

— Qué quereis que continue?

— Ilustrando á la justicia.

— Dígame la justicia que punto desea que le ilustre y le diré todo lo que sepa. Tan solo, añadió son-

Digitized by Google

riendo, tengo que prevenirle que yo sé muy poca cosa.

—Habeis servido á las órdenes del usurpador?

—Iba á ser incorporado á la marina militar cuando sobrevino su caida.

—Se me ha dicho que sois furibundo en vuestras opiniones políticas? dijo Villefort, á quien nadie habia hablado una palabra respecto á esto, pero que no tenia ningun reparo en hacer la pregunta en forma de cargo.

—Mis opiniones políticas caballero? Por cierto que será vergonzoso el decirlo, pero yo jamas he tenido eso que llaman opinion. Apenas cuento diez y nueve años, como he tenido ya el honor de deciros, no soy nada en la sociedad ni estoy destinado á desempeñar ningun papel, lo poco que soy y espero ser si me conceden el destino que ambiciono, lo deberé tan solo al señor Morrél; por lo tanto todas mis opiniones se reducen á estos tres sentimientos: á amar á mi padre, respetar al señor Morrél y adorar á Mercedes. Hé aquí, caballero, todo lo que yo puedo decir á la justicia; ya veis que esto la interesará muy poco.

Á medida que iba hablando Dantés, Villefort observaba su fisonomía á la vez franca y sencilla, y se le venian á la memoria las palabras de Renée, que sin conocer al acusado, le habia suplicado fuese indulgente con él. Con la práctica que habia ya adquirido el substituto sobre los crímenes y criminales, veia en cada palabra de Dantés una prueba de su inocencia. En efecto; el jóven que casi podria decirse niño, sencillo, natural, elocuente pero con

Digitized by Google

esa elocuencia nacida del corazon y que no se encuentra nunca cuando se busca, cariñoso y apacible con todos porque era dichoso, y la dicha hace buenos hasta á los malvados, comunicaba á su juez la dulce afabilidad que vertia de su corazon. Edmundo no tenia ni en la mirada, ni en la voz, ni en el gesto, apesar de lo áspero y severo que Villefort habia estado con él, mas que cariño y afabilidad para con el que le preguntaba.

—Pardiez! dijo para sí Villefort, he ahí un jóven encantador; no tendré mucho que hacer para dar gusto á mi Renée dando cumplimiento á su primer recomendacion. Esto me valdrá un buen apreton de manos y un beso de mi encantadora novia. Y con esta doble esperanza deliciosa, la fisonomía de Villefort se dilató de modo que cuando dirijió á Dantés sus miradas dominado por esta idea, Dantés que habia observado el cambio de fisonomía de su juez, sonreia placentero como las ideas de aquel.

—Caballero, dijo Villefort; conoceis alguno á quien podais tener por enemigo?

—Enemigos yo! esclamó Dantés, tengo la suerte de ser muy poca cosa para que mi posicion pueda habérmelos grangeado. En cuanto á mi carácter, tal vez un poco vivo, he procurado siempre reprimirlo para con mis subordinados. Tengo á mis órdenes diez ó doce marineros: que se les pregunte, señor, y ellos os dirán que me aman y respetan no como á un padre porque soy muy jóven para ello, pero si como á un hermano mayor.

—Veamos pues, continuó Villefort; á falta de enemigos, habria tal vez quien pudiese estar ce-

Digitized by Google

loso de vos? Vais á ser nombrado capitan á los diez y nueve años, destino muy elevado para vuestra edad. Vais á casaros con una hermosa jóven que os ama, lo que es una dicha poco comun en cualquier clase de la sociedad. Estos acontecimientos privilejiados os habán acarreado envidiosos.

—Efectivamente teheis razon, conoceis mejor á los hombres que yo y veo que es muy posible lo que decis; pero si estos envidiosos debo encontrarlos entre mis amigos, os confieso que prefiero no conocerlos para no verme obligado á tenerles que aborrecer.

—Pensais muy mal, caballero! es muy conveniente ver uno á su alrededor lo mas claro posible; y por cierto que me pareceis muy digno de que prescinda por vos de las comunes fórmulas de la justicia para aclararos las ideas comunicándoos la denuncia que os ha hecho conducir ante mí. Ved el papel que os acusa; conoceis la letra? dijo Villefort sacando de su faltriquera la carta y presentándola á Dantés. Este la leyó: una nube cubrió su frente y dijo.

—No, señor magistrado; no conozco esa letra, está desfigurada y con todo es de un carácter muy natural. De todos modos muy hábil es la mano que ha trazado esos caractéres. Me tengo por muy feliz, añadió mirando con reconocimiento á Villefort, de estar á las órdenes de un sugeto como vos: porque se vé bien claro que ese envidioso es un mortal enemigo.

Y Villefort pudo ver en el resplandor que ilumi-

Digitized by Google

nó los ojos del jóven toda la violenta enerjía que se ocultaba bajo aquel esterior de dulzura.

—Ahora pues, dijo el substituto, respondedme con franqueza, caballero, no como un acusado á su juez, y si como un hombre que viéndose en posicion peligrosa, contesta á otro que se interesa por él; qué es lo que hay de verdad en esa acusacion anónima?

Y Villefort arrojó con disgusto sobre el bufete la carta que Dantés acababa de devolverle.

—Mucho y nada, señor: os diré la pura verdad, bajo mi palabra de marino, por mi amor á Mercedes y por la vida de mi padre.

—Hablad, caballero; dijo en voz alta Villefort, luego añadió entre si: si Renée pudiese verme, confio en que quedaría satisfecha de mi y que no me llamaría ya cercenador de cabezas.

—Pues sabed que al salir de Nápoles, el capitan Leclerc cayó enfermo de una fiebre cerebral; como no teniamos facultativo á bordo y no quiso hacer escala en ningun punto de la costa, porque tenia prisa de llegar á la isla de Elba, su enfermedad se agravó hasta tal punto que á los tres dias, sintiéndose próximo á morir me llamó á su lado. «Mi querido Dantés, me dijo; juradme por vues-«tro honor que hareis lo que voy á deciros, pues «median en ellos grandes intereses.» —Os lo juro, «capitan, contesté yo. —«Pues bien, como despues «de mi muerte el mando del buque os pertenece por «ser mi segundo, tomareis desde luego posesion de «él, dirijireis el rumbo á la isla de Elba, desem-«barcareis en Portoferrajo, preguntareis por el gran

Digitized by Google

«mariscal y le entregareis esta carta; tal vez os en-«tregue él otra y os encargue alguna comision. Es-«ta comision que me estaba reservada, Dantés, la «desempeñareis vos por mi y todo el honor redun-«dará en favor vuestro.» — Haré lo que me pedis, «capitan, pero no creo yo me sea tan facil llegar «hasta el gran mariscal como os parece. — «He aquí «una sortija que os abrirá paso hasta él, dijo el «capitan, y que vencerá todas las dificultades.» A estas palabras me entregó una sortija. Ya era tiempo: dos horas despues, le atacó el delirio: al siguiente dia habia ya muerto.

—Y qué hicisteis entonces?

— Cumplir con mi deber, caballero; lo que cualquiera otro hubiera hecho en mi lugar. En todo caso los ruegos de un moribundo son siempre sagrados; y entre nosotros los marinos los encargos de un superior son órdenes que se deben cumplir. Dirijí pues mi rumbo hácia la isla de Elba á la que llegué al dia siguiente, mandé permanecer á bordo á toda la tripulacion, y salté solo á tierra. Como lo habia previsto ya, se me opusieron algunos obstáculos para llegar hasta el gran mariscal; pero le remití la sortija que debia servir para darme á conocer y todas las puertas se abrieron ante mí. Me recibió en audiencia particular, me hizo varias preguntas sobre las circunstancias que acompañaron la muerte del infeliz capitan Leclerc, y como se figuró ya éste, me entregó una carta y me encargó que la llevase en persona á Paris. Se lo prometí, porque era un deber cumplir con uno de los encargos de mi capitan. Volví á bordo, y me dirijí á Marsella, llegué ayer,

Digitized by Google

arreglé rapidamente mis papeles con la aduana y sanidad, y fuí corriendo á ver á mi novia á la que encontré mas bella y mas enamorada que nunca. Gracias al señor Morrél, zanjamos todas las dificultades de la curia eclesiástica; en fin, caballero, celebraba como os he dicho ya la comida de esponsales, iba á casarme dentro de una hora y pensaba partir mañana para Paris, cuando esa denuncia, que parece despreciais ahora tanto como yo mismo, ha sido causa de mi arresto.

—Efectivamente, murmuró Villefort, todo eso me parece cierto, y si algun cargo puede hacérseos será por vuestra imprudencia, sin que sirvan de escusa legítima las órdenes de vuestro capitan. Haced el favor de darme esa carta que os entregaron en la isla de Elba. Dadme vuestra palabra de presentaros luego que para ello seais requerido é id á reuniros con vuestros amigos.

—Con qué ya estoy libre, caballero? esclamó Dantés en el colmo de su alegría.

—Sí; pero dadme antes esa carta.

—Probablemente la tendréis en vuestro poder, caballero, pues me la ocuparon junto con los demas papeles, de los cuales reconozco algunos en ese paquete.

—Esperad, dijo el substituto á Dantés que tomaba sus guantes y su sombrero, esperad; á quien va dirigida?

—Al *señor Noirtier*, calle *Coq-Heron número* 13: *Paris*, contestó Dantés.

Un rayo que en aquel momento hubiera caido sobre Villefort, no le hubiera herido con un golpe mas

Digitized by Google

rápido ni mas imprevisto; dejóse caer en su sillon, en el que se habia medio incoporado para examinar el paquete de los papeles recogidos á Dantés, y examinándolo con precipitacion entresacó de él la fatal carta, sobre la que arrojó una mirada en que se viera grabado un indecible terror. «Señor Noirtier, calle Coq-Heron núm. 13,» murmuró palideciendo de mas en mas.

—Si señor, contestó Dantés admirado, le conoceriais acaso?

—No; contestó con viveza Villefort, un fiel servidor de S. M. no conoce jamás á ningun conspirador.

—Con qué se trata de una conspiracion? preguntó Dantés, de quien empezaba, despues de haberse creido ya en libertad, á apoderarse el temor, en grado mayor que al principio: en este caso, caballero, ya os lo he dicho, ignoraba completamente el contenido del escrito de que era portador.

—Es cierto, replicó Villefort con voz sorda, pero vos sabeis el nombre del sugeto á quien va dirigida.

—Para entregársela en persona era preciso que tuviese conocimiento de su nombre.

Y á nadie habeis enseñado esta carta? dijo Villefort leyendo y perdiendo el color á medida que leia.

—A nadie, caballero, lo juro por mi honor.

—No hay pues absolutamente quien sepa que seais portador de una carta salida de la isla de Elba y dirigida al señor Noirtier?

—Nadie absolutamente, señor, escepto la persona que me la entregó.

—Aun esa está de mas, de mas; dijo entre dien-

Digitized by Google

tes Villefort, cuya frente se iba anublando á medida que concluía la carta: sus labios descoloridos, sus manos trémulas, sus ojos encendidos tenian á Dantés en la mas dolorosa ansiedad. Despues de la lectura, Villefort dejó caer la cabeza entre sus manos y quedó por un instante como anonadado.

—Oh! Dios mio! qué teneis caballero? preguntó timidamente Dantés.

Villefort no contestó, pero al cabo de algunos instantes levantó su rostro descompuesto y pálido, y leyó por segunda vez la carta.

—Con que me habeis dicho que ignorais el contenido de esta carta? dijo Villefort.

—Por mi honor, os lo repito, caballero, dijo Dantés, lo ignoro. Pero que teneis, Dios mio! os encontrais indispuesto? queréis que llame?

—No señor, dijo Villefort levantándose con viveza, no os movais, ni digais una sola palabra; aquí nadie da órdenes mas que yo; no teneis vos para ello ningun derecho.

—Señor, dijo Dantés algo picado, si lo propuse fue para prestaros algun socorro, dispensadme, os lo ruego, en favor de la intencion.

—Nada necesito, esto no merece la pena, ocupaos de vos y no de mí: contestadme categóricamente.

Dantés esperó la pregunta que indicaba esta espresion, pero en vano: Villefort se dejó caer de nuevo en su sillon, pasó su yerta mano por la frente inundada de sudor y por tercera vez volvió á leer la carta.

—Oh! si él sabe el contenido de esta carta, se

Digitized by Google

decia á sí mismo, si llega á saber algun dia que Noirtier es el padre de Villefort, soy perdido, perdido para siempre. Y por intérvalos miraba á Edmundo de un modo tal que parecia querer romper con la vista la invisible barrera que guarda en el corazon los secretos que calla la boca.

—Oh! fuera indecisiones; esclamó de pronto, no hay mas que un medio.

—Pero, en nombre del cielo, caballero, repuso el desgraciado jóven, si dudais de mi sinceridad, si os soy sospechoso, interrogadme; estoy pronto á contestaros.

Villefort hizo sobre sí mismo un esfuerzo violento y dijo con aparente tranquilidad:

—Caballero; resultan contra vos por lo que acabais de decir los mas graves cargos; no está en mi mano como creí en un principio, el poneros desde luego en libertad; antes de tomar semejante resolucion debo consultarlo con el juez de instruccion. Interin ya habeis visto mi modo de obrar respecto á vos.

—Oh! si, señor magistrado, esclamó Dantés, y por ello os doy las mas espresivas gracias; porque vos habeis sido para mí en vez de juez un amigo.

—Pues bien, caballero, voy á teneros preso por algun tiempo, el menos que me será posible: el principal cargo que contra vos existe, es esta carta, y ya lo veis.....

Villefort se acercó á la chimenea, arrojó al fuego la carta y esperó un poco hasta que quedó reducida á cenizas.

—Ya lo veis..... continuó, queda destruida.

Digitized by Google

—Oh caballero! esclamó Dantés, sois mas que la justicia, sois la bondad personificada.

—Pero escuchadme, continuó Villefort, despues de semejante acto ya comprendereis que podeis confiar en mi no es cierto?

—Ah caballero, mandad y sereis puntualmente obedecido.

—No, dijo Villefort acercándose al jóven, no, no son órdenes las que voy á daros, son consejos, lo entendeis?

—Decid; los observaré como si fuesen órdenes.

—Vais á quedar preso hasta la noche aquí, en el palacio de la Justicia, tal vez venga otro á tomaros declaracion. Decidle todo lo que me habeis dicho, pero no solteis una palabra ralativa á esa carta.

—Os lo prometo, señor.

Villefort parecia ser quien suplicaba, y era el acusado quien tranquilizaba al juez.

—Ya comprendeis, dijo arojando una mirada á las cenizas que conservaban aun la forma del papel y que revoloteaban entre las llamas; ahora está ya destruida esa carta, tan solo vos y yo tenemos conocimiento de su existencia, ya nadie podrá presentárosla; negad pues si os hablan de ella; negad con firmeza, y sois salvado.

—Negaré, señor; quedad tranquilo, dijo Dantés.

—Bien, bien, repuso Villefort, cojiendo el cordon de la campanilla; parándose luego en el acto de ir á tirar de él dijo: es la única carta que teniais?

—La única.

—Jurádmelo.

Digitized by Google

—Lo juro; dijo Dantés tendiendo su mano.

Sonó la campanilla; y entró el comisario de policia. Villefort se acercó á él y le dijo algunas palabras al oido. El comisario contestó con una simple inclinacion de cabeza.

—Seguid al señor, dijo Villefort á Dantés.

Dantés se inclinó, arrojó una postrer mirada de reconocimiento á Villefort, y salió. Apenas se hubo cerrado la puerta trás de él, que le faltaron á Villefort las fuerzas y cayó casi desmayado en el sillon. Despues de un instante, dijo entre dientes:

—Oh Dios mio! de que penden la vida y fortuna de los hombres! Si el procurador del rey se hubiese hallado en Marsella, si en vez de llamárseme á mí se hubiese enviado á buscar al juez de instruccion yo era hombre perdido, y ese papel me precipitaba en un abismo. Ah! padre mio, padre mio! con que habreis de ser siempre el obstáculo que se oponga á mi felicidad en este mundo y habré de luchar eternamente con vuestros pasados estravios?

De repente una ráfaga inesperada de luz pasó por su espíritu y coloreó su rostro; sus lábios, todavia contraidos dejaron escapar una lijera sonrisa; sus ojos inquietos quedaron inmóviles y pareció fijarse en una idea: Eso es, dijo, si, esa carta que debia perderme labrará tal vez mi fortuna. Animo pues, Villefort, y manos á la obra.

Y despues de haberse cerciorado de que el acusado no estaba en la antesala; el substituto del procurador del rey salió à su vez, y se dirigió precipitadamente hàcia la casa de su novia.

Digitized by Google

8.°

EL CASTILLO DE IF.

Al atravesar la antesala, el comisario de policía hizo una seña á dos jendarmes, los que se colocaron uno á la derecha y otro á la izquierda de Dantés. Abrióse una puerta que comunicaba desde la habitacion del procurador del rey al palacio de la Justicia, y atravesaron uno de esos largos pasadizos que hacen estremecer al que por allí pasa. Asi como la habitacion de Villefort comunicaba con el palacio de la Justicia, tenia éste comunicacion con la cárcel,

Digitized by Google

edificio sombrio pegado al palacio, cuyos cavernosos boquerones que dan escasa luz y poca ventilacion no tienen otra perspectiva que el campanario de Accoules que se eleva enfrente de él. Despues de muchos rodeos, Dantés vió abrir una puerta con un pequeño postigo de hierro: el comisario de policia dió con un martillo de metal tres golpes que resonaron hasta lo mas profundo del corazon de Dantés. Abrióse la puerta y los dos gendarmes empujaron lijeramente al preso que vacilaba algun tanto; Dantés atravesó el formidable umbral, y la puerta se cerró ruidosamente á sus espaldas. Respiraba ya alli otro aire, un aire mefítico é impuro; estaba en la cárcel.

Se le condujo á una estancia bastante aseada pero asegurada con fuertes rejas y pesados cerrojos: el aspecto de su habitacion no aumentó sus temores: ademas, las palabras del substituto del procurador del rey, pronunciadas con un acento que pareció á Dantés lleno de sinceridad, resonaban en sus oidos como una consoladora promesa rica de esperanza. Sobre las cuatro serian cuando Edmundo fué conducido á aquel triste y solitario lugar, y como á principios de Marzo los dias son todavia muy cortos, resultó que á poco de encontrarse solo, se vió el preso sumido en la mas profunda oscuridad. Entonces su oido reconcentró en si el sentido de la vista que acababa de eclipsarse. Al menor ruido que hasta él llegaba, creido de que le iban á poner en libertad, se levantaba con prontitud y se adelantaba hácia la puerta. Pero muy luego el rumor se alejaba, perdiéndose en otra direccion, y Dantés se dejaba caer de nuevo sobre su mugriento banquillo.

Digitized by Google

En fin sobre las diez de la noche, en el momento en que Dantés empezaba á perder la esperanza, oyó un nuevo ruido que le parecia dirijirse hácia su calabozo. En efecto, resonaron pasos en el corredor y cesaron delante su puerta: una llave dió vuelta á la cerradura, rechinaron los cerrojos, y la maciza puerta de encina se abrió bañando de repente el cuarto con la deslumbrante claridad de dos antorchas, á cuya luz vió Dantés brillar los sables y carabinas de cuatro gendarmes. Habia adelantado dos pasos ya, pero se quedó inmóvil en su sitio al ver este aumento de escolta.

—Venis á buscarme? preguntó Dantés.

—Si, contestó uno de los gendarmes.

—De parte del señor substituto del procurador del rey?

—Creo que si.

—Corriente; pronto estoy á seguiros.

La conviccion en que estaba de que se le iba á buscar de órden del substituto del procurador del rey alejó todo temor del desventurado jóven. Adelantóse pues tranquilo, con aire resuelto, y se colocó en medio de su escolta. Un coche esperaba á la puerta de la calle, el cochero estaba ya en el pescante, y un oficial sentado al lado del cochero.

—¿Es para á mi ese coche? preguntó Dantés.

—Para vos, contestó uno de los gendarmes; subid.

Quiso Dantés hacer algunas objeciones, pero se abrió la portezuela y sintió que le impelian hàcia adentro. Hallábase en la imposibilidad y sin la intencion de hacer resistencia. Encontróse en un mo-

Digitized by Google

mento sentado en el fondo de un carruage entre dos gendarmes; los otros dos se sentaron en los asientos delanteros, y la pesada máquina echó á andar con un sordo y siniestro ruido. El preso dirijió su vista á las ventanillas, pero observó con indecible asombro que estaban enrejadas: no habia hecho mas que cambiar de cárcel, con la sola diferencia de que esta rodaba y le transportaba á un punto que le era desconocido. No obstante por los pequeños claros de las enrrejadas ventanillas, Dantés echó de ver que recorrian en toda su longitud la calle de Caisseerie y que por la de Saint-Laurent y Tamaris se dirigian al muelle. Muy luego vió á través de los hierros del coche y de los del edificio á cuyo frente se hallaban, brillar las luces de la Consigna. El carruaje se paró, el oficial bajó del pescante, se acercó al cuerpo de guardia, del que salieron una docena de soldados que se alinearon en dos filas: Dantés vió á la luz de los reverberos del muelle relucir sus fusiles.

—Seré yo la causa de que se despliegue tanto aparato militar? se preguntó á si mismo.

El oficial con el hecho de abrir la portezuela cerrada con llave, aunque sin pronunciar una palabra, contestó á esta pregunta, porque Dantés vió entre dos filas de soldados un camino espedito para él desde el coche al puerto. Los dos gendarmes que estaban sentados en el asiento del cristal bajaron los primeros, hicieron luego descender á Dantés siguiéndole despues los que tenia á su lado. Encaminaronse hácia un bote que un marinero de la aduana tenia amarrado al muelle por medio de una cadena. Los soldados miraron á Dantés, al pasar, con

Digitized by Google

torpe curiosidad. En un momento quedó trasladado á la popa del barquichuelo, siempre entre sus cuatro gendarmes, mientras que el oficial se situó á proa. Un fuerte empuje alejó la embarcacion de la ribera, cuatro vigorosos remeros la dirigieron hácia el Pilon. A una voz del que dirijia el esquife, la cadena que cierra el puerto cedió el paso y Dantés se encontró en lo que se llama Froiul es decir fuera del puerto. El primer movimiento del preso al encontrarse respirando el aire libre fué un movimiento de placer. El aire es poco menos que la libertad. Respiraba pues desembarazadamente la consoladora brisa, cargada siempre de esos aromas desconocidos de la noche y del mar. Sin embargo muy luego arrojó un suspiro; pasaban entonces por delante de aquella Reserva en el sitio en que tan feliz habia sido aquella misma mañana una hora antes de que le arrestáran; y á través de dos ventanas abiertas que arrojaban un torrente de luz vino á herir sus oidos el placentero rumor de un baile; Dantés cruzó sus manos, levantó los ojos al cielo, y oró. El esquife continuando su camino, habia pasado ya la punta de More y se hallaba frente por frente de la ensenada del faro, próximo á doblar la batería: toda esta maniobra era incomprensible para Dantés.

— Pero, adonde me conducis? preguntó.

— Lo sabreis cuando lleguemos.

— Sin embargo, quisiera....

— Nos está prohibido daros esplicacion ninguna.

Dantés era ya medio soldado: preguntar á los subordinados cuando les está prohibido el contestar, le parecia una cosa absurda, así es que se calló.

Digitized by Google

Los mas estraños pensamientos asaltaron entonces su imaginacion: como no podia hacerse muy larga travesía en semejante embarcacion, como no habia anclado ningun buque por la parte á que se dirijian, creyó que iban á abandonarle en un punto lejano de la costa y decirle que estaba libre; no iba atado, no se habia pensado siquiera en sujetarle con las manillas, lo que parecíale de buen agüero; ademas el substituto que tan bien se portó con él, no le habia dicho que mientras no pronunciase el fatal nombre de Noirtier nada debia temer? Por ventura no habia Villefort destruido en su presencia aquella peligrosa carta, única prueba que contra él habia? Esperaba pues, mudo y pensativo, procurando penetrar, con ese ojo de marino ejercitado en las tinieblas y acostumbrado á observar largas distancias, al través de la obscuridad de la noche. Habian dejado ya á su derecha la isla de Ratonneau, en que brillaba un faro, y costeando siempre llegaron á la altura de la ensenada del barrio de los Catalanes. En este punto redobló el preso la enerjia de sus miradas, pues allí estaba Mercedes, y á cada instante le parecia ver dibujarse en la sombría ribera el talle esbelto y vagaroso de una mujer. Cómo un interior presentimiento no advertía á Mercedes que su amante pasaba á trescientos pasos de ella?

Una sola luz brillaba en todo el caserío de los Catalanes. Comparando la posicion de aquella luz, Dantés reconoció que alumbraba el cuarto de su novia. Mercedes era la única que velaba en toda aquella pequeña colonia. Dando un fuerte grito, el jó-

Digitized by Google

ven podia ser oido de su prometida; pero una infunda vergüenza le contuvo. Que dirian aquellos hombres, oyéndole gritar como un insensato? Quedóse pues mudo, con los ojos fijos en la luz. Interin, el bote continuaba su marcha; pero el prisionero ni se acordaba del bote; pensaba solo en Mercedes. Un recodo del terreno hizo desaparecer la luz. Dantés echó entonces de ver que la barca continuaba alejándose. Mientras estaba ocupado mirando, absorto en sus pensamientos, habian sustituido las velas á los remos y el barco se adelantaba impelido por el viento. A pesar de la repugnancia que sentia Dantés al dirigir al gendarme nuevas preguntas, se le acercó y tomándole una mano le dijo:

— Camarada; en nombre de vuestra conciencia y vuestra calidad de soldado, os ruego encarecidamente que tengais piedad de mí y que me contesteis. Soy el capitan Dantés, honrado y leal francés, aun que acusado de nosé que traicion á dónde me conducís? decídmelo y bajo mi palabra de marino os prometo conformarme con mi suerte y resignarme á mi deber.

El gendarme se rascó la oreja y miró á su camarada. Este se encogió de hombros como queriendo decir. «Me parece que en el punto en que nos hallamos no hay inconveniente» y el gendarme velviéndose á Dantés le dijo:

— Sois de Marsella y marino y preguntais á donde nos dirijimos?

— Sí, porque os juro que lo ignoro.

— Y no os lo imajinais?

— No.

Digitized by Google

— Es imposible!

— Os lo juro por lo mas sagrado que tengo en el mundo; decídmelo por favor.

— Y la consigna?

— La consigna no os impedirá que lo sepa dentro diez minutos, media hora, una hora tal vez; tan solo que vosotros me ahorrariais diciéndomelo, un siglo de incertidumbre. Os lo ruego como si fueseis un amigo. Mirad, yo ni quiero rebelarme ni huir, á mas de que tampoco podria. Dónde vamos?

— A menos que tengais vendados los ojos, ó que no hayais salido jamás del puerto de Marsella, debeis echar de ver à donde vamos.

— Pues no sé verlo.

— Mirad á vuestro alrededor..... y ahora?

Dantés se levantó, dirigió naturalmente la vista hácia el punto á que se dirigia el buque, y á cien toesas de distancia vió elevarse á su frente la árida y negra roca sobre la que está situado, como una cristalizacion del pedernal el sombrío castillo de If. Aquella forma estraña, aquella prision á cuyo alrededor reina el mas profundo terror, aquella fortaleza que presta á Marsella hace trescientos años materia para lúgubres tradiciones, apareciéndose de repente á Dantés que ni menos se acordaba de ella, le produjo el efecto que á un condenado á muerte la vista del patíbulo.

— Ah! Dios mio! esclamó; el castillo de If, y que vamos á hacer allí?

El gendarme se sonrió.

— Seguramente que no me llevais allá para encerrarme? continuó Dantés, el castillo de If és una

Digitized by Google

prision de estado destinada tan solo para los grandes criminales políticos. Yo no he cometido ningun crímen. Habria tal vez jueces de instruccion ó algunos magistrados en el castillo de If?

—No hay contestó el gendarme, á lo menos que yo sepa, mas que un gobernador, algunos carceleros, la guarnicion y unos formidables muros. Vaya, vaya, amigo, no hay porque hacerse el desentendido, sino casi me hareis creer que pagais mi condescendencia burlandoos de mí.

Dantés apretó la mano del gendarme con indecible fuerza.

— Con qué, vuestro parecer es de que me conducen al castillo de If para encerrarme en clase de preso?

— Es muy probable, dijo el gendarme; pero en todo caso camarada, está demas que me apreteis tan fuerte la mano.

— Sin mas informes, sin mas formalidad? preguntó el jóven.

— Las formalidades se han cumplido, la informacion está hecha.

— Con que apesar de la promesa del señor de Villefort.....

— Yo no sé si el señor de Villefort os ha hecho promesa alguna, dijo el gendarme, lo que si sé es que vamos al castillo de If..... Pero..... que es lo que haceis? Pronto, camaradas, ausilio! á mí, compañeros!

Por un movimiento veloz como el rayo, pero que á pesar de ello previno el ojo avizor del gendarme, Dantés quiso arrojarse al mar, pero cuatro vigo-

Digitized by Google

rosos puños le detuvieron en el momento en que sus pies empujaban el suelo del esquife. Cayó pues de nuevo al fondo de la barca ahullando de coraje.

—Bueno, esclamó el gendarme colocándole la rodilla sobre el pecho; bueno, ese es el modo de cumplir vuestra palabra de marino! Fiaos en la gente apacible! Haced ahora, amigo mio, el menor movimiento y vereis cuan pronto os levanto la tapa de los sesos. He faltado á mi primer consigna, pero yo os aseguro que no faltaré á la segunda.

Y al decir esto, apuntó á Dantés su carabina el cual sintió apoyar sobre sus sienes la boca del cañon como un anillo de hielo.

La primer idea que le acudió fué la de hacer algun movimiento como defendiéndose y de acabar así de una vez con la desgracia inesperada que se cebaba en él y que sin saber como, le aprisionara con sus garras de buitre; pero justamente por ser esta desgracia inesperada, pensó Dantés que no seria duradera; le vinieron luego á la imaginacion las promesas del señor de Villefort, á mas de que, preciso es por fin decirlo, esa muerte en el fondo de un esquife, venida de mano de un gendarme le pareció fria y poco seductora. Cayó pues de nuevo sobre el suelo del barco arrojando un ahullido de rabia y royéndose los puños con desesperacion. Casi en el mismo momento un violento choque sacudió el esquife, uno de los remeros saltó sobre la roca con que acababa de chocar la proa del barquichuelo, una cuerda rozó deslizándose por una polea y comprendió entonces Dantés que habian llegado al punto de su destino y que amarraban el esquife. En

Digitized by Google

efecto sus guardas, que lo tenian sujeto á la vez por los brazos y por el cuello de su casaca, le obligaron á levantarse, le forzaron á saltar en tierra y le condujeron hasta las gradas que conducen á la puerta de la ciudadela, mientras que el oficial, armado de un mosquete con bayoneta calada les seguia detrás.

Dantés, no trató ya de hacer resistencia alguna pues que hubiera sido inútil, caminaba con lentitud mas por inercia que por voluntad. Estaba atontado y bamboleándose como un borracho. De nuevo vió soldados que se escalonaban en la cuesta pendiente que iban ascendiendo, daba con escalones que le obligaban á levantar los pies; observó que atravesaba una puerta y que esta puerta se cerraba tras de él, pero todo esto maquinalmente como al través de una espesa niebla sin distinguir nada de cierto. Ya ni el mar veia tampoco, dolor intenso que sienten los presos al considerar el espacio con el íntimo convencimiento de que son impotentes para poderle atravesar! Aprovechando por fin un alto de algunos instantes que hizo su escolta, ensayó reconcentrar sus ideas. Miró á su alrededor, hallábase en un patio cuadrado formado por cuatro elevadas paredes, oíase el paso lento y uniforme de los centinelas, y cada vez que pasaban por delante, atravesaban los reflejos de tres ó cuatro luces que arrojaban hasta la muralla sus destellos desde lo interior del castillo veíase centellear el cañon de sus fusiles.

Esperaron allí como unos diez minutos. Seguros ya de que Dantés no podia escapar, los gendarmes

Digitized by Google

le habian soltado: parecia que esperaban órdenes, que por fin llegaron.

—Donde está el preso? preguntó una voz.

—Aquí está, contestaron los gendarmes.

—Que me siga; voy á conducirle á su calabozo.

—Andad! dijeron los gendarmes empujando á Dantés.

El preso siguió á su guia que le condujo en efecto hasta una sala casi subterrànea cuyas paredes desnudas y húmedas parecian impregnadas de un vapor de lágrimas. Una especie de lamparilla colocada sobre un taburete, y cuya mecha nadaba en una grasa fétida y corrompida, iluminaba las lustrosas paredes de aquella horrible estancia, y permitió á Dantés ver á su conductor, especie de carcelero subalterno, mal vestido y de pequeña talla.

—He aquí vuestro cuarto para esta noche, le dijo. Es ya tarde y el señor gobernador se ha acostado; mañana cuando se levante y tenga conocimiento de las órdenes que os conciernen, os cambiará tal vez de habitacion. Por ahora ahí teneis pan, agua la hallareis en este cántaro, paja allí en aquel rincon, es todo lo que puede desear un preso. Buenas noches.

Antes que Dantés pensase en abrir la boca para contestarle, antes que hubiese observado el lugar en que el carcelero dejaba el pan, antes de enterarse del punto en que se hallaba el cántaro, antes de dirijir los ojos hácia el rincon en que le esperaba la paja destinada á servirle de cama, el carcelero habia tomado la lamparilla, y cerrando la puerta, quitò al prisionero ese débil reflejo que le

Digitized by Google

habia mostrado como á la luz de un relámpago las relucientes paredes de su calabozo. Encontróse entonces solo en medio de las tinieblas y del mas profundo silencio, tan mudo é inmóvil como las bóvedas cuyo frio glacial sentia descender sobre su abrasada frente. Cuando los primeros albores del dia iluminaron lijeramente aquella cueva el carcelero volvió con órden de dejar al preso donde estaba. Dantés no habia cambiado de sitio, una mano de hierro parecia haberle enclavado en el mismo lugar en que la víspera se habia quedado. Sus ojos hundidos se escondian en el entumecimiento causado por el húmedo vapor de sus lágrimas: estaba inmóvil, fija la vista en el suelo. Asi habia pasado la noche, de pié y sin dormir un solo instante. El carcelero se le acercó, dió una vuelta á su alrededor, pero Dantés no dió muestras de haberle visto. Dióle aquel un golpe sobre las espaldas, Dantés se estremeció y agitó la cabeza.

—Con qué no habeis dormido? preguntó el carcelero.

—No sé, contestó Dantés.

El carcelero le miró estupefacto.

—No teneis hambre?

—No sé.

—Se os ofrece algo.

—Quisiera ver al gobernador.

El carcelero se encojió de hombros y se marchó. Dantés le siguió con la vista y las manos tendidas hácia la puerta entreabierta, pero la puerta se cerró. Entonces pareció exhalarse su alma en un prolongado suspiro. Sus lágrimas que tenian hincha-

Digitized by Google

dos los párpados corrieron como dos ríos, arrodíllóse besando el polvo y oró largo rato; recorriendo en su imaginacion toda su vida pasada, preguntóse á sí mismo que crímen habia cometido en edad tan temprana que mereciese un castigo tan cruel. El dia lo pasó de este modo; apenas comió un bocado de pan y remojó su boca con unas gotas de agua. Ora se sentaba absorto siempre en sus pensamientos, ora corria en derredor de su calabozo como un animal salvage encerrado en una jaula de hierro.

Una idea fija le atormentaba particularmente y es, que durante la travesía en la que ignorando el punto donde se le conducia estuvo quieto y tranquilo, hubiera tenido cien ocasiones de arrojarse al mar, y una vez en el agua, gracias á su habilidad en el nadar, gracias á esa costumbre por la que era considerado como uno de los mejores buzos de Marsella, desaparecer bajo las olas, escapar á sus guardas, ganar la costa, huir, esconderse en alguna ensenada desierta, esperar algun buque genovés ó catalan, pasar á Italia ó á España y de allí escribir á Mercedes para que se le reuniera. En cuanto á su subsistencia, no pasaba por ello cuidado alguno cualquiera que hubiese sido su suerte: do quier que fuese son muy escasos los buenos marinos; hablaba el italiano como un toscano, el español lo mismo que un natural de Castilla la vieja. Hubiera vivido libre y feliz con Mercedes y con su padre á quien hubiera enviado tambien á buscar: mientras que entonces se veia preso, encerrado en el castillo de If, en esa insuperable cárcel, sin saber que habia

Digitized by Google

sido de su padre y de Mercedes; y todo ello por haber confiado en la palabra del señor de Villefort. Habia para volverse loco, de modo que Dantés se revolcaba furioso sobre la renovada paja que le trajo el carcelero. Al dia siguiente, á la misma hora, entró el carcelero.

—Con qué, le preguntó, estais mas puesto en razon hoy de lo que lo estabais ayer?

Dantés no contestó.

—Vaya, repuso aquel, un poco de ánimo! Deseais algo que esté en mi mano poderos proporcionar? decid.....

—Deseo hablar al gobernador.

—Pues no os dije ya, repuso con impaciencia el llavero, que era imposible.....

—Y porque ha de ser imposible?

—Porque segun los estatutos de la cárcel, no es permitido á ningun preso preguntar por él.

—Y qué es lo que se permite pedir aquí?

—Mejor alimento, pagando: dar algun paseo y alguna que otra vez libros para distraerse.

—Pues yo no necesito libros, ni tengo necesidad de pasearme y me basta con el actual alimento; con que no quiero sino una cosa; ver al gobernador.....

—Si tratais de fastidiarme repitiéndome siempre lo mismo, dijo el carcelero, no os traeré de comer.

—Bueno, si no me traes de comer me moriré de hambre. Eso es muy sencillo.

El acento con que Dantés pronunció estas palabras demostró al carcelero que el preso se tendria por dichoso en morir. Pero como todo preso á quien

Digitized by Google

se socorre, deja en favor del carcelero diez sueldos poco mas ó menos cada dia, el de Dantés calculó el déficit que sufriria en caso de morirse el preso; así es que repuso con tono mas afable:

—Escuchadme; lo que deseais es imposible, por lo tanto no teneis que pedírmelo mas; porque no se conoce ejemplo de que el gobernador haya ido al calabozo de un preso por mas que este haya instado; tan solo, si sois cuerdo, se os permitirá dar un paseo y es muy factible que algun dia mientras os estéis paseando..... pase el gobernador: entonces podeis decirle lo que os convenga; si os escucha ó no, eso es cuenta suya.

—Pero, dijo Dantés, cuanto tiempo tendré que esperar de este modo hasta que se presente esa casualidad?

—Quién sabe? un mes, tres, seis, tal vez un año.

—Muy largo es eso, quiero verle en seguida.

—Ah! no os fijeis de ese modo en una sola idea imposible de realizar, ó sino antes de quince dias os habreis vuelto loco.

—Lo crees posible?

—Si, loco. Asi es como empieza siempre la locura. De ello tenemos aqui un ejemplo reciente: empezó un pobre abate que ocupaba este calabozo antes que vos por ofrecer incesantemente al gobernador un millon si queria ponerle en libertad, y con esta idea fija se le ha trastornado el cerebro.

—Cuánto tiempo hace que desocupó este cuarto?

—Dos años.

—Se le puso en libertad?

Digitized by Google

—No: se le encerró en el subterráneo.

—Escucha, yo no soy abate, no estoy loco, tal vez con el tiempo pierda el juicio, pero desgraciadamente por ahora tengo cabales mis sentidos: quiero hacerte una proposicion.

—Cuál?

—No te ofreceré un millon porque tampoco podria dártelo, pero si te prometo cien escudos si quieres, la primera vez que vayas á Marsella, llegarte hasta el barrio de los Catalanes, y entregar una cartita á una jóven llamada Mercedes; que digo una carta, dos líneas tan solo.

—Si yo me encargase de esas dos líneas y llegase á descubrirse, perderia mi destino que me vale mil libras al año sin contar los gajes y la comida. Ya veis que seria un imbécil si me arriesgase á perder mil libras para ganar cien escudos.

—Pues bueno: escucha y no olvides lo que te voy á decir; si no tratas de advertir al gobernador que yo deseo hablarle, si no tratas de llevar á Mercedes estas dos líneas, ó á lo menos de advertirla que estoy aquí, un dia te esperaré, escondido detrás de la puerta, y en el momento que entres te abriré la cabeza con este banquillo.

—Amenazas á mí! esclamó el carcelero dando un paso atrás y poniéndose en defensa. — Está visto que perdeis la chaveta; el abate empezó como vos, y dentro de tres dias estareis ya loco rematado como él. Felizmente hay calabozos oscuros en el castillo de If.

Dantés cojió el banquillo y le dió un impulso circular al rededor de su cabeza.

Digitized by Google

—Está bien, muy bien! continuó el llavero: ya que lo quereis absolutamente voy á avisar al gobernador.

—Enhorabuena! dijo Dantés dejando de nuevo en el suelo el banquillo y sentándose sobre él, bajando la cabeza y mirando con ojos torvos cual si realmente estuviese loco.

El carcelero salió, y un momento despues entró de nuevo acompañado de cuatro soldados y un cabo.

—De órden del gobernador, dijo, cojed ese preso y bajadle al piso inferior á este.

—Al calabozo, pues; dijo el cabo.

—Al calabozo: es preciso que los locos estén con los de su clase.

Los cuatro soldados se apoderaron de Dantés, que cayendo en una especie de atonia, los siguió sin oponer resistencia. Le hicieron bajar quince escalones, abrieron la puerta de un calabozo en el que entró diciendo entre dientes.

—Tienen razon; es preciso que los locos estén juntos.

Cerróse la puerta y Dantés anduvo hácia adelante, con las manos estendidas hasta que topó con la pared. Entonces se sentó en uno de los ángulos de la pieza y quedó inmóvil, mientras que sus ojos habituándose poco á poco á la oscuridad procuraban distinguir los objetos. El carcelero tenia razon; faltaba muy poco para que Dantés estuviese completamente loco.

Digitized by Google

9.°

VIAJE INESPERADO.

Villefort, como hemos dicho ya, se dirigió hácia la plaza de Grand-Cours, y entrando en casa la señora de Saint-Meran, encontró á los convidados, á quienes dejára en la mesa, tomando café en el salon. Esperábale Renée con una impaciencia de que participaban los demas concurrentes: así es que fué recibido con una general aclamacion.

—Qué tenemos de nuevo, corta cabezas, firme sostén del Estado, prototipo del realismo? esclamó

Digitized by Google

uno de los concurrentes; qué ha ocurrido? sepamos.

—Estamos amenazados de un nuevo régimen de terror? preguntó otro.

— El buitre corso habria acaso salido de su guarída? interpuso un tercero.

—Señora marquesa, dijo Villefort acercándose á su futura suegra, vengo á suplicaros me dispenseis, pues me veo obligado á abandonaros de nuevo..... Señor marqués, podria tener el honor de deciros dos palabras á solas?

— Ah! Con qué es en efecto negocio de gravedad? preguntó la marquesa al observar la turbada frente de Villefort.

—Tan grave que me es preciso separarme de vos por algunos dias. Con qué, continuó dirigiéndose hácia Renée, ved si será la cosa seria!

—Os marchais, caballero; esclamó Renée, incapaz de ocultar la emocion que le causaba tan inesperada nueva.

—Desgraciadamente, si señora; contestó Villefort, es preciso.

— Y á dónde vais? preguntó la marquesa.

—En eso está el secreto de la justicia, señora. Con todo, si se os ofrece algo para Paris tengo un amigo que marcha allí esta noche y que tendrá un placer en cumplir vuestros encargos.

Todos se miraron mutuamente.

—Me habeis pedido una conversacion particular? dijo el marqués.

—Si: pasemos á vuestro gabinete si os parece.

Digitized by Google

El marqués tomó del brazo á Villefort y salió con él.

—Ahora decidme, le preguntó en cuanto llegaron al gabinete, qué es lo que pasa? Hablad!

—Cosas que creo de la mayor gravedad, y que exigen que parta desde luego para Paris. Ante todo, marqués, teneis capitales empleados en papel del Estado?

—Toda mi fortuna la tengo invertida en inscripciones por valor de seis á siete cientos mil francos á poca diferencia.

—Véndedlas pues, marqués, véndedlas ó quedais arruinado.

—Pero cómo quereis que las venda desde aquí?

—Tendréis un procurador, no es así?

—Le tengo.

—Dadme una carta para él encargándole que las venda sin levantar mano, sin perder un momento. Tal vez llegaré demasiado tarde!

—Diantre! no perdamos tiempo, pues.

Sentóse en el bufete y escribió una carta á su agente de cambios, dándole órden de vender á cualquier precio.

—Ahora que tengo esta carta, dijo Villefort guardándola cuidadosamente en su cartera, necesito otra.

—Para quién?

—Para el Rey.

—Para el Rey?

—Sí.

—Yo no me atrevo á cargar con la responsabilidad de escribir á S. M.

Digitized by Google

—Si no es de vos de quien la quiero, os encargo tan solo que se la pidais al señor de Servieux. Es preciso que me dé una carta con cuya ayuda pueda penetrar hasta S. M. sin tener que someterme á las formalidades de pedir una audiencia que pueden hacerme perder un tiempo precioso.

—Pero, no teneis franqueza con el guarda-sellos que tiene libre entrada en las Tullerías y por cuyo medio podeis ya sea de noche ya de dia hablar con S. M.?

—Es muy cierto: pero no hay necesidad de que parta con otro la gloria de la noticia que llevo; entendeis? El guarda-sello me dejaria en segundo lugar y me arrebataría el lucro de mi viaje. No tengo que deciros sino una cosa, marqués: mi carrera es segura, con tal que yo llegue el primero á las Tullerías, porque voy á prestar al rey un servicio que no le será fácil olvidar.

—En este caso, querido mio, id á empaquetar vuestro equipaje, interin yo llamo al señor de Servieux y le hago escribir la carta que debe abriros las puertas interiores del palacio.

—Corriente: no perdais tiempo porque dentro de un cuarto de hora es preciso que esté andando ya la silla de posta.

—Haced parar el carruage delante la puerta.

—Os encargais de escusarme con la señora marquesa y con la señorita de Saint-Meran, á la que no puedo dejar en tal dia sin un profundo dolor?

—Encontrareis á las dos, cuando volvais, en mi gabinete, y alli podreis despediros.

—Mil veces gracias: no echeis en olvido mi carta.

Digitized by Google

El marqués tocó la campilla, y se presentó un lacayo á quien dijo:

—Decid al conde de Servieux que le espero; y luego dirijiéndose á Villefort continuó; ahora ya estais libre.

Villefort marchó á escape, pero al llegar á la puerta pensó que un substituto del procurador del rey seria notado si andaba muy aprisa por las calles, lo que bastaría para poner en alarma toda la poblacion; en su consecuencia pues, tomó de nuevo su porte ordinario y majistral. Á la puerta de su casa observó la sombra como de un blanco fantasma que le esperaba de pié é inmóvil. Era la bella catalana que no sabiendo nada de Edmundo, al oscurecer habia marchado del Faro para ir en persona á saber la causa que habia motivado el arresto de su amante. Al acercarse Villefort se separó de la pared contra la que se apoyaba y le salió al encuentro: Dantés habia hablado al substituto de su novia, asi que Mercedes no tuvo necesidad de nombrarse para que Villefort la conociese.

En alto grado sorprendió á este último la belleza y noble continente de la jóven, de manera que cuando le preguntó por su amante, parecia ser él el acusado, ella el juez.

—El sugeto de que me hablais, dijo bruscamente Villefort, es un gran culpable y yo no puedo hacer nada por él.

Mercedes dejó escapar un suspiro, y tratando Villefort de pasar adelante le detuvo segunda vez diciéndole.

Digitized by Google

—Pero á lo menos indicadme donde está, que pueda yo saber si es muerto ó vivo.

—No lo sé; no es cosa mia ya: contestó Villefort,

Y mortificado por su fija mirada y suplicante ademan, desvió á Mercedes y entró en su casa cerrando con prontitud la puerta, como si de este modo dejase fuera el remordimiento que ella le suscitára.

Pero de este no se desprende uno tan facilmente; es como la flecha envenenada de que nos habla Virgilio; el corazon en que se clava tiene que llevarla consigo. Despues de haber entrado cerró Villefort la puerta, pero al llegar al salon le flaquearon las piernas, arrojó un vehemente suspiro y se dejó caer en una silla.

Entonces en el fondo de aquel corazon lacerado nació el primer germen de una úlcera mortal: aquel hombre sacrificado á su ambicion, aquel inocente que sufria la pena de su padre culpable se le apareció pálido y amenazador, dando la mano á su novia, lívida tambien como él, arrastando tras si los remordimientos, no de aquellos que asaltan la imaginacion como las furias de la antigüedad, sino los que con sordo y doloroso zumbido hieren al corazon en ciertos momentos y le mortifican con el recuerdo de lo pasado: mortífero veneno cuyas desgarradoras punzadas oprimen el pecho mas robusto y lo van debilitando lentamente hasta la muerte. Tuvieron entonces lugar momentos de duda en el interior del aquel hombre. Habia ya otras veces pedido la pena capital para otros acusados, sin esperimentar mas sensa-

Digitized by Google

cion que la que resulta de la lucha entre el juez y el procesado, y el recuerdo de aquellos infelices sentenciados gracias á la fulminante elocuencia que habia arrastrado á los jueces ó al jurado, no habia impreso la menor huella en su alma, porque aquellos acusados eran culpables ó á lo menos Villefort los creia tales. Pero esta vez el asunto era diferente, acababa de imponer á un inocente la pena de prision perpetua, á un inocente que iba á ser feliz y á quien arrebataba no solo la libertad si que tambien la ventura. Esta vez habia dejado de ser juez para trocarse en verdugo! Pensando todo esto sentia esa sorda agitacion que hemos descrito y que hasta entonces le habia sido desconocida, retumbando en el fondo de su corazon y escitando en él vagas aprensiones; especie de sufrimiento instintivo que advierte al herido que no puede sin dolor acercar el dedo á la herida abierta y ensangrentada, sin que antes se haya completamente cicatrizado.

Pero la herida que recibiera Villefort era de aquellas que si llegan á cicatrizarse, no es sino para volverse á abrir luego mas ensangrentadas y dolorosas que antes. Si en estos momentos la afable voz de Renée hubiese resonado en sus oidos pidiéndole gracia, si la bella Mercedes hubiese entrado y le hubiese dicho « En nombre del Dios que nos mira y nos juzga « devolvedme mi futuro esposo » entonces aquella voluntad doblada ya por los remordimientos, habria sucumbido del todo y con mano glacial hubiera sin duda alguna, arrostrando todos los compromisos que puedieran sobrevenir, firmado la órden para poner en libertad á Dantés. Pero no hubo voz alguna que

Digitized by Google

alterase el profundo silencio que en la estancia reinaba y la puerta no se abrió mas que para dar paso al ayuda de cámara de Villefort que vino á decirle que estaban enganchados los caballos de posta en el coche de camino... Villefort se levantó ó mejor se bamboleó como un hombre que vence en una lucha interior, se dirijió á su gabeta, llenó sus bolsillos con cuanto oro pudo recojer en un cajoncito, dió una vuelta por su cuarto en ademan despavorido, puesta la mano en la frente y articulando palabras inconexas; y por fin sintiendo que su ayuda de cámara acababa de ponerle la capa, salió del cuarto, se metió en el carruaje y dió en breves palabras la órden de dirijirse á la calle de Grand-Cours, casa el Sr. de Saint-Meran.

El infeliz Dantés quedó condenado.

Conforme á lo prometido por el marqués, el señor de Villefort encontró á la marquesa y á Renée en el gabinete. Al ver á Renée, el jóven se inmutó pues que temió se interesase de nuevo por la libertad de Dantés. Pero desgraciadamente, preciso es decirlo, á la jóven no la preocupaba entónces sino una cosa; la marcha de Villefort. Le amaba; consideraba que iba á partir cuando se acercaba el momento de ser su esposo; no podia asegurar cuando estaria de vuelta, asi es que Renée en vez de compadecer é interesarse por Dantés, maldecia en su interior al que por su crímen la separaba de su amante.

Y Mercedes, qué es lo que podia hacer? La pobre Mercedes encontró á Fernando, que la habia seguido, al revolver la esquina de la calle de la *lonja*; habia regresado al barrio de los Catalanes, y exáni-

Digitized by Google

me, desesperada, se arrojó casi sin sentidos sobre su cama. Al lado de esta cama se puso Fernando de rodillas y tomando entre las suyas la yerta mano de Mercedes, que esta ni por asomo pensaba en retirar, la cubrió de ardientes besos que la infortunada jóven ni siquiera percibió. Asi pasó la noche: la lámpara se apagó en cuanto hubo consumido todo su aceite, pero no por ello notó Mercedes la oscuridad como tampoco habia observado la luz; y llegó el dia sin apercibirse tampoco El dolor habia cubierto sus ojos con una venda que no la permitia ver sino á Edmundo.

—Ah! estais ahi? dijo en fin echando de ver á Fernando.

—Desde ayer no me he separado de vos, contestó este con doloroso suspiro.

En cuando al señor Morrél no desmayó ni se dió por vencido. Tuvo conocimiento de que despues del interrogatorio habia sido Dantés conducido á la cárcel; entonces corrió á casa de sus amigos; presentóse en la de las personas mas influyentes de Marsella, solicitó su mediacion, rogó, suplicó; pero habíase ya esparcido la voz de que el jóven habia sido preso por indicios de bonapartista, y como en aquella época los mas atrevidos miraban como un insensato desvarío toda tentativa para reponer á Napoleon en el trono, no encontró mas que indiferencia, miedo ó repulsas, y se retiró á su casa desesperado, confesando empero que la situacion era peligrosa y que nada absolutamente podia hacerse.

Caderousse, por su parte, no dejaba de sentir algun desasosiego y alguna recelosa inquietud, re-

Digitized by Google

suldado de una conciencia no del todo limpia. En vez de dar algunos pasos como el señor Morrél, en vez de hacer algo en favor de Dantés, en cuyo ausilio bien poco por cierto podia hacer, se habia encerrado en un cuarto en compañía de dos botellas de vino de Provenza á fin de ahogar sus escrúpulos en una completa embriaguez. Pero en el estado en que se encontraba su espíritu, eran poca cosa dos botellas para apagar su juicio. Estaba demasiado beodo para ir á buscar mas vino, y no habia bebido lo bastante para hallar en la borrachera el olvido de lo pasado: quedóse por lo mismo, apoyados sus codos en una bamboleante mesa, fijos sus ojos en las dos botellas vacías: y viendo danzar al resplandor de su vela sin espavilar, todos los espectros de que ha plagado Hoffman sus escritos chupados en ponche, como un negro y fantástico torbellino.

Tan solo Danglárs quedó tranquilo y sereno y hasta contento, porque á mas de vengarse de un enemigo aseguraba á bordo del *Faraon* la plaza que habia ya considerado como perdida. Danglárs era uno de aquellos hombres de cálculo que nacen con una pluma detràs de la oreja y un tintero en vez de corazon; todo lo reducia á una operacion de restar ó multiplicar, y un guarismo le parecia tanto mas precioso que un hombre, cuando este número podia aumentar el total que aquel hombre podia disminuir.

Danglárs, pues, se acostó á la hora acostumbrada y durmió á pierna suelta.

Villefort despues de haber recibido del señor de

Digitized by Google

Servieux una carta dirijida al conde de Blacas, besó á Renée en ambos carrillos, verificó lo mismo en la mano de la señora de Saint-Meran y despues de dar un vivo apreton á la mano del marqués montó en su carruaje tomando á todo escape el camino de Aix.

El padre de Edmundo estaba traspasado de inquietud y dolor. En cuanto á este ya sabemos lo que le aconteció.

Digitized by Google

Digitized by Google

10.

EL GABINETE DE LAS TULLERIAS.

Dejemos á Villefort continuar su viaje hácia París en cuyo camino, gracias á su liberalidad con los conductores, devora la distancia y penetremos á través de dos ó tres salones que preceden al gabinete de las Tullerías, cuya arqueada ventana es bien conocida por haber sido el gabinete favorito de Napoleon y de Luís XVIII, y por serlo aun hoy dia del rey Luís Felipe. Allí, en aquel gabinete, sentado

Digitized by Google

delante una mesa de nogal hecha venir de Hartwell y que por una de esas manías tan familiares á los personajes notables, era su mueble predilecto, el rey Luís XVIII escuchaba con bastante indiferencia á un hombre de unos cincuenta á cincuenta y dos años, de grises cabellos y aspecto noble y severo, al par que iba anotando al márgen un volúmen de Horacio, edicion de Griphius, bastante incorrecta aunque muy buscada y que prestaba ancho campo á las sagaces observaciones filosóficas de S. M.

— Deciais que..... dijo el Rey.

— Que estoy en mucha zozobra, señor.

— De veras! Habriais visto tal vez en sueños siete vacas gordas y otras siete flacas?

— No, señor, porque eso no anunciaria sino siete años de fertilidad y siete de escasez, y con un rey tan provisor cual V. M. la escasez no seria de temer.

— Sobre que otra plaga, pues, versa vuestro temor, mi querido Blacas?

— Señor, yo creo..... tengo datos para creer que se está formando una tempestad hácia el Mediodia.

— Pues yo, mi querido conde, contestó Luís XVIII, os creo muy mal informado; sé positivamente que muy al contrario, el tiempo nunca ha estado allí mas sereno.

Apesar de ser un hombre sesudo, gustábale á Luís XVIII el estilo chancero.

— Señor, dijo el de Blacas; aunque no fuera mas que para tranquilizar á un fiel servidor, V. M. no podria enviar al Languedoc á la Provenza y al Delfinado algunos sujetos de confianza que se infor-

Digitized by Google

masen y dieren cuenta del estado de las tres provincias?

— *Canimus surdis*, contestó el rey continuando sus anotaciones al Horacio.

— Señor, contestó riendo el cortesano para dar á entender que comprendia el hemistiquio del poeta, V. M. tendrá mucha razon si atiende solo al espíritu de toda la Francia, pero yo creo no ir muy equivocado al temer una desesperada tentativa.

— De quién?

— De Bonaparte ó á lo menos de sus partidarios.

— Mi querido Blacas, me impedis el trabajar con vuestros terrores.

— Señor, quisiera poder participar de la confianza de V. M.

— Esperad, mi querido conde, esperad. He hecho unas notas muy de mi gusto al *Pastor quum traheret*; esperad y luego continuareis.

Hubo un instante de silencio durante el que Luís XVIII ponia una nota en letra lo mas menuda posible al márgen de su Horacio; despues de concluido, dijo levantándose con la complacencia de un hombre que cree haber tenido una idea nueva luego que ha comentado la de otro.

— Continuad, mi querido conde, ya os escucho.

— Señor, dijo de Blacas, me veo precisado á deciros que no son ligeras habladurías destituidas de fundamento, simples proyectos, castillos en el aire, los que me inquietan, es un hombre penetrador que posee toda mi confianza, y encargado por mí de celar el Mediodia, (el conde vaciló al pronun-

Digitized by Google

ciar. estas palabras) que acaba de llegar en posta para decirme; «Grandes peligros amenazan al rey; y en su consecuencia he venido volando, señor.»

—*Mala ducis avi domum*, dijo Luís XVIII continuando sus notas al Horacio.

—V. M. me manda que no insista mas sobre este punto?

—No, mi querido conde; pero alargad la mano, allí bajo á la izquierda, encontrareis el parte del ministro de la policia fecha de ayer..... Pero, no, aquí le teneis en persona..... No decís que es el ministro de policia? continuó Luís XVIII dirigiéndose al ugier. Entrad baron, y esplicad al conde lo que sabeis de mas reciente sobre Bonaparte. No nos disimuleis nada en el asunto por grave que sea. Veámos, la isla de Elba se ha convertido en un volcan, y vamos á ver salir de ella al dios de la guerra rodeado de llamas y resplandor, *bella, horrida bella?*

—V. M. dijo el gefe, ha tenido á bien examinar el parte de ayer?

—Sí, sí, pero decid al conde que no sabe encontrarle, lo que decia el tal parte. Describidle lo que hace el usurpador en su isla.

—Señor, dijo el baron al conde, todos los leales servidores de S. M. deben tener suma satisfaccion al saber las últimas nuevas que nos han llegado de la isla de Elba. Bonaparte..... El ministro miró á Luís XVIII que ocupado en escribir una nota ni siquiera levantó la cabeza. Bonaparte, continuó el baron, se fastidia en estremo; pasa los dias enteros presenciando los trabajos de sus mineros de Por-

Digitized by Google

to-Longone. Aun hay mas; estamos casi seguros que dentro de poco tiempo el usurpador se habrá vuelto loco.

—Loco?

—Loco de atar. Su cabeza se debilita. Unas veces llora á lágrima viva como un chiquillo, otras rie á no poder mas, y otras, por fin, se pasa horas enteras á orillas del mar arrojando piedrecitas, y cuando estas han pegado cuatro ó cinco botes á flor de agua, queda tan satisfecho como si hubiese ganado otra batalla cual la de Marengo ó Austerlitz. Ved si no son estos señales infalibles de locura.

—O de cordura, señor baron, ó de cordura! dijo Luís XVIII riéndose. Arrojando piedrecitas al mar es como se recreaban los grandes capitanes de la antigüedad, ved sino á Plutarco, en su *vida de Scipion el Africano*..... Con qué, mi querido Blacas, que os parece? continuó suspendiendo la continuacion de sus apuntes sobre el volúmen abierto delante de él.

—Os digo, señor, que ó el señor ministro de policía ó yo nos equivocamos; pero como es imposible que sea el gefe de la policía quien se engañe pues que le está encomendada el honor y guarda de V. M. es muy probable que sea yo el que padezca error. Con todo, señor, con el beneplácito de V. M. desearia interrogar al sugeto de quien hablé antes y aun me atreveré á suplicar que se digne V. M. hacerlo por si mismo.

—Con mucho gusto, conde; con vuestra recomendacion recibiré á quien querais; pero deseo recibirle en disposicion de combatir.

Digitized by Google

—Señor ministro, teneis alguna parte de fecha mas reciente que esta? la de este es del 20 de febrero y estamos á 4 de marzo.

—No lo tengo señor pero lo espero de un momento á otro. Desde por la mañana que falto de la oficina, y puede que durante mi ausencia haya venido alguno.

—Id pues á la prefectura, y si hay alguno traedle, y si no hay..... en este caso continuò bromeando Luís XVIII, forjad uno. No es así como acostumbra hacerse?

—Oh señor, dijo el ministro, á Dios gracias, en este asunto no hay necesidad de inventar nada; cada dia vemos atestadas nuestras oficinas con partes los mas detallados, dimanados de una multitud de pobres petates que confian alcanzar un lijero signo de reconocimiento por servicios que no prestan, pero que quisieran prestar; pues que reducen sus comunicaciones á datos vagos esperando que algun suceso casual dará visos de certeza á sus predicciones

—Está bien, dijo Luis XVIII, id y acordaos que os espero.

—No hago otra cosa que ir y venir, señor, dentro de diez minutos estoy de vuelta.

—Y yo, señor, dijo Blacas, voy á buscar mi mensagero.

—Esperad un momento, dijo Luis XVIII, quisiera consultaros sobre el pasage: *Molli fugies anhelitu.* Ya sabeis que se trata del ciervo huyendo delante del lobo. En vuestra calidad de cazador y

Digitized by Google

de gran *louvotier* (1) podreis decirme que os parece de este *molli anhelitu.*

— Admirable, señor; pero mi mensagero, es como el siervo de quien hablais; puesto que acaba de correr doscientas veinte leguas en posta gastando apenas tres dias en el viaje.

— Es tomarse mucha molestia é inquietarse en estremo, mi querido conde, cuando tenemos el telégrafo que no gasta mas de tres á cuatro horas y esto sin que su respiracion se altere en lo mas mínimo.

— Ah! señor, no correspondeis al interés del pobre jóven venido de tan lejos, con tanto celo para dar á V. M. una noticia de la cual no puede negarse ni la importancia ni la utilidad. Aunque no sea mas que por complacer al señor de Servieux que me lo recomienda, recibidle bien, os lo suplico.

— El señor de Servieux, el chambelan de mi hermano?

— El mismo.

— En efecto, sé que está en Marsella.

— De allí me escribe.

— Y os habla tambien en su carta de esa conspiracion?

— No, pero me recomienda al señor de Villefort, encargándome le introduzca hasta V. M.

— El señor de Villefort! porqué no me dijisteis su nombre desde un principio? esclamó el rey dejándose percibir en su rostro un principio de inquietud.

---

(1) Director de la caza de lobos cerca del Rey.

Digitized by Google

—Señor, no creia que V. M. le conociese.

—Pues le conozco, le conozco, mi querido Blacas, es un hombre formal, de miras elevadas y sobre todo ambicioso en estremo; pero, pardiez! vos conoceis á su padre; á Noirtier.

—Noirtier el girondino? Noirtier el senador?

—Justamente.

—Y V. M. ha empleado al hijo de semejante sugeto?

—Querido conde, ya os he dicho que Villefort era ambicioso: por ascender seria capaz de sacrificarlo todo, hasta á su mismo padre.

—En este caso, señor, podré hacerle entrar?

—Al instante; conde; donde está?

—Probablemente me estará esperando abajo, en mi coche.

El conde salió con la lijereza de un jóven, su sincero realismo le rejuvenecia.

Luis XVIII quedó solo, dirijiendo la vista á su Horacio entreabierto y diciendo entre dientes.

Justum et tenacem propositi virum.

El conde de Blacas volvió á subir con la misma rapidez con que bajára, pero en la antecámara le fué preciso invocar la autoridad real: el empolvado traje de Villefort, nada conforme á la etiqueta de palacio, habia escitado la susceptibilidad del maestro de ceremonias, que se admiró en estremo al ver que aquel jóven trataba de presentarse de aquella manera ante el rey; pero el conde allanó todas las dificultades con una sola palabra: de órden de S. M.:

Digitized by Google

y apesar de las observaciones que continuó haciéndole el maestro de ceremonias, Villefort fué introducido. El rey continuaba sentado en la misma posicion en que lo dejára el conde. Al abrir la puerta Villefort se halló cara á cara con el rey, el primer movimiento del jóven magistrado fué detenerse.

—Entrad, señor de Villefort, dijo el rey, entrad.

Villefort saludó y adelantó algunos pasos esperando á que el rey le dirijiera la palabra.

—Señor de Villefort, dijo Luis XVIII, el conde de Blacas dice que habeis de comunicarme un asunto muy importante.

—Señor, el conde tiene razon y yo espero que V. M. desde luego convendrá en ello.

—Ante todas cosas, caballero, es tan grave el mal que venis á anunciarme como se han empeñado en persuadírmelo?

—Señor, yo le considero apremiante, pero gracias á mi diligencia espero que no será irreparable.

—Hablad cuanto querais, caballero, dijo el rey que empezaba á dejarse dominar por la emocion que cambiára la fisonomia de Blacas y alterára la voz de Villefort. Hablad y sobre todo empezad por el principio; me gusta en todo el debido órden y método.

—Señor, dijo Villefort, haré á V. M. una exacta relacion de todo; pero no puedo menos de rogaros me dispenseis vuestra gracia si la emocion que me agita hace que mis ideas sean algo obscuras.

Una ojeada que dió al rey despues de tan insinuan-

Digitized by Google

te exordio, le cercioró de la benevolencia de su augusto oyente y continuò:

—Señor, he venido á Paris con la mayor prontitud posible para dar parte á V. M. del descubrimiento que he hecho en uso de mis funciones, no de esos complots vulgares y sin consecuencias que se traman todos los dias entre el pueblo y la soldadesca; sino de una verdadera conspiracion, una tempestad que amenaza nada menos que el trono de V. M. Señor, el usurpador está armando tres buques, y tiene entre manos algun proyecto, insensato tal vez, pero no por eso menos terrible. A la hora presente debe haber abandonado ya la isla de Elba para ir no sé donde, pero sin temor de equivocarme puedo decir que será para tentar un desembarco ya en Nápoles, ya en las costas de Toscana, ya en la misma Francia. V. M. no ignora que el soberano de la isla de Elba ha conservado relaciones con la Francia y con la Italia.

—Si, ya lo sé; dijo el rey en estremo conmovido, y no hace mucho tuvimos noticia de que en la calle de San Jacobo se verificaban algunas reuniones bonapartistas. Pero, continuad, os lo ruego, cómo habeis adquirido esos detalles?

—Señor, por el resultado de un interrogatorio que tuve que hacer en Marsella á un sugeto á quien hice prender el mismo dia de mi partida. Este hombre marino revoltoso, y de ideas bonapartistas que me le hicieron sospechoso, ha ido secretamente á la isla de Elba. Ha visto al gran mariscal quien le encargó una mision verbal para un bonapartista de París cuyo nombre no le he podido arrancar, pero es-

Digitized by Google

ta mision era con objeto de preparar los ánimos para una restauracion. Haceos cargo que os hablo de lo que dijo en su interrogatorio, señor; para una restauracion que no está muy lejos.

—Y donde está ese hombre?

—Encarcelado, señor.

—Y el negocio os ha parecido grave?

—Tan grave, señor, que habiendo tenido conocimiento de este suceso al hallarme en un festin de familia, el mismo dia de mis esponsales, lo he abandonado todo, novia y amigos, dejándolo para despues, á fin de venir á deponer á los pies de V. M. los temores de que estaba poseido y las seguridades de mi adhesion y respeto.

—No es cierto, dijo Luís XVIII, que habia un proyecto de matrimonio entre vos y la señorita de Saint-Meran?

—La hija de uno de los mas fieles servidores de V. M.

—Sí, sí, pero volvamos al complot, señor de Villefort.

—Señor, yo temo que esto sea algo mas que un complot, mucho me engaño ó es una conspiracion formal.

—Una conspiracion en los tiempos que corremos, dijo Luís XVIII sonriendo, es cosa fácil de tramar, pero muy difícil de conducir á buen término por la misma razon de que restablecido hace poco en el trono de mis antepasados, tenemos á un tiempo fija la vista sobre lo pasado, el presente y el porvenir. Hace diez meses que mis ministros redoblan su vigilancia para que el litoral del Mediterráneo esté

Digitized by Google

bien guardado. Si Bonaparte desembarca en Nápoles, la coaliccion en peso se le echará encima antes de que pueda llegar á Piombino; si desembarca en Toscana, entra en país enemigo; si en Francia será tan solo con un puñado de hombres y le esterminaremos desde luego, execrado como es por el pueblo. Tranquilizaos pues, pero no por eso desconfieis de nuestra munificencia.

— Ah! He aquí al señor ministro de policía; dijo el conde de Blacas.

Apareció en efecto en el dintel de la puerta el gefe de la policía, pálido, trémulo, y cuya incierta mirada daba á entender le habia sorprendido algun imprevisto acontecimiento. Villefort hizo ademan de retirarse pero un apreton de mano de Blacas le detuvo.

Digitized by Google

11.

EL BUITRE DE CÓRCEGA.

El monarca al aspecto de aquel rostro demudado rechazó con violencia la mesa ante la que estaba sentado.

—Qué teneis, señor baron, esclamó, parecéisme muy conmovido! Esa confusion, esa perplegidad viene á confirmar los temores de Blacas y lo que acaba de decirme el señor de Villefort?

Digitized by Google

Blacas por su parte se aproximó con viveza al baron; el terror de cortesano pudo mas en él que el orgullo de hombre de estado: en efecto en semejantes circunstancias le era mucho mas conveniente verse vencido por el prefecto de policía que humillarle sobre negocio de tal naturaleza.

—Señor..... balbuceó el baron.

—Vaya! veamos? dijo Luís XVIII.

—Oh señor! qué horrorosa calamidad! soy muy digno de compasion, jamás podré consolarme.....

—Caballero, dijo Luís XVIII, os mando que os espliqueis.

—Pues bien! el usurpador ha abandonado la isla de Elba el 26 de febrero y ha desembarcado el 1.° de marzo.

—En dónde? en Italia? preguntó impaciente el rey.

—En Francia, señor; en una ensenada cerca de Antibes en el golfo Juan.

—El usurpador ha desembarcado en Francia, cerca de Antibes, en el golfo Juan, á doscientas cincuenta leguas de París, el 1.° de marzo y vos apenas lo sabeis hoy 4 de marzo!.... Oh! caballero, lo que decís es imposible, os habrán engañado en el parte.

—Desgraciadamente, señor lo que os anuncio no es mas que demasiado cierto!

Luís XVIII hizo un gesto de mal reprimida cólera y espanto y se puso de pronto en pié cual si un mismo golpe le hubiera herido á la vez en el corazon y en el rostro.

—En Francia! esclamó, el usurpador en Fran-

Digitized by Google

cia! con que ese hombre no era vigilado! ó quién sabe? quizá se estaba de acuerdo con él!

—Oh! señor, esclamó el conde de Blacas, no tan á la lijera acuseis de traicion á un sujeto como el señor ministro de policía. Señor, todos tenemos un instante de cegüedad y el baron ha participado de la ceguera general: hedlo ahí todo.

—Pero..... dijo Villefort, mas luego deteniéndose..... dispensad, añadió, dispensad; mi celo me arrebata; dígnese V. M. dispensarme.

—Hablad libremente, dijo Luís XVIII, tan solo vos nos prevenisteis este revés, ayudadnos á buscarle remedío.

—Señor, dijo Villefort, el usurpador es aborrecido en el Mediodia; me parece que si se atreve á internarse por aquel punto, puede con la mayor facilidad sublevársele la Provenza y el Languedoc.

—En efecto no hay duda, dijo el ministro, pero avanza por Gap y Sisteron.

—Con qué avanza, avanza! dijo Luis XVIII, con qué se dirije sobre París?

El gefe de policía guardó un silencio equivalente á la mas completa afirmacion.

—Y el Delfinado, caballero, creeis que sea tan fácil sublevarle como la Provenza?

—Señor, me veo precisado á decir á V. M. una verdad cruel, pero la opinion general del Delfinado está muy lejos de asemejarse á la de Provenza y Languedoc; los montañeses son bonapartistas, señor.

—Vamos, murmuró Luis XVIII, no ha venido mal prevenido. Y cuánta gente lleva consigo?

Digitized by Google

—Señor, lo ignoro; contestó el gefe de policía.

—Cómo! no lo sabeis? os habeis olvidado de informaros de esta circunstancia? verdad que no es de la mayor importancia, añadió con una sonrisa glacial.

—Señor, el parte tan solo nos anuncia el desembarco y ruta del usurpador.

—Y por dónde os ha venido este parte? preguntó el rey.

El gefe bajó su cabeza y su frente se cubrió de un rojo escarlata.

—Por el telégrafo, señor, dijo.

Luis XVIII dió un paso hácia delante y cruzó los brazos como en su lugar lo hubiera hecho Napoleon.

—Con qué, dijo palideciendo de cólera, siete ejércitos coligados habrán vencido á ese hombre, un milagro me habrá vuelto á colocar en el trono de mis padres despues de veinte y cinco años de destierro, y habré yo durante estos veinte y cinco años, estudiado, profundizado y analizado los hombres y las cosas de esta Francia que me estaba prometida, para que al llegar al cumplimiento de mis mas ardientes deseos un poder que tengo entre manos estalle haciéndome pedazos!

—Señor, es la fatalidad que os persigue, murmuró el gefe de policia oprimido bajo el peso de tan grave reproche.

—Caer, continuó Luis XVIII que de una ojeada sondeára el precipicio en cuyo borde estaba pendiente la monarquía, caer, y recibir tal nueva por el telégrafo! Oh! preferiria subir al cadalso en que sucumbió mi hermano Luis XVI, á tener que ba-

Digitized by Google

jar de ese modo las escaleras de las Tullerías, hecho objeto del ridículo, porque no sabeis señores lo que es el ridículo en Francia!

—Señor, señor, murmuró el ministro de policía, por piedad!

—Acercaos, señor de Villefort, continuó el rey dirigiéndose al jóven que de pié, inmòvil y algo separado atendia al giro de esta conversacion, en la que fluctuaba cuasi perdida la suerte de una monarquía; acercaos, y decid al señor que pueden saberse las cosas antes de lo que él las ha sabido.

—Señor, era materialmente imposible adivinar los proyectos que ese hombre ocultaba á todo el mundo, balbuceò el ministro.

—Materialmente imposible. Oh! he ahí una gran frase, caballero; pero desgraciadamente una frase destituida de concepto en la cuestion que nos ocupa. Materialmente imposible! á un gefe que está al frente de una vasta administracion, que tiene oficinas, ajentes y quince mil francos para gastos secretos, el saber lo que pasa á 60 leguas de las costas de Francia! Pues bien! ved aqui al señor, sin ningun medio de que poder disponer, ved aqui al señor, simple majistrado, que sabe tanto como vos con todos vuestros ajentes y policía, y que hubiera salvado mi diadema si hubiese tenido como teneis vos un telégrafo de que disponer.

El gefe de la policía dirijiò á Villefort una mirada en la que se veia marcado el mas profundo despecho, este inclinò la cabeza con la modestia del triunfo.

—No digo esto por vos, mi querido Blacas,

Digitized by Google

continuó Luis XVIII, porque si bien vos nada habeis descubierto, á lo menos habeis tenido el fino tacto de no renunciar á vuestros recelos. Otro en vuestro lugar hubiera considerado la revelacion del señor de Villefort como insignificante ó cuando menos sujerida por una ambicion venal, hubiera esperado que el telégrafo!....

Estas palabras hacian alusion á las que pronunciára el gefe de policía con tanta confianza una hora antes. Villefort echó de ver la intencion del rey. Otro que él se hubiese dejado llevar al colmo de la alegria por las alabanzas que se le prodigaban, mas temió crearse un mortal enemigo en el gefe de policía, si bien no dejó de conocer que este era perdido irrevocablemente. En efecto, el ministro que no habia podido, teniendo en sus manos abundantes medios, adivinar el secreto de Napoleon, podia en las últimas convulsiones de su agonía penetrar el de Villefort. Para esto le bastaba interrogar á Dantés. Acudió pues en ayuda del director en vez de contribuir á su ruina.

—Señor, dijo Villefort, la rapidez del acontecimiento debe probar á V. M. que solo Dios podia impedirlo levantando una tormenta. Lo que V. M. cree en mí efecto de una suma perspicacia es debido única y sencillamente á una casualidad. Aproveché esa casualidad cual debe todo fiel servidor y nada mas. No me deis mas de lo que merezco, señor, y rectificad la primera idea que tal vez hayais formado de mí.

El ministro de policía dirijió al jóven una mirada de elocuente agradecimiento, y Villefort que conoció

Digitized by Google

habia logrado lo que se propusiera; es decir, que sin perder en nada la confianza del rey, acababa de adquirirse un amigo con el cual, si Bonaparte salia mal de la empresa, podia contar en todo trance.

—Está bien, dijo el rey; ahora señores, continuó dirijiéndose al Sr. de Blacas y al director de policía, ya no os necesito, podeis pues retiraros; lo que hay que hacer es incumbencia del ministro de la guerra.

—Felizmente, señor, dijo de Blacas, podemos contar con el ejército: V. M. ha leido los partes y segun ellos nos es enteramente adicto.

—No me hableis de comunicaciones al presente, conde, sé el valor que se las debe dar. Pero, á propósito de partes, señor baron, qué habeis sabido de nuevo sobre el asunto de la calle de Santiago?

—Sobre el asunto de la calle de Santiago! esclamó Villefort no pudiendo contener su esclamacion, pero volviendo luego en sí continuó, perdon, señor; mi adhesion á V. M. me hacen continuamente olvidar, no el respeto que debo teneros, pues este le tengo indeciblemente grabado en mi corazon, pero si las leyes de la etiqueta.

—Decid y haced lo que querais, caballero, repuso Luis XVIII, habeis adquirido en este dia el derecho de preguntar lo que os parezca.

—Señor, contestó el ministro de policía, venia hoy á propósito para dar parte á V. M. de los datos que he podido adquirir sobre este suceso, cuando V. M. ha fijado toda su atencion en la terrible catástrofe del golfo Juan. Al presente estos detalles ningun aliciente tendrán para V. M.

—Al contrario, caballero, al contrario, dijo

Digitized by Google

Luis XVIII. Este negocio tiene en mi concepto suma analogía con el que nos ocupa, y la muerte del general Epinay tal vez nos ponga en la mano el hilo de un gran complot interior.

Al oir el nombre del general Epinay, Villefort se estremeció.

— Verdad es, señor, contestó el ministro de policía, que todo induce á crer que esta muerte no es el resultado de un suicidio, como se habia temido al principio, y sí de un asesinato. El general Epinay acababa de salir de un club bonapartista cuando ha desaparecido. Un desconocido habia ido á buscarle por la mañana y le habia citado para la calle de Santiago. Desgraciadamente el ayuda de cámara del general que le estaba peinando cuando este desconocido fue introducido en el gabinete, pudo comprender que le designaba la calle de Santiago pero no recuerda el número de la casa.

A medida que el ministro de policía daba al rey Luis XVIII estos detalles, Villefort, que parecia estar pendiente de sus palabras se coloreaba y palidecia alternativamente. El rey le dirijió la palabra diciéndole:

— No sois de opinion, señor de Villefort, de que el general Epinay, á quien todos creian adicto al usurpador, pero que en realidad era del todo partidario mio, ha perecido víctima de una asechanza bonapartista?

— Es muy probable, señor; pero qué, no se sabe nada mas?

— Se está siguiendo la pista al sujeto que dió la cita.

Digitized by Google

—Se le siguen sus pasos? repitió Villefort.

—Si por cierto, el criado dió las señas; es un hombre como de unos cincuenta á cincuenta y dos años, moreno, ojos negros resguardados de espesas cejas, y con patillas: viste un sobretodo azul, abotonado, en cuyo ojal usa un lazo de oficial de la lejion de honor. Ayer se siguió á un individuo cuyas señas eran exactamente iguales á las que acabo de daros, pero se le perdió de vista en la esquina de la calle de Jusienne y en la de Coq-Heron.

Villefort tuvo que apoyarse en el respaldo de un sillon por cuanto á medida que el ministro de policía hablaba, sentía que se le debilitaban las piernas, pero cuando al concluir vió que el desconocido habia escapado á las pesquisas del agente que le celaba, respiró con mas libertad.

—Tratareis de encontrar á ese hombre, caballero, dijo el rey al director de policía, porque si, como todo me induce á creerlo, el general Epinay, que nos hubiera sido de mucha utilidad en este momento, ha sido víctima de un asesinato, bonapartistas ó no, quiero que sus asesinos sean castigados con el mayor rigor.

Villefort tuvo necesidad de toda su sangre fria, para que el terror que le inspiraba este encargo del rey no le comprometiese.

—Cosa estraña, continuó Luís XVIII la policía se cree haberlo ya dicho todo cuando dice: «se ha cometido un asesinato» y que lo ha hecho todo al añadir: «se sigue la pista de los culpables.»

—Señor, V. M. en este punto por lo menos, espero quedará satisfecho.

Digitized by Google

— Está bien; veremos. No quiero deteneros por mas tiempo, baron. Señor de Villefort, debeis estar muy fatigado despues de tan largo viage, retiraos á descansar. Habeis ido á parar sin duda á casa de vuestro Padre?

Villefort se estremeció involuntariamente al oir tan repentina pregunta.

— No, señor, dijo; me he hospedado en la fonda de Madrid, calle de Tournon.

— Pero, habreis visto al señor de Noirtier?

— Señor, me he hecho acompañar desde luego á casa el señor de Blacas.

— Pero por lo menos ireis á verle?

— No tengo tal intencion, señor.

— Ah! es muy justo, dijo Luís XVIII sonriendo de una manera que indicaba que tan reiteradas preguntas no las hiciera sin un fin particular. Olvidaba que vuestras relaciones con el señor de Noirtier son bastante frias y que siendo este un nuevo sacrificio que haceis á la causa real exije por nuestra parte una proporcionada recompensa.

— Señor, las bondades que me dispensa V. M. son una recompensa que escede en mucho á lo que pudiera atreverme á esperar.

— No importa, caballero, no os olvidaremos por eso, quedad tranquilo. Por ahora,—el rey desprendió la cruz de la Lejion de Honor que llevaba colgada de su traje ordinario de color azul, junto con la cruz de san Luís, y se la dió á Villefort; — por ahora tomad esta cruz.

— Señor, dijo Villefort, V. M. se equivoca, esta es cruz de oficial.

Digitized by Google

— Y bien! caballero, dijo el rey, tomadla tal cual es, no tengo tiempo para enviar en busca de otra. Blacas, procurareis que se le dé cuanto antes el diploma al señor de Villefort.

Humedeciéronse los ojos de este con una lágrima de orgullosa alegría, y tomando la cruz la besó.

— Y por ahora, qué órdenes me hace el honor de comunicarme V. M.?

— Descansad, pues lo necesitais, y acordaos que siéndome inútil en París vuestra presencia, podeis serme en Marsella de gran utilidad.

— Señor; contestó Villefort inclinándose, dentro de una hora estaré fuera de París.

— Marchad, caballero, dijo el rey; y si llegaba á olvidaros, pues la memoria de los reyes es muy ingrata, no tengais temor en recordarme lo pasado... Señor baron, mandad que vayan á buscar al ministro de la guerra. Blacas, quedaos.

— Ah! señor, dijo el ministro de policía á Villefort al salir de las Tullerías, vos entrais por buen camino y teneis hecha vuestra fortuna.

— Será duradera? dijo entre dientes Villefort, saludando al ministro, y buscando con la vista un carruage que le condujera á su posada.

Pasaba uno casualmente por allí; Villefort se arrellanó en el fondo abandonandose á sus sueños de ambicion. A los diez minutos estaba en su cuarto. Dió órden para tener prontos los caballos dentro de dos horas, y mandó que le sirvieran el almuerzo. Iba á sentarse á la mesa cuando el retintin de la campanilla le advirtió que tiraba de su cordon la mano de una persona de franqueza: el ayu-

Digitized by Google

da de cámara fué á abrir y Villefort oyó pronunciar su nombre.

—Quién puede haber sabido que yo estoy aquí? se preguntó el jóven, y al decir esto entró el ayuda de cámara. Qué es lo que hay? preguntó Villefort, quien ha llamado? quién pregunta por mí?

—Un desconocido que no quiere decir su nombre.

—Y qué trazas tiene ese sugeto?

—Señor, es un hombre como de cincuenta años.

—Alto, ó pequeño?

—De vuestra estatura, señor, á poca diferencia; moreno, muy moreno, cabello negro, ojos negros, cejas negras, y patillas tambien negras.

—Y su traje? preguntó impaciente Villefort; de que modo va vestido?

—Viste un gran sobretodo azul, abotonado de arriba abajo y condecorado con la cruz de la legion de honor.

—El es; murmuró Villefort palideciendo.

—Pardiez dijo compareciendo en el dintel de la puerta el individuo cuyas señas hemos descrito, me gusta! es costumbre en Marsella que los hijos obliguen á sus padres á hacer antesala?

—Padre mio! esclamó Villefort, con que no me habia equivocado! estaba indeciso de si seriais vos, ó no.

—En este caso, si no estabas seguro, de que fuese yo, repuso el recien venido dejando en un rincon su baston y su sombrero sobre una silla, permíteme que te diga, mi querido Gerardo, que no está muy conforme el hacerme esperar de ese modo.

—Dejadnos solos, German; dijo Villefort.

El criado salió notablemente admirado.

Digitized by Google

12.

EL PADRE Y EL HIJO.

Noirtier, porque era él en persona quien acababa de entrar, siguió con la vista al lacayo hasta tanto que hubo cerrado la puerta; mas temiéndose que escuchára desde la antecámara trató de cerciorarse abriéndola precipitadamente de par en par: la precaucion no fué inútil y la rapidez con que se retiró German probó no estar exento del pecado que ocasionó la perdicion de nuestros primeros padres.

Digitized by Google

El señor de Noirtier se tomó entonces la molestia de cerrar él mismo la puerta de la antesala haciendo otro tanto con la del gabinete; y tendió su mano á Villefort que habia seguido todos sus movimientos con una sorpresa de que no habia aun vuelto todavía.

— Ah diantre! mi querido Gerardo, dijo al jóven mirándole con una sonrisa de indefinible espresion; segun las apariencias no estás muy satisfecho de verme?

— Si tal padre mio, dijo Villefort, estoy contentísimo, pero estaba tan lejos, os lo juro, de esperar vuestra vista que me ha sorprendido un poco.

— Pero, querido mio, dijo sentándose el señor de Noirtier, me parece que podria decirte otro tanto, puesto que me anuncias tus desposorios para el dia 28 de febrero y el 4 de marzo estás en París!

— Si estoy aquí, padre mio, dijo Gerardo acercándose al señor de Noirtier, no os podeis quejar; pues por vos he venido y este viaje seguramente os salvará.

— Oiga! con que eso hay? dijo Noirtier arrellanándose negligentemente en el sillon en que estaba sentado. Contádmelo, pues, señor magistrado, ha de ser cosa curiosa.

— Padre mio, habeis oido hablar de cierto club bonapartista que celebra sus reuniones en la calle de Santiago?

— Número 53: sí; soy su vice-presidente.

— Padre mio, vuestra indiferencia me hace temblar.

— Qué quieres, querido mio? cuando uno se ha

Digitized by Google

visto proscripto por los montañeses, cuando ha tenido que salir de París envuelto en una carreta de heno, cuando se ha visto cercado en los páramos de Burdeos por los sabuesos de Robespierre, ha adquirido suficiente sangre fria para ver las cosas con calma. Continua pues. Qué es lo que ha pasado en el club de la calle de Santiago?

— Ha pasado que se hizo comparecer en él al general Epinay el cual salió de su casa á las nueve de la noche, y en lugar de volver á ella se le halló al siguiente dia en el Sena.

— Y quién os ha contado tan bella historieta?

— El rey en persona, señor.

— Pues bien! yo en cambio de tu historia, voy á comunicarte una noticia.

— Padre mio! me figuro saber ya lo que vais á decirme.

— Ah! con qué sabeis el desembarco del emperador!

— Silencio, padre mio, os lo ruego: primero por vos, luego por mí: si; ya sabia yo esa noticia, y aun os diré que tal vez antes que vos, porque hace tres dias que he venido volando por el camino de Marsella á París con la rabia de no poder enviar el pensamiento que abrasaba mi cérebro doscientas leguas delante de mí.

— Hace tres dias! estás loco? hace tres dias no habia aun desembarcado el emperador.

— No importa: sabia su plan.

— De qué modo?

— Por una carta que os venia dirijida de la isla de Elba y que sorprendí en la cartera del enviado.

Digitized by Google

Si esta carta llega á caer en otras manos, á la hora esta, padre mio, habriais sido tal vez fusilado.

El padre de Villefort se puso á reir.

—Vámos, vámos, le dijo, parece que la Restauracion ha seguido la costumbre del imperio de terminar con prontitud los negocios... fusilado! querido mio! pues que no hay mas....? y esa carta en donde está? Te conozco demasiado para suponer que la hayas dejado seguir su destino?

—La quemé, temeroso de que quedára un solo fracmento de ella, porque esa carta era vuestra sentencia.

—Y la pérdida de tu porvenir, respondió con frialdad el señor de Noirtier. Sí, lo comprendo así, pero no tengo nada que temer puesto que me protejes.

—Hago mas aun, os salvo.

—Ah diablo! esto ya es mas dramático; esplícate!

—Señor; volvamos al club de la calle de Santiago.

—Parece que ese club es el objeto privilejiado de los señores de la policía; porque no buscan mejor? de fijo le encontrarian.

—No le han encontrado aun, pero están ya en vereda.

—Es la fórmula de costumbre, ya lo sé; cuando la policía no sabe que hacerse, dice que tiene el hilo, y el gobierno espera con tranquilidad el dia en que vaya á decirle con las orejas bajas, que el rastro se ha perdido.

—Es cierto: pero se ha encontrado un cadáver;

Digitized by Google

el general ha sido muerto, y en todos los países del mundo se denomina esto, un asesinato.

—Un asesinato, dices? vaya que no creo haya nada que pruebe que el general ha sido víctima de un asesinato: todos los dias se encuentran cadáveres en el Sena de personas que desesperadas se han arrojado á él ó que se han ahogado por no saber nadar.

—Padre mio; sabeis muy bien que el general no se ha ahogado por desesperacion, y que nadie se baña en el Sena en el mes de enero. No! no! no trateis de engañarme; la tal muerte no puede calificarse mas que de asesinato.

—Y quién la ha calificado así?

—El mismo rey.

—El rey! le creia bastante filósofo para comprender que no hay asesinatos en política. En política, querido mio, y lo sabes tan bien como yo, no hay hombres sino solo ideas; no hay sentimientos, tan solo intereses. En política no se mata á ningun hombre; se suprime un obstáculo y nada mas. Quiéres saber los pormenores del lance? pues bien, te los contaré. Creiamos poder contar con el general Epinay, nos le habian recomendado del mediodia. Uno de nosotros fue á su casa, y le invitó á asistir á una reunion de la calle de Santiago, en la que no encontraria mas que amigos. Efectivamente, compareció y se le detalló todo el plan; la salida de la isla de Elba y el proyectado desembarco. Luego despues de saberlo todo, de haberse enterado de todo minuciosamente, de modo que nada le quedaba por saber, nos dijo que era realista. Entonces nos miramos unos á otros, se le hizo jurar que no reve-

Digitized by Google

laria nada; juró, pero de tan mala gana que verdaderamente era tentar á Dios el jurar de aquella suerte. Ya ves, á pesar de eso se permitió salir al general libre, enteramente libre. No ha vuelto á entrar en su casa; qué quieres, querido mio! él salió de la nuestra, se habrá tal vez equivocado de camino, quien sabe ¡Un asesinato! en verdad que me sorprende, Villefort, que tú, substituto del procurador del rey, vayas á fundar una acusacion sobre pruebas tan miserables! Te he dicho yo jamás, cuando ejerciendo tu oficio de realista hacías decapitar á alguno de nuestros partidarios: «hijo mio, has come« tido un asesinato?» No, muy al contrario, te he dicho siempre. « Muy bien, caballero, habeis com« batido victoriosamente, pero mañana habrá la re« vancha. »

— Pero, padre mio, tened en consideracion que esa revancha será terrible cuando la tomemos nosotros.

— No te comprendo.

— Contais segura la vuelta del usurpador?

— Yo lo creo.

— Pues os engañais, padre mio, no adelantará diez leguas internándose en la Francia sin ser perseguido, batido y cojido como una bestia salvaje.

— El emperador, querido mio, se halla en este instante en el camino de Grenoble. El 10 ó el 12 entrará en Lyon y el 20 ó el 25 en París.

— Los pueblos se le sublevarán...

— Para ir delante de él.

— Tan solo le acompañan unos pocos hombres y

Digitized by Google

muy luego se verá agoviado con la persecucion de numerosos batallones.

—Que servirán para aumentar su escolta cuando entre en la capital. Realmente, mi querido Gerardo, eres aun muy niño. Te crees muy bien informado porque un telégrafo os ha dicho tres ó cuatro dias despues del desembarco; «el usurpador ha desembarcado en Cannes con algunos hombres, se le va persiguiendo» mas dime en donde está? que hace? no sabeis nada. Sabeis tan solo que se le persigue: pues bien, se le continuará persiguiendo de este modo hasta Paris sin quemar un cartucho.

—Grenoble y Lyon son ciudades fieles que le opondrán una barrera impenetrable.

—Grenoble le abrirá sus puertas con entusiasmo: Lyon en masa formará su vanguardia. Créeme; estamos mejor informados que vosotros, y nuestra policía aventaja en mucho á la vuestra. Quieres de ello una prueba? Nada mas fácil: tratabas de ocultarme tu viaje, y con todo he sabido tu llegada media hora despues de haber pasado la barrera. No habias dado seña alguna de tu casa mas que á tu postillon: pues bien; he sabido en donde te hospedabas, y la prueba está en que he venido en el mismo momento en que ibas á sentarte á la mesa; llama, pues, y haz que traigan otro cubierto, porque comeremos juntos.

—Verdad es, contestó Villefort mirando á su padre con admiracion, verdad es que me pareceis muy bien enterado.

—Pues no lo he de estar! la cosa es muy sencilla; vosotros, en cuyas manos está el poder, no podeis

Digitized by Google

disponer de otros medios que los que proporciona el dinero; nosotros que aspiramos á entrar en el poder, tenemos los que proporciona el entusiasmo.

—El entusiasmo! dijo Villefort riéndose.

—Ya se vé que si; el entusiasmo: asi es como se llama en términos decentes la ambicion que espera.

Y el padre de Villefort tendió su mano al cordon de la campanilla para llamar al criado ya que su hijo no lo hacia, pero deteniendo Villefort su brazo:

—Esperad, padre mio, dijo; una palabra no mas...

—Dila.

—Por necia que sea la policía realista, sabe á pesar de eso una cosa terrible.

—Cual?

—Las señas del sugeto que en la mañana del dia en que desapareció el general Epinay, fué á buscarle á su casa.

—Ah! todo eso sabe tan escelente policía? y cual son esas señas?

—Tez morona, cabellos, patillas y ojos negros, sabretodo azul abotonado, cinta de oficial de la legion de honor en un ojal, sombrero ancho de alas y baston de caña de Indias.

—Oiga! sabe todo eso! dijo Noirtier, y porque sabiéndolo no ha echado el guante á ese sugeto!

—Porque ayer ó ante ayer le perdieron de vista en la esquina de la calle de Coq-Heron.

—Cuando te decia que vuestra policía es muy imbécil!

—No os diré lo contrario, pero de un momento á otro pueden prender á ese sugeto.

Digitized by Google

— Ya se vé, dijo Noirtier mirando con la mayor frescura á su alrededor; ya se vé que sí, con tal que este hombre no esté sobre aviso; pero lo está ahora añadió sonriendo, y va á cambiar de rostro y de traje.

A esas palabras se levantó, quitóse el sobretodo y la corbata, dirijióse á una mesa sobre la que estaba preparado todo lo necesario para el tocador de su hijo; tomó una navaja, enjabonóse el rostro y con mano segura se quitó las delatoras patillas. Villefort le contemplaba con un terror mezclado de admiracion. Afeitado ya, Noirtier varió la direccion de sus cabellos, púsose en vez de la corbata negra una de color que se le ofreció á la mano en una de las maletas abiertas, vistióse en vez de su sobretodo azúl y abotonado, otro de Villefort, de color castaño oscuro y de hechura diferente, probóse delante de un espejo el sombrero de alas pequeñas y acanaladas del jóven, con lo que pareció estar contento de su nuevo traje, y dejando su baston de caña en un rincon de la chimenea donde le pusiera al principio, hizo silvar con su nervuda mano una delgada caña de bambú con la que el elegante substituto daba á su andar la desenvoltura que era una de sus principales cualidades.

— Qué te parece! dijo dirijiéndose á su hijo estupefacto, luego que hubo verificado este cambio, que te parece! crees que la policía es capaz de reconocerme ahora?

— No, padre mio, balbuceó Villefort, á lo menos asi me parece.

— Con todo, mi querido Gerardo, en tu pruden-

Digitized by Google

cia fio para que desaparezcan todos esos objetos que te dejo.

— Oh! quedad tranquilo, padre mio.

— Ahora si que creo que tienes razon y que efectivamente me habrás podido salvar la vida. Pero no tengas cuidado yo te daré el cambio.

Villefort meneó la cabeza.

— Qué, te parece que no?

— Por lo menos creo que os engañais.

— Has de volver á ver al rey?

— Tal vez.

— Quiéres ser tenido por él en concepto de profeta?

— Los profetas de desgracias son siempre mal recibidos en la corte, padre mio.

— Si, es verdad, pero un dia ú otro se les hace justicia: figúrate que sobreviene una segunda restauracion, entonces serás tenido en mas que Mr. Talleyrand, cuyas cartas leemos nosotros sin ver mas que letras.

— En fin, qué debo decir al rey?

— Dile esto: « Señor, se os engaña al describiros las disposiciones de la Francia, la opinion pública de los pueblos, el espíritu del ejército. Ese á quien en Paris llamais el buitre Corso, y á quien se llama todavia usurpador en Nevers, llámase ya Bonaparte en Lyon y emperador en Grenoble. Vos le creeis batido, perseguido, en fuga, pero él continua avanzando con la rapidez del águila que corona sus banderas: sus soldados á los que creeis muriéndose de hambre, postrados de fatiga, prontos á desertar, se aumentan como los átomos de la nieve en derredor de la bola

Digitized by Google

que se precipita desde las alturas. Señor, partid; abandonad la Francia á su lejitimo dueño, al que la ha conquistado: partid, señor, no porque hayais de temer peligro alguno, pues vuestro adversario es bastante fuerte para haceros gracia, si no porque es muy humillante para un nieto de San Luis el deber la vida al hombre de Arcole, de Marengo y de Austerlitz! » Dile esto, Gerardo, ó mejor no le digas nada, oculta tu viage, que no se trasluzca ni á lo que has venido ni lo que has hecho en Paris; toma la posta; si has venido devorando el espacio rebienta caballos para volverte; entra en Marsella de noche, penetra en tu casa por la puerta trasera, y quédate allí quieto y tranquilo, de todos ignorado y sobre todo inofensivo, pues que esta vez, te lo juro, obraremos como gentes que conocen sus fuerzas y las de sus enemigos. Vete, hijo mio; vete, mi querido Gerardo, y mediante una ciega obediencia á las órdenes de tu padre, ó mejor si te parece, por deferencia á los consejos de un amigo, te conservaré el destino. Esto será, añadió Noirtier sonriendo, un escelente medio para tí á fin de que puedas salvarme otra vez si la balanza política os eleva un dia y nos abate á nosotros. Adios, mi querido Gerardo, en tu próximo viage ven á hospedarte en mi casa.

Y Noirtier salió al concluir estas palabras, con la tranquilidad que no le abandonó un instante durante el curso de tan enojosa conversacion. Villefort pálido y ajitado, asomóse á la ventana y entreabriendo las persianas vióle pasar sosegado é impasible por entre tres ó cuatro hombres de mala catadura emboscados tras las esquinas y en los patios de

Digitized by Google

las casas, que tal vez estaban apostados para arrestar al sugeto de patillas negras, sobretodo azul y sombrero ancho de alas.

Villefort se mantuvo asomado y temeroso hasta tanto que su padre desapareció en el callejon de Bussy. Entonces tomó todos los objetos que aquel dejára, colocó en el fondo de su maleta la corbata negra y el sobretodo azul, aplastó el sombrero que encajó bajo un armario, rompió el baston de caña de indias en tres trozos que arrojó al fuego, púsose un gorro de viaje, llamó á su ayuda de cámara y con una sola mirada le impuso silencio sobre las mil preguntas que estaba ansioso de hacerle, ajustó su cuenta, entró en su coche que le esperaba aparejado ya: supo en Lyon que Bonaparte habia entrado en Grenoble, y á traves de la agitacion que reinaba en todo el camino que recorria, llegó á Marsella hecho presa de la zozobra que entra en el corazon del hombre con la ambicion y los primeros honores.

Digitized by Google

13.

LOS CIEN DIAS.

El señor Noirtier era buen profeta; los sucesos sobrevinieron con la misma rapidez con que los habia anunciado. Esparcióse la noticia del regreso de la isla de Elba, regreso raro, milagroso, sin ejemplo en la historia y que probablemente no tendrá segundo en el porvenir. Luis XVIII no opuso mas que débil resistencia á tan rudo golpe, su poca confianza en los hombres le quitaba toda esperanza en el curso de los acontecimientos. El trono, ó mejor la monarquía, apenas reconstituida por él,

Digitized by Google

retembló sobre su base todavia mal segura y un solo gesto del emperador bastó para desplomar todo aquel edificio, mezcla informe de las antiguas preocupaciones y de las nuevas ideas. Villefort no obtuvo pues de su rey mas que un reconocimiento no solo inútil por el momento si que hasta peligroso, en aquella cruz de la legion de honor que tuvo la prudencia de no enseñar á nadie, aunque el señor de Blacas, como se lo encomendara el rey, le hizo espedir con la mayor prontitud el diploma. Napoleon hubiera indudablemente destituido á Villefort á no haber mediado la proteccion de Noirtier, que disfrutó de mucho influjo en la corte de los Cien dias ya por los peligros que habia arrostrado, ya por los servicios que prestára. Así pues como se lo habia prometido, el girondino de 93 y el senador de 1806 protejió al que le habia protejido á él la víspera. Todos los conatos de Villefort se redujeron pues, durante la corta evocacion del imperio cuya segunda caida fue muy fácil de proveer desde luego, á sofocar el secreto que Dantés habia estado á pique de divulgar. Tan solo el procurador del rey fue destituido bajo el supuesto de ser muy poco adicto á los bonapartistas.

Con todo, apenas estuvo un poco en auge el poder imperial, es decir, apenas el emperador se encontró en las Tullerías que Luis XVIII acababa de abandonar, y hubo espedido las órdenes numerosas y divergentes desde aquel gabinete en que siguiendo á Villefort introdujimos á nuestros lectores y sobre la mesa de nogal en la que encontró abierta aun y á medio llenar la caja de polvo de Luis XVIII, cuan-

Digitized by Google

do en Marsella, á pesar de la oposicion de los magistrados, empezaron á estellar algunos chispazos de la guerra civil siempre mal reprimida en el mediodia. Poco faltó entonces para que las represalias no se estendiesen mas allá de algunas asonadas que sitiaron á los realistas en sus casas y de los insultos que se dirigieron á los que se atrevieron á salir á la calle. Por un giro muy natural, el digno armador, que hemos indicado pertenecia al partido popular, le tocó á su vez encontrarse en aquel entonces, no diremos hombre de gran influjo, porque el señor Morrél era prudente y bastante tímido como todos los que lenta y laboriosamente han labrado su fortuna mercantil, pero sí en disposicion, á pesar de su calculado entusiasmo bonapartista que le hacía tener en concepto de moderado, en disposicion de poder levantar la voz para apoyar sus reclamaciones. Esta reclamacion como se deduce fácilmente tenia por objeto la liber'ad de Dantés.

Villefort quedó en su destino á pesar de la caida de su superior, y su casamiento quedó aplazado para mas dichosos tiempos. Si el emperador conservaba el trono, conveníale á Gerardo otra alianza, y su padre quedaba encargado de proporcionársela. Si una segunda restauracion devolvia la Francia á Luis XVIII, la influencia del señor de Saint-Meran se duplicaba al par que la suya, y la proyectada union venia á ser mas ventajosa que nunca. El substituto del procurador del rey era pues interinamente el primer magistrado de Marsella, cuando una mañana abrióse la puerta de su despacho, y fue anunciado el señor Morrél. Otro se hubiera apre-

Digitized by Google

surado á agasajar al armador, y este agasajo habria indicado su debilidad; pero Villefort era un hombre superior que tenia sino la práctica á lo menos el instinto de toda clase de negocios. Obligó pues á Morrél á hacer un rato de antesala cual si hubiese sido en tiempo de la Restauracion.

El señor Morrél esperaba encontrar á Villefort abatido; pero le halló cual lo viera seis semanas antes, es decir, tranquilo, grave y cargado de esa fria política, barrera la mas impenetrable que separa al hombre de talento del hombre vulgar. Habia entrado en el gabinete de Villefort convencido de que el magistrado iba á temblar á su vista, y fue él quien, por el contrario, tembló y se conmovió delante aquel severo personage que le esperaba apoyado el codo sobre su bufete y la barba en la mano. Detúvose el buen armador en el dintel de la puerta sin atreverse á dar un paso hácia delante. Villefort le miró como si le fuese dificil reconocerle: en fin despues de algunos segundos de exámen y de silencio, durante los que el armador dió vueltas en todas direcciones á su sombrero:

—Creo, me han dicho, que erais el señor Morrél? dijo Villefort.

— Si señor, el mismo, contestó el armador.

— Acercaos pues; continuó el magistrado háciéndole con la mano un signo de amigable proteccion; decidme, á que objeto debo el honor de esta visita.

— No os lo figurais, señor? preguntó Morrél.

— No ciertamente, pero estad seguro, sin embargo, que me hallo dispuesto á complaceros en todo cuanto esté de mi parte.

Digitized by Google

— La cosa depende enteramente de vos, señor.

— Esplicaos pues.

— Señor; continuó el armador serenándose su espíritu á medida que iba hablando, y alentado á mas por la justicia de su causa y favorable posicion; os acordareis que algunos dias antes de que se supiese el desembarco de S. M. el emperador, vine á reclamar vuestra indulgencia en favor de un desgraciado jóven, un marino, segundo á bordo de mi fragata. Se le acusaba, si recordais, de tener relaciones en la isla de Elba: estas relaciones que eran un crímen en aquella época, son hoy dia méritos para alcanzar favor. Vos serviais entonces á Luis XVIII y condenándole cumplisteis vuestro deber; hoy dia servis á Napoleon, por lo que debeis protejerle, es vuestro deber ahora. Vengo pues á preguntaros que se ha hecho de él.

Villefort hizo un violento esfuerzo para dominarse.

— El nombre del sugeto? preguntó, tened la bondad de decírmelo.

— Edmundo Dantés.

Es evidente que Villefort hubiese preferido recibir en un desafío el fuego de su adversario á veinte y cinco pasos, á oir pronunciar este nombre á boca de jarro; con todo ni siquiera arqueó las cejas. «De «este modo, dijo para sí Villefort, no podrá acha- «cárseme la prision de este jóven acusándome de «haber hecho de ello una cuestion personal.»

— Dantés? repitió, Edmundo Dantés, decis?

— Si señor.

Villefort tomó entonces de un estante de su libre-

Digitized by Google

ria un voluminoso registro, el que colocó sobre una mesa, traspasóle luego á un atril y dirigiéndose al armador le dijo con el aire mas natural.

—Estais bien seguro de no engañaros, caballero?

Si Morrél hubiese sido mas astuto, ó mejor instruido del negocio que le ocupaba, le hubiera parecido estravagante que un substituto del procurador del rey se prestase á satisfacerle en un asunto completamente ageno de su incumbencia; y se hubiera preguntado porqué Villefort no le enviaba á informarse á los registros de la cárcel, ó á sus alcaides, ó al prefecto del departamento. Pero Morrél, buscando en Villefort algun resto de temor, no vió en él, desde el momento en que se convenció de que el temor no existia, mas que una condescendencia, asi que Villefort le pareció un hombre íntegro.

—No, señor; dijo Morrél, no me engaño; á mas de que hace diez años que conozco al pobre chico y cuatro que le tengo á mis órdenes. Yo vine, ya os acordaréis, hace seis semanas, á suplicaros fueseis clemente, como vengo ahora á rogaros seais justo. Me recibisteis entonces bastante mal y me contestasteis con disgusto. Ah! cuán crueles eran entonces los realistas para con los bonapartistas!

—Caballero, contestó Villefort con su viveza y sangre fria ordinarias, era yo realista entonces porque creia ver en los Borbones no solo á los herederos legítimos del trono, si que tambien á los elegidos de la nacion. Pero la milagrosa vuelta de que acabamos de ser testigos ha probado que me engañaba: el genio de Napoleon ha vencido, la legalidad está en el amor de los pueblos.

Digitized by Google

— Enhorabuena, esclamó Morrél con su bondadosa franqueza, me dais una satisfaccion en oiros hablar asi, y desde luego auguro bien por la suerte de mi querido Edmundo.

— Esperad, dijo Villefort ojeando de nuevo el registro, me parece..... es un marino, no es esto, que iba á casar con una bella catalana? sí, sí, oh! ya me acuerdo: la cosa era muy grave!

— Cómo!

— Ya sabéis que al salir de mi casa fué conducido á las cárceles del palacio de Justicia?

— Sí, y qué?

— Y qué! dí el parte á Paris, á donde envié los papeles que se le encontraron encima; era mi deber, que quereis!.... y despues de ocho dias de prision, se lo llevaron.....

— Se lo llevaron! esclamó Morrél; pero que es lo que hicieron del pobre chico?

— Oh! no tengais cuidado, lo transportarian probablemente á Fenestrelles, á Pignerol, ó á las islas de Santa Margarita; lo que se llama desterrarle de su patria en términos facultativos, y no estrañaré que el dia menos pensado le veais venir á tomar el mando de su buque.

— Venga cuando quiera, su plaza le será conservada. Pero como es que no haya venido ya? me parece que los primeros cuidados del gobierno imperial debian dirigirse á poner en libertad los encarcelados por los realistas.

— No acuseis temerariamente, mi querido señor Morrél, contestó Villefort, es preciso en todas las cosas proceder con legalidad; la órden de prision

Digitized by Google

vino de allá arriba y de allá arriba es preciso que venga la órden para su escarcelacion. A mas de que apenas hace quince dias que gobierna Napoleon, y casi no hay tiempo para haberse espedido las órdenes de indulto.

— Pero, preguntó Morrel no hay medio para apresurar esas formalidades? Ahora que triunfamos, tengo alguna influencia y puedo lograr el que se le borre de la lista de presos.

— Pero si no ha habido prision.

— Por lo menos de la de la cárcel.

— En política no hay registros de cárcel. Cuando los gobernantes tienen interés en que desaparezca un hombre sin que quede rastro de paso, los registros de la cárcel servirian de guia para hacer pesquisas.

— Esto podria tener lugar bajo el dominio de los Borbones, pero ahora.....

— Lo mismo que antes y que siempre, mi querido señor Morrél; los gobiernos se suceden y se asemejan. El reglamento penitenciario propuesto por Luis XIV está aun hoy dia vijente, á escepcion de la Bastilla que un accidente ha destruido; el Emperador es mas severo por conservar el réjimen de las prisiones de lo que lo fué nuestro gran rey; y el número de encarcelados que no constan en los registros es incalculable.

Tanta benevolencia hubiera podido deslumbrar al que tuviera completa certeza y Morrél ni siquiera sospechas tenia.

— Pero en fin, señor de Villefort, le dijo; que consejo me dais para apresurar la vuelta del pobre Dantés?

Digitized by Google

— Uno solo, caballero; haced una solicitud al ministro de justicia.

— Oh! señor: ya sabemos lo que son solicitudes, el ministro recibe doscientas todos los dias y apenas lee cuatro.

— Teneis razon, pero una instancia remitida é informada por mí, no dejará de leerla.

— Y querriais vos encargaros de remitir esa solicitud, caballero?

— De muy buena gana. Dantés pudo entonces ser culpable pero hoy dia es inocente; y por lo tanto es mi deber volver la libertad á aquel á quien se la quité en cumplimiento de mi obligacion.

Villefort prevenia asi el peligro de una informacion poco probable, pero posible; informacion que le perdia irremisiblemente.

— ¿Y en que sentido se escribe un memorial al ministro?

— Sentaos aqui, señor de Morrel, dijo Villefort cediendo su asiento al armador, que yo os dictaré: no perdamos tempo, pues hemos malgastado ya demasiado.

— Teneis razon, caballero: acordémonos que el pobre muchacho espera, sufre y se desespera tal vez.

Villefort se horrorizó á la idea de aquel preso, que le maldecia en el silencio y oscuridad; pero habia adelantado demasiado para volverse atrás. Dantés pues debia perecer víctima de su ambicion.

Villefort dictó una solicitud cuyo objeto no presentaba duda alguna: exageraba el patriotismo de Dantés y los servicios que este prestára á la causa bonapartista. Segun este memorial Dantés habia si-

Digitized by Google

do uno de los mas activos agentes para procurar la vuelta de Napoleon. Era evidente que al leer semejante escrito, el ministro debia hacer justicia sobre la marcha, si es que no la habia hecho ya. Terminada la solicitud, Villefort la leyó en voz alta.

—Esto es, dijo; ahora descansad en mi.

—La solicitud marchará pronto, señor?

—Hoy mismo.

—Informada por vos!

—El mejor informe que puede llegar á ponerse, caballero, es certificar como es verdad todo lo que decis en esta demanda.

Y Villefort, sentándose á su vez, puso al márgen de la peticion su certificado.

—Ahora, señor, que es lo que se ha de hacer?

—Esperar, contestó Villefort, todo lo demas queda à mi cargo.

Esta promesa volvió à Morrél la esperanza; separóse del substituto del procurador del rey lleno de entusiasmo, y fué á anunciar al viejo padre de Dantés que no tardaría en volver á ver á su hijo. En cuanto á Villefort en vez de enviar la solicitud á Paris, la guardó cuidadosamente, puesto que el escrito que entonces podia salvar á Dantés, le comprometia irremisiblemente en lo futuro, suponiendo un desenlace que el aspecto de la Europa y el curso de los sucesos permitian ya preveer; es decir una segunda restauracion. Dantés quedó, pues, preso y sumido en lo profundo de un calabozo no llegó á sus oidos el formidable estruendo que causó la caida del trono de Luis XVIII, ni el mas espantoso aun del hundimiento del imperio.

Digitized by Google

Pero Villefort lo habia previsto todo con ojo avizor; lo habia escuchado todo con oido atento, Dos veces empero, durante la corta aparicion imperial llamada de los cien dias, volvió Morrél á la carga, insistiendo siempre por la libertad de Dantés; y cada vez tuvo que apaciguarle Villefort con promesas y esperanzas. En fin llegó la célebre jornada de Waterloo. Morrél no volvió á comparecer por casa de Villefort. El armador habia hecho por su jóven amigo todo lo que humanamente le habia sido posible.

Ensayar mas tentativas con la nueva restauracion era comprometerse inútilmente. Luis XVIII volvió á subir al trono; Villefort para el que Marsella no presentaba mas que recuerdos acompañados de remordimientos, solícito y obtuvo el destino de procurador del rey, vacante en aquel entonces en Tolosa. Quince dias despues de su instalacion en la nueva residencia, casó con la señorita Renée de Saint-Meran cuyo padre gozaba de mas favor que nunca. He aqui como Dantés durante los cien dias, y despues de la jornada de Waterloo se quedó siempre bajo cerrojos olvidado sino de los hombres por lo menos de Dios.

Danglárs echó de ver las consecuencias del golpe con que habia herido á Dantés cuando volvió á Francia Napoleon. Su denuncia habia salido cierta, y como todos los hombres algun tanto avezados al crímen y de un mediano conocimiento de los sucesos de la vida comun, llamó á esta estravagante coincidencia un *decreto de la Providencia*. Pero cuando Napoleon estuvo de vuelta en Paris y dejó de nuevo oir su voz altiva y pujante, Danglárs tuvo miedo. A cada instante le parecia ver presentarse á Dantés; á Dantés

Digitized by Google

sabiéndolo todo, á Dantés amenazador y fuerte como todas las venganzas. Entonces manifestó al señor Morrél sus deseos de dejar el servicio del mar y se hizo recomendar á un comerciante español, en cuya casa entró en clase de escribiente á últimos de marzo, es decir once ó doce dias despues de la entrada de Napoleon en las Tullerías. Partió pues para Madrid y no se supo nada mas de él.

Fernando no comprendió nada. Dantés estaba ausente; esto era todo lo que deseaba. Qué habia sido de él? no trató de saberlo siquiera. Durante el plazo que le concedia su ausencia hizo lo posible unas veces para engañar á Mercedes sobre los motivos de aquella separacion, y otras entreteniéndose en meditar planes de emigracion y de rapto.

De vez en cuando, en ciertos momentos sombrios, se sentaba en la punta del promontorio del Faro, en ese sitio desde donde se distinguen á la vez Marsella y el barrio de los Catalanes, mirando triste é inmóvil cual ave de rapiña, si veia venir por una de ambas direcciones al gallardo jóven de noble andar y altiva cabeza que debia ser para sí propio el mensagero de horrible venganza. Para este caso tenia ya Fernando tomada su determinacion: rompia á Dantés la cabeza de un fusilazo, y se mataba despues, decíase á sí propio, para dar un colorido al asesinato. Pero Fernando se hacia ilusiones: no era capaz de suicidarse porque conservaba la esperanza.

Entretanto, y en medio de tantas dolorosas oscilaciones, el imperio exijió una nueva leva y todos los que estaban en disposicion de tomar las armas se lanzaron fuera de Francia á la retumbante voz

BIBLIOTECA DE
Digitized by Google

del Emperador. Fernando marchó como los otros, abandonando su choza y á Mercedes, y devorado por la sombria y horrible idea de que durante su ausencia su rival iba á volver y á casarse con la que amaba. En cuanto á la jóven, la compasion que parecia tenerla por su desgracia, los cuidados que se tomaba en prevenirla sus menores deseos, habian producido el efecto que causan siempre á los corazones genorosos las apariencias de rendimiento. Mercedes habia profesado siempre á Fernando una síncera amistad, esta se aumentó con el reconocimiento. «Hermano mio, le decia sujetándole á las «espaldas la mochila de conscripto, hermano mio! «mi único amigo! no te hagas matar, no me dejes «en este mundo en que no hago mas que llorar, y «en el que quedaria sola si tu faltabas.»

Estas palabras pronunciadas en el acto de su partida dieron á Fernando alguna esperanza. Si Dantés no volvia, podia Mercedes ser suya. Mercedes quedó sola en aquella tierra que jamas le pareciera tan árida y con el mar por único horizonte. Siempre bañada en llanto, como aquella loca, cuya dolorosa historia se nos cuenta, se la veia errante sin cesar al rededor del pequeño barrio de los Catalanes, ora parándose en lo mas fuerte del sol de mediodía de pié, inmóvil, muda como una estátua, fija su vista en Marsella; ora sentada á la orilla del mar escuchando el incesante jemir de las olas, eterno como su dolor, y preguntándose sin cesar si no le era mejor abalanzarse hácia él, abandonarse á su propio peso y abrir el abismo que debia tragarla, que sufrir todas las crueles alternativas de una

Digitized by Google

vida sin esperanza. No faltaba valor á Mercèdes para realizar su proyecto; pero la religion vino en su ayuda y la salvó del suicidio.

Caderousse fué llamado á las armas como Fernando; tan solo que como tenia ocho años mas que el catalan y era casado, no partió hasta la tercera leva y se le envió á vijilar las costas.

El viejo Dantés, alimentado tan solo por la esperanza la perdió con la caida del emperador. Cinco meses, dia por dia, despues de separarle de su hijo y casi á la misma hora en que le prendieron, exhaló el último suspiro en brazos de Mercedes. El señor Morrél satisfizo todos los gastos de su entierro, y pagó las costas y deudas que el viejo habia contraido durante su enfermedad. Algo mas que una accion caritativa se envolvia en este modo de obrar, habia en ello su valor. El mediodia se hallaba ardiendo, era teatro de todas las venganzas que siempre las reaciones llevan en pos de sí, y socorrer, aun en el lecho de la muerte, al padre de un bonapartista como Dantés, era un crímen imperdonable para el ciego espíritu de partido.

Digitized by Google

14.

EL PRESO FURIOSO Y EL PRESO LOCO.

Un año sobre poco mas ó menos, despues de la vuelta de Luis XVIII, se efectuó por el inspector general Boville una visita de cárceles.

Dantés oyó desde el fondo de su calabozo el rumor causado por los preparativos de la visita, preparativos que si bien en lo alto causaban grande estruendo, allí abajo se percibian tan solo como un susurro inapreciable para otro oido que el de un preso acostumbrado á escuchar en el silencio de la noche á la

Digitized by Google

araña tejiendo su tela, la periódica caida de la gota de agua que gasta una hora para formarse en el techo de su calabozo y las imperceptibles pisadas de un casi imperceptible insecto.

Adivinó que ocurria allá entre los vivientes algo de estraordinario: ocupando despues de tanto tiempo una tumba bien podia considerarse como muerto. En efecto; el inspector visitaba uno despues de otro los cuarfos, celdas y calabozos; interrogó á varios presos, es decir, á aquellos cuya apacibilidad ó estupidez llamaba la benévola atencion de la administracion. El inspector les preguntaba si eran buenos los alimentos y si tenian algo que esponer ó reclamar. Contestaron unánimes que el alimento era detestable y que lo que reclamaban era su libertad. Entonces el inspector les repitió si tenian algo mas que decir, menearon la cabeza negativamente: un preso puede reclamar otra cosa que la libertad?

El señor de Boville se dirigió al gobernador sonriendo.

—No sé porque nos mandan hacer estas inútiles visitas? quien ve una cárcel ve ciento; quien oye á un preso oye á mil, siempre la misma cosa; mal alimentados é inocentes. Hay mas presos?

—Sí, tenemos los presos peligrosos y los locos encerrados en calabozos.

—Vaya pues, dijo el inspector con aire perezoso, cumplamos nuestra mision con escrupulosa esactitud, bajemos á los calabozos.

—Esperad, dijo el gobernador; que vayan á buscar un par de hombres á lo menos. Los presos cometen á veces, cansados de vivir y para lograr que les

Digitized by Google

condenen á muerte, inútiles actos de desesperacion, podriais ser víctima de uno de ellos.

— Tomad pues vuestras precauciones.

En efecto, enviáronse á buscar dos soldados y con esta escolta empezaron á bajar la escalera tan húmeda, infecta y enmohecida que cuantos la atravesaban tenian afectados á la vez por todo aquel trecho la vista, el olfato y la respiracion.

— Oh! esclamó el inspector parándose á mitad de la escalera; quién diablos puede habitar aquí?

— Un conspirador de los mas peligrosos y que me ha sido recomendado especialmente como hombre capaz de todo.

— Está solo?

— Si por cierto.

— Y cuánto tiempo hace que está ahi?

— Un año á poca diferencia.

— Y desde el dia de su entrada se le encerró ya en ese calabozo?

— No señor, sino despues de haber querido matar al llavero encargado de llevarle la comida; ahi está, es el mismo que alumbra, es verdad, Antonio?

— Muy cierto es que quiso matarme, contestó el llavero.

— Vaya! con qué es un loco el tal sugeto?

— Peor que eso, dijo el llavero, es un demonio.

— Queréis que dé queja de él? preguntó el inspector al gobernador.

— Es inútil, señor, bastante castigado está, á mas de que si al presente está casi loco segun los resultados que nos prestan nuestras observaciones, antes de un año lo estará completamente.

Digitized by Google

— Tanto mejor para él, dijo el inspector, cuando llegue á ese estado padecerá menos.

Erase este sugeto, como se habrá echado de ver, un hombre lleno de humanidad y muy digno de las filantrópicas funciones que estaba desempeñando.

— Teneis razon, señor, dijo el gobernador, y vuestra observacion me prueba que habeis estudiado en la materia. Tambien tenemos, en otro calabozo apenas separado de este unos treinta piés y al que conduce otra escalera, un abate viejo, antiguo gefe de partido en Italia, que está aquí desde el año 1811, volviéndose loco á fines de 1813; el cual desde esta última época se ha desfigurado tanto que físicamente es imposible reconocerle; antes lloraba á mares, ahora rie á carcajadas. Queréis verle antes que á este? su locura es divertida y os aseguro que no os entristecerá.

— Veré al uno y al otro, contestó el inspector, es preciso cumplir concienzudamente los cargos del destino.

Era la primera vez que al inspector le tocaba visitar y por lo tanto queria que la autoridad le tuviese en buen concepto.

— Entremos antes en este de aquí; añadió.

— De muy buena gana, contestó el gobernador, é hizo una señal al llavero quien abrió la puerta.

Al ruido de los macisos cerrojos, al chillido de los mohosos goznes girando sobre sus ejes, Dantés acurrucado en un rincon del calabozo en el que recibia con indecible placer el pequeño rayo de luz que penetraba á través de una angosta lumbrera enrejada, levantó la cabeza. Á la vista de un descono-

Digitized by Google

cido alumbrado por dos llaveros con antorchas y acompañados de dos soldados y al que hablaba el gobernador sombrero en mano, adivinó Dantés lo que seria; y viendo por fin que se presentaba una ocasion de implorar á una autoridad superior, dió un salto con las manos juntas en actitud suplicante. Los soldados calaron al momento la bayoneta porque creyeron que el preso iba á lanzarse contra el inspector con siniestras intenciones; el mismo señor de Boville dió un paso atrás.

Dantés echó de ver en esta accion que le tenian en opinion de hombre temible. Procuró pues que su mirada fuese tan humilde y sumisa cuanto está en la mano del hombre poderlo lograr, y espresándose con una especie de piadosa elocuencia que admiró á los circunstantes, probó de ver si conmoveria al visitador. El ispector escuchó hasta el cabo y sin interrumpir el discurso de Dantés; cuando hubo concluido se dirigió al gobernador diciéndole por lo bajo.

— Me parece que volverá á entrar en juicio, está ya dispuesto á sentimientos mas apacibles..... Ved como el miedo le hace impresion, ha retrocedido delante las bayonetas cuando un loco no se detiene ante ningun obstáculo; sobre este asunto hice algunas curiosas observaciones en Charenton: y dirigiéndose luego al prisionero: en resúmen, que es lo que pedís?

— Saber que crimen he cometido! pido que se me señalen jueces para juzgarme! pido que se me forme causa! pido en fin que se me fusile si soy culpable, pero que se me ponga en libertad si soy inocente.

Digitized by Google

— Se os alimenta bien? preguntó el inspector.

— Sí, yo creo que sí..... no lo sé, eso me importa poco! Lo que debe llamar la atencion no solo de un infelíz preso si que de todos los magistrados encargados de administrar justicia, y mas aun la del rey que nos gobierna, es el que un inocente no sea víctima de una infame denuncia y no muera aherrojado maldiciendo á sus verdugos.

— Estais hoy muy razonable, dijo el gobernador, no habeis estado siempre como ahora. Hablais de muy diverso modo, querido amigo, que el dia en que quisisteis matar á vuestro llavero.

— Verdad es, señor, dijo Dantès, y por ello pido humildemente perdon á ese hombre, que siempre ha sido muy bondadoso comigo; pero que queréis, yo estaba loco..... y furioso.....

— Y ahora no lo estais ya?

— No, señor, porque la cautividad me ha abatido, me ha quebrantado; ha concluido conmigo, puede decirse..... hace tanto tiempo que estoy aquí....!

— Mucho tiempo! en que época fuisteis preso? preguntó el inspector.

— El 28 de febrero de 1815 á las dos de la tarde.

El inspector echó sus cuentas.

— Estamos en 30 de julio de 1816. Què es lo que decís? Apenas hace diez y siete meses que estais preso.

— No más que diez y siete meses! repuso Dantés. Ah! señor vos no sabeis lo que son diez y siete meses de cárcel! sobre todo para aquel que como yo iba ya á ser dichoso; para aquel que como yo, iba

Digitized by Google

á casarse con una jòven bella; para aquel que veia abrirsele una honrosa carrera y que todo esto desaparece en un momento, que en medio del mas bello y esplendente dia se vé sumido en las tinieblas mas profundas, que ve perdida su carrera, que ignora si la que le amaba le ama todavía, que ignora si ha muerto ó vive aun su anciano padre. Diez y siete meses de prision para el hombre habituado al aire del mar, á la independencia del marino, que solo tiene por límites el espacio, la inmensidad, lo infinito; señor, diez y siete meses de prision, es castigo á que no son acreedores los criminales designados con el mas odioso dictado! Tened piedad de mí, señor, y pedid para mí no indulgencia si que rigor, no una gracia pero si una sentencia! Jueces, señor! no pido mas que jueces! No pueden á ningun acusado negársele jueces.

—Está bien, dijo el inspector, veremos: dirigiéndose luego al gobernador le dijo: por cierto que este pobre diablo me ha dado lástima. Al subir me enseñareis vuestro registro.

—No tengo inconveniente, dijo el gobernador, pero creo que hallareis en él terribles anotaciones.

—Señor, continuó Dantés, ya sé que no estais facultado para hacerme salir de aquí sin consultarlo, pero á lo menos podeis trasmitir mi súplica á la autoridad, podeis lograr que se me forme sumaria, podeis en fin alcanzar que se me juzgue cual corresponde. Un tribunal es lo único que pido, sepa yo á lo menos que crimen he cometido y á que pena estoy condenado, porque ya conocereis que la incertidumbre es el peor de los suplicios.

Digitized by Google

—Vamos á ver, esplicaos y contestadme; dijo el inspector.

—Señor, esclamó Dantés conozco por vuestra voz que estais conmovido; caballero, decidme podré esperar?

—En cuanto á eso nada puedo deciros; puedo tan solo prometeros examinar los antecedentes en virtud de los cuales se os puso preso.

—Oh! en este caso, señor, ya estoy libre! me he salvado!

—Quièn os hizo poner preso? dijo el inspector.

—El señor de Villefort: habladle y entendeos con él.

—Hace ya un año que el señor de Villefort no está en Marsella, pues marchó á Nimes.

—Ah! en este caso no me admira ya mi prolongada prision, murmuró Dantès, mi único protector está ausente.

—El señor de Villefort tenia contra vos algun motivo de odio?

—Ninguno, señor; muy al contrario tuvo conmigo mil atenciones y deferencias que jamás olvidaré.

—Puedo pues, dar entera confianza y crédito á las notas que respecto á vos haya dejado, ó que me remita?

—Sin ningun reparo, señor.

—Está bien: tened confianza.

Dantés cayó de rodillas; levantó sus manos al cielo y murmuró una plegaria en la que encomendaba á Dios á aquel hombre que habia descendido á su prision á semejanza del salvador para librar

Digitized by Google

las almas de los condenados. La puerta volvió á cerrarse, pero la esperanza que bajó con el señor de Boville quedó encerrada en el calabozo de Dantés.

— Quereis ver el registro en seguida, preguntó el gobernador, ó pasar al calabozo del abate?

— Acabemos de una vez con los calabozos, contestó el inspector, pues que tal vez no tendria luego suficiente valor para concluir mi triste mision.

— Ah! lo que es este no es un preso como ese otro, y su locura entristece menos que la razon de su vecino.

— Y cual es su manía?

— Oh! una idea estraña: cree poseer un inmenso tesoro. El primer año de su encarcelamiento hizo ofrecer un millon al gobierno si este le queria poner en libertad. Al segundo año dos millones, al tercero tres y así progresivamente. Han cumplido ya cinco años que se halla aquí, y probablemente os pedirá tengais la bondad de concederle un rato de conversacion á solas, en la que os ofrecerá cinco millones.

— Ah! ah! en efecto es curioso, dijo el inspector, y como se llama ese millonario?

— El abate Faria.

— Número 27? dijo el inspector leyendo sobre una puerta esta cifra.

— El mismo. Abrid Antonio.

El llavero obedeció: y el señor de Boville dirigió su curiosa mirada al calabozo del *abate loco*, á quien se designaba asi generalmente. En medio del cuarto, en un círculo marcado en tierra con un pedazo de yeso desprendido del muro, estaba echado un hom-

Digitized by Google

bre casi en cueros, tan destrozados y hechos girones estaban sus vestidos! Delineaba en aquel círculo figuras geométricas muy regulares, y parecía hallarse tan abismado en resolver su problema como lo estaba Archímedes cuando fue asesinado por un soldado de Marcelo. Asi es que no se meneó apesar del ruido que hiciera al abrirse la puerta del calabozo, y pareció dispertar cuando la luz de las antorchas iluminó con un resplandor inusitado el húmedo suelo sobre que trabajaba. Entonces volvió la cabeza, y viò con admiracion la numerosa comitiva que acababa de entrar en su calabozo. Levantóse al momento, tomó una manta que yacia á los pies del miserable gergon que le servia de cama y se arropó con presteza para presentarse algo mas decente á la vista de los estraños.

— Teneis que pedir alguna cosa? dijo el inspector sin variar su fòrmula.

— Yo, señor, dijo admirado el abate, yo no pido nada.

— No habeis comprendido, repuso el inspector; yo soy un agente del gobierno, comisionado para recorrer las prisiones y atender à las reclamaciones de los presos.

— Oh! en este caso señor, ya es otra cosa, esclamó vivamente el abate, espero que pronto nos entenderemos.

— Qué tal! dijo el gobernador; veis como comienza ya cual os habia yo anunciado?

— Señor, continuó el preso, soy el abate Faria, nacido en Roma el año 1768, he sido secretario del conde Spada, último de los príncipes de este nombre,

Digitized by Google

por espacio de veinte años y fuí preso, aun no sé fijo el porque, al principio del año 1808: desde entonces estoy reclamando mi libertad, aunque en vano, á las autoridades italianas y francesas.

— Y porque á las italianas? preguntó el gobernador.

— Porque fuí preso en Piombino y me presumo que al igual de Milan y Florencia, Piombino habrá llegado á ser cabeza de partido de algun departamento Francés.

El inspector y el gobernador se miraron riendo.

— Diantre, querido, dijo el inspector, vuestras noticias de Italia no son muy recientes.

— Datan del dia en que fuí conducido desde Fenestrelles aqui, señor, dijo el abate Faria, esto fué en 1811; y como S. M. el emperador habia erigido el reino de Roma para el hijo que el cielo acababa de concederle, me figuro que continuando sus conquistas habrá logrado realizar la idea de Machiavelo y Cesar Borgia, que era la de hacer de toda la Italia un solo y único reino.

— Caballero, dijo el inspector, la providencia, afortunadamente, ha cambiado algun tanto ese plan gigantesco del que pareceis decidido partidario.

— Es el único medio para hacer de Italia un estado fuerte, independiente y dichoso; dijo el abate.

— Eso podrá ser muy posible, contestó el inspector, pero yo no he venido aqui para entablar con vos una discusion de política ultramontana y si para preguntaros, como he verificado ya, si teneis que hacer alguna reclamacion sobre vuestro alimento y habitacion.

Digitized by Google

— La comida es la misma que en todas las cárceles, contestó el abate, es decir, inadmisible. En cuanto al cuarto, ya lo veis, es húmedo y mal sano, pero bastante cómodo para ser calabozo. Ahora no es eso de lo que quiero tratar, y si de las importantes revelaciones que tengo que hacer al gobierno.

— Ya empieza, dijo por lo bajo el gobernador al señor de Boville.

— Hé aquí porque me considero dichoso por vuestra visita, continuó el abate, á pesar de que me habeis distraido en un cálculo muy importante, y que, si acierto con él, cambiará probablemente la teoría del sistema planetario de Newton. Podriais concederme el favor de una entrevista á solas?

— Hum! Que os decia yo? dijo al inspector al gobernador.

— Conoceis vuestros presos, contestó aquel sonriendo: luego dirijiéndose á Faria: caballero, lo que me pedis es imposible.

— Con todo, repuso el abate, si se tratase de hacer ganar al gobierno una suma enorme, una suma de cinco millones por ejemplo?

— A fe mia, dijo el inspector dirijiendose al gobernador, que habeis acertado hasta la cantidad.

— Vaya, dijo el abate al ver que el inspector iba á retirarse; no hay absoluta necesidad de que nos quedemos solos, el señor gobernador podrá asistir á nuestra conversacion,

—Querido, dijo el gobernrdor; desgraciadamente sabemos ya de antemano y de memoria lo que vais á decirnos. Se trata de vuestros tesoros, no es asi?

Faria miró á aquel hombre burlon con unos ojos

Digitized by Google

en que un observador desinteresado hubiera visto brillar un rayo de razon y de verdad.

—Sin duda dijo el abate; de que quereis que hable sino de eso?

—Señor inspector, continuó el gobernador; yo puedo contaros esa historia tan bien como el abate, pues que hace cuatro ó cinco años que la estoy oyendo diariamente.

—Esto prueba, señor gobernador, que sois como aquellas gentes de que nos habla la Escritura, que tienen ojos y no ven, oidos y no oyen, dijo el abate.

—Amigo dijo el inspector; el gobierno es rico, y no necesita á Dios gracias de vuestro dinero; guardadle pues para cuando salgais de la cárcel.

Las pupilas del abate se dilataron, y cojiendo la mano del inspector le dijo:

—Pero, si yo no llego á salir jamás de esta prision, si contra toda justicia se me retiene en el calabozo, si muero sin haber trasmitido á nadie mi secreto, ese tesoro se perderá para siempre. No valdria mas que el gobierno lo aprovechára y yo con él? Daré hasta seis millones, señor! si: abandonaré seis millones y me contentaré con el resto si me devuelven la libertad!

—Os aseguro, dijo el inspector en voz baja, que si no supiera que este hombre es loco, habla con un tino tal que creeria que dice verdad.

—No soy loco, caballero, os digo la verdad, repuso Faria que con la finura de oido, característica de los presos, no habia perdido una palabra del inspector. El tesoro de que os hablo existe en realidad; es cierto y positivo, y me comprometo á firmar un

Digitized by Google

trato con vos en virtud del cual me conduciréis al punto que os indique, se escarbará la tierra á nuestra presencia y si falto á la verdad, sino se encuentra nada, si soy un loco como vos decís, en este caso volvereis á conducirme á este calabozo, en él quedaré para siempre y moriré sin pedir jamás nada á nadie absolutamente.

El gobernador se echó á reir.

— Y está muy lejos vuestro tesoro? le preguntó.

— A cien leguas de aquí á poca diferencia, dijo Faria.

— No es mala idea! dijo el gobernador; si todos los presos trataran de divertirse haciendo recorrer á sus guardas un paseo de cien leguas, y si los guardas consintieran en semejante correria, fácil es de preveer que durante el viaje no dejaria de ofrecérseles oportuna ocasion para tomar las de Villadiego.

— Desgraciadamente es un medio muy vulgar, dijo de Boville, y el señor no merece por cierto el premio de la invencion; y dirijiéndose luego al abate: os he preguntado si eran buenos los alimentos?

— Señor, contestó Faria, juradme sobre el crucifijo ponerme en libertad si sale cierto lo que os diga y os indicaré el punto en que está enterrado el tesoro.

— Son de buena calidad los alimentos?

— Señor, vos no arriesgais nada de este modo, y ya veis que no es para escaparme para lo que os lo propongo, puesto que quedaré encarcelado hasta tanto que hayais verificado el viaje.

— Vos no contestais á mi pregunta, repuso con impaciencia el inspector.

Digitized by Google

— Ni vos á mi súplica, esclamó el abate. Maldito pues como tantos otros insensatos que no han querido darme crédito! No queréis mi oro, me lo guardaré pues; me reusais la libertad, Dios me la dará. Marchad, ya nada tengo que deciros.

Y el abate arrojando su manta, volvió á tomar el pedazo de yeso, y fué á sentarse en medio de su círculo en el que continuó sus líneas y cifras.

— Qué es lo que hace allí? preguntó el inspector riéndose.

— Cuenta sus tesoros, contestó el gobernador.

Faria contestó á este sarcasmo con una mirada de menosprecio. Salieron y el llavero cerró la puerta tras ellos.

— Habrá tal vez poseido algunas riquezas; dijo el inspector subiendo la escalera.

— O habrá soñado que las poseía, contestó el gobernador, y al otro dia al despertar se habrá vuelto loco.

Así acabó esta aventura para el abate Faria. Quedó preso y despues de esta visita su reputacion de loco adquirió nuevo incremento.

En cuanto Dantés, el inspector cumplió relijiosamente la palabra que le diera. Cuando subió al despacho del gobernador hízose presentar el registro. Una nota habia al márgen de su nombre que estaba concebida en estos términos:

Edmundo Dantés	Bonapartista furibundo; tomó una parte muy activa en el regreso de la isla de Elba. Guárdesele en el mayor secreto y con la mas severa vigilancia.

Esta nota era de otro carácter y de tinta diferente

Digitized by Google

que el resto del registro, lo que prueba que fuè añadida despues de la prision de Dantés. La acusacion era demasiado terminante para tratar de combatirla. El inspector continuó al pié mismo de la anotacion: « Vista la anterior nota, no puede hacerse nada en favor del preso á que se refiere. »

Esta visita habia, por decirlo así, resucitado á Dantés; desde que entrò en la cárcel no habia puesto cuidado en contar los dias, pero el inspector le renovó las fechas y Dantés no lo echó ya en olvido. Detrás de su cama escribió sobre la pared con un pedazo de yeso desprendido del techo: « 30 julio de 1816 » y desde aquel momento añadió cada dia una raya para no perder la medida del tiempo.

Pasáronse dias y dias, transcurrieron semanas, y luego meses y Dantés siempre esperando. Habia empezado por esperar su libertad á los quince dias, porque este término bastaba para que un hombre interesado en su libertad pudiese hacer todas las dilijencias indispensables. Pasados estos, se dijo que habia sido un absurdo creer que el inspector se ocuparia de él antes de su vuelta á Paris; esta no podia verificarse hasta despues de concluida su comision que podia durar uno ó dos meses. Fijóse pues tres meses y otro raciocinio sustituyó al anterior, de modo que se fijó seis meses; pero pasados estos, los dias se sucedieron unos á otros de modo que transcurrieron diez meses y medio. Durante todo este tiempo en nada se habia cambiado el régimen de la cárcel: ninguna venturosa nueva le habia sido comunicada; cuando preguntaba al llavero este permanecia mudo como de costumbre. Dantès comenzó

Digitized by Google

á dudar de su recto juicio, á creer que lo que le parecia un recuerdo de su memoria no era mas que una alucinacion de su acalorada mente.

Al cabo de un año cambiaron al gobernador. Obtuvo el antiguo la direccion del fuerte de Ham; llevóse consigo una porcion de sus dependientes entre los que se contaba el llavero de Dantés. Llegó el nuevo gobernador y como le era por demas pesado tener que aprender los nombres de los presos, se hizo presentar tan solo los números de sus cuartos. Aquella horrible mansion se componia de cincuenta estancias, sus moradores fueron denominados por el número del cuarto que les encerraba, y el desgraciado jóven hasta llegó á perder el nombre de Edmundo y el de Dantés distinguiéndosele de allí en adelante con el de número 34.

Digitized by Google

Digitized by Google

15.

EL NUMERO 34 Y EL NUMERO 27.

Dantés en los subterráneos del castillo de If, pasó por todos los grados de infelicidad que esperimentan los presos condenados al olvido en una cárcel. Comenzó por el orgullo signo seguro de la esperanza y del convencimiento de la propia inocencia, empezó luego á dudar de esta inocencia, lo que casi justificaba las ideas del gobernador sobre

Digitized by Google

su enagenacion mental; por fin, cayó de las alturas del orgullo y rogó no ya á Dios, sino á los hombres; Dios es siempre el último refugio: el desgraciado que debiera comenzar por implorar al Eterno, no tiene esperanza en él hasta tanto que se han agotado todos los demás recursos.

Dantés suplicó pues que se le sacára de su calabozo y le trasladáran á otro aun que fuese mas oscuro y mas profundo: un cambio, aunque desventajoso, siempre era un cambio que no dejaria de proporcionarle alguna distraccion por unos dias. Suplicó le permitieran dar un paseo, le dejáran tomar el aire, leer libros y tener instrumentos; nada de esto se le concedió: pero no por eso dejaba de importunar cada dia. Habíase acostumbrado á hablar á su nuevo carcelero, aunque era mas mudo si cabe que el anterior, pues hablar á un hombre aunque mudo no deja de ser siempre un placer inesplicable para el infelíz que sepultado en una cárcel gime y se lamenta á sus solas separado de los vivientes. Dantés hablaba para oir el sonido de su propia voz, pues que habia probado hablar estando solo, pero entonces su misma voz le daba miedo.

Á menudo, cuando estaba Dantés en libertad, se habia formado la mas repugnante idea de aquellos calabozos en que están apiñados los presos y en que tanto abundan los vagos, los ladrones y asesinos; nada en el mundo le hubiera antes obligado á pisar tales umbrales, pero cuando se vió infeliz, preso, solo, aislado, entonces llegó á desear con ansia que se le trasladase á uno de esos depósitos de todos los crímenes y de todos los horrores; á fin

Digitized by Google

de ver algun rostro mas que el de su impasible carcelero, que se habia empeñado en no decirle una sola palabra. Tambien deseaba que le mandasen á presidio; hubiera consentido con mil amores en vestir aquel tosco y horrible trage, en dejarse poner la cadena sujeta á su pié, en dejarse sellar su espalda con una marca de infamia, si, hubiera consentido en todo esto y en mucho mas porque á lo menos los presidarios estaban en sociedad con sus semejantes, respiraban el aire libre, veian el cielo... Oh! los presidarios eran muy felices comparados con él.

Suplicó un dia al carcelero que se empeñara para que le proporcionáran un compañero aun cuando fuese el mismo abate loco de quien oyera hablar. El carcelero sentía á menudo en el fondo de su corazon, aun que no lo dejára entender, cierta compasion por el infeliz jóven á quien tan dura se hacia la prision: transmitió pues la suplica del número 34 al gobernador; pero este con la prevision de hombre político, se creyó que Dantés trataba de amotinar los presos, tramar algun complot ó tener un amigo que le ayudase en alguna tentativa de evasion, y en esta creencia le negó la demanda.

Dantés habia apurado todos los resortes que le fué posible poner en juego. Como hemos dicho y debia suceder se dirijió al fin á Dios. Todas las piadosas ideas que se encuentran esparcidas por el mundo, todas esas ideas á que se acojen los infelices agoviados bajo el duro peso del destino, vinieron entonces en tumulto á reanimar su espíritu, abatido en fuerza de tan prolongados sufrimientos; recordó las

Digitized by Google

plegarias que le enseñára su madre en la infancia y encontró en ellas un fondo de verdad, un sentido que hasta entonces no habia acertado á comprender, porque para el hombre feliz la plegaria es tan solo un conjunto monótono y vacío de sentido hasta tanto que el dolor viene á esplicar al infortunado ese sublime lenguaje que le pone en contacto con el Criador. Oró pues, no con fervor, sino con ira; haciéndolo en alta voz no se espantaba de sus palabras. Caía entonces en una especie de éxtasis; á cada palabra veia á Dios rodeado de todo su esplendor, todas las acciones de su triste é ignorada vida las sometía á la voluntad del Dios todopoderoso, se proponia rectificarlas y formaba de ella un ejercicio.

Á pesar de sus fervientes plegarias, Dantés continuaba siempre preso. Entonces su espíritu se volviò mas melancólico; una densa nube cubrió sus ojos. Dantés era un hombre sencillo y sin educacion, los acontecimientos pasados se mantenian para él cubiertos con un velo que solo al saber es dado levantar. No podía en la soledad de su calabozo y en el desierto de su imajinacion reconstruir los pasados tiempos, reanimar los pueblos destruidos, reedificar las antiguas ciudades que la imaginacion embellece y poetiza y que pasan ante los ojos gigantescas é iluminadas por el fuego del cielo, como los elocuentes cuadros de Martin. Para él no habia mas que su pasado, por cierto bien reducido; su presente, á no dudar tan sombrío; y su porvenir á la verdad tan dudoso y enigmático: diez y nueve años de luz destinados tal vez á meditar en una no-

Digitized by Google

che lóbrega y eterna! Ninguna distraccion podia venir á ayudarle; su brioso espíritu que no anhelaba mas que atravesar de un vuelo, cual los ángeles, los inmensos espacios, se veia forzado á quedar prisionero como el águila en una jaula. Fijábase entonces en una sola idea, en la de su felicidad déstruida sin causa conocida y por una estraña fatalidad: se cebaba en esta idea, mirándola y remirándola por todas sus faces, devorándola, por decirlo así, cual un hambriento, así como en el infierno del Dante el despiadado Ugolino devora y roe el cráneo del arzobispo Roger. Dantés no esperimentó mas que una fé pasagera, que perdió cual otros despues de alcanzado su objeto, con la diferencia que él no la supo aprovechar.

La rabia sucedió al ascetismo: Edmundo empezó á vomitar blasfemias que hacian retroceder horrorizado al carcelero; arrojábase contra las paredes de la cárcel, se incomodaba furiosamente con cuanto le rodeaba y en particular contra si mismo á la menor contrariedad que le ocasionaba un granito de arena, una pajilla, un sóplo de aire: entonces, en aquellos momentos de impotente rabia, veniale á la memoria aquel escrito acusador que habia visto en poder de Villefort, y que habia tenido en sus manos. Cada línea se le aparecia iluminada en la pared como el MANE THECEL PHARES del festin de Balthasar: creía que era el odio de los hombres y no la venganza de Dios la que le habia precipitado en aquel abismo: maldecia y condenaba á aquellos desconocidos á todos los suplicios que su ardiente imaginacion le sugería y aun le parecia que los mas ter-

Digitized by Google

ribles eran muy suaves y sobre todo muy cortos; porque despues del suplicio venía la muerte y en la muerte encontraban sino el reposo, por lo menos la insensibilidad que le es muy parecida.

Á fuerza de repetirse, cuando pensaba en sus enemigos, que la calma solo la proporcionaba la muerte y que cuando quiere castigarse á un sugeto con crueldad es preciso valerse de otros medios, se fijó en su mente la melancólica idea del suicidio: ¡Infeliz de aquel que en el curso de su desgracia se fija en tan sombría idea! Es como uno de esos mares muertos cuyas azules olas tienen toda la apariencia de un mar puro y tranquilo, pero en las cuales el nadador se siente atraer, absorver, sumerjir á su pesar, sin que ningun esfuerzo humano pueda arrancarle de aquella muerte pronta, cierta, terrible, inevitable.

Con todo, ese estado de agonía moral es menos terrible que los sufrimientos que le han precedido y que el castigo que probablemente le seguirá, es un consuelo vertiginoso que nos enseña el abismo, pero en el fondo del abismo la *nada*. Sin embargo, Edmundo, encontró algun consuelo en tal idea; todos sus dolores, todos sus sufrimientos, aquella multitud de espectros que arrastraba en pos de sí se escaparon al parecer de ese rincon del calabozo en que el ángel de la muerte podia poner su silenciosa planeta. Dantés recorrió con calma su vida pasada, vió con terror su vida futura y escogió el punto medio en que se encontraba y que le parecia un lugar de asilo.

—Alguna vez, se decia en estos casos, alguna

Digitized by Google

vez en mis viajes á puntos remotos, cuanto todavía era hombre, y cuando como hombre libre y poderoso daba órdenes á otros hombres que eran ejecutadas al momento, vi al cielo encapotarse, rugir el mar amenazante, nacer la tormenta en un punto del firmamento y estenderse cual gigantesca águila tocando con los estremos de sus alas ambos horizontes; entonces echaba de ver que mi buque era un refugio impotente, puesto que mi embarcacion, ligera como una pluma en manos de un gigante, rechinaba y se estremecia sobre las olas. Muy luego al ruido de la silvante ráfaga, las montañas de agua pasaban sobre mi cabeza y el espantoso rumor de las olas y el siniestro aspecto de las desnudas rocas me anunciaban la muerte, y la muerte me espantaba, y hacia los mayores esfuerzos para librarme de ella y reunia á los mayores esfuerzos del hombre toda la inteligencia del marino para luchar con Dios!..... Pero si entonces hacia esto, es porque era feliz, era porque volver á la vida era volver á la dicha, era porque la muerte no la habia invocado, no la habia escojido como á refugio y era en fin porque me parecia muy incómodo el sueño sobre la dura hamaca de algas y guijarros; era porque me indignaba, yo que me figuraba ser una criatura á imágen de Dios, al pensar que debia despues de mi muerte ser pasto de las gaviotas y tiburones. Pero ahora ya es otra cosa; he perdido todo aquello que me hacia tener apego á la vida, la muerte me sonrie y acaricia como una nodriza al niño que mece en su cuna; es que ahora muero á mi gusto, me duermo fatigado

Digitized by Google

y quebrantado cual dormia despues de esas noches pasadas en la rabia y desesperacion durante las que habia dado tres mil vueltas al rededor de mi camarote, es decir, treinta mil pasos, lo que equivale á cerca diez leguas.

Desde que esta idea logró sembrar sus primeros gérmenes en la imaginacion del jóven, volvióse mas afable, mas placentero; notóse en su rostro una mas significativa espresion de regocijo, estuvo mas contento de su pan negro y de su dura cama, comió menos, redujo sus horas de sueño, y poco á poco hallò soportable aquel resto de existencia que estaba seguro de abandonar cuando mejor le pareciese cual se deja un traje usado. Tenia á la mano dos medios para lograr su muerte, el uno muy sencillo consistia en atar á los barrotes de la claraboya un pañuelo y suspenderse de él; el otro se concretaba en dar á entender que comia el alimento y dejarse morir de hambre. El primero repugnaba mucho á Dantés. Habia sido criado infundiéndole la mayor aversion á los piratas, gentes á quienes se cuelga en las vergas de los buquss. El ahorcarse le parecia pues una especie de suplicio infamante á que no queria sujetarse voluntariamente: adoptó pues el segundo y lo puso en ejecucion aquel mismo dia.

Cerca de cuatro años habian transcurrido con las alternativas que dejamos referidas. Á fines del segundo año, Dantés cesó de contar los dias y cayó de nuevo en la ignorancia del tiempo de que anteriormente le habia sacado el inspector. Cansado de tanto sufrir escojió, como ya hemos dicho, su género de muerte, y temeroso de retroceder ante su estre-

Digitized by Google

mada resolucion; juró por lo mas sagrado cumplirla puntual y religiosamente. «Cuando se me sirva el alimento por mañana y tarde, pensaba, lo arrojaré por la ventana para que no pueda sospecharse que he dejado de comer.»

Verificólo tal como lo habia prometido. Dos veces cada dia por la claraboya enrejada á través de la cual apenas podia percibir el cielo, arrojaba los víveres primero con placer, luego con reflexion, despues con sentimiento y preciso le fue recordarse el voto que habia hecho, á fin de tener la fuerza y valor suficientes para verificar su espantoso designio. Aquella comida que antes le repugnaba tanto, el hambre se la hacía parecer entonces esquisita, aquellos manjares en otro tiempo tan repugnantes, el hambre se los presentaba apetitosos á la vista, y de esquisito aroma: alguna vez tenia durante una hora en su mano el plato que los contenia, fija su vista en aquel pedazo de carne podrida ó de pescado infecto, y en el pedazo de pan negro y enmohecido. Eran los últimos instintos de la vida que luchaban en él y que una que otra vez hacian fluctuar su resolucion. En estos casos su calabozo le parecia menos sombrío, su situacion menos desesperada; era jóven todavía, deberia tener veinte y cinco ó veinte y seis años, tal vez le quedaban aun cincuenta que vivir, es decir el doble mas de lo que habia vivido. Durante ese inmenso trascurso de tiempo, cuantos sucesos podian abrir las puertas, derruir las murallas del castillo de If y devolverle la libertad! Al hacer estas reflexiones acercaba sus dientes á la comida que, cual Tántalo voluntario, apartaba él mis-

Digitized by Google

mo de su boca, pues que el recuerdo de su juramento le venia á la memoria y noble por naturaleza temia faltar á él por no valer menos á sus propios ojos. Acabó pues, rigoroso é inhumano, con la poca fuerza que le quedaba y llegó un dia en que no tuvo la suficiente para levantarse y arrojar por la lumbrera del calabozo la cena que acababan de traerle. Al dia siguiente estaba su vista tan debilitada que ya no veia y apenas oia, de modo que el carcelero lo creyó enfermo de gravedad. Edmundo confiaba en una próxima muerte.

Asi se pasó aquel dia. Sentia Edmundo un vago entorpecimiento, que sin dejar de causarle cierta sensacion agradable, iba poco á poco apoderándose de todos sus miembros: los nerviosos sacudimientos de su estómago se habian adormecido, la ardorosa sed se habia calmado; cuando cerraba los ojos se le aparecian una multitud de brillantes lucecillas semejantes á esos fuegos fátuos que divagan por la noche en los terrenos cenagosos; la luz que en su vertijinoso insomnio le deslumbraba, no era otra cosa que el crepúsculo de ese país desconocido llamado la muerte.

Una noche, á eso de las nueve, oyó repentinamente un ruido sordo en el lienzo de pared contra el cual estaba apoyada su cama. Tantos animales inmundos habian venido á alterar el silencio de su prision que poco á poco se habia acostumbrado á no dispertarse por tan poca cosa; pero esta vez, sea que realmente el ruido fuese mas fuerte que de costumbre, sea que en aquel momento supremo se dá á todo la mayor importancia, Edmundo se inquietó

Digitized by Google

por aquel ruido y levantó su cabeza para oir mejor ó para convencerse de que lo habia tal vez engañado su acalorada fantasía. Oíase en efecto á través del muro un sonido lento y uniforme, una especie de frote igual y continuo que parecia ocasionado ya por una enorme garra, ya por un diente robusto, ya en fin por la presion de un instrumento cualquiera sobre las piedras.

Aunque débil, el cérebro del jóven se impresionó con la idea tan comun y que constantemente tienen en su mente los presos *la libertad*. Este ruido lo apercibia en el mismo momento en que iba á dejar de sentir todo rumor, de modo que le pareció que por fin Dios se habia compadecido de sus tormentos y le enviaba aquel ruido para prevenirle se detuviera en el borde de la tumba en que tenia metido ya un pié. Quien sabe si alguno de sus amigos, uno de sus mas queridos seres en los que habia pensado tan á menudo, se ocupaba en aquel momento en su favor y buscaba los medios de vencer la distancia y obstáculos que los separaban? Pero no; sin duda Edmundo se engañaba; seria una de esas ilusiones que fluctuan en la mente á la hora de la muerte.

Con todo, Edmundo continuaba oyendo aquel ruido: ruido que duró cerca tres horas sobre poco mas ó menos; percibióse despues como un estremecimiento causado por una ruina, y el ruido cesó.

Algunas horas despues sintióse de nuevo mas fuerte y mas inmediato, y era que Edmundo se interesaba ya en aquel trabajo que le servia como de compañia; de repente entró el llavero. Hacía ocho dias á poca diferencia que Dantés resolviera morir,

Digitized by Google

y cuatro que lo empezaba á poner en ejecucion, y en ellos no habia dirijido una palabra á aquel hombre ni para contestar á las preguntas sobre la enfermedad que le aquejaba volviéndose de cara á la pared cuando trataba de examinarle con atencion; pero en este dia podia el llavero oir aquel ruido sordo y ponerse sobre aviso, dando fin y desbaratando tal vez esa vaga esperanza cuya sola idea llenaba de júbilo los últimos momentos de Dantés.

El llavero le traia el almuerzo: Dantés se sentó en su cama y levantando la voz se puso á hablar sobre todas las ideas que le vinieron á la imajinacion, sobre la mala calidad de los víveres que le traian; sobre el frio que hacia en aquel calabozo, murmurando y gruñendo para tener el derecho de gritar mas fuerte apurando la paciencia del carcelero que justamente aquel dia habia solicitado para el preso enfermo un caldo y pan tierno, cuyo pan y caldo le traia. Felizmente creyó que Dantés deliraba; colocólo sobre la pésima mesa coja en la que acostumbraba dejarlo cada dia y se marchó sin decir una palabra. Libre entonces Edmundo, púsose á escuchar de nuevo con placer. El ruido se hacia cada vez mas perceptible de modo que el jóven lo oia sin hacer esfuerzo alguno. «Fuera dudas, se dijo á si mismo, puesto que ese ruido continúa á pesar del dia, será algun infeliz preso como yo que trabaja para libertarse. Oh! si yo estuviera á su lado como le ayudaria!....» De repente una sombría nube eclipsó esta aurora de esperanza que nacia en su cérebro habituado á la desgracia, y que con dificultad podia tomar parte en los goces de los hombres, porque le ocurrió la idea

Digitized by Google

de que aquel ruido podia ser ocasionado por el trabajo de algunos obreros á quienes el gobernador empleára en las reparaciones del vecino calabozo.

Facil era salir de la duda; pero como arriesgarse á hacer una pregunta? Nada mas sencillo que esperar la vuelta del llavero, hacer que escuchase aquel ruido y ver que semblante ponia al oirlo: pero proporcionarse semejante satisfaccion no equivalia á vender intereses bien preciosos á un precio tan mezquino que razon ninguna podia justificar? Desgraciadamente la cabeza de Edmundo, vacia como una campana, fija en una idea que no podia concebir con claridad, estaba tan debil que su mente flotaba indecisa á manera de vapor y era incapaz de condensarse en derredor de un solo pensamiento. Edmundo no halló mas que un medio para proporcionar claridad á su juicio, lucidez á su raciocinio; dirijió su vista al caldo que aun humeaba encima de la mesa en que lo habia puesto el llavero, se levantó, fué bamboleándose hasta ella, tomó la taza, la llevó á sus lábios y tragó el brevaje que contenia con indecible satisfaccion. Entonces tuvo suficiente ánimo y entereza para no comer ni probar nada mas, pues habia oido decir que náufragos infelices, que se salvaban despues de estenuados por el hambre, habian perecido por haber devorado imprudentemente un alimento demasiado sustancioso. Edmundo, pues colocó sobre la mesa el pan qne llevaba ya á su boca y volvióse á acostar. Edmundo ya no queria morir.

Muy luego observó que su cérebro se despejaba; todas sus ideas vagas é inconstantes volvian á ocupar

Digitized by Google

su respectivo lugar. Pudo pues pensar y apoyar sus pensamientos con el raciocinio. Entonces se dijo:

—Es preciso hacer una prueba, pero sin comprometer á nadie. Si el que ocasiona el ruido es un trabajador ocupado en su faena, no tengo que hacer mas que dar un par de golpes en la pared para que suspenda su tarea pues que tratará de saber quien es el que llama y en que direccion. Pero como su ocupacion será no solo lícita si que mandada ejecutar volverá muy luego á emprender su trabajo. Si por el contrario es un preso, el ruido que yo haré le espantará, temerá ser descubierto, cesará en su trabajo y no lo volverá á emprender hasta la noche cuando se figure que todos se han acostado y están durmiendo. Despues de este raciocinio Edmundo volvió á levantarse. Esta vez ni sus piernas vacilaron ni su vista se turbó. Dirijióse á un ángulo de la prision, arrancó una piedra socabada ya por la humedad y con ella dió tres golpecitos en la pared en el mismo sitio en que mas distinto era el ruido.

Desde el primer golpe, este cesó como por encanto. Edmundo escuchó con toda atencion. Pasó una hora, pasaron dos y ningun ruido volvió á oirse. Edmundo habia logrado un silencio absoluto del otro lado de la pared. Lleno de esperanza comió un bocado de pan, bebió unas gotas de agua, y gracias á la robusta constitucion con que le habia dotado la naturaleza se encontró como antes á poca diferencia. Pasóse el dia y el silencio continuaba. Vino la noche sin que el ruido comenzára otra vez. —Es un preso, dijo Dantés para si con indecible alegria. La cabeza se le abrasaba y la vida volvió con todo su vigor á fuerza

Digitized by Google

de activar la imajinacion. Pasóse la noche sin que el menor ruido alterase su profundo silencio, y sin que los ojos de Edmundo se hubiesen cerrado un solo momento.

Otra vez llegó el dia, el carcelero entró con nuevas provisiones; Edmundo habia devorado ya las anteriores, devoró las nuevas, atendiendo sin cesar al ruido que no se repetia ya, y con temor de que no hubiese cesado para siempre, andando el trecho de diez ó doce leguas á fuerza de dar vueltas y revueltas al rededor de su calabozo, sacudiendo durante horas enteras los barrotes de hierro de su lumbrera, devolviendo á sus miembros la elasticidad y vigor antiguos por medio de ejercicios continuados por largo tiempo, disponiéndose en fin á sostener un combate cuerpo á cuerpo con su destino futuro, como hace, estendiendo los brazos y frotándose el cuerpo con aceite, el luchador que va á pisar la arena del palenque. Luego en los intérvalos de esta febril actividad, escuchaba si el ruido volvia á oirse, y se irritaba de la precaucion del preso que no habia sabido adivinar que le habia distraido de sus trabajos por conseguir la libertad un compañero que tenia tantos deseos como él de verse libre. Asi pasaron tres dias; setenta y dos horas mortales contadas minuto por minuto.

En fin, una noche, despues de haber hecho el carcelero su última visita, Dantés aplicó por la centésima vez su oido á la pared, y le pareció que un imperceptible movimiento resonaba obtusamente en su cabeza puesta en contacto con las silenciosas piedras. Dantés se apartó un poco para desvanecer la turbacion que le sobrecojiera, dió algunos pasos por el

Digitized by Google

cuarto y aplicó de nuevo el oido al sitio de donde acababa de separarlo.

No habia ya duda ninguna; haciase alguna operacion del otro lado: reconociendo el riesgo de su primera maniobra habian adoptado otro medio, substituyendo, sin duda para continuar su trabajo con la mayor seguridad, la palanca al escoplo. Alentado con este descubrimiento Edmundo resolvió ayudar al infatigable obrero. Comenzó por separar su cama tras la que le parecia se verificaba la obra de su libertad y buscó con la vista un objeto con que pudiese desgastar la pared, desmenuzar el yeso húmedo y arrancar por fin alguna piedra. Nada se le ofreció que pudiese satisfacer su deseo; no tenia ni cuchillo ni instrumento alguno cortante, tan solo los barrotes de hierro de la claraboya, pero tantas veces habia intentado removerlos que no quiso molestarse en probarlo de nuevo.

Todo el ajuar de su encierro se reducia á una cama, una silla, una mesa, un cántaro y un cubo. La cama tenia algunas espigas de hierro, pero se hallaban sujetas á la madera por medio de tornillos y se necesitaba indispensablemente un torcedor para desenrrollar los tornillos y arrancar las espigas. En la mesa y en la silla nada habia que pudiese serle útil, anteriormente habia tenido el cubo su correspondiente asa de hierro, pero tiempo hacia que se la quitáran. No tenia Dantés otro recurso que romper el cántaro, y con un pedazo que tuviese la forma puntiaguda poner manos á la obra: dejóle pues caer al suelo con lo que se hizo mil pedazos; escojió dos ó tres cascos de los mas agudos que escondió en su

Digitized by Google

gergon dejando los otros esparcidos por tierra. La ruptura del cántaro era una cosa demasiado natural para que pudiera dar márgen á sospechas. Edmundo tenia toda la noche para poder trabajar pero en la oscuridad la faena iba mal porque tenía que ir á tientas, y muy pronto conoció que embotaba el informe instrumento contra una masa mas dura que él. Volvió pues á colocar su cama en el sitio de costumbre y se resignó á esperar la llegada del dia: con la esperanza habia vuelto á adquirir paciencia. Toda la noche estuvo escuchando y siempre oyó al desconocido minero continuando su obra subterránea.

Vino por fin el dia y el llaveró entró. Dantés se apresuró á decirle que el dia anterior en el acto de ponerse á beber se le habia escapado el cántaro de las manos quebrándose al caer en mil pedazos. El llavero salió refunfuñando á buscar otro nuevo sin tomarse la pena de recoger los pedazos del anterior esparcidos por el suelo. Volvió un momento despues, encargó al preso que tuviera un poco mas de cuidado en lo sucesivo y se marchó. Dantés oyó aquel dia correr los cerrojos con un júbilo inesplicable, siendo así que cada vez que se corrian en los dias anteriores sentia oprimírsele con violencia el corazon.

Oyó debilitarse el sonido de las pisadas á medida que se alejaba y cuando este hubo cesado del todo, saltó de su camilla que removió de su lugar, y con la claridad de un débil rayo de luz que penetraba en el calabozo, pudo ver lo inútil de su tentativa en la noche precedente, puesto que se pusiera á trabajar en el centro de la piedra en vez de descalzarla del

Digitized by Google

yeso que la sujetaba por sus bordes, y que la humedad habia ablandado.

Dantés vió con satisfactoria exaltacion que aquel yeso se desprendia en fragmentos, pero en fragmentos tan imperceptibles, que en el transcurso de media hora pudo apenas recojer un pequeño puñado. Un matemático hubiera podido calcular que empleando dos años á corta diferencia en este trabajo, y suponiendo que no encontrase peña, podia abrirse un camino de dos pies cuadrados con veinte y siete de profundidad. El preso se reprochó entonces el no haber empleado en este trabajo las largas horas cada vez mas lentas, y que inútilmente habia perdido entregándose á la esperanza, fortaleciéndose con los ruegos ó dejándose vencer por la desesperacion. En el transcurso de seis años que hacia estaba preso en aquel calabozo, cuanto trabajo aunque lento, hubiera podido verificar! Esta idea le dió nuevos brios.

En tres dias llegó, tomando precauciones inauditas, á quitar toda la argamasa, y á poner en descubierto la piedra; la pared estaba formada de cantos, entre los cuales, para mayor solidez, se habian colocado de trecho en trecho algunos sillares. Uno de estos era el que habia ya conseguido descarnar y el que pretendia remover de su sitio. Dantés probó con las uñas pero estas eran insuficientes para la empresa. Ademas los pedazos del cántaro que introducia en los huecos formados por la falta de yeso, se rompian en cuanto queria Dantés valerse de ellos como de palanca y despues de una hora de inútiles tentativas tuvo que levantarse inundada su frente

Digitized by Google

de angustioso sudor. Ibase pues á ver detenido en su primer ensayo y le era preciso esperar pasivamente y en el ócio á que su vecino, que tal vez llegaria á cansarse, hubiese concluido.

Una idea cruzó entonces repentinamente por su imajinacion; quedóse en pié y una sonrisa de satisfaccion resbaló por sus labios, su frente humedecida por el sudor se secó espontáneamente. El carcelero traia todos los dias la sopa de Dantés en una cacerola de hoja de lata, que contenia á mas de su racion la de otro preso, puesto que Dantés habia observado que aquella cacerola unos dias estaba del todo llena, y otros vacía hasta la mitad, segun si el carcelero empezaba la distribucion de víveres por él ó por su compañero. La cacerola tenia un mango de hierro y este mango era el que ambicionaba Dantés y por el cual hubiera dado si se los hubieran exigido, diez años de su vida. El llavero vertia el contenido de la cacerola en el plato de Dantés, quien despues de verificada su comida con una cuchara de madera, lo lavaba para el dia siguiente. Por la tarde puso Dantés el plato en el suelo entre la puerta y la mesa, resultando lo que él se prometiera al colocarlo en semejante sitio, á saber, que el llavero al entrar le púso el pie encima y le rompió en mil pedazos.

No se podia por ello hacer cargo alguno á Dantés; habia faltado en dejar su plato en el suelo, es muy cierto, pero el carcelero habia tambien cometido el descuido de no mirar donde ponia los pies; por lo que se contentó con gruñir entre dientes, buscando á su alrededor algun objeto en que verter la sopa:

Digitized by Google

el ajuar de cocina de Dantés se reducia á aquel único plato, no habia pues absolutamente nada de que echar mano.

— Dejad la cacerola, dijo Dantés, y os la llevareis mañana al traerme el almuerzo.

Este consejo estaba en armonía con la pereza del llavero, que malditas las ganas que tenia de subir, bajar y volver por tercera vez á subir; dejó pues la cacerola.

Dantés se estremeció de gozo. Comió á toda prisa la sopa y la carne que, segun es costumbre en las cárceles, se pone junto con aquella. Luego despues de esperar cosa de una hora para asegurarse de que el llavero no mudaria ya de pensar, apartó su cama, tomó la cacerola, introdujo la estremidad del mango entre la piedra, desprovista de una parte de sus cimientos, y los cantos vecinos, y empezó á hacer uso de él á manera de palanca. Una pequeña oscilacion probó á Dantés que su tarea tendria buen éxito.

En efecto, al cabo de una hora habia separado la piedra de la pared en la que dejaba una cavidad de mas de pié y medio de diámetro. Dantés recogió luego con cuidado todo el yeso, llevólo á uno de los ángulos de su prision, escarbó la tierra parduzca del piso con un fragmento del cántaro, depositó el yeso y lo volvió á cubrir con su tierra. Queriendo luego aprovechar aquella noche en que la casualidad, ó mejor la sabia combinacion que habia ideado, habia puesto en sus manos un instrumento tan precioso, continuó escavando con ahinco. Al asomar el alba volvió á colocar la pie-

Digitized by Google

dra en su lugar, repuso la cama en su sitio y se acostó.

El almuerzo consistia en un pedazo de pan: el llavero entró y lo dejó encima la mesa.

—Con qué no me traeis otro plato? le dijo Dantés.

—No, contestó el llavero, sois un aturdido en cuyas manos todo corre peligro de romperse; habeis quebrado el cántaro y sois la causa de que yo haya roto el plato: si todos los presos causáran tanto gasto como vos, el gobierno no podria aguantarlo. Os dejo la cacerola, en la que os echaré la sopa cada dia; de este modo no rompereis tal vez vuestra vajilla.

Dantés levantó los ojos al cielo juntando sus manos por bajo las cubiertas de su cama. Aquel pedazo de hierro que le quedaba hacia renacer en su corazon un fervoroso reconocimiento al Ser supremo cual no lo habia jamás esperimentado en el decurso de todos los beneficios que le prodigára. Solo sí echó de ver que desde que habia empezado él sus trabajos el otro preso los habia suspendido; « pero no importa decia entre sí, esta no es una razon para cesar en mi tarea; si mi vecino no viene á buscarme, yo iré á buscar á mi vecino. »

Todo el dia trabajó sin descanso, de modo que por la noche habia ya, gracias á su nuevo instrumento, arrancado de la pared mas de diez puñados de yeso, de tierra y de cimientos.

Al acercarse la hora de la visita enderezó lo mejor que pudo el torcido mango de su cacerola y la colocó en su sitio acostumbrado. El llaveró vertió

Digitized by Google

en ella la racion ordinaria de sopa y carne, ó mejor dicho, de sopa y pescado, puesto que era aquel dia de ayuno y tres dias á la semana daban comida de pescado á los presos. Este era un escelente medio para contar el tiempo si Dantés no hubiese abandonado tal cuidado: despues de servida la sopa el carcelero se retiró.

Quiso Dantés entonces asegurarse de si su vecino habia en realidad cesado de trabajar, por lo que escuchó con atencion. Todo continuaba en el mismo silencio que en los tres dias que llevaba de interrupcion en sus trabajos. El desgraciado jóven exhaló un suspiro: era evidente que su vecino desconfiaba de él, pero no por eso perdió su aliento, y continuó trabajando el resto de la noche; mas despues de dos ó tres horas de faena encontró un obstáculo, el hierro ya no hacia presa y se deslizaba sobre una superficie plana. Dantés tanteó el obstáculo con la mano y reconoció que habia encontrado una viga que atravesaba ó mejor cerraba enteramente el agujero que habia comenzado, por lo que era preciso escarbar por encima ó por debajo: el infeliz jóven no habia pensado en tal obstáculo.

—Oh! Dios mio, Dios mio! esclamó: tanto habia rogado que creia habriais escuchado mis preces. Dios mio! despues de haberme quitado la libertad de la vida, despues de haberme quitado la calma de la muerte llamándome de nuevo á la vida, tened piedad de mí, no me dejeis morir en la desesperacion!

—Quién habla de Dios y de desesperacion al propio tiempo? articuló una voz que parecia venir de las

Digitized by Google

entrañas de la tierra y que apagada por la opacidad, llegaba á oidos del jóven cual un acento sepulcral.

Edmundo sintió erizársele los cabellos y aunque de rodillas como estaba, retrocedió un buen trecho sobrecojido de espanto.

—Ah! murmuró, oigo una voz humana.

Hacia cuatro ó cinco años que Edmundo no oyéra mas voz que la del llavero, y sabido es que para el que se halla sepultado en un encierro, el carcelero no es un hombre: es una puerta viviente unida á una puerta de encina; un barrote de carne unido á los barrotes de hierro.

—En nombre del cielo, esclamó Dantés, vos que me hablais, continuad haciéndolo aunque vuestra voz me haya espantado; quién sois?

—Quién sois vos que me lo preguntais? continuó la voz.

—Un infeliz preso, repuso Dantés, que no tiene ninguna dificultad en contestaros.

—De qué pais?

—De Francia.

—Vuestro nombre?

—Edmundo Dantés.

—Vuestra profesion?

—Marino.

—Cuánto tiempo hace que estais aquí?

—Desde el 28 de febrero de 1815.

—Cuál es vuestro crímen?

—Soy inocente.

—Pero de qué se os acusa?

—De haber conspirado para el regreso del emperador.

Digitized by Google

—Cómo! para el regreso del emperador! El trono no pertenece pues al emperador?

—Abdicó en Fontainebleau en 1814 y fue confinado á la isla de Elba. Pero cuánto tiempo hace que estais preso cuando ignorais todo esto?

—Desde 1811.

Dantés se horrorizó: aquel hombre llevaba cuatro años de prision mas que él.

—Está bien, no escaveis mas, díjole la voz apresuradamente, decidme tan solo á que altura se encuentra la escavacion que habeis hecho?

—Al nivel del suelo.

—Cómo la ocultais?

—Porque está detras de mi cama.

—Han reconocido vuestra cama desde que estais preso.

—Nunca.

—Donde tiene la salida vuestro cuarto?

—Á un corredor.

—Y el corredor?

—Desemboca en el patio.

—Dios mio! murmuró la voz.

—Ah! cielos! qué es lo que teneis? esclamó Dantés, qué sucede?

—Sucede que me he equivocado, que la imperfeccion de mis delineaciones me ha engañado, que la falta de un compás me ha perdido, puesto que una línea de diferencia en mi plan ha equivalido á quince pies en la ejecucion, y que he tomado la pared en que vos trabajais por el muro de la ciudadela.

—Pero en este caso hubiérais ido á parar al mar

—Eso es lo que yo queria.

Digitized by Google

— Y si hubiese salido bien la empresa?

— Hubiérame echado á nadar, y ganado las islas que circunvalan el castillo de If; ya la de Daume, ya la de Tiboulen, ya la misma costa, con lo que quedaba salvo.

— Y habriais podido nadar hasta allí?

—Dios me hubiera dado fuerzas en tal caso, pero ahora todo se ha perdido!

— Todo?

— Si. Tapad de nuevo vuestro agujero cuidadosamente, no continueis trabajando, no os ocupeis en nada y esperad noticias mias.

—Quién sois..... decidme á lo menos quien sois?

— Soy.. .. soy el número 27.

— Con que desconfiais de mí? preguntó Dantés.

Parecióle á Edmundo oir una risa amarga que atravesando la bóveda llegaba hasta él.

—Oh! mirad que soy buen cristiano, esclamó adivinando por instinto que aquel hombre trataba de abandonarle, y por Cristo os juro que primero me dejaré matar antes que dejar entrever á vuestros verdugos y los mios los menores indicios de verdad; pero en nombre del cielo, no me priveis de vuestra presencia, no me priveis de oir vuestra voz, ó sino, os lo juro, estoy ya exasperado á no poder mas, me romperé la cabeza contra los muros de la cárcel, y vos tendréis que reprocharos esta muerte.

— Qué edad teneis? repuso el interlocutor desconocido, vuestra voz me parece ser la de un jóven.

— De fijo no sé mi edad, porque no he contado el

Digitized by Google

tiempo que hace estoy aquí. Lo único que puedo deciros es que iba á cumplir los diez y nueve años cuando fuí preso el 28 de febrero de 1815.

— Apenas veinte y seis años, murmuró la voz. A esa edad no se es aun traidor.

— Oh! no, no soy traidor; os lo juro por lo que mas estimo, por lo que tengo mas sagrado! Primero que haceros la menor traicion, consentiré que me descuartizen.

— Habeis hecho muy bien en hablarme, repuso la voz, habeis hecho muy bien en suplicarme, pues que habia formado otro plan y trataba de alejarme de vos. Pero vuestra edad me tranquiliza, y os prometo reunirme con vos, esperadme.

— Y cuándo?

— Es preciso que calcule las distancias, dejadme ahora, ya os daré la señal.

— Pero no me abandonareis, no me dejareis solo, vendreis á mi cuarto ó me permitireis que vaya al vuestro? Escaparemos juntos y si no podemos huir, hablaremos, vos de la persona que amais, yo de las que amo; porque vos amareis á alguno?

— Soy solo en el mundo.

— En este caso me amareis á mí..... Si sois jóven, seré vuestro camarada; si viejo, vuestro hijo..... Tengo un padre que contará ya unos sesenta años, si es que vive; á nadie he amado mas que á él y á una jóven llamada Mercedes: mi padre estoy seguro que no me habrá olvidado; pero ella, Dios sabe si pensará ya en mí todavía... Os amaré como amaba á mi padre.

— Está bien, dijo el preso, hasta mañana.

Digitized by Google

Estas pocas palabras las dijo con un acento que persuadió á Dantés: no le hizo ya mas preguntas, se retiró; tomò las mismas precauciones que antes para cubrir los restos estraidos del muro, y volvió á colocar su cama junto á la pared. Desde entonces se entregó Dantés libremente á sus májicos ensueños de felicidad, ya no estaria solo de allí en adelante y tal vez se veria libre; cuando menos si continuaba preso, tendria un compañero, y la cautividad repartida no es mas que media cautividad. Los lamentos que se exhalan en compañia equivalen á oraciones, y las oraciones que fervorosamente murmuran dos bocas son casi acciones de gracias.

Durante todo el dia Dantés no hizo otra cosa que ir y venir de un lado á otro del calabozo con el corazon palpitante de placer, aunque de vez en cuando esta alegria le sofocaba y tenia que sentarse en la cama comprimiendo el pecho con sus manos. Al rumor que sintiera en el corredor se dirigía temblando á la puerta. Una ó dos veces le pasó por la imaginacion el temor de verse separado de un hombre á quien no conocia pero que amaba ya como un amigo. Si esto llegaba á verificarse estaba ya tomada su resolucion: en el momento en que el carcelero separaria su cama y bajaria la cabeza para examinar la abertura, le aplastaria la cabeza con la piedra sobre la cual estaba colocado el cántaro. Le condenarian á muerte, ya lo sabia; pero no iba á morir tambien de fastidio y desesperacion cuando aquel milagroso ruido le devolvió á la vida?

Por la tarde volvió el carcelero; Dantés estaba

Digitized by Google

tendido en su cama; desde allí le parecia que guardaba mejor la abertura no concluida aun, y probablemente miraria al importuno visitador con ojos estraviados, pues que éste le dijo.

— Con qué volvemos á caer en algun acceso de locura?

Dantés no contestó temoroso de que le vendiese la emocion de su voz. El llavero se retiró meneando la cabeza. Vino la noche; Dantés se figuró que su vecino aprovecharia el silencio y la oscuridad para renovar con él la conversacion, pero se engañó. Pasó la noche sin que rumor alguno correspondiese á su impaciencia. No obstante, al siguiente dia, despues de la visita de la mañana y cuando acababa de separar la cama de la pared, oyó dos ó tres golpes con iguales intérvalos, á cuya señal se dejó caer de rodillas.

— Sois vos? dijo, aquí estoy!

— Se ha marchado ya vuestro llavero? preguntó la voz.

— Sí, contestó Dantés ya no volverá hasta la tarde..... tenemos doce horas para obrar con libertad.

— Puedo pues empezar! dijo la voz.

— Oh! sí, sí, sin retardar un instante, al momento, os lo suplico!

Á penas dijera esto, cuando la porcion de terreno sobre el que Dantés, metido hasta medio cuerpo en la abertura, apoyára sus dos manos, pareció ceder á su peso, hízose atrás y apenas lo hubo verificado una masa de tierra y piedras desprendidas se precipitó

Digitized by Google

en un agujero que acababa de manifestarse en el fondo de la abertura que él mismo habia hecho. Luego, en el centro de aquel obscuro agujero cuya profundidad no podia calcular, vió aparecer una cabeza, luego unos hombros, y en fin un hombre completo salió con bastante ajilidad de la escavacion recien practicada.

Digitized by Google

Digitized by Google

16.

UN SABIO ITALIANO.

Dantès recibió en sus brazos al nuevo amigo, por tan largo tiempo y con tanta impaciencia deseado, y le condujo á la ventana á fin de que la escasa luz que penetraba en el calabozo le iluminase por completo. Era un sugeto de baja estatura, de cabellos encanecidos mas por las meditaciones que por la edad, de ojos penetrantes ocultos bajo espesas cejas encanecidas tambien, barba negra todavia y que bajaba hasta el pecho; la flaqueza de su rostro surcado por hondas arrugas, sus facciones características decididamente marcadas, revelaban un hombre habituado mas á ejercer sus facultades intelectuales que su

Digitized by Google

fuerza física. La frente del recien llegado estaba inundada de sudor. En cuanto á sus vestidos era imposible distinguir su primitiva forma, puesto que estaban hechos girones.

Parecia tener unos sesenta y cinco años por lo menos, aunque un cierto vigor en los movimientos indicaba que tenia menos de los que parecia manifestar por consecuencia de su largo cautiverio. Acojió placentero las amistosas protestas del jóven espresadas con cierto entusiasmo y su alma helada por los sufrimientos y los insomnios, pareció por un momento reanimarse y revivir al contacto de aquel ardiente corazon. Dióle las gracias por su cordialidad con cierta vehemencia, aunque su admiracion fué mucha al encontrarse con un segundo calabozo allí donde creia hallar la libertad.

— Veamos ante todo, dijo, si hay medio de ocultar á los ojos de nuestros carceleros los vestijios de mi paso. Toda nuestra tranquilidad futura dependerà de su ignorancia de lo que ha pasado.

Inclinóse hácia la abertura; cojió la piedra que levantó facilmente á pesar de su peso, y la colocó en el agujero.

—Esta piedra ha sido descalzada con bastante descuido, dijo sacudiendo la cabeza; no teneis herramientas?

— Y vos, preguntó Dantés con admiracion, las teneis por ventura?

— Me he hecho algunas. Escepto una lima, tengo todo lo que puede hacerme falta; escoplo, y palanca.

— Oh! tengo curiosidad de ver los productos de

Digitized by Google

vuestra paciencia y de vuestra industria, dijo Dantés.

—Tomad; ahi teneis un escoplo, y le enseñó una plancha fuerte y puntiaguda fija en un trozo de madera de haya.

— Y donde os habeis ajenciado eso?

— Le he construido con uno de los goznes de mi cama; con este instrumento es con lo que me he abierto el camino por el que he llegado hasta aqui: cincuenta pies á poca diferencia.

—Cincuenta pies! esclamó Dantés con una especie de terror.

— Hablad mas bajo, jóven, hablad mas bajo, dijo el desconocido mirando á su alrededor, muy á menudo vienen á escuchar á las puertas de los calabozos de los presos.

— Me suponen solo.

— No importa.

— Deciais que habiais taladrado cincuenta pies para llegar hasta aqui?

— Si, tal es sobre poco mas ó menos la distancia que media de mi cuarto al vuestro; tan solo que calculé mal mi curva, falto de instrumentos geométricos para rectificar bien mi escala de proporcion: en vez de los cuarenta pies de elipse que habia calculado he encontrado cincnenta. Creia, como os he dicho ya otra vez, llegar á la pared esterior del muro, horadarla y arrojarme al mar. He costeado el corredor al que sale vuestro cuarto en vez de atravesarle por debajo. Todo mi trabajo es inútil porque ese corredor dá á un patio en el que hay la guardia.

Digitized by Google

— Verdad es, dijo Dantés, pero ese corredor no flanquea mas que uno de los costados de este cuarto que tiene cuatro.

— Sí, no hay duda; pero aquí teneis uno cuya pared lo forma la roca viva, seria preciso que diez mineros provistos de todos los instrumentos necesarios estuviesen trabajando diez años consecutivos para lograr taladrarla. Este otro debe estar á espaldas de los cimientos de la habitacion del gobernador; intentando hacer algo por este lado, iríamos á parar en los subterráneos que de seguro estarán cerrados con llave, y seríamos presos en ellos. El otro costado da..... esperad..... á donde da ese otro costado?

Este costado era el que atravesaba la lumbrera que daba luz á la habitacion. Esta lumbrera que se iba angostando de modo que apenas daba paso á la luz y á través de la cual apenas pudiera pasar un niño, estaba además resguardada por tres órdenes de hierros capazes de tranquilizar las sospechas del mas receloso carcelero sobre el temor de una evasion. Sin embargo, el recien llegado acompañó su pregunta arrastrando la mesa hasta colocarla debajo de la claraboya.

— Subid á esta mesa, dijo á Dantés. Este obedeció, púsose sobre la mesa y adivinando la intencion de su compañero apoyó la espalda contra la pared y le dió las manos. Su compañero subió entonces, con mas presteza de lo que prometia su edad y con la lijereza del gato ó de la ardilla, primero sobre la mesa, luego de la mesa sobre las manos de Dantés, de sus manos á sus hombros. En es-

Digitized by Google

ta situacion encorvados los dos porque la bóveda del calabozo impedia el que se enderezáran, deslizó su cabeza entre la primera fila de barras de hierro y pudo recorrerla de arriba á bajo. Un instante despues la retiró con presteza.

—Oh! oh! ya me parecia muy dudoso; dijo deslizándose á lo largo de Dantés y cayendo sobre la mesa de la cual saltó á tierra.

—Qué es lo que os parecia dudoso? preguntó el jóven saltando detrás de él.

El viejo quedó un momento sumido en la mas profundo meditacion.

—Sí, dijo, esto es; el cuarto costado de vuestro calabozo dá sobre una galería esterior, especie de camino cubierto por el que pasan las patrullas y vigilan los centinelas.

—Estais seguro de eso?

—Tan seguro como que he visto el morrion del soldado y la punta de su fusil, retirándome tan de prisa temeroso de que pudiese descubrirme.

—Con qué....? dijo Dantés.

—Con que ya veis que es imposible huir por vuestro calabozo.

—En este caso....? continuó el jóven con acento interrogador.

—En este caso cúmplase la voluntad de Dios; y las facciones del viejo tomaron un viso de profunda resignacion.

Dantés contemplaba con un aspecto mezclado de admiracion á aquel hombre, que con tanta facilidad y filosofía renunciaba á una esperanza en que confiaba tanto tiempo hacia.

Digitized by Google

— Y ahora, quereis decirme quien sois? preguntó Dantés.

— Oh! Dios mio! no tengo inconveniente, si es que esto puede interesaros ahora que ya de nada puedo serviros.

— Pero sereis bueno para consolarme y alentarme, pues que me pareceis fuerte entre los fuertes.

El abate sonrió tristemente y dijo.

— Soy el abate Faria preso desde 1811 como ya sabreis en el castillo de If; pero ya en aquella fecha llevaba tres años de encierro en la fortaleza de Fenestrelles. En 1811 me trasladaron á Francia. Entonces supe que la fortuna, que en aquel entonces le sonreia, habia dado un hijo á Napoleon, y que á este hijo ya desde la cuna se le apellidaba rey de Roma. Muy lejos estaba yo de figurarme entonces lo que me habeis dicho hace poco, es decir que á los cuatro años aquel coloso seria derribado. Quién reina pues en Francia? Napoleon II?

— No, Luís XVIII.

— Luís XVIII el hermano de Luís XVI? Los decretos del cielo son bien estraños y misteriosos: cuál ha sido la intencion de la Providencia abatiendo al hombre que habia elevado, y elevando al que habia abatido?

Dantés seguia con la vista á aquel hombre que olvidaba por un momento su propia suerte para ocuparse en la de los destinos del mundo.

— Sí, sí, continuó; ha sucedido lo mismo que en Inglaterra: despues de Cárlos I, Cromwell; despues de Cromwell, Cárlos II; y quien sabe si mas tarde vendrá un príncipe de Orange, un Stathouder

Digitized by Google

que se hará rey y entonces nuevas concesiones al pueblo, entonces una constitucion y luego la libertad. Ya lo vereis jóven, dijo dirijiéndose á Danté y mirándole con ojos brillantes y animados como debian tenerlos los profetas; os hallais en una edad en que podreis presenciarlo, ya lo vereis.

—Sí; pero para eso he de salir de aquí.

—Ah! teneis razon, dijo el abate, estamos presos; hay momentos en que llego á olvidarlo y atravieso con la vista las paredes que me cercan creyéndome en libertad.

—Pero por qué os tienen encerrado?

—Porque predije en 1808 el plan que Napoleon trató de realizar en 1814; porque, como Maquiavelo, en vez de todos esos reyecitos que transforman á la Italia en un nido de tiranuelos, quise que hubiera un soberano grande, poderoso, si no justo, fuerte por lo menos; porque me figuré hallar un Cesar Borgia en cierto ente coronado que dióme á entender me comprendia para venderme mejor. Este era el proyecto de Alejandro VI y de Clemente VII; se frustró siempre, y puesto que aquellos lo intentaron en vano y Napoleon no ha podido acabarlo de realizar, claro está que Italia es tierra de maldicion, dijo el viejo inclinándo la cabeza.

Dantés no comprendia como un hombre podia esponer su vida por tales proyectos; verdad es que si bien conocia á Napoleon por haberle visto y hablado, en cambio ignoraba completamente quienes eran Clemente VII y Alejandro VI.

—No sois vos, dijo Dantés empezando á participar de la opinion de su carcelero, que era la opi-

Digitized by Google

nion general en el castillo de If; ese eclesiástico á quien creen enfermo....?

— A quién creen loco, querreis decir, no es así?

— No me atreví á decirlo, repuso Dantés sonriendo.

— Sí, sí, contestó Faria con amarga risa, sí; soy yo quien paso por loco, soy yo el que divierto hace tiempo á las gentes de esta prision y que divertiria á los niños si niños hubiese en la mansion de dolor sin esperanza.

Dantés quedó por un instante mudo é inmóvil.

— Con qué renunciais á la fuga? dijo al abate.

— Veo que es imposible; seria sublevarse contra Dios tratar de probar lo que no quiere que se verifique.

— Y porqué os desanimais de ese modo? Seria mucho pedir á la Providencia el que la primera tentativa tuviese feliz éxito. No podeis empezar en otra direccion lo que habeis hecho para llegar aquí?

— Pero sabeis lo que he trabajado, para hablarme de volver á empezar? Sabeis que he gastado cuatro años para procurarme los instrumentos que al presente poseo? Qué hace dos años escarvo y penetro á través de una tierra tan dura como el granito? Sabeis que me ha sido preciso dislocar piedras que en otro tiempo hubiese considerado imposible remover? Qué he pasado dias enteros en ese trabajo tiránico, y que algunas veces me consideraba felíz cuando al anochecer habia logrado ahuecar la estension de una pulgada cuadrada de aquella antigua argamasa que se habia hecho mas dura que la misma piedra? Sabeis que para colocar toda la tier-

Digitized by Google

ra y todas las piedras que arrancaba me fué preciso taladrar la bóveda de una escalera en la cual he ido sepultando sucesivamente todos los escombros, y que ahora está ya lleno aquel hueco y que no sabria donde colocar un puñado de polvo? Sabeis, por último, que creia tocar ya el término de mis trabajos, que me sentia escasamente con la fuerza necesaria para acabar de realizar mi proyecto, y que ahora Dios no solo aleja su fin sino que ni preveo siquiera el término para el cual lo aplaza? Ah! ya os lo he dicho y os lo repito de nuevo, no intentaré ya nada en adelante para reconquistar mi libertad, puesto que es la voluntad de Dios que la haya perdido para siempre.

Edmundo bajó la cabeza para no manifestar á aquel hombre que el gozo de tener un compañero le impedia compartir cual debiera el sentimiento que sufria por no haberse podido salvar. El abate Faria se tendió en la cama de Edmundo y este quedó en pié. El jóven no habia pensado jamás en la fuga. Hay ciertas cosas que parecen tan imposibles que ni siquiera viene á la mente el intentarlas y se rechazan por instinto. Taladrar cincuenta pies bajo tierra, consagrar á esta operacion tres años de continuos trabajos, para llegar, teniendo un éxito feliz, á un abismo abierto perpendicularmente sobre el mar; precipitarse de cincuenta, sesenta ó cien pies de altura tal vez, esponiéndose á romperse la cabeza contra una roca, y eso si la bala de algun centinela no anticipaba este fatal momento; verse obligado, caso de escapar á todos estos peligros, á ganar una legua á nado, era mucho para no some-

Digitized by Google

terse á la resignacion, y ya hemos visto que Dantés estuvo á punto de llevar esta resignacion hasta la muerte.

Mas cuando el jóven habia visto á un viejo aferrarse á la vida con tanta energía y darle el ejemplo de resoluciones desesperadas, entró en reflexion y examinó hasta donde llegaba su valor. Otro habia intentado lo que él ni siquiera habia pensado realizar; otro menos jóven, menos fuerte, menos ájil que él se habia procurado, con maña y paciencia, todos los instrumentos de que tuvo necesidad para esa increible operacion, que tan solo una medida mal tomada, un cálculo mal hecho, pudo hacer fracasar; pues si otro habia hecho todo eso, nada debia ser imposible á Dantés. Faria habia agujereado cincuenta pies de longitud, él taladrará ciento. Faria á los cincuenta años, habia empleado tres en su maniobra, él no tiene sino la mitad de la edad que Faria y por lo tanto podrá gastar seis. Faria abate, sabio, hombre de iglesia, no se habia arredrado ante la idea de atravesar la distancia que media entre el castillo de If y las islas de Daume, Ratonneau ó Lemaire, y él, Edmundo el marino, Dantés el atrevido buzo que tan á menudo se habia encargado de buscar una branca de coral en el fondo del mar, dudaria en hacer una legua á nado? Una legua! y qué, no habia muy á menudo pasado horas enteras en el mar sin tocar fondo ni salir á la orilla? No, no; Dantés no necesitaba sino que le animasen con el ejemplo. Todo lo que otro ha hecho ó podido hacer, Dantés lo hará.

El jóven reflexionó un instante.

Digitized by Google

—He encontrado ya lo que buscabais, dijo al viejo.

Faria se conmovió y levantó la cabeza; pintábase en su fisonomía una espresion tal de asombro que indicaba, bien á las claras, que si Dantés decia verdad, no duraria mucho tiempo el abatimiento de su nuevo amigo.

—Vos! veamos, que habeis pensado?

—El pasillo que habeis taladrado para venir de vuestro cuarto al mio sigue paralelo á la galeria esterior, no es así?

—Efectivamente.

—De modo que apenas distará unos quince pasos?

—A lo mas.

—Pues bien! sobre la mitad del pasillo, abriremos un nuevo camino formado en figura de cruz; para eso tomais vuestras medidas con mas exactitud; desembocamos en la galeria esterior, matamos al centinela, y escapamos. Para el buen èxito de este plan no se necesita mas que valor, vos le teneis; fuerza que no me falta, y no hablo de la paciencia, puesto que de tenerla habeis dado pruebas y yo daré las mias.

—Una palabra, dijo el abate; vos no sabeis, mi querido compañero, de que clase es mi valor, y en què empleo yo mi fuerza; en cuanto á la paciencia creo haberla tenido bastante continuando cada mañana la tarea de la noche y cada noche la tarea de todo el dia; pero entonces, escuchadme bien, jóven, me parecia que hacia un servicio á Dios libertando á una de sus criaturas, que siendo inocente no podia haber sido condenada.

Digitized by Google

— Y qué! preguntó Dantés; por ventura no estais en el mismo caso? os reconoceis culpable desde que me habeis encontrado? decid.

— No, pero no quiero llegarlo á ser: hasta ahora no creia tener que luchar mas que con las cosas, y vos me proponeis que luche con los hombres: hasta hoy he creido buscar mi salvacion por medios inocentes, pero lo que ahora me proponeis es un crímen, amigo mio, nada menos que un crímen. Yo podré agujerear un muro é inutilizar una escalera, pero no agujerearé un pecho ni destruirè una existencia.

Dantés no pudo reprimir un lijero movimiento de sorpresa.

— Cómo! pudiendo veros libre os detendrán tales escrúpulos?

— Pero vos mismo, por què no habeis aplastado una noche la cabeza de vuestro llavero con el pié de la mesa, vestido su traje y probado la fuga?

— Porque no me ha ocurrido tal idea, dijo Dantés.

— No, no es eso; lo habeis hecho porque teneis á ciertos crímenes un horror instintivo en el que vos no habeis atinado siquiera, repuso el viejo; porque en las cosas sencillas y permitidas nuestros impulsos naturales nos advierten que nos desviamos de la línea de nuestro derecho. El tigre que anhela sangre por su naturaleza, no necesita mas que una cosa, que el olfato le advierta que tiene á su alcance una presa; desde el momento la acecha, se precipita sobre ella y la destroza: es su instinto y no hace mas que obedecerle: pero al hombre por el

Digitized by Google

contrario, le repugna la sangre; las leyes sociales prohiben el asesinato, las naturales lo rechazan.

Dantés quedó confundido; era en efecto la esplicacion de lo que pasaba en su interior sin haberse jamás apercibido de ello.

— Además, continuó Faria, hace cerca de doce años que estoy encarcelado; he recorrido en mi imajinacion todas las evasiones célebres, y muy raras han sido las que han producido buenos resultados poniendo en práctica medios violentos. Las evasiones felices, las fugas coronadas de un feliz éxito son las que han sido meditadas con cuidado y preparadas con lentitud; así fue como el duque de Beaufort se escapó del castillo de Vincennes, el abate Dubusquoi del fuerte Leveque, y Latude de la Bastilla. Hay otras que la casualidad ofrece y estas son las mejores: esperemos una ocasion, creedme, y si se presenta aprovechémosla.

— Vos habeis podido esperar, dijo Dantés suspirando; tan largo trabajo os proporcionaba continua ocupacion, y cuando no teniais trabajo que os distrajera, teniais esperanzas que os consolaban.

— Verdad es, dijo sonriendo el abate; pero advertid que no era esa mi única ocupacion.

— Que haciais pues?

— Escribia ó estudiaba.

— Entonces os darian papel, plumas y tinta?

— No; pero yo mismo hago todo eso.

— Vos mismo os haceis papel, plumas y tinta? esclamó Dantés.

— Si.

Dantés consideraba á aquel hombre con admira-

Digitized by Google

cion, pero costábale dificultad creer lo que decia. Notólo Faria y le dijo:

—Cuando vengais á mi calabozo os enseñaré una obra completa, resultado de las meditaciones y reflexiones de toda mi vida que hiciera á la sombra del coliseo en Roma, al pié de la columna de San Marcos en Venecia, á orillas del Arno en Florencia, y que jamás me imajinara habia de llegar un dia en que mis verdugos me dejarian el tiempo necesario para escribirla en uno de los encierros del castillo de If. *Es un tratado sobre la posibildad de una monarquía general en Italia.* Compondrá un grueso volúmen en cuarto.

— Y vos lo habeis escrito?

—Sobre dos camisas. He inventado una preparacion que pone al lienzo terso y compacto como un pergamino.

— Con que sois químico?

— Un poco. He conocido á Lavoisier y he tratado con bastante intimidad á Cabanis.

— Mas, para una obra semejante, os habrán sido precisos algunos datos históricos. Teneis acaso libros?

—En Roma tenia una biblioteca de cerca cinco mil volúmenes. A fuerza de leerlos y releerlos llegué á descubrir que con cincuenta obras bien escojidas se tiene, sino un resúmen completo de los conocimientos humanos, por lo menos todo lo que un hombre tiene interés en saber. Consagré tres años de mi vida á leer y releer aquellos cincuenta autores de modo que los sabia casi de memoria cuando fuí preso. En mi calabozo, con un lijero esfuerzo de memoria,

Digitized by Google

he conseguido recordarlos todos. Asi es que podria recitaros à Thucidides, Xenofonte, Plutarco, Tito Livio, Tàcito, Strada, Jornandés, Dante, Montaigne, Shakspeare, Spinola, Maquiavelo y Bossuet, y eso que no cito sino los mas importantes.

— En este caso poseeréis muchos idiomas?

— Hablo cinco lenguas vivas; el aleman, el francés, el italiano, el inglés y el español; con ayuda del griego antiguo comprendo el moderno, solo que lo hablo mal, pero ahora le estoy estudiando.

— Lo estudiais? dijo Dantès.

— Si; me he construido un vocabulorio con las palabras que ya sé, las he arreglado, combinado y dado mil jiros de modo que basten á espresar mi pensamiento. Sé cerca de mil voces, en rigor es todo lo que necesito, aun que en los diccionarios creo se cuentan cien mil; con ellas no seré elocuente, es verdad, pero me daré á entender á las mil maravillas y esto me basta.

Cada vez mas admirado, Edmundo empezaba á encontrar sobreuaturales las facultades de aquel hombre estraordinario. Quiso ver si le cojeria en un embuste sobre un punto cualquiera y le dijo:

— Pero como sin daros plumas habeis podido escribir tratado tan voluminoso?

— Me las he hecho escelentes, tanto que serian preferidas á las ordinarias á ser conocidas entre los hombres, con los cartilagos de las cabezas de esas enormes merluzas, que nos sirven en los dias de vijilia. Asi es que veo con gozo amanecer los miércoles, viernes y sábados, porque con ellos tengo esperanza de aumentar mi provision de plumas, pues mis tra-

Digitized by Google

bajos históricos son, os los confieso, mi mas dulce ocupacion. Al remontarme á lo pasado olvido el presente y camino libre é independiente en la historia, sin que recuerde siquiera que estoy preso.

—Pero, y la tinta? dijo Dantés, con que haceis la tinta?

—Habia en otros tiempos una chimenea en mi calabozo, dijo Faria, la que fué tapiada sin duda muy poco antes de mi arribo, pero habian hecho en ella fuego durante mucho tiempo y por consiguiente todo su interior está tapizado de hollin; disolviendo un poco en una porcion de vino que me dan todos los domingos me proporciono una tinta escelente. Para las notas particulares y que deseo llamen la atencion de los lectores, me punzo lo dedos y escribo con mi propia sangre.

—Cuando podré ver todo eso?

—Cuando querais.

—Oh! al momento!

—Seguidme pues.

Y el abate entró en el pasillo subterráneo en que desapareció, seguido de Dantés

Digitized by Google

17.

EL CALABOZO DEL ABATE.

Despues de haber atravesado, encorvándose cuanto les fué posible, pero sin embargo con bastante facilidad, el pasillo subterráneo, Dantés llegó á la estremidad opuesta del corredor que tenia la salida en el calabozo del abate; en aquel punto el paso se reducia de modo que apenas dejaba el espacio suficiente para que pudiera deslizarse un hombre á rastras. El calabozo del abate estaba enbaldosado, de modo que

Digitized by Google

estrayendo una de las baldosas en el rincon mas oscuro, era como habia empezado la laboriosa operacion cuyo fin vió Dantés. Colocada de nuevo la baldosa en su lugar, el abate la cubria con una vieja estera, logrando con esta sencilla operacion ocultarla á los ojos del carcelero. Apenas hubo entrado y puéstose de piè, el jóven examinó aquel misterioso recinto con la mayor atencion. A primera vista nada presentaba de particular.

—Bueno, dijo el abate, no son mas que las doce y cuarto, aun nos quedan algunas horas.

Dantès miró á su alrededor buscando el reloj con el cual habia podido el abate saber con tanta exactitud la hora que era.

— Ved ese rayo de luz que entra por la ventana, dijo el abate, y examinad las líneas que hay trazadas en la pared. Gracias á esas líneas, resultado de la combinacion del movimiento de la tierra y de la elipse que describe al rededor del sol, sè la hora con mas exactitud todavia que si tuviese un reloj; porque este se desarregla, mientras que la tierra y el sol no se desarreglan jamás.

Dantés se quedó á oscuras con esta esplicacion: estaba en la creencia al ver salir el sol por detrás de las montañas y ocultarse en el Mediterràneo, que era el sol quien andaba y no la tierra. Este doble movimiento del globo que habitaba pero que no apercibia, le parecia imposible: en cada palabra de su interlocutor no veia mas que misterios de ciencias tan dificiles de profundizar como las minas de oro y de diamantes que habia visitado en un viage que cuando niño hiciera á Guzarate y Golconda.

Digitized by Google

— Vamos, dijo al abate, estoy anhelando examinar vuestros tesoros.

El abate se dirijió á la chiminea, arrancò, con el escoplo que tenia siempre en la mano, la piedra que en otro tiempo formára el hogar y que ocultaba una cavidad bastante profunda, en la que tenia escondidos todos los objetos de que habia hablado á Dantés.

— Que es lo que quereis ver primero? le preguntó.

— Enseñadme vuestra obra sobre el establecimiento de una monarquía en Italia.

Faria sacó del precioso armario tres ó cuatro rollos de lienzo doblado como las hojas del pápiro de Egipto; eran varias tiras de unas cuatro pulgadas de ancho sobre diez y ocho de largo. En estas tiras, todas numeradas, habia unos caractéres que Dantés pudo leer muy bien por cuanto estaban escritos en italiano, idioma que en su calidad de provenzal comprendia perfectamente.

— Vedla, toda está aquí, le dijo. Habrá como unos ocho dias que escribí la palabra *fin* al pié de la tira ciento sesenta y ocho. Dos camisas y cuatro pañuelos tenia que he ido empleando en ello: si algun dia me veo libre y encuentro en Italia algun impresor que se atreva á publicarla, tengo adquirida mi reputacion.

— En efecto, dijo Dantés, ya lo veo. Enseñadme ahora, os lo ruego, las plumas con que habeis escrito esta obra.

— Aquí las teneis, y Faria enseñó al jóven un palito de seis pulgadas de largo, grueso como el man-

Digitized by Google

go de un pincel, en cuyo estremo estaba sujeto con un hilo uno de los cartilagos, ennegrecido aun por la tinta de que el abate hablára á Dantés; estaba prolongado en forma de pico y con un pequeño corte como una pluma ordinaria.

Dantés lo examinó minuciosamente, buscando con la vista el instrumento con el que habia podido cortarlo de un modo tan regular.

—Ah! buscais el cortaplumas, no es así? dijo Faria. Es mi obra maestra, le he hecho lo mismo que este cuchillo que aquí veis, con un viejo candelero de hierro.

El cortaplumas cortaba lo propio que una navaja de afeitar y lo que es el cuchillo, tenia la doble ventaja de poder servir á la vez de cuchillo y de puñal. Dantés contemplaba aquellos objetos con la misma atencion que en las tiendas de curiosidades de Marsella habia examinado alguna vez instrumentos construidos por los salvajes, y traidos de los mares del Sud por los capitanes de buques que se dedican á largos viages.

—En cuanto á la tinta, dijo Faria, ya sabeis como me manejo y me la voy haciendo á medida que la necesito.

—Lo que hasta ahora mas me admira, dijo Dantés, es que os hayan bastado los dias para tantas cosas.

—Trabajaba tambien de noche.

—De noche! sois por ventura de la familia gatuna para distinguir con claridad en medio de las tinieblas?

—No, pero Dios ha dado al hombre la inteli-

Digitized by Google

gencia para acudir en ayuda de la limitada facultad de sus sentidos: me he procurado luz.

— Y como?

— De la vianda que me traen separo la grasa, despues la derrito y saco una especie de aceite compacto. Aquí teneis una vela, dijo el abate enseñando á Dantés una especie de lamparilla, semejante á las que se usan en las iluminaciones públicas.

— Pero y fuego?

— Aquí teneis dos pedernales y lienzo medio quemado.

— Y pajuelas?

— He pretestado una enfermedad cutánea y he pedido azufre que se me ha concedido.

Dantés colocó sobre la mesa los objetos que tenia en la mano y bajó la cabeza desconcertado en vista de tanta perseverancia y resolucion.

— Aun no está ahí todo, continuò Faria, porqué no conviene guardar todas las riquezas en un solo escondrijo: pero primero cerremos este.

Así que hubo repuesto en su sitio la piedra, el abate se adelantó hácia la cama y la apartó de su lugar. Detrás de la cabecera y cerrado con una piedra que ajustaba casi herméticamente, habia un agujero, y en su interior una escalera de cuerdas de unos veinte y cinco á treinta piés de lonjitud. Dantés la examinó, reconodiendo en ella una solidez á toda prueba.

— Quien os ha provisto de la cuerda necesaria para tan magnífica obra?

— Primero eché mano de unas camisas que te-

Digitized by Google

nia, luego de las sábanas de mi cama que me entretuve en deshilar durante los tres años que permanecí en Fenestrelles. Cuando me traspasaron al castillo de If, hallé medio para traer conmigo las hilas, continuando aquí mi tarea.

—Pues qué no echaron de ver que vuestras sábanas no tenian dobladillo?

—Es que, volvia nuevamente á coserlo.

—Con qué?

—Con esta aguja

Y el abate separando un giron de sus vestidos enseñó á Dantés una larga espina aguda, que tenia guardada cuidadosamente.

—Sí, continuó Faria, habia pensado primero en descalzar los barrotes de mi ventana que es mas grande que la vuestra y huir por ella, agrandándola lo preciso en el momento de mi evasion; pero eché de ver que caia á un patio interior y renuncié al proyecto como muy arriesgado. Con todo, conservé la escala para algun caso imprevisto, para una de esas evasiones de que os he hablado ya y que la casualidad presenta.

Dantés, examinando al parecer la escala, pensaba en otra cosa: una idea habia fijado su atencion, y es que aquel hombre tan inteligente, tan ingenioso, tan profundo, tal vez encontraría, en la incertidumbre sobre las causas de su desgracia, lo que él no habia podido adivinar.

—En que pensais? le preguntó el abate sonriendo y tomando la distraccion de Dantés por una admiracion exaltada hasta el último grado.

—En dos cosas que en este instante se me han

Digitized by Google

ocurrido. Calculando, primeramente, la gran suma de inteligencia qne habeis tenido que emplear para dar cima á los objetos que os propusisteis, me estaba preguntando á mi mismo, que no hubiereis hecho si hubieseis estado en libertad?

— Nada; tal vez los grandes ideas que bullen ahora en mi cérebro se hubieron evaporado en nimiedades; es preciso ser desgraciado para esplotar ciertos manantiales misteriosos ocultos en la inteligencia humana; la cautividad ha concentrado en un solo punto todas mis facultades dipersas acá y acullá; la pólvora no estalla sin estar comprimida: la cautividad ha reunido en un solo punto mis facultades, han entrado en contacto en un espacio reducido, y como no ignorais, del choque de las nubes resulta la electricidad, de la electricidad el rayo, del rayo la luz.

— No; yo no sé nada, dijo Dantés, humillado por su ignorancia, la mayor parte de las palabras que pronunciais no tienen para mi sentido conocido, que feliz sois en ser tan sabio!

El abate se sonrió.

— Me dijisteis que pensabais en dos cosas á la vez? habeisme comunicado la primera, cuál es la segunda?

— La segunda es que vos me habeis contado vuestra vida y aun no conoceis los acontecimientos de la mia.

— Vuestra edad, jóven, es temprana en demasía para que pueda su historia abarcar sucesos de importancia.

— Ah! sí, muy corta es mi historia, pero en-

Digitized by Google

cierra una gran desdicha que no creo haber merecido; y quisiera para no blasfemar de Dios, como algunas veces lo he hecho, poder acusar á los hombres de mi desgracia.

—Es decir, que pretendeis estar del todo inocente del crímen que se os imputa?

—Completamente inocente, lo juro por las personas que me son mas queridas, por mi padre y por Mercedes.

—Veamos pues, dijo el abate, cerrando su escondrijo y colocando de nuevo la cama en su lugar, contadme vuestra historia.

Refirióle entonces Dantés lo que él llamaba su historia, reducida á un viaje á la India, y dos ó tres á Levante; cuando llegó á su última travesía, habló de la muerte del capitan Leclérc, del paquete destinado al gran mariscal, de su entrevista con este, de la carta que le encargó dirigida al señor Noirtier; de su llegada á Marsella, de la entrevista con su padre, de sus amores con Mercedes, de la comida de esponsales, de su arresto, de su interrogatorio, de su prision provisional en el palacio de la Justicia y por último de su prision definitiva y al parecer eterna en el castillo de If. Despues de esto no sabia ya Dantés nada mas, ni aun el tiempo que estaba preso. Concluida la narracion, el abate reflexionó un momento, diciendo al cabo de un instante:

—Hay un axioma de derecho, que viene en apoyo de lo que os decia hace poco, que á menos que las malas inclinaciones tengan su orígen en una organizacion anómala, la naturaleza humana repugna el crímen. Con todo, la civilizacion ha traido

Digitized by Google

consigo necesidades, vicios, apetitos imajinarios, que llegan á sofocar en nosotros los buenos instintos haciéndonos obrar mal. De ahi pues proviene esta máxima. *Si quereis descubrir al criminal, buscad primero á aquel á quién la consumacion del crímen haya podido ser útil.* Veámos pues, á que persona habrá podido producir algun beneficio vuestra desaparicion?

— A nadie, porque era yo muy poca cosa.

— Eso no es responder, puesto que esa contestacion falta á la vez á la lójica y á la filosofía: todo es relativo, querido amigo, desde el rey que estorba á su futuro sucesor, hasta el empleado que estorba al supernumerario; cada cual sirve de estorbo al que le sigue. Si el rey muere, el sucesor hereda una corona; si muere el empleado hereda el sucesor mil doscientas libras de sueldo; estas mil doscientas libras son su renta y le son tan necesarias para vivir, como al rey los millones. Cada individuo del mas alto al mas bajo en la escala social tiene agrupado á su alrededor un pequeño mundo de intereses, con sus oleadas y sus imperceptibles átomos cual en el mundo de Decartes. Tan solo que esos pequeños mundos van adquiriendo mayores dimensiones á medida que van aumentando en consideracion. Son como una espiral vuelta de arriba á abajo que se sostiene por un juego de equilibrio. Pero volvamos á nuestro mundo: hablemos de vos. Ibais á ser nombrado capitan del *Faraon*?

— Sí.

— Ibais á casaros con una jóven hermosa?

— Sí.

Digitized by Google

— Habia alguien que tuviese interés en que no llegaseis á ser capitan del *Faraon*? Habia alguien que pudiera oponerse á que os casarais con Mercedes? Contestad á la primera de estas preguntas porque el órden ha sido siempre la llave de todos los problemas. Repito pues: tenia algun interés en que no fueseis capitan del *Faraon*?

— No. A bordo me querian mucho, y tanto que si los marineros hubiesen tenido que elejir jefe, estoy seguro de que me hubieran nombrado. Tan solo habia allí uno que me miraba con cierta ojeriza pues tuve unos tres meses antes una cuestion con él, de cuyas resultas le propuse un desafío que rehusó.....

— Vaya! ya vamos entrando!.... Ese tal como se llama?

— Danglárs.

— Que empleo desempeñaba á bordo?

— Era contador y ajente de negocios de mis armadores.

— Si hubieseis llegado á ser capitan, le hubierais conservado en su destino?

— No, si hubiese estado en mi mano, porque no era muy exacto en sus cuentas.

— Bien. Presenció alguien vuestra última conferencia con el capitan Leclerc?

— No; estábamos solos.

— Pudo alguien oir vuestra conversacion?

— Sí; porque la puerta estaba entreabierta y..... esperad..... sí, sí, Danglárs pasó por delante en el mismo momento en que el capitan Leclerc me entregaba el pliego destinado al gran mariscal.

— Bueno. Ya vamos ganando terreno. Salió al-

Digitized by Google

guien con vos en tierra cuando arribasteis á la isla de Elba?

—Nadie.

—Os entregaron una carta?

—Sí, el gran mariscal.

—Qué hicisteis de ella?

—La puse en mi cartera.

—Llevabais encima la cartera! Sin embargo no deja de ser extraño que una cartera capaz para contener un pliego oficial, pudiese caber en el bolsillo de un marino

—Teneis razon; la cartera la tenia á bordo.

—Con qué hasta que llegasteis á bordo no guardasteis la carta en vuestra cartera?

—Eso es.

—De Portoferrajo á bordo, donde colocasteis la carta?

—La tuve siempre en la mano.

—Cuando subisteis al *Faraon*, pudieron ver todos, así Danglárs como los otros, que llevabais una carta?

—Es muy posible.

—Ahora escuchadme bien; reunid todos vuestros recuerdos, ved si podeis recordar en que términos estaba concebida la denuncia que os condujo á ese encierro?

—Oh! sí; lo que es eso lo recuerdo; la leí tres veces y todas sus palabras han quedado grabadas en mi memoria.

—Pues bien, repetídmela.

Dantés se recojió un instante.

—Hela aquí al pie de la letra.

Digitized by Google

« Un amigo del trono y de la relijion se apresura « á advertir al señor procurador del Rey, que el lla- « mado Edmundo Dantés segundo del buque mer- « cante *Faraon*, llegado esta mañana de Smirna, « despues de haber hecho escala en Nápoles y en « Porto-Ferrajo, ha sido encargado por Murat de « llevar una carta al usurpador y por este de entre- « gar una al comité bonapartista de París.

« La prueba de su crímen se hallará infalible- « mente procediendo á su arresto, en razon á que la « última de dichas cartas se encontrará en su poder, « ó en casa de su padre, ó en su camarote á bordo « del *Faraon*. »

El abate se encogió de hombros.

— Esto lo veo claro como la luz del dia; y es pre- ciso que tengais un corazon muy sencillo y honrado, para no haber adivinado el enredo desde un prin- cipio.

— Creeis !.... esclamó Dantés, oh ! seria muy in- fame !

— Cuál era el carácter de letra ordinario de Dan- glárs ?

— Una letra francesa pura.

— En qué carácter habia escrito el anónimo ?

— En letra caida al lado opuesto.

— Contrahecha, no es verdad ? dijo el abate son- riendo.

— Era demasiado igual para ser contrahecha.

— Mirad.

Y tomó su pluma, ó lo que él denominaba tal, la mojó en tinta y escribió con la mano izquierda sobre un trapo preparado al efecto las dos ó tres

Digitized by Google

primeras líneas de la acusacion. Dantés se hizo atrás y miró al abate casi con terror, esclamando.

— Oh! es admirable cómo se asemeja esta letra á aquella!

— Es porque habia sido escrita con la mano izquierda. Hace mucho tiempo tengo hecha la observacion de que todas las letras trazadas con la mano derecha se diferencian mas ó menos entre sí, al paso que las que se trazan con la mano izquierda se parecen todos como una gota de agua á otra gota.

— Mucho habeis visto y observado, creo que nada ignorais?

— Continuemos..... Pasemos á la segunda pregunta. Tenia alguien interés en que no os casaseis con Mercedes?

— Sí, un jóven que la amaba.

— Su nombre?

— Fernando.

— Es nombre español.

— Era catalan.

— Le creeis á ese capaz de escribir una carta?

— No; mejor me hubiera dado una puñalada.

— Bien; propio del carácter español; un asesinato, sí; una vileza no.

— A mas de que, continuó Dantés, ignoraba los pormenores consignados en la denuncia.

— Vos supongo que á nadie los habriais comunicado?

— A nadie.

— Ni aun á vuestra novia?

— Ni aun á ella.

— En este caso fué Danglárs!

Digitized by Google

— Oh! empiezo á creer que sí.

— Esperad. Conocia Danglárs á Fernando?

— No..... sí..... ahora me acuerdo.....

— Qué?

— Que la antevíspera de mi casamiento les ví, sentados mano á mano al rededor de una mesa, en la taberna del tio Pámfilo. Danglárs estaba alegre y zumbon, Fernando pálido y y trastornado.

— Estaban solos?

— No, habia con ellos un compañero, que sin duda fué quien les hizo trabar conocimiento: un sastre llamado Caderousse; pero este estaba ya beodo; ya caigo..... ya caigo!

— En qué!

— Cómo no recordé todo esto! cerca de la mesa en que ellos bebian, habia un tintero, papel y plumas. (Dantés se dió una palmada en la frente) oh! allí es donde se escribió aquella carta! infames! infames!

— Queréis saber algo mas? dijo riéndose el abate.

— Sí, sí, ya que vos lo profundizais todo, ya que veis tan claras todas las cosas, quisiera saber porque no se me ha tomado mas que una declaracion, porque no se me ha llevado ante un tribunal y porque he sido condenado sin ser antes sentenciado.

— Oh! esto, dijo el abate, es algo mas grave: la justicia tieno unos procedimientos tan obscuros y misteriosos que es difícil penetrarlos. Todo lo que hasta aquí hemos hecho para hallar vuestros dos enemigos no es mas que un juego de niños; será pre-

Digitized by Google

ciso que en este punto me deis las mas minuciosas y exactas indicaciones.

— Vaya pues, preguntadme, porque estoy persuadido que veis en su verdadero punto de vista los acontecimientos de mi vida pasada con mucha mas exactitud que yo mismo.

— Quien os tomó la declaracion? el procurador del rey, el substituto, ó el juez de instruccion?

— El substituto.

— Jóven ó viejo.?

— Jóven: veinte y siete ó veinte y ocho años.

— Bueno! no pervertido aun, pero bastante ambicioso ya, dijo el abate. Como se portó con vos?

— Con mas amabilidad que aspereza.

— Se lo contásteis todo?

— Todo.

— Sus facciones esperimentaron algun cambio durante el interrogatorio?

— Un instante se demudaron luego de haber leido la carta que me comprometia. Pareció abrumado por mi desgracia.

— Por vuestra desgracia?

— Sí.

— Estais bien seguro de que era vuestra desgracia lo que le entristecia?

— Por lo menos me dió muestras de su simpatía hácia mí.

— Cuáles?

— Quemó la única prueba que podia comprometerme.

— Y cuál era esa? la denuncia?

— No, la carta.

Digitized by Google

— Estais cierto de ello?

— Cómo que la quemó delante de mí.

— Eso es otra cosa: este hombre podria ser mas malvado de lo que le habia creido en un principio.

— Os juro que me haceis temblar. Está acaso el mundo poblado de tigres y cocodrilos?

— Sí: solamente que los tigres y cocodrilos que andan con dos pies son mas peligrosos que los otros. Con qué decis que, quemó la carta?

— Sí: diciéndome al propio tiempo: « Ya lo veis, no existia mas que esa prueba contra vos y la destruyó. »

— Esta conducta es muy sublime para que pueda ser natural.

— Lo creis así?

— Estoy seguro de ello. A quien iba dirigida la carta?

— Al señor Noirtier, calle Coq-Heron, número 13. Paris.

— Podeis presumir que vuestro substituto tuviese algun interés en que desapareciera la carta?

— Tal vez; porque me hizo prometer dos ó tres veces, por lo mucho que me interesaba, segun decia, que no hablaria á nadie de aquella carta y hasta me hizo jurar que no pronunciaria jamás el nombre escrito en el sobre.

— Noirtier! dijo el abate, Noirtier! yo conocí un Noirtier en la corte del antiguo reino de Etruria, un Noirtier que habia sido girondino durante la revolucion. Como se llamaba el substituto que entendió en vuestro interrogatorio?

— Villefort.

Digitized by Google

El abate soltó una carcajada. Dantés le miraba estupefacto.

— Qué teneis? le dijo.

— Veis ese rayo de luz ? le preguntó el abate.

— Sí.

— Pues bien, todo el negocio está ahora mas claro para mi que ese transparente y luminoso rayo de luz. Pobre jóven! Y ese magistrado se ha portado tan bien con vos? Ha quemado, ha aniquilado la carta? Os ha hecho jurar que no pronunciariais jamás el nombre de Noirtier?

— Sí.

— Pues ese Noirtier, pobre ciego, sabeis quien es ese Noirtier? ese Noirtier es su padre! su padre!.... su padre!.... lo comprendeis bien?.... El padre del substituto.

Un rayo que hubiese caido á los pies de Dantés, abriendo un abismo en cuyo fondo se descubriese el infierno, no hubiera producido un efecto mas pronto, mas eléctrico, mas destructor que tan inesperadas palabras. Levantóse, comprimiéndose la cabeza con las manos, como para impedir que rebentase, esclamando.

— Su padre!... su padre!

— Si, su padre que se llama Noirtier de Villefort, repuso el abate.

Entonces una luminosa chispa despejó el cérebro del preso, todo lo que hasta entonces habia sido para él oscuro, lo vió iluminado por una esplendente claridad; todos los efugios de Villefort durante el interrogatorio, aquella carta consumida por las llamas, el juramento exijido, la voz casi suplicante

Digitized by Google

del magistrado que en vez de amenazar parecia como que suplicaba, todo le vino á la memoria. Arrojó un grito, bamboleóse por un momento como un borracho, y lanzándose á través de la abertura que conducia á su calabozo:

—Oh! dijo, es menester que me vaya, es indispensable que esté solo para pensar en todo eso.

Al llegar á su calabozo se dejó caer en su cama, en la que le encontró el carcelero al anochecer, sentado, fijas sus pupilas, las facciones contraidas, pero inmóvil y mudo como una estatua. Durante las horas de meditacion que se sucedieron cual si fuesen segundos, tomó una terrible resolucion è hizo un formidable juramento.

Solo que para cumplir ese juramento y ejecutar su resolucion, era indispensable suponer que llegaria un dia en que se veria en libertad.

Una voz arrancó á Dantés de la especie de vertijinoso insomnio en que se hallaba sumido: era la del abate, que habiendo ya recibido la visita de su carcelero, iba á partir su comida con Edmundo. La calidad de loco declarado, y sobre todo de loco divertido, daba al preso algunos privilegios, como eran el tener pan un poco mas blanco y una botellita de vino todos los domingos. Era domingo aquel dia y el abate fué á convidar á su compañero á partir con él su pan y su vino. Dantés accedió. Habíase apaciguado ya la exaltacion de su semblante, volviendo á tomar su rostro la calma habitual, pero se veia en él una rigidez y tenacidad, si así puede decirse, que claramente demostraban una firme resolucion tomada de antemano. El abate le miró fijamente.

Digitized by Google

— Me arrepiento de haberos ayudado en vuestras investigaciones, y de haberos dicho lo que os he dicho.

— Por qué? preguntó Dantés.

— Porque he hecho nacer en vuestro corazon un sentimiento que no existia en él: la venganza.

— Hablemos de otra cosa, le dijo Dantès sonriendo.

El abate le contempló aun por un instante, meneó tristemente la cabeza, y accediendo á los deseos de Dantés, habló de ótra cosa. Faria era uno de aquellos hombres cuya conversacion, cual la de todos los que han sufrido muchos contratiempos, es muy instructiva, de un interés siempre sostenido y creciente, pero no era egoista y jamás hablaba de sus desgracias.

Dantés escuchaba con admiracion cada una de sus palabras que correspondian, unas á las ideas que ya tenia y á los conocimientos què como marino poseía, y versaban otras sobre cosas para él desconocidas, y que como aquellas auroras boreales que alumbran á los navegantes en las latitudes australes, mostraban al jóven nuevos paisages y horizontes iluminados con fantásticos resplandores. Dantés conoció lo feliz que seria una organizacion inteligente en seguir aquel espíritu remontado á alturas tan morales, filosóficas ó sociales como las que tenia costumbre de tratar.

— Estoy pensando, dijo Dantés, que aun cuando solo fuese para evitaros el tedio que debe ocasionaros un compañero sin instruccion ninguna, como lo soy yo, debierais enseñarme una parte siquiera de lo mu-

Digitized by Google

cho que sabeis, pues que á no ser asi, creo que os será preferible la soledad á la compañia de un hombre que maldita la instruccion que tiene. Si accedeis á lo que os pido, prometo bajo mi palabra, no volveros á hablar de fuga.

— Ay de mí! hijo mio, dijo sonriendo el abate, la ciencia humana es muy limitada; cuando os habré enseñado las matemáticas, la física, la historia y las tres ó cuatro lenguas vivas que poseo, sabréis todo lo que yo sé, y para comunicaros toda esta ciencia con dos años bastará.

— Dos años? dijo Dantés, os parece que podré aprender todo eso en dos años?

— En su aplicacion, no, pero si en sus principios ò teoría; aprender no es saber, hay sabios teóricos y los hay prácticos; á los primeros tan solo la memoria les favorece, á los segundos los constituye la filosofía.

— Pero no puede aprenderse la filosofía?

— La filosofía no se aprende; la filosofía es la reunion de las ciencias adquiridas por el hombre de cuyo conjunto se desprende, por decirlo asi; la filosofía es la esplendente nube en que puso Cristo el pié para remontarse al cielo.

— Con qué, dijo Dantes, que es lo que me enseñaréis primero?. estoy anhelando empezar, estoy sediento de ciencia.

— Todo; dijo el abate.

En efecto, aquella misma noche los dos presos combinaron un plan de educacion que se puso en ejecucion al dia siguiente. Dantés tenia una memoria prodigiosa, un talento estremado; la disposicion na-

Digitized by Google

tural á las matemáticas le hacia apto para comprender por medio del cálculo, mientras que el número de marino rectificaba todo lo que podia haber de demasiado material en la demostracion reducida á la aridez de las cifras ó á la rectitud de las líneas. Como poseia algo el italiano y un poco el árabe que aprendiera en uno de sus viajes á Oriente, pudo comprender muy pronto el mecanismo de los demas y al cabo de seis meses empezó á hablar el español, el inglés y el aleman. Conforme se lo prometiera al abate Faria, sea que la distraccion que le proporcionaba el estudio le desvaneciese la idea de libertad, sea que fuese, como hemos visto ya, rigido observador de su palabra, ello es que no habló jamás de fugarse y los dias se sucedieron para él rápidos é instructivos. Al cabo de un año era ya otro hombre.

En cuanto el abate, Dantés observó que á pesar de la distraccion que le proporcionaba en el cautiverio su presencia, se volvia cada dia mas sombrio y melancólico como si una idea incesante y eterna pareciese acostar su imajinacion: caia en meditaciones profundas, suspiraba involuntariamente, se levantaba de improviso, cruzaba los brazos y se paseaba al rededor de su calabozo. Un dia se paró de repente en el centro de uno de los círculos, cien veces repetidos, que describia en el pavimiento de su cuarto y esclamó:

—Ah! si no hubiese centinela!

—Dejará de haberlo desde el momento en que vos queriais; dijo Dantés adivinando su pensamiento.

—Oh! ya os lo he dicho, me repugna un asesinato.

Digitized by Google

— Y á pesar de eso, ese asesinato, caso de tener que cometerse, seria tan solo por el instinto de nuestra conservacion, por un sentimiento de defensa personal.

— No importa..... jamás me atreveré.....

— Pero no por eso dejais de pensar en ello.

— Sin cesar, sin cesar, murmuró el abate.

— Habreis encontrado algun medio tal vez, no es así?

— Si! con tal que llegase un dia que pusieran un centinela sordo y ciego!

— Llegará á ser sordo y ciego, contestó él jóven con un acento de resolucion que asustó al abate.

— No, no, esclamó este, de ese modo no.

Edmundo hizo todo lo posible para inclinar al anciano en favor de la idea que habia vertido, no faltaron razones con que apoyarla, no le faltaron palabras con que, al parecer, debia quedar convencido, pero no pudo arrancar al abate la mas mínima respuesta afirmativa.

— Teneis fuerza suficiente? preguntó un dia el abate á Dantès, mas este sin contestarle, tomó el escoplo y lo torció en forma de herradura aderezándolo despues.

— Os comprometeriais á no matar el centinela hasta el último estremo?

— Si, bajo mi palabra.

— En este caso, dijo el abate, podremos poner en ejecucion nuestro plan.

— Y cuanto tiempo necesitamos para concluirlo?

— Un año, tal vez menos.

— Entonces, manos á la obra desde luego.

Digitized by Google

— Al momento.

— Oh ! y que lástima de año el que hemos perdido desde que nos hallamos juntos !

— Os parece en efecto que lo hemos perdido ?

— Oh ! perdonad, pèrdonad ! esclmó Dantès ruborizándose.

— Silencio, dijo el abate. El hombre no deja jamás de ser hombre y vos sois uno de lo mejores que he conocido. Aquí teneis mi plan.

Al decir esto mostró á Dantés un dibujo en el que habia delineado el plano de su calabozo, del de Dantés y del pasadizo que comunicaba el uno con el otro. Á la mitad de esta galería, trazaba un foso ò camino cubierto, semejante á los que se practican en las minas, por el que habian de llegar los dos presos debajo la galería por lá que paseaba el centinela. Una vez allí, practicarian una gran escavacion, descalzarian una de las baldosas que forman el píso de la galería, que en un instante dado se hundiria con el peso del soldado que desapareciendo como por escotillon, debia caer en el interior del subterráneo. Dantés se precipitaria sobre él en el momento en que aturdido por la caida seria incapaz de defenderse, le atarian de piés y manos, despues de cuya operacion pasando los dos por una de las ventanas de la galeria, salvarian la altura de la muralla esterior por medio de la escala de cuerdas y se fugarian. Dantés dió de palmadas y sus ojos brillaron de gozo; era este plan tan sencillo que debia salir bien necesariamente.

Aquel mismo dia empezaron los mineros su obra con tanto mas ardor cuanto que este trabajo suce-

Digitized by Google

dia á un largo reposo, y segun toda probabilidad no era mas que la realizacion del íntimo y secreto proyecto de ambos. Por nada se interrumpia su tarea, á escepcion de las horas en que ambos se veian precisados á retirarse á sus respectivas habitaciones para recibir las visitas de sus carceleros. Habianse acostumbrado ya tanto á distinguir, al menor ruido de pasos, cuando venia el cacelero, que jamas el uno ni el otro se vieron sorprendidos.

La tierra que iban estrayendo de la nueva escavacion; y que á no desembarazarse de ella hubiera llegado á estorbar la continuacion del trabajo, la arrojaban poco á poco y con indecibles precauciones por una ú otra de las ventanas del calabozo de Dantés ó del abate, la pulverizaban con todo cuidado, y la brisa de la noche la arrebataba tan lejos que no dejaba de ella vestijio alguno.

Mas de un año emplearon en este trabajo, ejecutado sin mas instrumentos que un escoplo, un cuchillo y una palanca de madera. Durante este tiempo é interin trabajaban, Faria continuó instruyendo á Dantés, hablándole ya en un idioma, ya en otro; esplicándole la historia de las naciones y de los grandes hombres que de vez en cuando dejan trás si rastros luminosos que se llaman gloria. El abate, hombre de mundo y de escojida sociedad, tenia en su modo de producirse una especie de melancólica majestad, de la que Dantés, gracias al espíritu de meditacion con que le dotára la naturaleza, supo apropiarse la elegante urbanidad que le faltaba y las maneras aristocráticas que se adquieren tan solo mediante el roce con las clases

Digitized by Google

elevadas, ó con la sociedad de los hombres de un mérito superior.

Al cabo de quince meses habíase concluido el camino subterráneo y se habia hecho la escavacion debajo la galeria de modo que se distinguian los pasos del centinela, tanto que los dos obreros que se veian precisados á esperar una noche oscura y sin luna para asegurar mejor el éxito de la operacion, no tenian mas temor que el de que estuviese el piso de la galeria demasiado consentido y que se hundiese antes de tiempo con el peso del soldado. Remedióse este inconveniente colocando para puntal una pequeña viga que encontraron en los cimientos. Estaba Dantés ocupado en asegurarla, cuando de repente oyó al abate Faria, que se hallaba en el cuarto del jóven ocupado en aguzar una clavija para fijar la escala de cuerdas, llamarle con angustiado acento. Entró Dantés con prontitud, apercibiendo en el centro del cuarto al abate, de pié, pálido, inundada de sudor la frente y crispadas las manos.

—Ah! Dios mio! esclamó Dantés, qué es lo que hay? qué teneis?

—Pronto, pronto! dijo el abate; escuchadme.

Al ver Dantés el lívido rostro de Faria, circuidos sus ojos por una línea azulada, sus lábios blancos, sus cabellos erizados de espanto, dejó caer el escoplo que traia en la mano.

—Pero, que es lo que teneis?

—Estoy perdido! dijo el abate; escuchadme. Un mal terrible, tal vez mortal, va á acometerme: el acceso se acerca, yo le siento venir. El año anterior á mi prision ya sufrí un ataque. A este mal solo hay

Digitized by Google

un remedio, que os voy á decir; corred presuroso á mi cuarto, separad los piés de mi cama, uno de ellos está ahuecado, y en su interior encontraréis una botellita de cristal medio llena de un licor encarnado, traedla, ó sino.... no, no; aquí podrian sorprendernos..... ayudadme á ir á mi calabozo mientras tengo algunas fuerzas. Quien sabe cuando me acometará el mal y el tiempo que ha de durar?

Dantés, sin perder su serenidad á pesar de que el incidente no dejaba de ser grande, pasó al corredor arrastrando á su infeliz compañero, conduciéndole con infinito trabajo hasta la estremidad opuesta y no descansó un solo instante hasta dejarlo colocado en su cama.

—Gracias, dijo el abate, cuyos miembros tiritaban cual si acabáran de salir de un lago de nieve; ya entra el acceso; voy á caer cataléptico. Tal vez quede inmovil absolutamente, tal vez no dé siquiera un quejido; pero tal vez, y es lo mas problable, arrojaré espuma por la boca, se pondrán ríjidos mis miembros y daré gritos dolorosos. Evitad el que oigan estos gritos, es lo mas importante, porque de otro modo me cambiarian de cuarto y nos separarian para siempre. Cuando me vereis inmovil, frio, muerto por decirlo así; tan solo cuando llegue á ese estado, abrireis mis dientes con el cuchillo, vertereis en mi boca ocho ó diez gotas de este licor, y así tal vez volveré en mi acuerdo.

—Tal vez! esclamó dolorosamente Dantés.

—Socorredme! socorredme! gritó el abate, yo me... yo me... m...

Digitized by Google

El acceso fué tan súbito y violento que el desgraciado preso no pudo acabar la frase comenzada, una nube cruzó por su frente, rápida y sombria como las tempestades del mar. La crisis dilató sus pupilas, torció su boca, enrrojeció sus mejillas, agitóse, echó espumarajos, arrojó ahullidos, pero Dantés, conforme el mismo Faria se lo habia encargado, sofocó sus gritos con el sobrecama. Este estado duró dos horas; y despues quedó insensible como una masa inanimada, blanco y frio como el mármol, endeble como un junco; se ajitó, se estremeció por efecto de una última convulsion y quedó pálido como un cadáver.

Edmundo esperó á que aquella muerte aparente hubiese invadido todo el cuerpo y helado hasta el corazon: entónces tomó el cuchillo, cuya hoja introdujo entre los dientes del enfermo, désunió, aunque con sumo trabajo, sus quijadas fuertemente contraidas, contó hasta diez gotas del colorado líquido, y aguardó.

Una hora se pasó sin que el viejo hiciera el menor movimiento. Dantés temió haber esperado demasiado para administrarle las gotas y le miraba de hito en hito sosteniendo con ambas manos su cabeza: en fin un lijero colorido animó sus mejillas, sus ojos constantemente abiertos y fijos recobraron la facultad de mirar, exaló un débil suspiro é hizo un pequeño movimiento.

— Salvado! se ha salvado! esclamó Dantés.

El enfermo no podia hablar aun, pero en cambio tendió su brazo, señalando con visible inquietud la puerta del calabozo. Dantés fijó su atencion y oyó

Digitized by Google

los pasos del carcelero. Iban á dar las siete y Dantés no habia tenido tiempo de calcular el tiempo que transcurria. El jóven se precipitó en la abertura, desapareció en ella, colocó la baldosa en su lugar por la parte de adentro y entró en su cuarto. Un instante despues, abrióse la puerta del mismo y el llavero encontró al preso segun costumbre sentado en su cama. Á penas volvió la espalda, y se hubo apagado en el corredor el ruido de sus pasos, que Dantés devorado por la inquietud, tomó de nuevo, sin acordarse de comer, el camino que acaba de hacer y levantando la baldosa con su cabeza entró en el cuarto del abate.

Este habia recobrado ya el conocimiento, pero continuaba inerte y sin fuerzas tendido en su cama.

— Ya no confiaba volver á veros, dijo á Dantés.

— Y porqué? pensabais acaso morir?

— No, pero como está todo preparado para nuestra fuga, estaba creido de que os escapariais.

El rubor de haber sido juzgado mal, hizo que el rostro del jóven se encendiese como una grana.

— Sin vos! esclamó, y me habiais creido capaz de semejante accion?

— Ahora veo que me equivoqué! dijo el enfermo; ah! estoy muy débil, muy quebrantado, muy abatido!

— Animo! ya ireis recobrando fuerzas, dijo Dantés sentándose en el borde de la cama de Faria y tomándole las manos. El abate meneó tristemente la cabeza.

— La última vez, dijo, el acceso duró media hora, y una vez desvanecido me sentí con bastante

Digitized by Google

apetito y me levanté por mi solo. Ahora no puedo ya mover ni el brazo derecho, estoy como atontado lo que prueba haberse operado un derrame en el cérebro; al tercer ataque quedaré enteramente paralítico ó moriré en el acto.

—No, no, tranquilizaos, no morireis. Ese tercer acceso que temeis, si es verdad que tenga efecto, os cojerá siendo libre, y entonces aun podré seros mas útil qúe esta vez, porque podré echar mano de recursos de que ahora carezco en este maldito castillo.

—Amigo mio, dijo el viejo, no os hagais ilusiones, la crisis porque acabo de pasar me ha condenado á una prision perpetua; para poder huir es necesario poder andar.

—Pues bien; esperaremos ocho dias, un mes, dos, tres si es necesario; en este intérvalo adquiriréis nuevas fuerzas, y como todo está preparado para la fuga, somos dueños de escojer la hora que mas nos plazca y el momento que creamos mas oportuno. El dia en que os encontreis con fuerzas para poder nadar pondremos en ejecucion nuestros planes.

—Nadar! amigo mio, el nadar me ha sido vedado para siempre, dijo Faria; este brazo está paralizado no para un dia sino para mientras dure mi existencia; probad vos mismo de levantarle y veréis cuanto pesa.

El jóven levantó el brazo que volvió á caer inerte.

—Estais ya persuadido, no es verdad, Edmundo? dijo Faria; creedme, ya sé yo lo que me digo. Desde el primer ataque que sufrí de este mal, no he cesado de pensar en él y ya le esperaba porque es un legado de familia. Mi padre murió al tercer ataque,

Digitized by Google

mi abuelo lo mismo, y el médico que me compuso ese licor, que fué el famoso Cabanís, me predijo la misma suerte.

—El médico se engañó, repuso dantés; en cuanto á vuestra parálisis del brazo no es lo que mas cuidado me dá, puesto que os tomaré sobre mis espaldas y nadaré sosteniéndoos.

—Jóven, dijo el abate; sois marino, sois nadador, y por consiguiente debeis saber que un hombre cargado con peso semejante no adelantaria cincuenta brazas en el mar. Creedme, dejad de alimentar unas ilusiones que no son otra cosa que irrealizables ensueños de felicidad, dejad de alimentarlas, amigo mio, porque en cuanto á mi, este es mi puesto y la hora de mi libertad solo sonará con la de mi muerte. Por lo que á vos toca, huid, marchaos; sois jóven, fuerte, robusto; no paseis por mi ningun cuidado, porque os relevo del compromiso que generosamente habeis contraido.

—Está bien, dijo Dantés.

—Pero, que haceis?

—Me quedo: y levantándose en seguida y estendiendo con solemnidad su mano sobre el viejo, añadió; os juro por la sangre de nuestro Señor Jesucristo no abandonaros sino despues de vuestra muerte.

Faria consideró á aquel jóven tan noble, tan sencillo, de tan elevadas ideas, y leyó en sus facciones animadas por la espresion del mas puro entusiasmo, la sinceridad de su afecto y la lealtad de su juramento.

—Bien, bien! dijo el enfermo; acepto y os doy

Digitized by Google

las gracias, y añadió luego tendiéndole la mano; vos sereis probablemente recompensado por adhesion tan desinteresada; pero como yo no puedo y vos no queréis escapar ya, es preciso que obstruyais el subterráneo hecho bajo la galeria, pues que podria fijar la atencion del centinela el sonoro eco de sus pasos sobre el trozo miñado y advertir de ello al inspector; en cuyo caso seriamos no solo descubiertos si que tambien separados para siempre. Id pues á desempeñar este trabajo en el que desgraciadamente no puedo ayudaros; emplead en ello toda la noche si es menester y no volvais hasta mañana por la mañana despues de la visita del carcelero, pues tengo que comunicaros un importante asunto.

Dantés tomó la mano del abate quien le dió las gracias con una sonrisa, y salió dispuesto á cumplir al mismo instante las indicaciones ó mejor dicho las órdenes de su compañero de infortunio.

Digitized by Google

Digitized by Google

18.

EL TESORO.

Á la mañana siguiente, cuando entró Dantés en el calabozo de su compañero, encontró á Faria sentado, con tranquilo rostro, iluminado por un rayo de sol que atravesaba la estrecha ventana de su prision. En la mano izquierda, única que segun he mos dicho le quedaba libre, tenia un pedazo de papel que arrollado hacia mucho tiempo en forma de cilindro, oponia tenaz resistencia á estenderse: sin decir una sola palabra se lo enseñó á Dantés.

Digitized by Google

—Qué es eso? le preguntó Edmundo.

—Miradlo bien, dijo el abate sonriendo.

—Mirándolo estoy con la mayor atencion, dijo Dantés, y no veo mas que un papel medio quemado, sobre el cual distingo trazados caractéres góticos con tinta muy particular.

—Pues este papel, amigo mio, dijo Faria, es, y puedo ya confiároslo ahora, puesto que os conozco á fondo, este papel es mi tesoro; cuya mitad de hoy en adelante os pertenece.

Un sudor frio inundó la frente de Dantés. Hasta entonces, en tanto tiempo transcurrido, habia evitado hablar á Faria de aquel tesoro, orígen de la acusacion de locura que pesaba sobre el pobre abate. Movido por un sentimiento de delicadeza instintiva no habia querido tocar esta cuerda dolorosamente vibrante, y Faria por su parte tampoco habia dicho una palabra acerca del particular. Persuadido como estaba de que semejante silencio en el abate era una señal evidente de retorno á la razon, sorprendióse estraordinariamente al oir las últimas palabras escapadas á Faria, porque despues de la grave crisis que acababa de sufrir, parecian anunciar una sensible recaida de enagenacion mental.

—Vuestro tesoro! balbuceó Dantés.

Faria se sonrió y le dijo:

—Sí; bajo todos aspectos sois un escelente jóven, Edmundo, y echo de ver por vuestra palidéz y asombro, lo que pasa en este momento en vuestro interior. Pero no, tranquilizaos, no estoy loco, este tesoro existe: Dantés, si no me ha sido dado el poseerle, vos le poseereis. Nadie ha querido escu-

Digitized by Google

charme ni dar crédito á mis palabras, porque me juzgaban loco; pero vos que debeis saber que no lo soy, escuchadme y despues sereis dueño de creerme ó no.

— Dios mio! murmuró Dantés en su interior, al fin ha recaido, solo me faltaba esta desgracia: y luego añadió en voz alta: amigo mio, el ataque que habeis sufrido, os habrá sin duda fatigado y bueno fuera que tomaseis algun descanso. Mañana, si tanto empeño teneis, escucharé vuestra historia; pero lo que es hoy solo quiero cuidaros y nada mas; y sobre todo, continuó senriendo, un tesoro no me parece que sea asunto muy urjente para nosotros.

— Urgentísimo, amigo Edmundo, urjentísimo, contestó el anciano. Quién sabe si mañana ó tal vez pasado mañana, me acometerá el tercer acceso? Pensad en que entonces todo habria acabado..... Sí, verdad es; á menudo he pensado con amargo placer en esas riquezas, que harian la fortuna de diez familias, pérdidas á causa de los hombres que se han empeñado en perseguirme; esta idea me ha servído en cierto modo de venganza, de venganza que he saboreado lentamente en la oscuridad de mi calabozo y en la desesperacion de mi cautiverio; pero ahora que he perdonado al mundo por causa del cariño que os profeso, ahora que os veo jóven y rico en porvenir, ahora que pienso en la dicha que os puede traer semejante revelacion, tiemblo al retardarla un solo instante y tiemblo de no dejar un propietario tan digno como sois vos á tantas riquezas enerradas.

Edmundo volvió la cabeza suspirando.

Digitized by Google

— Persistís en vuestra incredulidad, Edmundo? prosiguió Faria, mis palabras no os han convencido y ya veo que serán necesarias pruebas: pues bien, leed este papel que á nadie he mostrado hasta el dia.

— Ya lo veré mañana, amigo mio, dijo Edmundo resistiéndose á prestarse á la locura del viejo, creí que habíamos convenido en no hablar de eso hasta mañana?

— Corriente; hasta mañana no hablaremos, pero ahora leed ese papel.

— No le irritemos sin necesidad, pensó Edmundo, y tomando el papel del que faltaba la mitad, quemado sin duda por algun accidente imprevisto, lo leyó para sí del modo mejor que pudo.

— Qué tal? dijo Faria cuando el jóven hubo concluido su lectura.

— Pero, contestó Dantés, no veo aquí mas que líneas truncadas, palabras sin sentido, y sobretodo muchas frases que medio consumidas por el fuego han quedado ininteligibles.

— Para vos, amigo mio, que las leeis por primera vez, pero no para mí que he perdido el sueño durante muchas noches trabajando y meditando sobre ellas, que he reconstruido cada frase, completado cada pensamiento.

— Y creeis haber encontrado el sentido de esas ideas ahora inconexas?

— Estoy cierto de ello; vos mismo lo juzgareis, pero antes escuchad la historia de este papel.

— Silencio! esclamó repentinamente Dantés, oigo pasos..... se acercan..... me voy..... á Dios!....

Digitized by Google

Y Dantés, teniéndose por feliz en poder escapar á la esplicacion de aquella historia, que hubiera por precision confirmado la desgracia de su amigo, se deslizó como una culebra por la estrecha abertura; mientras que Faria, á quien el terror diera fuerzas sobrenaturales, empujaba con el pié la baldosa y colocaba precipitadamente sobre ella la mugrienta estera que servia para ocultar á todo el mundo el agujero que daba paso al camino subterráneo por el cual Edmundo acababa de desaparecer.

Abrióse en seguida la puerta y entró el gobernador que habiendo tenido noticia por el llavero del accidente de Faria, venia en persona á cerciorarse de su gravedad. Faria le recibió sentado, evitó todo movimiento que pudiera comprometerle y logró ocultar al gobernador la parálisis que habia herido ya de muerte la mitad de su cuerpo. Le acosaba el temor de que el gobernador, apiadándose de él no quisiera trasladarle á una prision mas ventilada separándole así de su jóven compañero, pero felizmente no fué así, y el gobernador se retiró persuadido de que su pobre loco, hácia el cual sentia en lo íntimo de su corazon cierto afecto, no sufria mas que una lijera indisposicion.

Durante este tiempo Edmundo, sentado sobre su cama y apoyada la cabeza entre sus manos, trataba de coordinar sus ideas; todo lo de Faria habia hasta entonces sido razonable, habia advertido Dantés en todas sus conversaciones un fondo tal de lójica y buen sentido, que contrastaba con el concepto de loco en que le tenian todos los habitantes del castillo y no podia por cierto comprender como se reunia tanta sabi-

Digitized by Google

duría sobre todos los objetos desatinando tan solo sobre uno: seria tal vez que Faria se engañaba respecto á su tesoro ó que todos se engañaban respecto á Faria? Dantés permaneció en su aposento lo restante del dia, no atreviéndose á volver á ver á su amigo. Procuraba retardar de este modo el instante en que adquiriria la certeza de que el abate estaba loco porque esta conviccion debia serle espantosa. Pero al anochecer, despues de la visita ordinaria, Faria, viendo que el jóven no volvia, probó de atravesar el espacio que los separaba; Edmundo se horrorizó al oir los dolorosos esfuerzos que hacia el viejo para arrastrarse; su pierna paralítica y su brazo muerto eran bien malos recursos, y así es que Edmundo se vió precisado á tirar de él, puesto que á estar solo no hubiera podido salir jamás de aquella angosta abertura que daba al calabozo de Dantés.

—Héme aquí encarnizadamente empeñado en perseguiros, dijo con benévola sonrisa, habiais creido poder escapar á mí generosidad, pero no será así. Escuchad pues.

Edmundo conoció que no podia evitarlo; por lo que hizo sentar al viejo en su cama y colocándose á su lado en el banquillo, hizo con un lijero movimiento de cabeza señal de que estaba pronto á oir su relacion.

—Ya sabeis, dijo el abate, que era el secretario íntimo, el amigo del cardenal Spada, último de los príncipes de este nombre. A tan digno señor debo toda la felicidad que he disfrutado en esta vida. Él no era rico, á pesar de que las riquezas de su familia fuesen proverbiales, tanto que mil veces he

Digitized by Google

oido decir cuando se ha querido ponderar la fortuna de alguno: es rico como un Spada. Pero la opinion pública le continuaba la reputacion de opulento y en su palacio puedo decir que encontré verdaderamente mi paraiso. Estaba encargado de la educacion de sus sobrinos que murieron, y cuando quedó solo en el mundo, le devolví por una adhesion síncera á su persona, todo cuanto habia hecho por mí durante diez años.

Muy luego no hubo en casa del cardenal nada secreto para mí: habia yo observado que monseñor consultaba muy á menudo manuscritos antiguos y escudriñaba con avidéz entre el polvo del archivo varios manuscritos de la familia. Un dia en que me atreví á hacerle presente todo lo inútil de sus trabajos, quejándome de la especie de abatimiento que les subseguia, me miró con amarga sonrisa, abrió un libro que era la historia de la ciudad de Roma, y en el capítulo veinte de la vida del papa Alejandro VI, leí las siguientes líneas que jamás se han borrado de mi memoria:

« Las grandes guerras de la Romania habian ter-
« minado; César Borgia, concluida su conquista,
« necesitaba dinero para comprar la Italia entera,
« el papa necesitaba igualmente dinero para arre-
« glar sus diferencias con Luís XII rey de Francia,
« temible aun á pesar de sus últimos reveses: tra-
« tábase pues de hacer una buena especulacion, cosa
« muy difícil en el estado de postracion y penuria
« en que se hallaba sumida la Italia.

« Su Santidad resolvió crear dos cardenales. »

Escogiendo dos de los primeres personajes de Ró-

Digitized by Google

ma, opulentos sobretodo, lograba el Santo Padre realizar su especulacion; pues que le quedaban luego para vender los altos cargos y magníficos empleos que estaban disfrutando los dos futuros cardenales, y á mas la venta de los dos capelos que precisamente debia valer una exhorbitante cantidad.

Quedaba entonces una tercera especulacion, que el papa y César Borgia combinaron muy luego escogiendo los futuros cardenales; estos eran Juan Rospigliosi, que desempeñaba él solo cuatro de las mas altas dignidades de la santa Sede, y César Spada uno de los romanos mas nobles y mas ricos. Ambos echaron de ver el objeto de los favores del papa, pero los dos eran ambiciosos y admitieron. Logrado esto, Borgia no tardó en encontrar quien los reemplazara en los pingües empleos que abandonaban por su elevacion á la dignidad cardenalicia.

De aquí resultó que Rospigliosi y Spada pagaron para ser cardenales, y que ocho sugetos diferentes pagaron para ser lo que anteriormente los dos cardenales de nueva creacion, y en su consecuencia no bajaron de 800,000 escudos los ingresos que tuvo el arca de los dos especuladores.

Pasemos ahora á la última parte de la especulacion. El papa despues de haber colmado de agasajos á Rospigliosi y Spada, confiriéndoles los distintivos de cardenal, estaba en la creencia de que deseosos de pagar la deuda de gratitud que con él habian contraido, estaba en la creencia, digo, de que habrian realizado y traido consigo sus fortunas para establecerse en Roma. De acuerdo pues con César Borgia, les convidó á comer y de resultas de esto

Digitized by Google

tuvieron lugar algunas contestaciones entre el santo Padre y su hijo. César opinaba que podia ponerse en juego uno de los muchos medios que tenia siempre á la mano para obsequiar á sus íntimos amigos, á saber; la famosa llave con la que se suplicaba á ciertos sujetos tuviesen la bondad de abrir cierto armario. En esta llave sobresalía una punta de hierro por un descuido probablemente del artista, y apenas los favorecidos forcejaban para abrir el armario cuya cerradura se hallaba poco corriente, se pinchaban con la puntita y al dia siguiente habian muerto. Otro medio, tambien infalible, era la sortija de cabeza de leon con la que César adornaba sus dedos: en cuanto daba un apreton de manos de cierto modo, siempre á *ciertos* sujetos, el leon mordia la epidermis de aquella mano favorecida, y la mordedura era mortal á las veinte y cuatro horas. César propuso á su padre, ya que se enviase á los cardenales á abrir el armario, ya darles á cada uno un cordial apreton de mano, pero Alejandro VI se opuso diciéndole:

— Fijémonos no mas que en la comida tratándose de tan escelentes cardenales como Spada y Rospigliosi. No sé que presentimiento me dice que esas fortunas caerán en nuestro poder. Por otra parte, César, no debes echar en olvido que una indigestion se declara al momento, mientras que una picadura ó mordedura no producen su efecto hasta pasados uno ó dos dias.

César se convenció con este raciocinio, y he ahí la razon porque fueron convidados á comer los cardenales. Destinóse para celebrar el banquete una

Digitized by Google

hacienda que el papa poseia junto á *San Pedro ad Víncula*, hermosa quinta que los cardenales conocian ya por su nombradía: Rospigliosi, deslumbrado con su nueva dignidad, dispúsose para hacer honor al convite, pero Spada, hombre previsor y que amaba mucho á su sobrino, jóven capitan de ricas esperanzas, tomó papel y pluma é hizo su testamento. Envió un recado á su sobrino para que le aguardara en las inmediaciones de la quinta; pero el criado al parecer no pudo encontrarle.

Spada no dejaba de saber lo que acontecia en tales invitaciones. Despues que el cristianismo eminentemente civilizador trajo á Roma sus progresos, no era ya un centurion el que venia con órden del tirano para deciros: «César quiere que mueras» pero era si un enviado *á latere* quien venia, con la sonrisa en los labios, á deciros de parte del papa: «Su Santidad desea que vayais á comer con él.» Spada partió sobre las dos de la tarde para el lugar de la cita donde le estaba ya aguardando Su Santidad. La primera persona que se ofreció á su vista fué la de su sobrino muy engalanado y elegante, á quien César Borgia prodigaba repetidos obsequios y atenciones. Spada palideció; y César, lanzándole una irónica mirada, le hizo ver que todo lo habia previsto, que el lazo estaba bien urdido.

Mientras duró la comida, Spada no pudo dirijir á su sobrino mas que esta pregunta: «Has recibido mi recado?» El sobrino le contestó que no, pero comprendió todo el valor de tal pregunta: mas ya era tarde puesto que acababa de beber un vaso de escelente vino que espresamente para él acababa

Digitized by Google

de escanciar el sumiller del Papa, en seguida acercaron á Spada otra botella de la que le sirvieron con liberalidad. Una hora despues, un facultativo les declaró á los dos emponzoñados por setas venenosas. Mientras Spada agonizaba en el salon de la quinta, su sobrino espiraba en el umbral de la puerta de su casa haciendo á su esposa señas que no comprendió.

Despues de su muerte, César y el Papa se apresuraron á apoderarse de la herencia bajo pretesto de reconocer y encargarse de los papeles del difunto. Pero la herencia consistia solo en un pedazo de papel en el que Spada habia escrito: «Lego á mi muy amado sobrino, mis cofres y libros entre los que se cuenta mi breviario con cabos de oro, siendo mis deseos que lo conserve como un recuerdo del aprecio de su tio.» Los herederos lo reconocieron todo, elogiaron la hermosura del breviario, inspeccionaron minuciosamente y uno por uno todos los muebles, y se admiraron de que Spada, hombre rico, en demasía, fuese el mas miserable de todos los tios; ningun tesoro se halló á no ser los de ciencias encerrados en la biblioteca y laboratorios. Cèsar y su padre buscaron, huronearon, preguntaron; en vano, nada pudieron hallar, ó á lo menos muy poca cosa: apenas sacaron un millar, dos tal vez de plata labrada, y otro tanto á corta diferencia en plata acuñada: No obstante, el infortunado sobrino habia tenido tiempo de decir á su esposa antes de morir: «Examinad bien los papeles de mi tio; entre ellos se encontrará un testamento.»

Buscóse luego con mas avidez quizá de lo que lo

Digitized by Google

habian practicado los augustos herederos, pero fué en vano: quedóles tan solo en herencia dos palacios y una quinta junto al Palatino. Como en aquella época los bienes inmuebles eran muy poco estimados, los dos palacios y la quinta quedaron para la familia como indignos de la rapacidad del Papa y de su hijo. Pasaron meses y años: Alejandro VI murió envenenado, por causa de la equivocacion que es demasiado sabida para que me detenga en referir. Cesar emponzoñado al propio tiempo que él, se salvó dejando la piel como las serpientes, y revistiéndose de una epidermis en la que el veneno dejó unas manchas semejantes á las que se ven en la piel del tigre; en fin precisado á abandonar á Roma, fué á hacerse matar oscuramente en una escaramuza nocturna, quedando casi olvidado para la historia.

Despues de la muerte del papa y del destierro de su hijo, se figuraba la generalidad que la familia volveria á colocarse en el alto rango que ocupaba en tiempo del cardenal Spada, pero no fué asi: los Spadas continuaron en su dudoso bienestar, un misterio eterno envolvió tan sombrio suceso y la opinion pública fué de que César, mas político que su padre, habia soplado al Papa las riquezas de los dos cardenales; y digo los dos, porque el cardenal Rospigliosi, que no habia tomado medida alguna preventiva, fué completamente despojado.

—Hasta ahora, interrumpió Faria sonriendo, no os parecerá esto muy insensato, no es cierto?

—Oh! amigo mio, dijo Dantés, me parece por el contrario que estoy leyendo una crónica del mayor interés. Continuad, os lo ruego.

Digitized by Google

—Continuo pues:

La familia fué acostumbrándose á la medianía y oscuridad. Sucediéronse los años. De los descendientes, unos fueron militares, otros diplomáticos, estos curas, aquellos comerciantes, los unos se enriquecieron, los otros acabaron por arruinarse. Llego pues ya al último descendiente de la familia, á aquel de quien fuí secretario, el conde Spada. Habiale oido muchas veces lamentarse de la desproporcion de su hacienda con su rango y posicion: habiale aconsejado que invirtiera los pocos bienes que le quedaban en una renta vitalicia: siguió mi consejo y dobló los productos. El famoso breviario habia quedado vinculado en la familia, y el conde Spada era quien lo poseia; este libro se habia conservado y se lo habian ido trasmitiendo de padres á hijos porque la estraña cláusula, unico testamento que se encontró, habia hecho de él una reliquia guardada con supersticiosa veneracion por la familia. Era un libro enriquecido con hermosas láminas góticas, y tan cuajado de oro que un sirviente lo llevaba siempre delante del cardenal en las grandes solemnidades.

A la vista de los papeles de toda clase, títulos, contratos, pergaminos, que se guardaban en el archivo de la familia y que todos eran del emponzoñado cardenal, empecé yo á mi vez, cual lo hicieran veinte dependientes, veinte mayordomos, veinte secretarios que me habian precedido, á compulsar paquetes tan formidables. A pesar de la actividad y relijiosa precision de mis pesquisas, no encontré absolutamente nada. Con todo habia leido y aun habia

Digitized by Google

escrito una historia exacta y casi efemérica de la familia Borgia, con el solo objeto de asegurarme si habia sobrevenido á los príncipes alguna fortuna imprevista despues de la muerte del cardenal César Spada, pero no encontré mas que la adicion de los bienes de Rospigliosi, su compañero de infortunio. Estaba pues casi seguro de que ni los Borgias, ni la familia se habian aprovechado de la herencia que habia quedado sin dueño, como esos tesoros de los cuentos árabes sepultados en el seno de la tierra bajo la vijilancia de un génio; escudriñé, repasé cuentas, calculé mil y mil veces las rentas y gastos de la familia en el espacio de tres siglos, pero todo en vano; quedé en mi ignorancia y el conde Spada en su miseria.

Mi protector murió. De su renta vitalicia habia segregado los papeles de la familia, su biblioteca compuesta de cinco mil volúmenes, y el famoso breviario: todo me lo legó en herencia y á mas un millar de escudos romanos que tenia en efectivo, bajo condicion de que mandaria celebrar misas por el reposo de su alma, y que formaria un árbol geneolójico de su familia y escribiria la historia de su casa, todo lo que cumplí con la mayor relijiosidad...

En 1807, un mes antes de mi prision, y quince dias despues de la muerte del conde de Spada, el 25 de diciembre (muy luego comprendereis porque ha quedado tan gravada en mi memoria la fecha de este dia,) releia yo por la milésima vez aquellos papeles que habia ya empaquetado y arreglado, porque perteneciendo el palacio á un estraño, iba á marchar de Roma para establecerme en Florencia, llevando con-

Digitized by Google

migo una docena de miles de libras de mi propiedad, mi biblioteca y el famoso breviario. Fatigado de tan asiduo trabajo, é indispuesto por la comida escesiva de aquel dia, dejé caer la cabeza sobre mis manos y quedé dormido, á eso de las tres de la tarde. Daban las seis en el relój cuando disperté; levanté la cabeza y me hallé en la mas profunda oscuridad, llamé con la campanilla para que me trajeran luz, pero nadie compareció. Determiné pues servirme á mi mismo; era en aquel entonces una costumbre de filósofo á que era preciso empezarse á acostumbrar. Tomé con una mano una de las bujias que ya tenia preparadas y con la otra busqué, á falta de pajuelas por no haberlas en la cajita competente, un papel que me proponia encender en una vacilante llama que revoloteaba sobre las áscuas de la chimenea, pero temoroso en la oscuridad de tomar un papel interesante en vez de uno inútil, estaba indeciso, cuando recordé haber visto dentro del famoso breviario, que estaba á mi lado sobre la mesa, un papel viejo, amarillento por la costumbre de hacerle servir de señal, y que habia atravesado los siglos mantenido en su lugar por la veneracion de los herederos. Busqué á tientas aquella inútil hoja, la encontré, la retorcí, la acerqué á la espirante llama y la encendí. Pero bajo mis dedos, como por encanto, á medida que el fuego iba ganando terreno, vi salir y aparecer caractéres amarillentos sobre el papel. Entonces quedé aterrorizado, estrujé entre mis manos la hoja, avive el fuego en cuya llama encendí la bujia, desarrollé con una emocion inesplicable el chamuscado papel, y desde luego conocí que una

Digitized by Google

tinta misteriosa y simpática habia trazado aquellos caractéres, visibles unicamente en virtud de su contacto con la luz. La llama consumiera ya un poco mas del tercio del papel, que es el mismo que os he dado á leer esta mañana. Leedlo otra vez, Edmundo, y asi que nuevamente os hayais enterado, me encargaré de completaros las palabras cortadas, y os esplicaré el sentido ahora casi incompleto é ininteligible.

Y Faria al decir esto presentó el papel á Dantés, que entonces leyó avidamente las siguientes palabras trazadas con una tinta rojiza y oscura:

Hoy 25 *Abril de* 1498, *ha*
mer por su Santidad Alejandro VI, y te
pelo, quiera ademas convertirse en mi heredero, re
y Bentivoglio que murieron envene
sobrino Guido S
por haberlo visitado en mi compañía, es decir
de Monte-Cristo, todo cuanto poseia en ba
juyas. Solo yo tengo noticia de
á unos dos millones de e
vijesima piedra, empezando á contar desde el
Dos aberturas hay practicadas en
lejano de la segunda. El re
único y lejítimo heredero, G
25 *Abril de* 1498.

CES

—Ahora, dijo el abate, leed este otro papel.

Y presentó á Dantés una segunda hoja con otros varios fragmentos de líneas.

Digitized by Google

— Unid, añadió, los dos pedazos y juzgad vos mismo.

Obedeció Dantés, y habiendo unido los dos fragmentos pudo leer lo que sigue:

« *Hoy* 25 *Abril de* 1498, *ha....biendo sido invitado á comer por su Santidad Alejandro VI, y te.... miendo que no contento con haberme hecho pagar el capelo, quiera ademas convertirse en mi heredero, re....servándome la suerte de los cardenales Caprara y Bentivoglio que murieron envene....nados, declaro á mi sobrino Guido S....pada, mi heredero universal, que he enterrado en un sitio que le es ya conocido, por haberlo visitado en mi compañía, es decir.... en las grutas de la isla de Monte-Cristo, todo cuanto poseia en ba....rras, oro acuñado, pedreria, diamantes y joyas. Solo yo tengo noticia de.... ese tesoro, el cual ascenderá poco mas ó menos á dos millones de e....scudos romanos y que encontrará levantando la vijésima piedra, empezando á contar desde el.... primer promontorio ó ensenada del Este en línea recta. Dos aberturas hay practicadas en.... dichas grutas; el tesoro se encuentra en el ángulo mas lejano de la segunda. El re....ferido tesoro se lo lego y transfiero íntegro á mi único y lejítimo heredero, G....uido Spada.* »

25 *Abril de* 1498.

« CESAR SPADA. »

— Y ahora lo comprendeis? dijo el abate.

— Es esa la declaracion del cardenal Spada y el

Digitized by Google

testamento que durante tantos años se habia inutilmente buscado?

—Ese es.

—Y quien acertó á completar las entrecortadas frases?

—Yo mismo, que ayudado del pedazo que habia quedado libre del fuego, adiviné y deduje lo que podia contener el que habia sido presa de las llamas, midiendo la lonjitud de las líneas por la del papel, penetrando y deduciendo la oracion que faltaba por la que tenia á la vista, cual se guia uno en un subterráneo por la escasa luz que de lo alto penetra.

—Y qué hicisteis cuando lograsteis adquirir la certeza del hecho?

—Quise partir, y marché en el instante mismo llevando conmigo el principio de mi obra sobre la unidad del reino de Italia; pero hacia ya largo tiempo que la policía imperial, que en aquella época, al reves de lo que ha querido Napoleon cuando tuvo un hijo, queria la division de las provincias, hacia ya largo tiempo, digo, que tenia fija su atencion en mí: lo cual unido á mi precipitada marcha, cuyo objeto estaba muy lejos de adivinar, despertó sus sospechas, y en el momento de embarcarme en Piombino, me arrestaron.

Mientras asi hablaba, Faria estuvo mirando á Dantés con espresion casi paternal, y continuó:

—Ahora, amigo, sabeis tanto como yo. Si algun dia llegamos á salvarnos juntos, la mitad de mi tesoro es para vos, y si muero y vos os salvais, os pertenece en su totalidad.

Digitized by Google

—Pero, preguntó Dantés dudoso, no hay en el mundo alguno á quien corresponda con mas lejitimidad que á nosotros, poseer esos tesoros?

—No, no; podeis estar seguro de ello; la familia se ha estinguido completamente. El último conde Spada, me hizo ademas su heredero; legándome el simbólico breviario me legó tambien su contenido. Tranquilizaos pues; si llegamos á apoderarnos de esa fortuna, podremos gozar de ella sin remordimientos.

—Con que decis que ese tesoro encierra...?

—Dos millones de escudos romanos, trece millones á poca diferencia de nuestra moneda.

—Imposible! dijo Dantés, á quien la enormidad de la suma asustaba.

—Imposible! y por qué? repuso el viejo. La familia Spada era una de las mas antiguas y poderosas del siglo quince. Por otra parte, en aquellos tiempos no habia especulacion ni industria en que invertir los capitales, y asi es que esas aglomeraciones de oro y joyas no son de estrañar; existen aun hoy dia familias romanas que se mueren de hambre y que poseerán tal vez cerca un millon en diamantes y pedrerías transmitidas por mayorazgo y á las que no se atreven á tocar.

Edmundo creia estar soñando, y fluctuaba entre la incredulidad y la alegría.

—Si he guardado tanto tiempo este secreto sin comunicároslo, ha sido con el único objeto de conoceros á fondo y si os veia digno de mi estimacion y aprecio sorprenderos agradablemente. Si nos hubiésemos evadido antes de mi acceso de catalépsia, os

Digitized by Google

hubiera conducido á Monte-Cristo; ahora, añadió arrojando un suspiro, sois vos el que me ha de conducir. Y bien, Dantés, como no me dais las gracias?

—Ese tesoro os pertenece, amigo mio, dijo Dantès, os pertenece á vos solo y yo no tengo á el ningun derecho; pues que no me une con vos el mas remoto grado de parentesco.

—Sois mi hijo, Dantès! esclamó el viejo; sois el hijo que me ha socorrido en mi cautiverio. Mi estado me condenaba al celibato, Dios os ha enviado para consolar á la vez al hombre que no podia ser padre y al preso que no podia llegar á verse libre.

Y al decir esto, Faria tendió la mano que le habia quedado útil á su jóven compañero, que se arrojó en sus brazos llorando á lágrima viva.

Digitized by Google

19.

EL TERCER ATAQUE.

Desde que aquel tesoro, que por tanto tiempo habia sido el esclusivo objeto de las meditaciones y desvelos del abate, podia asegurar la dicha de aquel á quien Faria amaba tan entrañablemente como á un hijo, habia doblado á los ojos del anciano de valor. Todos los dias, haciéndose hasta pesado, esplicaba con el valor de su tesoro, todo el bien que en estos tiempos modernos puede hacer á sus amigos un hombre con trece ò catorce millones de capital; entonces el rostro de Dantès se obscurecia, porque el juramento de venganza que hiciera se presentaba á su imaginacion, y pensaba en su interior cuanto

Digitized by Google

mal en estos tiempos modernos puede hacer á sus enemigos un hombre con treceó catorce millones de fortuna.

El abate no conocia la isla de Monte-Cristo, pero Dantés sí: muy á menudo habia cruzado por delante de ella pues que está situada á veinte y cinco millas de la Pianosa, entre la isla de Córcega y la de Elba, y aun una vez desembarcó en ella. Esta isla estaba, y habia estado siempre y aun está en la actualidad, enteramente desierta; es una roca de forma casi cónica, que parece haber salido, por algun cataclismo volcánico, desde el fondo del abismo á la superficie del mar. Dantès describia á Faria el plan de la isla, y Faria daba á Dantés consejos sobre los medios de que se debia valer para encontrar su tesoro.

Pero Dantès distaba mucho de participar del entusiasmo y confianza del viejo: verdad es que estaba bien persuadido de que Faria no era loco, y el modo con que llegara este á descubrir lo que habia hecho creer en su locura, redoblaba mas y mas su admiracion; pero no le era tan fácil creer que el depósito, suponiendo que hubiese existido, existiese aun y aunque no tuviese al tal tesoro por quimérico, se le figuraba que por lo menos habria sido estraido de las grutas en que le enterrara el cardenal Spada. Mientras tanto como si el destino hubiese querido quitar á los presos su última esperanza, y darles á entender que estaban condenados á una eterna prision, no tardó en aflijirles un nuevo contratiempo, superior tal vez á los que hasta en aquel entonces les habian sobrevenido: la galería que miraba al mar y que hacia tiempo amenazaba ruina,

Digitized by Google

fué construida de nuevo reparando al propio tiempo los sillares y obstruyendo con enormes peñas el agujero medio tapado ya por Dantès; sin esta precaucion, que si mal no recuerdan nuestros lectores, fuè sujerida al jóven por el abate, su desgracia hubiera sido todavía mayor, pues que hubiera sido descubierta su tentativa de evasion è indudablemente se les hubiera separado: una nueva puerta mas fuerte, mas indestructible que las otras acababa de cerrarse para los dos infortunados.

— Ya veis, decia Dantès con dulce melancolía á Faria, que Dios hasta quiere quitarme el mèrito de lo que llamais mi afecto y deferencia hácia vos. Os prometí siempre quedar en vuestra compañía y ahora ya no soy dueño de dejaros de cumplir mi palabra; ya no disfrutarè yo del tesoro mejor que vos, y no saldremos de aquí ni el uno ni el otro. Al cabo y al fin mi verdadero tesoro, el que me esperaba bajo las oscuras bóvedas de Monte-Cristo, es vuestra presencia, es vuestra sociedad de cinco ó seis horas á pesar de los carceleros. Son tambien esos destellos de inteligencia que habeis vertido en mi alma, esos idiomas que me habeis dado á conocer y que ponen en juego todas sus ramificaciones filológicas; son esas diversas ciencias que tan fáciles me las habeis presentado, gracias á los profundos conocimientos que de ellas teniais, y á la claridad de los principios en que las habeis constituido; ese es mi mejor y único tesoro con el que, amigo mio, me habeis hecho rico y dichoso. Creedme y consolaos; esto lo prefiero yo á esos millones en oro y á esas cajas de diamantes, aunque no fuesen tan

Digitized by Google

problemáticas como esas nubes errantes que fluctuan á los primeros rayos de la aurora sobre el mar, que uno toma por tierra firme y que se evaporan, y desvanecen á medida que uno se acerca á ellas. Teneros á mi lado el mayor tiempo posible, escuchar vuestra elocuente voz, que hermosea mi espíritu, fortalece mi alma, dispone mi organizacion para grandes cosas si algun dia llego á verme en libertad y ponerme en tal estado que jamás la desesperacion, á que me entregué antes de conoceros, tenga ya entrada en mí, hé ahí mí fortuna, fortuna que no es quimérica sino al contrario real y verdadera, y todos los soberanos de la tierra, ni aun el mismo César Borgia, no llegarian á pedérmela arrebatar.

En estas ó parecidas conversaciones fueron transcurriendo y deslizándose dias felices para los dos infortunados. Faria que durante tantos años guardara silencio sobre su tesoro, hablaba entonces de él en todas ocasiones. Como lo habia previsto ya, quedó paralizado del brazo derecho y de la pierna izquierda habiendo perdido toda esperanza de llegar á ser felíz algun dia; pero esperaba ansioso para su jóven compañero ó una próxima libertad ó una felíz evasion, y esto le regocijaba. Temeroso de que se estraviase ó perdiese algun dia la carta, habia precisado á Dantés á que la aprendiese de memoria, y Dantés la recitaba desde la primera á la última palabra; entonces inutilizó el segundo trozo, seguro que aunque encontrasen y estudiaran el primero no llegarian á dar con su verdadero sentido. Muchas veces se pasaron horas enteras dando Faria consejos á Dantés, consejos que debian servirle, suponiendo

Digitized by Google

que llegase á alcanzar la libertad, para conducirse con la prudencia y aplomo que no podrian, á la verdad, proporcionarle ni sus años ni su escasisimo conocimiento de mundo. Segun el abate, desde el dia, desde la hora, desde el momento en que el jóven se viese libre no debia tener sino un solo pensamiento, pasar á Monte-Cristo por un medio cualquiera, quedarse allí solo, bajo cualquier pretesto que no pudiese infundir sospechas, y una vez allí y solo, procurar encontrar las maravillosas grutas y descubrir el lugar indicado; que era como se recordará muy bien, el ángulo mas lejano de la segunda abertura.

Así esperando pasaban las horas sino rápidas, apacibles por lo ménos: Faria como hemos dicho ya, sin haber recobrado el libre uso de su mano y de su pierna, habia vuelto á adquirir toda la claridad de su imaginacion, y poco á poco, merced á los conocimientos morales que ya hemos descrito, habia por fin inspirado á su jóven compañero esa paciente y súblime inventiva del preso que de una friolera saca grandes cosas; temeroso siempre de envejecer, y Edmundo temiendo acordarse de lo pasado que ya empezaba á amortiguarse y que solo aparecia en el fondo de su memoria como una lejana reminiscencia, á penas perceptible en la oscuridad del tiempo: asi iba siguiendo todo, como en aquellas existencias en quienes no se ha cebado todavia la desgracia y que pasan su vida apacible y calmosa bajo la proteccion de la Providencia. Pero bajo esa calma artificial, en el corazon del jóven y en el del viejo, se ahogaban tal vez muchos suspiros,

Digitized by Google

que se exhalaban en cuanto Faria quedaba solo, en cuanto Edmundo entraba en su calabozo.

Una noche dispertó Edmundo sobresaltado creyendo haber oido que le llamaban. Abrió los ojos y trató de atravesar la opacidad de las tinieblas. Su nombre, ó mejor una voz plañidera que trataba de articularle llegó hasta sus oidos. Sentóse en su cama, corriendo por su frente un angustioso sudor y escuchó. Por fin salió de dudas, los lamentos partian del calabozo de su compañero.

—Gran Dios! murmuró Dantés, seria tal vez?

Y apartó la cama á toda prisa, separó la piedra, se lanzó en el pasadizo y llegó á la estremidad opuesta: la baldosa estaba separada. Á la luz de la informe y vacilante lámpara de que hemos hablado ya, Edmundo vió al viejo abate pálido, de pié todavia, agarrándose con la mano á los banquillos de su cama. Sus facciones estaban descompuestas por esos horribles síntomas de que tenia conocimiento ya, y que tanto le alarmaron cuando los presenció por primera vez.

—Amigo mio, dijo Faria resignado, ya lo veis, por lo mismo nada tengo que deciros.

Edmundo arrojó un grito de dolor y perdiendo del todo su serenidad se lanzó á la puerta gritando: socorro! socorro! pero Faria tuvo aun la suficiente fuerza para detenerle por un brazo y decirle.

—Silencio! ó sino sois perdido. No pensemos mas que en vos, amigo mio: veamos el modo de haceros mas llevadera vuestra cautividad ó posible vuestra fuga. Os serian necesarios muchos años para volver á hacer vos solo lo que he hecho yo aquí,

Digitized by Google

que seria destruido desde el momento en que nuestros guardas tuvieran conocimiento de nuestra comunicacion y trato. Por lo demas, quedad tranquilo, amigo mio, el calabozo que voy á dejar no quedará vacío por mucho tiempo, otro desgraciado me reemplazará en este lugar y á este otro podreis apareceros como un ángel de salvacion. Este tal vez sea jóven, fuerte, sufrido y pacífico como vos, en tal caso podrá ayudaros en vuestra fuga que ahora yo estorbo; ya no tendreis á vuestro lado un hombre medio cadáver, unido á vos tan solo para coartar vuestros movimientos. Está visto que Dios trata de favoreceros en algo: os da mas de lo que os quita; ya es tiempo de que yo muera.

Edmundo no pudo hacer sino juntar las manos y esclamar:

—Oh! amigo mio, amigo mio, callaos; reaccionando empero luego sus fuerzas postradas por tan imprevisto golpe, animado con las palabras del viejo continuó: Oh! ya os he salvado una vez y os salvaré otra; y levantando el banquillo de la cama del que sacó la botellita que encerraba aun una tercera parte del licor rojo: mirad, aun queda un poco de esa mistura que os salvó: pronto, pronto decidme que es lo que debo hacer. Son necesarias mas instrucciones para este nuevo ataque? Hablad, amigo mio, que ya os escucho.

—No tengo ninguna esperanza, dijo Faria meneando la cabeza, pero no importa, Dios quiere que el hombre que ha creado y en cuyo corazon ha impreso profundamente el amor á la vida, haga todo

Digitized by Google

lo que pueda por conservar esta existencia tan miserable y tan llena de dolores y amargura.

—Oh! si, si, esclamó Dantés.

Preparaos pues; el frio se apodera de mi, siento la sangre confluir en mi cerebro; este temblor horrible que hace rechinar mis dientes y crugir mis huesos, principia á sacudir todo mi cuerpo; dentro de cinco minutos el mal estallará y antes de un cuarto de hora no quedará de mí mas que un cadáver.

—Oh! esclamó Dantés, traspasado de dolor el corazon.

—Hareis lo que hicisteis la otra vez, pero no esperareis tanto. Todos los resortes de mi vida están muy gastados ya, y la muerte, continuó mostrando su brazo y pierna paralizados, tiene adelantada ya la mitad de su faena. Si despues de haberme vertido en la boca doce gotas en vez de diez, veis que no entro en conocimiento, entonces administradme lo restante. Ahora colocadme en mi cama, pues no puedo tenerme ya en pié.

Edmundo tomó al viejo en sus brazos y lo tendió en la cama.

—Ahora, amigo mio, dijo Faria, único consuelo de mi triste existencia, vos en quien el Eterno me ha concedido, aunque tarde, un inapreciable presente del que le doy gracias; en el momento de separarme para siempre de vos, os deseo toda suerte de felicidades, toda la prosperidad de que sois digno. Hijo mio, yo os bendigo!

El jóven cayó de rodillas apoyando su cabeza contra la cama del viejo.

Digitized by Google

—Pero sobre todo prestad atencion á lo que voy á deciros en este momento supremo: el tesoro de los Spada existe aun; Dios me concedo que no haya ya para mi ni obstáculos ni distancias que me lo impidan. Le veo en el fondo de la segunda gruta; mis ojos atreviesan las entrañas de la tierra y se deslumbran al aspecto de tantas riquezas. Si llegais á escapar algun dia, tened presente que el pobre abate á quien todo el mundo creia loco, no lo era. Corred á Monte-Cristo, aprovechaos de nuestra fortuna, aprovechaos de ella, que harto habeis sufrido.

Un violento estremecimiento interrumpió al anciano. Dantés levantó la cabeza, y vió cual se inyectaba de rojo el blanco de sus ojos; hubiérase dicho que desde su pecho acababa de subir á su cabeza una ola de sangre.

—Adios! adios! murmuró el viejo apretando covulsivamente la mano del jóven, adios!.....

—Todavía no, todavía no, esclamó este no me abandoneis así: Dios mio! socorredle..... ayudadme.....

—Silencio! silencio! dijo entre dientes el moribundo, nos separarian si me salvaseis.

—Teneis razon. Oh! si, si, tranquilizaos; os salvaré, mayormente cuando si bien sufris mucho, paréceme que no es en tanto grado como la otra vez.

—Oh! creed que si sufro menos es porqué tengo menos fuerza. Á vuestra edad se tiene una fé ciega en la vida; es uno de los privilejios de la juventud, creer y esperar; pero los viejos ven la muer-

Digitized by Google

te sin tantos obstáculos, con mas claridad. Vedla ahí..... ya viene..... todo está concluido.... mi vista se oscurece..... pierdo la razon..... Dadme la mano Dantés..... adios !.... adios !....

Incorporándose entonces hizo un último esfuerzo en que pareció reunir todas sus facultades intelectuales: —Monte-Cristo, dijo, no olvideis á Monte-Cristo ! y cayó tendido sobre la cama.

La crisis fué terrible: miembros torcidos, hinchados párpados, sanguinolenta espuma, un cuerpo sin movimiento, hé aqui todo lo que quedó en aquel lecho de dolor en vez del ser inteligente que en el se acostára un momento antes. Dantés tomó la lámpara, lo colocó á la cabecera de la cama sobre una piedra que sobresalia de la pared y de donde su incierto resplandor iluminaba con fatídico reflejo aquel rostro desencajado, aquel cuerpo inerte y contraido. Allí, con la vista inmovil, esperó impávido el instante de administrar el remedio salvador. Cuando creyó llegado el momento, tomó el cuchillo, separó los dientes que ofrecieron menos resistencia que la vez primera, contó sucesivamente hasta diez gotas y esperó. La botellita contenia aun á corta diferencia el doble de lo que habia administrado. Esperó diez minutos, un cuarto de hora, media hora; ningun movimiento: temblando, erizados los cabellos, inundada la frente de un sudor frio, contaba los segundos por los latidos de su corazon.

Entonces creyó que era ya tiempo de ensayar la última prueba, acercó la botellita á los cárdenos lábios de Faria y sin necesidad de separar las

Digitized by Google

mandíbulas que habian quedado entreabiertas, vertió en la boca todo el licor que aquella contenia. El remedio produjo un efecto galvánico; un violento temblor ajitó los miembros del anciano, abriéronse sus ojos lanzando una mirada que estremecia, arrojó un suspiro que mejor parecia un grito, y luego aquel cuerpo convulso, adquirió poco á poco su primitiva inmovilidad; tan solo sus ojos quedaron abiertos.

Pasóse media hora, una hora, hora y media. Durante esta hora y media de angustias, Edmundo inclinado hácia su amigo, aplicaba sobre su corazon la mano y sintió enfriarse poco á poco aquel cuerpo, y aquel corazon apagar sus latidos cada vez mas sordos y profundos. En fin, ya no quedó señal de vida, la última convulsion del corazon cesó, púsose lividó el rostro, quedaron los ojos abiertos, pero cristalizados.

Eran las seis de la mañana, asomaba la aurora, y sus débiles rayos, invadiendo el calabozo, hacian palidecer la espirante luz de la lámpara. Estraños reflejos iluminaban el rostro del cadáver, dándole de vez en cuando una apariencia de vida. Mientras duró esta lucha del dia y de la noche, Dantés pudo dudar aun, pero desde que hubo vencido comprendió que estaba solo con un cadáver. Entonces un profundo é invencible terror se apoderó de él, no se atrevió ya á cojer aquella mano que colgaba fuera de la cama, no se atrevió ya á fijar sus miradas en aquellos ojos blancos é inmóviles, que habia probado cerrar aunque en vano, puesto que siempre volvian á abrirse. Apagó la lámpara, la ocultó con

Digitized by Google

cuidado y escapó colocando lo mejor que pudo la baldosa por su parte interior; ya era tiempo, porque el llavero iba á llegar. Comenzó su visita por Dantés: al salir de su calabozo, iba á pasar al de Faria á quien llevaba el almuerzo y ropa limpia. Nada indicaba en el esterior de aquel hombre que tuviese conocimiento del accidente ocurrido, cuando salió del calabozo de Dantés.

Apoderóse de este un irresistible deseo de saber lo que iba á pasar en el calabozo de su infeliz amigo: entró pues en la galeria subterránea y llegó á tiempo de poder oir los gritos del llavero llamando ausilio. Muy luego entraron los otros llaveros; óyóse en seguida el sonido de ese paso tardío y regular que es habitual á los soldados aun cuando no estén de servicio. Detrás de los soldados llegó el gobernador. Edmundo oyó el ruido de la cama sobre la que ajitaban el cadáver, distinguió la voz del gobernador que mandaba le echáran agua en la cara, y que, viendo que apesar de esto el preso no volvia en si, mandó llamar al médico. El gobernador salió, y algunas palabras de compasion entremezcladas con risas de burla y desprecio vinieron á herir los oidos de Dantés.

— Vaya, vaya, decia uno, el loco ha ido á juntarse con sus tesoros: buen viaje.

— Y no tendrá, á pesar de tantos millones, con que pagar la mortaja, añadió otro.

— Oh! repuso un tercero; la mortaja del castillo de If no es muy cara.

— Tal vez, añadió uno de los primeros interlocu-

Digitized by Google

tores, como este hombre ha sido cura, se hará algo en su favor.

—Entonces se le honrará con el saco.

Edmundo escuchaba; no perdia ni una sola palabra, pero no comprendia gran cosa de toda aquella jerigonza. Muy luego fueron estinguiéndose las voces y le pareció que los asistentes abandonaban el cuarto. Con todo no se atrevió á entrar; podia haber quedado algun llavero para velar el muerto. Permaneció pues, mudo, inmóvil, y reteniendo la respiracion. Al cabo de una hora, á poca diferencia, se interrumpió el silencio con un débil rumor que fué gradualmente en aumento. Era el gobernador que volvia acompañado del médico y de varios oficiales.

Hubo un momento de silencio: era de presumir que el médico se acercaba á la cama y examinaba el cadáver. Muy luego empezaron los procedimientos. El médico analizó la afeccion á que habia sucumbido el preso, y declaró que estaba muerto. Las preguntas y respuestas se hacian con una indiferencia que indignó á Dantés. Le parecia que todo el mundo debia sentir hácia el pobre abate una parte de la estimacion que le profesaba.

—Pues en verdad que lo siento, dijo el gobernador contestando al médico que aseguraba la realidad de la muerte; era un preso afable, inofensivo, de divertida locura y sobre todo su custodia no requeria mucha vigilancia.

—Hubiérase podido muy bien dejarle en completa libertad, repuso el llavero, sin temor de que hiciera tentativa alguna de evasion aunque transcurrieran cincuenta años, estoy seguro de ello.

Digitized by Google

— Con todo, dijo el gobernador, creo seria muy conveniente, á pesar de vuestra conviccion, pero para cubrir mi responsabilidad, el asegurarnos de que el preso está real y verdaderamente muerto.

Hubo de nuevo un instante de silencio absoluto durante el cual supuso Dantés que el médico examinaba y reconocia por segunda vez el cadáver.

— Podeis estar tranquilo, dijo el médico, está bien muerto, os respondo de ello.

— Ya sabeis, doctor, insistió el gobernador, que no podemos darnos por satisfechos, en casos semejantes al presente, con el simple exámen: á pesar de todas las apariencias, hacedme el favor de acabar vuestra obra cumpliendo las formalidades prescritas por la ley.

— Que se calienten pues los hierros, dijo el médico; si bien esta precaucion es por demás.

Esta órden de calentar los hierros hizo horrorizar á Dantés. Oyéronse pasos apresurados, el rechinamiento de la puerta, idas y venidas, y algunos instantes despues entró el criado del carcelero diciendo:

— Aquí está el brasero con los hierros candentes.

Observóse de nuevo el mas profundo silencio, oyóse luego el chirrido de las carnes que se quemaban y cuyo olor craso y nauseabundo atravesó hasta la pared trás la que estaba Dantés escuchando con horror. A ese olor de carne humana carbonizada, inundóse de sudor la frente del jóven y creyó que iba á desmayarse.

Digitized by Google

—Ya veis, caballero, que está bien muerto, dijo el médico; esta quemadura en el talon es decisiva: el pobre loco está curado de su locura y libre de su prision.

—No se llamaba Faria? preguntó uno de los oficiales que acompañaban al gobernador.

—Si, señor, y segun suponia, era de una antigua familia; por lo demas era muy sabio y muy razonable sobre todas las cuestiones que no tuvieran relacion con sus tesoros: pero sobre este punto, preciso es confesarlo, no habia medio de entenderse con él.

—Es una afeccion que nosotros llamamos monomanía, dijo el médico.

—No le habiais oido lamentarse jamás? dijo el gobernador al carcelero encargado de llevar los víveres al abate.

—Jamás, señor gobernador, absolutamente jamás; antes por el contrario algunas veces me divertia mucho contándome lindas historias, y un dia que mi muger estaba indispuesta, me dió una receta que la curó perfectamente.

—Oiga! oiga! esclamó el médico, ignoraba que tuviese que habèrmelas con un cólega; espero señor gobernador, añadió chanceandose, que le trataréis cual corresponde á un hombre de su profesion y su carácter.

—Sí, sí, quedad tranquilo, será sepultado con la mayor decencia en el saco mas nuevo que pueda encontrarse; estais contento?

—Debemos cumplir con esta formalidad á pre-

Digitized by Google

sencia vuestra, señor? preguntó el criado del carcelero.

—Por supuesto, y daos prisa que no puedo estar todo el dia en este cuarto.

Oyerónse nuevas idas y venidas, un momento despues llegò á oidos de Dantés un ruido cual si restregasen lienzo crudo, crugió el tablado de la cama, sonó sobre las baldosas el pisar aplomado como el de un hombre cargado con un fardo, y la cama crujió de nuevo bajo el peso que la oprimia.

—Hasta la noche, dijo el gobernador,

—Se le dirá alguna misa? preguntó uno de los oficiales.

—Es imposible, contestó el gobernador. El capellan del castillo me pidió ayer permiso para hacer un viajecito de ocho dias á Thiers. Le respondí de mis presos durante todo ese tiempo; si el pobre abate no se hubiese precipitado tanto hubiera tenido su *Requiem*.

—Bah! bah! dijo el médico con esa impiedad familiar á todos los de su profesion; era eclesiástico, Dios tendrá en cuenta su estado, y no dará á los infiernos el ruin placer de enviarles un cura.

Una carcajada siguió á tan tonta majadería. Durante este tiempo continuaban amortajando.

—Hasta la noche: repitió el gobernador cuando se hubo concluido.

—Á que hora? preguntó el criado del carcelero.

—A eso de las diez ó las once.

—Se velará al difunto?

Digitized by Google

—Y por qué? se cerrará el calabozo como si estuviese vivo y Cristo con todo.

Entonces el ruido de los pasos se fué alejando, debilitóse el eco de las voces y oyóse el ruido de la puerta que se distinguió por su chillona cerradura y mohosos goznes. Un silencio mas profundo que el del desierto, el silencio de la muerte, penetró hasta el alma helada del jóven. Entonces levantó lentamente la baldosa con su cabeza y arrojó una investigadora mirada dentro del calabozo: estaba vacío. Dantés salió de la galería.

Digitized by Google

Digitized by Google

20.

EL CEMENTERIO DEL CASTILLO DE IF.

Tendido á lo largo de la cama y debilmente iluminado por una claridad tenebrosa que penetraba á través de la ventana, se veia un saco de grueso lienzo bajo cuyos anchos pliegues se dibujaba confusamente una figura larga y estirada: era la mortaja de Faria; mortaja que al decir de los llaveros costaba muy poco. Así que, todo habia concluido: una separacion material existia ya entre Dantés y

Digitized by Google

su anciano amigo; no podia ver aquellos ojos que habian quedado abiertos como para continuar mirando aun despues de la muerte, no podia ya apretar aquella mano industriosa que habia levantado el velo que cubria las cosas ocultas. Faria, el útil, el buen compañero á quien se habia adherido tan íntimamente no existia ya sino en sus recuerdos! Ajitado por tales reflexiones, sentóse entonces el jóven á la cabecera de aquel terrible lecho y se sumerjió en una sombría y amarga melancolía.

—Solo! habia quedado solo! habia de nuevo caido en el silencio, y se encontraba frente á frente de la nada! Solo! sin la presencia, sin oir la voz de aquel ser humano que le habia retenido en la tierra! No le seria mucho mejor que, como Faria, fuese á pedir á Dios el enigma de su vida antes que pasar por la lúgubre puerta de los sufrimientos! La idea del suicidio combatida por su amigo, espulsada por su presencia, apareció de nuevo entonces como una fantasma cerca el cadáver de Faria.

—Si me fuese posible morir, dijo, iria á donde él va, y de fijo nos encontrariamos. Pero cómo morir? nada mas fácil añadió riéndose. Me quedaré aquí y arrojándome sobre el primero que entre, le ahogo, y despues me guillotinan.

Mas como sucede en los grandes dolores, Dantés retrocedió á la idea de una muerte tan infamante, y de una estremada desesperacion cayó en una ardorosa sed de vida y de libertad.

—Morir! oh; nó, esclamó; no valdria la pena de haber vivido tanto tiempo, de haber sufrido tanto para morir ahora. Morir! eso era bueno cuando

Digitized by Google

ya estaba resuelto á ello, pero han pasado ya muchos años, al presente seria ayudar demasiado al miserable destino que me persigue. No; quiero vivir; quiero luchar hasta el último estremo; quiero reconquistar esa dicha que me han arrebatado. Me olvidaba que en vez de salir de aquí como ha salido Faria, debo volver al mundo para castigar á mis verdugos y para recompensar á mis amigos, á los pocos amigos que me habrán tal vez sido fieles en mi desgracia.

Y al pronunciar estas palabras, Edmundo quedó inmóvil, con la vista fija cual un hombre á quien ocurre una idea repentina, pero que le espanta solo el considerarla. Levantóse de improviso, llevó su mano á la frente cual si estuviese poseido de un vértigo, dió dos ó tres vueltas por el calabozo, y volviò á pararse frente la cama.....

—Oh! Oh! murmuró, quién me infunde tales ideas? sereis vos, Dios mio? Puesto que solo los muertos salen libres de aquí, ocupemos su lugar.

Y sin dejarse tiempo para desistir de tal determinacion, dirijióse al horrible saco, descosiólo con el cuchillo que Faria habia hecho, sacó el cadáver, lo llevó á su calabozo, lo metió en su cama, cubrió su cabeza con un harapo de lienzo cual acostumbraba él cubrírsela, abrigóle con su manta, besó por última vez aquella frente helada, probó de cerrar aquellos ojos rebeldes que continuaron abiertos y horrorosos por cuanto faltaba de ellos la espresion, volvióle de cara á la pared á fin de que el llavero al llevarle la cena, creyese que estaba acostado como acostumbraba hacerlo muy á menu-

Digitized by Google

do; volvió á entrar en el pasadizo, acercó la cama á la pared, entró en el otro cuarto, sacó del armario la aguja y el hilo, se despojó de sus andrajos para que se sintiera por defuera el contacto de las carnes, deslizóse en aquel saco, situóse en la posicion que tenia el cadáver, y recosió por dentro las costuras descosidas. Si por desgracia alguien hubiese entrado en aquel momento habria podido oir los vigorosos latidos de su corazon.

Dantés bien hubiera podido esperar hasta despues de la visita de la tarde, mas tenia miedo de que hasta entonces el gobernador no cambiase de resolucion y mandase retirar el cadáver. Entonces se desvanecia su última esperanza. En todo caso fracasando su plan quedaba preso del mismo modo. Hé aquí su proyecto.

Si durante el tránsito los enterradores echaban de ver que conducían un cuerpo vivo en vez de un cadáver, Dantés no les daba tiempo para que se cerciorasen de ello; de una vigorosa cuchillada abria el saco de arriba abajo, y aprovechándose del terror que naturalmente infundiria á sus conductores, buscaria su salvacion dando á correr con todas sus fuerzas, y si acaso intentaban detenerle, se defenderia con el mismo cuchillo. Si le conducian hasta el cementerio y le depositaban en una hoya, se dejaría cubrir de tierra; luego cuando fuese de noche apenas los sepultureros habrian vuelto las espaldas, se abriria paso á traves de la tierra recien movida y escaparía: confiaba en que la capa de tierra que le cubriria no seria tanta que no pudiese levantarla. Si se engañaba, si por el contrario de lo que se creia,

Digitized by Google

la tierra pesaba demasiado, moriria sofocado y en este caso tanto mejor: todo concluido!

Aunque Dantés no habia tomado alimento ninguno desde la víspera, no por eso sentia el menor apetito. Su posicion era muy difícil para entretenerse en pensar otra cosa. El primer peligro que corria Dantés, era que el carcelero, al traerle la cena sobre las siete de la noche, echase de ver la sustitucion verificada. Felizmente mas de veinte veces, ya por misantropía ya por cansancio, Dantés habia recibido al llavero metido en su cama, y en tal caso acostumbraba aquel hombre dejar el pan y la sopa sobre la mesa retirándose sin hablar palabra. Pero esta vez podia el carcelero faltar á la costumbre, dar suelta á la palabra, hablar á Edmundo, y viendo que no contestaba acercarse á la cama y descubrir el pastel.

Al aproximarse la hora de las siete comenzaron las verdaderas angustias: apretando con su mano el corazon trataba de contener sus latidos, mientras con la otra enjugaba el copioso sudor que bañaba su rostro; de vez en cuando le entraban calofrios que recorrian toda la estension de su cuerpo, comprimiendo con tanta violencia su pecho que momentos hubo en que le pareció que de repente se habia detenido la circulacion de la sangre. Entonces creia morir de veras. Pasarónse las horas sin que se observase movimiento alguno en el castillo, y Dantés creyó ya que habia escapado á este primer peligro.

—La cosa vá bien, se dijo interiormente; este silencio es de buen agüero.

Finalmente, á la hora prefijada por el goberna-

Digitized by Google

dor, oyéronse pasos en la escalera. Edmundo viendo ya llegado el crítico momento llamó en su ausilio todo su valor, y cuando contuvo su aliento, se hubiera considerado felíz de poder contener igualmente las precipitadas pulsaciones de sus arterias.

Los que se aproximaban pararon junto á la puerta; los pasos eran dobles y esto indicó á Dantés que eran dos los sepultureros que iban á buscarle. Su suposicion se trocó en certeza cuando oyó el ruido que hacian al dejar en tierra las angarillas. Abrióse la puerta, una luz opaca hirió los ojos de Dantés y á través del lienzo que le cubria, vió acercarse dos sombras á su cama. Un tercero se quedó en la puerta, teniendo en su mano un farol de ronda. Cada uno de los dos hombres que se habian acercado á la cama cojió el saco por uno de sus estremos.

— Mucho pesa para ser tan viejo y flaco, dijo uno de ellos levantándole la cabeza.

— Dice que cada año aumenta de media libra el peso de los huesos; añadió el otro cojiéndole por los pies.

— Le has atado ya la cuerda?

— Necedad seria cargar con un peso inútil, dijo el segundo; ya se la ataré allá abajo.

— Para que será esa cuerda? se preguntó Dantés.

Trasladaron el supuesto cadáver desde la cama á las angarillas. Edmundo se puso tieso á fin de desempeñar mejor su papel, y el cortejo fúnebre alumbrado por el hombre del farol que marchaba delante, subió las escaleras. De repente sintió bañado su cuerpo con el fresco y húmedo aire de la noche. Dantés reconoció el *mistral* y sintió de im-

Digitized by Google

proviso una súbita sensacion, en que el placer y las angustias se disputaban la primacia. Los conductores anduvieron como veinte pasos, luego se pararon y dejaron en el suelo las angarillas. Uno de ellos se alejó y Dantés oyó sus herrados zapatos sonar sobre el empedrado.

— En donde estoy? dijo para sí.

— Sabes que no es muy lijero? dijo el que habia quedado cerca de Dantés, sentándose en el borde de las angarillas.

El primer impulso de Dantés fué de huir; mas felizmente logró contenerse.

— Alúmbrame, ánimal, dijo aquel de los conductores que se habia alejado, ó sino jamás encontraré lo que busco.

El hombre del farol obedeció á tal invitacion á pesar de no ser hecha en términos muy corteses.

— Qué buscarán? se preguntó Dantés; algun azadon sin duda.

Una esclamacion de alegria indicó que el enterrador habia encontrado lo que buscaba.

— En fin, dijo el otro, pero no ha sido sin trabajo.

— Si, contestò este, pero nada habrá perdido en esperar.

Al decir estas palabras se acercó á Edmundo á quien pareció que el otro dejaba en el suelo un cuerpo pesado y sonoro: en el mismo instante una cuerda sujetó sus pies con viva y dolorosa presion.

— Y bien! está ya atada la cuerda? preguntó el enterrador que se mantuviera pasivo.

Digitized by Google

— Sí, dijo el otro, y tanto que no há cuidado se desate.

— En este caso, vamos andando.

Y levantando las angarillas continuaron su camino.

Caminaron como unos cincuenta pasos: luego se pararon para abrir una puerta, y siguieron andando: el ruido de las olas estrellándose contra las rocas sobre las que está situado el castillo, llegaba mas distinto á los oidos de Dantés á medida que se adelantaban.

— Maldito tiempo! dijo uno de los conductores; no ha de ser muy provechoso para la salud zambullirse en el mar en una noche como la de hoy.

— Sí, el abate corre riesgo de mojarse, dijo el otro; y soltaron una carcajada.

Dantés no penetró el sentido de esta bufonada, pero se le erizaron los cabellos.

— Bueno! ya hemos llegado: dijo el primero.

— Mas allá, mas allá, añadió el otro; ya sabes que el último se quedó á mitad de camino, estrellándose contra las rocas y que el gobernador nos dijo al dia siguiente que erámos unos holgazanes.

Caminaron pues cuatro ó cinco pasos mas, siempre subiendo; luego sintió Dantés que le cojian por la cabeza y por los pies y le bamboleaban.

— Uno! dijeron los sepultureros, dos! tres!

Y al propio tiempo vióse en efecto Dantés lanzado en un enorme vacío, atravesando el aire como un pájaro herido, cayendo siempre con un terror que le helaba el corazon. Aunque algun objeto pe-

Digitized by Google

sado precipitaba su caida le pareció que esta duraba un siglo. En fin, con un ruido espantoso, entró como una flecha en una agua tan fria que le hizo arrojar un grito sofocado instantáneamente por la inmersion.

Dantés habia sido lanzado al mar á cuyo fondo le conducia la bala de á treinta y seis sujeta á sus pies. El mar es el cementerio del castillo de If.

Digitized by Google

Digitized by Google

21.

LA ISLA DE TIBOULEN.

Aturdido y sofocado Dantés con la caida, tuvo sin embargo la suficiente presencia de ánimo para contener la respiracion, y como en su mano derecha empuñaba el cuchillo del abate, prevenido como estaba para todo lo que podia sucederle, de una cuchillada rajó el saco, sacando primero un brazo y despues la cabeza; pero luego, como á pesar de los movimientos que practicaba para cojer la bala, obsérvase que continuaba sumerjiéndose á toda prisa, arqueò su cuerpo en busca de la cuerda que su-

Digitized by Google

jetaba sus tobillos, y por un esfuerzo sobrehumano la cortó precisamente en el instante mismo en que no podia ya resistir mas la sofocacion. Entonces, dando á su cuerpo casi exanime uno de esos vigorosos empujes, solo habituales á los mas espertos nadadores, remontó libre á la superficie del mar, mientras que la bala conducia á profundidades desconocidas el grosero tejido que habia constituido su mortaja. Dantés no hizo mas que respirar y se sumerjió por segunda vez; porque la primera precaucion que debia tomar era evitar el ser visto.

Cuando reapareció por segunda vez, estaba ya á cincuenta pasos por lo menos del punto de su caida: vió sobre su cabeza un cielo oscuro y tempestuoso, de cuya superficie barria el viento con rapidez las nubes, descubriendo alguna que otra vez un pequeño punto azulado en que brillaba una estrella. Delante de su vista se estendia la lóbrega y bramadora llanura cuyas olas empezaban á borbotar como cuando se aproxima la tempestad; mientras que á su espalda, mas negro que el mar, mas oscuro que el cielo, se elevaba cual un fantasma amenazador el gitante de granito, cuya sombria punta se asemejaba á un brazo estendido para volver á apoderarse de su presa. Sobre la roca mas elevada habia un farol que alumbraba á dos sombras, y aun le parecia á Edmundo que aquellas dos sombras se inclinaban sobre el mar con inquietud. En efecto, los sepultureros debian haber oido el grito que arrojó al atravesar el espacio. Dantés se sumergió de nuevo y adelantó un largo trecho nadando entre dos aguas. Esta maniobra le era en otro tiempo muy familiar y le

Digitized by Google

atrajera por lo comun en la ensenada del Faro, numerosos admiradores, quienes muy á menudo le proclamaran el mas diestro y hábil nadador de Marsella.

Cuando apareció de nuevo en la superficie del mar habia desaparecido ya el farol. Erale entonces indispensable orientarse acerca del verdadero sitio en que se encontraba y del camino que debia seguir. De todas las islas que rodeaban el castillo de If, la de Ratonneau y la de Pomegue eran las mas cercanas, pero una y otra están habitadas; tambien lo está la isla de Daume. Las únicas islas que podian ofrecerle mas seguridad eran las de Tiboulen ó Lemaire; pero estas distan una legua del castillo de If, mas apesar de ello Dantés resolvió abordar á una de las dos. Pero como habia de hallar esas islas á media noche mientras aumentaba por momentos la oscuridad á su alrededor? Reparó entonces en el Faro de Planier, que brillaba cual una estrella. Dirigiéndose en derechura á ese Faro dejaba la isla de Tiboulen un poco á la izquierda, debia pues inclinándose á este lado encontrar la isla en su camino. Pero, como hemos dicho ya, distaba una legua por lo menos del castillo de If.

Con frecuencia, en la prision, le habia dicho Faria al jóven al verle abatido y desanimado: «Dantés, no os entregueis á esa molicie, dimanada de «vuestro abatimiento y de las ideas lúgubres que os «atormentan, porque si cuando trateis de huir no «habeis sabido mantener vuestras fuerzas, indispensablemente os ahogareis.» Bajo la molesta y salada ola, aquellas palabras herian los oidos de Dantés, y

Digitized by Google

entonces se apresuraba á subir y rasgar las aguas para ver si efectivamente habia perdido algo de sus fuerzas, pero con placer observaba que la forzada inaccion en que tanto tiempo habia vivido, en nada habia disminuido su ajilidad y maestria, y que continuaba aun siendo dueño del sálobre elemento con quien trabára conocimiento desde la infancia. A mas de esto, el miedo, ese atroz perseguidor, redoblaba el vigor de Dantés. Escuchaba, desde la cima de las olas si percibia algun rumor; cada vez que alguna le remontaba á una altura dominante, su rápida mirada investigaba el horizonte visible y trataba de penetrar la opaca oscuridad. Cada ola mas elevada que las otras le parecia una lancha que le perseguia, y entonces redoblaba sus esfuerzos que le alejaban de aquel punto, no hay duda, pero cuya repeticion debia gastar muy pronto las fuerzas de que podia disponer.

Sin embargo continuaba nadando intrepidamente; el terrible castillo se habia ya confundido con la niebla de la noche, pero aunque habia dejado de verle, siempre no obstante se lo creia junto á sí. Pasóse una hora en la que Dantés, exaltado por el grato sentimiento de libertad que se apoderaba de su espíritu, continuó hendiendo las olas en la direccion que se habia propuesto.

—Vaya, se decia, muy luego habrá una hora que nado, pero como el viento es contrario, precisamente debo haber perdido la cuarta parte del camino. Con todo, á menos que me haya equivocado de direccion, no debo estar ya lejos de Tiboulen. Pero, y si me he engañado?

Digitized by Google

Un involuntario estremecimiento recorrió el cuerpo del nadador. Probó por un instante el mantenerse quieto y estendido á flor de agua para poder descansar, pero la mar se iba alborotando mas y mas y echó luego de ver que ese único medio de descanso con que habia contado era imposible.

—Pues bien, se dijo, sea; iré nadando hasta que mas no pueda, hasta que mis brazos se doblen de fatiga, hasta que se enrampen mis piernas, hasta que los calambres invadan mi cuerpo y cuando ya no pueda mas, entonces... entonces me dejaré ir á fondo.

Y se puso de nuevo á nadar con la fuerza y valor que da la desesperacion en ciertos instantes de nuestra vida, instantes en que está la muerte demasiado cerca para que no tratemos de huir de ella con cuantos medios esten á nuestro alcance. De pronto le pareció que el cielo ya de sí oscuro se ennegrecia mas, que una nube espesa, pesada y compacta se adelantaba hácia él; al propio tiempo sintió una fuerte contusion en la rodilla. La imaginacion con su incalculable velocidad, le hizo suponer que aquel choque habia sido el de una bala y que iba á sentir muy pronto la esplosion del fusil; pero esta no se oyó; Dantés introdujo la mano y sintió una resistencia; dejó ir á fondo la otra pierna y tocó tierra; entonces conoció cual era aquel objeto que tomara por una nube. A veinte pasos de distancia se elevaba una masa de rocas de caprichosas formas que cualquiera tomaría por un inmenso hogar petrificado en el momento de su mas viva combustion. Esta isla era la de Tiboulen.

Digitized by Google

Dantés se puso en pié: adelantóse algunos pasos y se arrodilló, dando gracias á Dios sobre esas puntas de granito que le parecian ahora mas blandas que no lo habia sido jamás para él la mas muelle cama. Despues, á pesar del viento, á pesar de la tempestad, á pesar de la lluvia que empezaba á caer, rendido de fatiga, se durmió con ese delicioso sueño del hombre cuyo cuerpo se entorpece, pero cuya alma vela con la posesion de una dicha inesperada. Al cabo de una hora, Edmundo se dispertó al espantoso ruido de la tormenta; la tempestad se habia desencadenado en el espacio y conmovia el aire con su ruidoso vuelo. De vez en cuando un rayo descendia del cielo cual una serpiente de fuego iluminando las aguas que se empujaban unas á otras cual las olas de un inmenso caos.

Dantés con su perspicaz ojeada de marino, no se habia equivocado; habia abordado á la primera de las dos islas, la de Tiboulen isla desnuda, árida, desierta, que no podia ofrecerle el menor asilo. Pero aplacada la tempestad, contaba lanzarse otra vez al agua y pasar á nado á la isla de Lemaire, no menos árida que aquella pero al menos mas grande y por lo tanto mas hospitalaria. Una roca medio desplomada ofreció á Dantés un momentáneo abrigo, en ella se refugió y casi en el mismo momento estalló la tempestad con todo furor. Edmundo sentia retemblar la roca bajo la que se cobijaba, las olas estrellándose contra la base de la gigantesca pirámide lanzaban su rogiza espuma hasta sus piés. A pesar de la seguridad en que estaba, en medio de aquel espantoso ruido, en medio de los fulgurantes relámpagos, se

Digitized by Google

veia presa de una especie de vértigo; parecíale que la isla retemblaba bajo sus piés y que de un momento á otro iba, como un buque anclado, á romper los cables y á arrastrarle en medio de aquel inmenso torbellino. Entonces recordó que hacia veinte y cuatro horas que no probára bocado: tenia hambre tenia sed. Dantés tendió las manos, sacó la cabeza y bebió agua de la tempestad en un hueco de la roca.

Al incorporarse, un rayo que pareció rajar el cielo hasta los piés del trono de Dios, iluminó el espacio con su luz ardiente y aterradora. A su fulgor vió Dantes, entre la isla de Lemaire y el cabo Croiselle, á un cuarto de legua distante, aparecer como un espectro, deslizándose de la cima de una ola á la profundidad de un abismo, un pequeño barco pescador impelido á la vez por el huracan y las olas. Un segundo despues á la punta de otra ola reapareció el fantasma acercándose con espantosa rapidéz. Dantés quiso gritar, buscó algun giron de lienzo que poder agitar en el aire para demostrarles que se iban á estrellar; pero no lo necesitaban aquellos infelices pues que demasiado bien conocian el peligro. A la luz de otro relámpago el jóven vió cuatro hombres aferrados á los mástiles y gruesos cabos; el quinto se mantenia agarrado á la barra del timon que se habia roto. Aquellos hombres á quienes él veía, le vieron tambien probablemente, porque llegaron á sus oidos gritos desesperados, conducidos por una silvante ráfaga: en lo alto del palo, doblado como si hubiese sido un flexible junco, ondeaban con precipitados movimientos los harapos de una vela. De repente se rompieron las cuerdas que aun la retenian y desa-

Digitized by Google

pareció, conducida por el viento, á traves de las oscuras tinieblas que alfombraban el cielo, parecida á una de esas gigantescas aves blancas que magestuosamente se diseñan bajo una negra nube.

Al propio tiempo se oyó un crujido horroroso, llegando hasta Dantés confusos gritos de agonía; aferrado como una esfinge á su roca situada sobre un abismo, desde la cual lanzaba á todas partes investigadoras miradas, un nuevo rayo le mostró la embarcacion hecha pedazos y entre sus restos y vestijios cabezas que asomaban sus rostros desgarrados por la desesperacion, brazos suplicantes tendidos al cielo: luego volvió á quedar todo oscuro; tan terrible espectáculo habia durado tan solo lo que un relámpago.

Dantés se precipitó á la resbaladiza pendiente de las rocas, con peligro de caerse al mar. Miró, escuchó, pero no vió ni oyó nada: ya no mas gritos, ya no mas lamentos humanos; la tempestad sola, ese gran espectáculo que nos dá Dios, continuó haciendo bramar los vientos y lanzando torrentes de espuma por encima las crestas de las olas. Poco á poco fué menguando la desbordada furia del viento; cenicientos nubarrones descoloridos, digamoslo así, por el huracan, rodaron hácia el Occidente dejando aparecer en el cielo una azulada alfombra bordada con puntos luminosos y mas brillantes que nunca, mientras por la parte del Este aparecia en el horizonte una bella y larga faja rojiza que coloreó las aguas, trocando la menuda lluvia blanca que despiden las crestas de las olas, en una brillante y luminosa polvareda de oro. Era el dia que empezaba á despuntar.

Digitized by Google

Dantés permaneció mudo é inmóvil en vista de tan gran espectáculo, como si lo presenciára por la vez primera: y en efecto, despues de tanto tiempo como estuviera en el castillo, lo habia casi olvidado. Dirijió sus miradas á la fortaleza, interrogando á la vez con una ojeada circular á la tierra y al mar. El sombrío castillo salia del seno de las olas con la impotente magestad de las cosas inmóviles, que parecen vigilar y mandar á la vez. Podrian ser las cinco de la mañana: el mar continuaba tranquilizándose.

— Poco tardará, dijo Edmundo, en entrar el carcelero en mi calabozo, encontrará el cadáver de mi pobre amigo, le reconocerá, me buscará en vano y alarmarà el castillo; entonces encontrarán el agujero de la galeria: se preguntará á los hombres que me lanzáron al mar y que probablemente oyeron el grito que arrojé. Desde luego se destacarán lanchas llenas de gente armada en busca del desgraciado fugitivo que están seguros no puede hallarse muy lejos. El cañon advertirá á toda la costa que deben guardarse de dar asilo á un hombre que encontrarán errante, desnudo y muerto de hambre. Se pondrán en movimiento todos los espías y esbirros de Marsella que recorrerán la costa, interin el gobernador del castillo de If recorrerá el mar. Entonces perseguido en el agua, circunvalado en tierra, què haré? tengo hambre, tengo frio; he arrojado el cuchillo salvador porque me molestaba para nadar; estoy á la merced del primero que quiera ganar veinte francos presentándome á las autoridades; no tengo ya ni fuerzas, ni ideas, ni resolucion. Oh! Dios

Digitized by Google

mio! Dios mio! Ved si he sufrido bastante y si podeis hacer por mí, lo que no me hallo yo en disposicion de hacer.

En el instante en que Dantés, sumido en una especie de delirio ocasionado por la falta de fuerzas y la debilidad de su cérebro, pronunciaba tan ardiente plegaria, dirijiendo sus ansiosas miradas al castillo de If, vió aparecer en la punta de la isla Pomegue, asomando su vela latina en el horizonte y parecido á una gaviota volando á flor de agua, un pequeño buque, que solo el ojo avizor de un marino podia reconocer por una tartana genovesa en la línea medio oscura aun del mar. Salía del puerto de Marsella y se iba internando, levantando rutilante espuma con su aguda proa que abria de este modo mas fácil camino á sus anchos costados.

—Oh! esclamó Edmundo; pensar que dentro de media hora me habria reunido á ese buque, si no temiese que me fastidiáran á preguntas, me reconocieran como á fugitivo y condujeran á Marsella! Pero suponiendo que me determine á ir en su busca, que harè? que les diré? que fábula inventar cuya falsedad no conozcan? Esas gentes son todas contrabandistas, semi-piratas. Bajo el pretesto de hacer el comercio de cabotaje andan pirateando nuestras costas, y es bien seguro que preferirán entregarme á hacer una buena accion que les sería estéril. Esperemos. Pero esperar es imposible, me muero de hambre; dentro de algunas horas las pocas fuerzas que me quedan se habrán agotado: ademas la hora de la visita se acerca; no han tocado aun diana; tal vez no pongan en duda lo

Digitized by Google

que les diré, puedo suponerme un marinero de ese barquichuelo que se ha estrellado esta noche; esta fábula no dejará de tener grandes visos de verdad, nadie vendrá á contradecirme, todos están bien muertos; vamos pues.

Y al decir estas palabras, Dantés dirijió la vista al punto en que se estrellára el barquichuelo, y se estremeció. En la punta de una roca habia quedado enganchado el gorro encarnado de uno de los marineros engullidos por el mar, y á corta distancia de la misma, flotaban esparcidos sobre la superficie del agua varios y diferentes maderos, únicos restos y vestigios de la embarcacion echada á pique por la tempestad.

En un instante tomó Dantés una resolucion: arrojóse al mar, nadó en busca del gorro con el que cubrió su cabeza, asióse á uno de los maderos, y enderezó su rumbo de modo que pudiese cortar el camino que indispensablemente debia seguir el buque que á su vista tenia.

—Me he salvado, murmuró, y esta conviccion le prestó nuevas fuerzas.

Bien pronto divisó con toda claridad la tartana, la cual como no podia contar con viento muy favorable, se adelantaba bordeando por entre el castillo de If y la torre de Planier. Un momento temió Dantés que en vez de arrimarse á la costa se internase mar adentro, como lo hubiera verificado, si por ejemplo hubiese ido con destino á Córcega ó á Cerdeña; pero en el modo de maniobrar, echó de ver el nadador que lo que deseaba era pasar, cual acos-

Digitized by Google

tumbran los buques que vienen de Italia, por entre las islas de Jaros y Calasareigne.

Con todo, el buque y el nadador fueron aproximándose insensiblemente: en una de sus bordadas, la tartana llegó á un cuarto de legua distante de Dantés. Alzóse este cuanto le fue posible sobre las olas ajitando y moviendo su gorro encarnado para demostrar su apuro, pero como no fue visto de ningun individuo de la tripulacion, el buque viró de bordo y emprendió un nuevo rumbo. Por un instante tuvo Edmundo la intencion de dar gritos, pero midiendo la distancia con la vista, conoció que su voz no llegaria hasta la tartana puesto que seria arrebatada por el viento y ahogada por el confuso ruido de las olas. Entonces fue cuando se felicitó por su prevision en armarse de aquel madero. Debilitado como estaba, no hubiera tal vez podido sostenerse á flor de agua hasta alcanzar la tartana y mucho menos, si como era muy posible, pasaba aquella sin verle, hubiera podido ganar la costa. Aunque estaba Dantés persuadido de la ruta que llevaba el buque, siguiole ansioso con la vista hasta tanto que le vió amainar y de nuevo enderezar su rumbo hácia él. Entonces adelantóse para salirle al encuentro, pero antes de que llegaran á juntarse empezó el buque á virar de bordo. Entonces Dantés, haciendo un esfuerzo, que no vacilamos en llamar sobrenatural, levantóse casi de pié sobre el agua, agitando su gorro y arrojando uno de esos lamentables gritos que acostumbran lanzar los marineros cuando se ven en peligro, y que parecen los plañidos de algun génio del mar.

Entonces le vieron y oyeron. La tartana suspen-

Digitized by Google

dió la maniobra y enderezó la proa hácia él; al propio tiempo vió cual se preparaban á echar la chalupa al mar, y un instante despues, guiada por dos individuos dirijióse esta hácia él, batiendo las olas con su doble remo. Dantés soltó entonces el madero de que creia no tener ya necesidad y nadó vigorosamente para ahorrar la mitad del camino á los que iban en su ayuda; pero el nadador habia contado con unas fuerzas de que carecia, y conoció toda la utilidad que reportara de aquel pedazo de tabla que flotaba ya abandonada á cien pasos de distancia. Sus brazos empezaron á entorpecerse; á perder su flexibilidad las piernas; sus movimientos á ser mas tardíos y desarreglados, su respiracion á ser jadeante y trabajosa.

Arrojó un segundo grito, y los remeros redoblaron su enerjía gritando uno de ellos en italiano: *ánimo!* Esta palabra hirió sus oidos en el mismo instante en que una ola que no habia podido evitar, pasaba sobre su cabeza cubriéndole de espuma.

No por eso se desalentó y poco tardó en reaparecer batiendo las aguas con esos desesperados y desiguales movimientos de los que se ahogan: lanzó un tercer grito y sintió cual se hundia en el mar, como si tuviese aun sujeta á sus pies la terrible bala.

A traves de la masa de agua que le cubria ya, descubrió un cielo lívido matizado de manchas negruzcas y sombrias. Un esfuerzo violento le remontó de nuevo á la superficie. Entonces le pareció que le asian por los cabellos; y luego ya no vió nada, nada oyó; se habia desmayado.

Cuando abrió los ojos, Dantés se encontró sobre

Digitized by Google

el puente de la tartana que continuaba su camino: su primer mirada fue ver que direccion seguia y se tranquilizó en cuanto pudo ver que el buque continuaba alejándose del castillo de If.

Estaba Dantés tan aniquilado, que la esclamacion de alegria que se le escapó fue interpretada por un suspiro de dolor. Como hemos dicho ya, estaba tendido sobre el puente: un marinero le frotaba los miembros con una manta de lana; otro en quien reconoció al que le habia gritado *ánimo*, le introducia en la boca el estremo de una calabaza; un tercero, marino viejo, que desempeñaba á la vez el cargo de piloto y el de patron, le miraba con ese sentimiento de egoista piedad que esperimentan en general los hombres por aquellas desgracias á las cuales han escapado la víspera ó que pueden acontecerles al siguiente dia. Algunas gotas de rom que contenia la calabaza reanimaron el desfallecido ánimo del jóven, mientras que las fricciones que el marinero, de rodillas á su lado, continuaba haciéndole con la lana, devolvian la elasticidad á sus miembros.

—Quién sois? le preguntó el patron en mal francés.

—Soy contestó Dantés en mal italiano, un marinero maltés; veniamos de Siracusa cargados de vino. La tormenta de esta pasada noche nos ha pillado frente el cabo Morgion y nos ha estrellado contra aquellas rocas que veis allá.

—De donde venís?

—De aquellas mismas rocas, en donde tuve la suerte de aferrarme mientras que nuestro pobre ca-

Digitized by Google

pitan se estrellaba en ellas la cabeza. Mis tres compañeros se han ahogado y, ó mucho me engaño, ó creo que soy el único que ha quedado con vida: divisé vuestra embarcacion y temeroso de tener que esperar mucho tiempo en aquella isla salvaje y desierta, me arriesgué á venir á alcanzaros asido á un resto de nuestro buque. Ahora os doy las gracias, continuó Dantés, porque me habeis salvado la vida; estaba ya perdido cuando uno de vuestros marineros me asió por los cabellos.

—He sido yo, dijo un marinero de rostro franco y placentero, limitado por pobladas patillas negras; ya era hora, pues os ibais á fondo.

—Si, le dijo Dantés alargándole la mano, si amigo mio, y os doy por ello las gracias segunda vez.

—A fe mia, dijo el marinero, que estuve un momento indeciso en si os salvaria ó no, pues que con esa barba de seis pulgadas de largo y vuestros cabellos de mas de un pié, teneis mas trazas de un pícaro consumado que de un hombre de bien.

Dantés recordó entonces que en efecto desde que le encerraron en el castillo de If no se habia cortado el pelo ni afeitado la barba.

—Si, dijo, es un voto que hice á Nuestra Señora del Pie de la Gruta en un momento de peligro, de pasar diez años sin cortarme los cabellos ni la barba. Hoy espira mi voto y poco ha faltado sino me he ido á pique en celebracion del aniversario.

—Y ahora qué haremos de vos? preguntò el patron.

—Lo que querais, contestò Dantés, el falucho que

Digitized by Google

montaba se ha perdido y el capitan ha muerto. Como veis, he escapado por milagro de la misma suerte, pero absolutamente desnudo. Felizmente soy buen marinero. Dejadme en el primer puerto á que arribemos que no me faltará colocacion en algun buque mercante.

—Conoceis el Mediterráneo?

—Navego en él desde niño.

—Conoceis los buenos fondeaderos?

— Hay pocos puertos, aun los mas difíciles y espuestos de los cuales no pueda entrar y salir con los ojos vendados.

— Pues bien, patron, dijo el marinero que gritára ánimo á Dantés, si el camarada dice verdad, qué inconveniente hay en que se quede con nosotros?

—Si dice la verdad, estamos conformes; pero en el estado en que el pobre diablo se encuentra, se promete mucho y luego sabe Dios lo que se cumple.

—Cumpliré mas todavia de lo prometido, porque, os lo repito, sé mi obligacion como el mas pintado, dijo Dantés.

— Ah! ah! dijo riéndose el patron, allá lo veremos!

— Cuando querais, replicó Dantés poniendose en pié. A donde os dirijís? añadió en seguida, sin dejar de mirar al capitan.

—A Liorna.

— Pues entonces, en lugar de andar corriendo bordadas que os hacen perder un tiempo precioso, por què no ceñis el viento todo cuanto os sea posible?

Digitized by Google

— Porque iriamos á estrellarnos contra la isla de Rion.

— Os equivocais. Pasariais á distancia de veinte brazas, cuando menos de ella.

— Tomad, pues, el timon, si sois tan práctico, y con eso juzgaremos de vuestra intelijencia.

El jóven se puso al timon, se aseguró por una ligera presion que el barco era obediente, y vió que sin ser de primera marcha no dejaba de obedecer.

— A las brazas y bolinas, dijo. Los cuatro marineros que componian la tripulacion corrieron á sus puestos, en tanto que el patron los miraba trabajar.

— Aballestad los cables, añadio Dantés. Los marineros obedecieron con estrema prontitud.

— Ahora amarrad bien.

Esta órden fué ejecutada como las dos primeras, y el barco en lugar de continuar corriendo bordadas, empezó á avanzar hacia la isla de Rion, cerca de la cual pasó como lo habia predicho Dantès, dejándola como 20 brazas á estribor. — Brabo! dijo el patron. — Brabo! repitieron los marineros. Y todos miraron admirados á este hombre cuya mirada habia vuelto á hallar una inteligencia y el cuerpo un vigor que estaban lejos de sospechar en él. — Ya veis, dijo Dantés soltando la caña del timon, que pudiera seros de alguna utilidad, al menos durante la travesía. Si no me necesitais en Liorna, bien! me dejais allí, y sobre mis primeros meses de sueldo os reembolsaré mi manutencion hasta allá, y los vestidos que me háyais prestado.

— Bueno! bueno! dijo el patron; nos arreglaremos si os quereis poner en razon.

Digitized by Google

— Un hombre vale lo que otro hombre, dijo Dantés; quiero decir, que me dareis lo que ganan los camaradas, y asunto concluido.

— Eso no es justo, dijo el marinero que habia sacado á Edmundo del agua, porque hay que tener presente que vos sabeis mas que nosotros.

— Y qué diablos te importa á tí el mezclarte en el particular, Jacopo? dijo el patron: cada uno es dueño de ajustarse por la cantidad que le acomode.

— Es verdad, replicó Jacopo: lo que yo he hecho no ha sido mas que una simple observacion.

— Pues bien, cállate, y procura prestar á este pobre hombre, que como ves, está completamente desnudo, un pantalon y una camisa.

— No tengo inconveniente, dijo Jacopo.

— Eso es todo lo que me hace falta, dijo Dantés.

Jacopo se deslizó por la escotilla, y un instante despues volvió á reaparecer, trayendo en la mano las dos piezas de ropa, que Dantés se colocó con un júbilo indecible.

— Os hace falta alguna otra cosa? preguntó el patron.

— Un pedazo de pan, y un segundo trago de ese escelente rom que ya he probado, porque hace mucho tiempo que no tomo nada.

Efectivamente, habia unas cuarenta horas que su estómago se hallaba en ayunas.

Trajéronle á Dantés el pan, y Jacopo le presentó la calabaza...

— Timon á babor! gritó el capitan volviéndose hácia el timonero.

Digitized by Google

Dantés lanzó una mirada en la misma direccion, mientras se llevaba la calabaza á la boca; pero se quedó á medio camino.

— Ola! preguntó el capitan, què ocurre en el castillo de If?

En efecto, una pequeña nube blanca, nube que habia llamado la atencion á Dantés, acababa de aparecer coronando las almenas del baluarte del Sud del castillo. Un instante despues el ruido de una lejana esplosion vino á morir á bordo de la tartana.

Los marineros levantaron la cabeza y se miraron los unos á los otros.

— Qué querrá decir eso? preguntó el patron.

— Se habrá escapado esta noche algun preso, dijo Dantés, y tirarán el cañonazo de alarma.

El patron echó una mirada sobre Dantés, que al decir estas palabras habia llevado la calabaza á la boca; pero le vió saborear el rom que contenia, con tanto gusto y tranquilidad, que desechó al punto la sospecha que acababa de cruzar por su imaginacion.

— He aqui un rom endiabladamente fuerte, dijo Dantés limpiándose con el puño de la camisa la frente bañada de sudor.

— En todo caso, murmuró el patron sin dejar de mirarlo, si es él el que se ha fugado, tanto mejor para mí, pues habré hecho la adquisicion de un hombre atrevido y emprendedor.

Bajo el pretesto de que se sentia muy cansado, pidió entonces el jóven permiso para sentarse al timon.

Digitized by Google

Contento el timonero con ser relevado antes de tiempo en sus funciones, consultó con la vista al patron, el cual le hizo señal con la cabeza de que podia entregar la caña á su nuevo compañero.

Colocado Dantés en aquel sitio pudo clavar sus miradas cómodamente hácia el lado de Marsella.

—A cómo estamos del mes? preguntó Dantés á Jacopo que habia venido á sentarse á su lado al perder de vista el castillo de If.

—A 28 de Febrero, contestó este.

—De qué año? preguntó ademas Dantés.

—Cómo! de qué año? ignorais por ventura el año en que vivis?

—Sí, replicó el jóven, vuelvo á preguntaros que de qué año.

—Pero como habeis podido olvidarlo?

—Qué quereis! ha sido tan grande el miedo que he tenido esta noche pasada, que se han borrado de mi memoria toda clase de recuerdos. Os pregunto, pues, que á qué año corresponde el dia de hoy 28 de Febrero?

—Al año de 1829, dijo Jacopo.

Habia 14 años, dia por dia que Dantés habia sido preso. Entrara en el castillo de If á los diez y nueve años, y salia de el á los treinta y tres. Una dolorosa sonrisa divagó por sus labios. Se preguntó qué habria sido de Mercedes y qué suerte le habria cabido durante un período tan dilatado en que sin duda lo habria creido muerto. Un rayo de odio brilló en seguida en sus ojos al acordarse de los tres hombres á quienes habia debido tan largo y penoso cautiverio,

Digitized by Google

y renovó contra Danglárs, Fernando y Villefort el juramento de inplacable venganza que habia pronunciado en su prision, juramento que no era una vana amenaza, porque en el momento á que nos vamos refiriendo, el buque mas andador no hubiera ciertamente podido dar alcance á la tartana que á toda vela se dirijia al puerto de Liorna.

Digitized by Google

Digitized by Google

22.

LOS CONTRABANDISTAS.

Aun no habia pasado un dia entero á bordo de la embarcacion, y ya habia Dantés comprendido entre qué clase de gente se hallaba. Sin haberse educado al lado del abate Faria, el digno patron de la *Jóven Amelia* (este era el nombre de la tartana) sabia con corta diferencia todas las lenguas que se hablan al rededor de ese gran lago llamado Mediterráneo, desde el árabe hasta el provenzal. Esta circunstancia le proporcionaba, ahorrándole el tener que valerse de intérpretes, gente siempre enfadosa y á veces indis-

Digitized by Google

creta, grandes facilidades de comunicacion ya con las naves que encontraba en alta mar, ya con las barcas con que se alzaba á lo largo de las costas, ya en fin con esas gentes sin nombre, sin patria, sin ocupaciones aparentes que á cada paso se ven sobre los muelles de todos los puertos de mar, y que viven de recursos ocultos y misteriosos que es forzoso creer les vienen directamente de la Providencia, supuesto que no tienen medios algunos visibles de existencia. El lector habrá facilmente adivinado que Dantés se encontraba á bordo de un buque contrabandista. Por este motivo lo habia en un principio recibido el patron con cierta especie de desconfianza, porque como el tal patron era harto conocido de todos los aduaneros de la costa, y á cada paso, asi dichos empleados como él, andaban inventando mil estratagemas, aquellos para cogerlo en infraganti delito de defraudacion, y este para eludir su vigilancia, se habia creido á primera vista que Edmundo debia ser un emisario de sus perseguidores, enviado por ellos bajo el pretesto de un naufragio y con las apariencias de marinero, á fin de ponerse al corriente de los pormenores del oficio, y de las intenciones que por el momento abrigaba la gente de la tartana; pero el modo brillante con que Dantés habia salido de la prueba á que se comprometiera, cambiando de rumbo y pasando á veinte brazas nada mas de la isla de Rion, habia convencido completamente al capitan; despues, cuando habia visto aparecer aquella nube de humo flotando como un penacho sobre el baluarte sud del castillo de If, y oido el lejano ruido de la esplosion, le habia acudido por un instante la idea

Digitized by Google

de que semejante disparo habia sido hecho por causa del hombre á quien acababa de dar acogida en su buque. Sin embargo, preciso es decirlo, esta idea no le habia inquietado ya tanto como la anterior: consideraba preferible conceder asilo á un fugitivo á dispensarlo á un aduanero: mas tambien esta segunda suposicion no habia tardado en desaparecer, como la primera á la vista de la perfecta tranquilidad de su recluta.

Gozó pues Edmundo la doble ventaja de saber lo que era su patron, sin que su patron pudiese saber lo que era él. Por mas que lo estrechasen á preguntas el viejo marino y sus camaradas, se mantuvo prudente sin hacer la menor confesion que pudiera comprometerlo, dando sin embargo multitud de noticias acerca de Nápoles y de Malta, puntos que le eran tan conocidos como la misma Marsella, y afirmándose siempre en su primera narracion con una seguridad que hacia honor á su memoria. Fué pues el genovés, á pesar de su sutileza, quien se dejó engañar por Edmundo, en favor del cual hablaban á un tiempo su dulzura, su esperiéncia náutica, y sobre todo, el mas consumado disimulo. Quizá seria el genovés como esas gentes de talento que jamás saben lo que deben ni creen sino lo que tienen un interés directo en creer. Lo cierto es que en esta recíproca situacion se hallaban uno y otro cuando se verificó su arribo á Liorna.

Edmundo debia hacer allí por primera vez una prueba que le interesaba infinito llevar á cabo: consistia esta en saber si se conoceria á sí mismo despues de catorce años que no habia vuelto á verse.

Digitized by Google

Habia conservado una idea bastante exacta de como era cuando jóven, y queria ver la variacion que los años habian operado en él. Fuese pues en derechura, así que hubieron desembarcado, á casa de un barbero, antiguo conocido suyo, que vivia en la calle de san Fernando, y sin decirle una palabra que pudiera recordar siquiera su nombre ó apellido, le manifestó deseos de que le afeitara y le cortara el pelo. Miró el barbero con singular estrañeza á aquel hombre cuya larga cabellera y espesa barba negra llamaba desde luego la atencion de cuantos le veian, porque debe tenerse presente que en la época á que nos vamos refiriendo no era aun de moda el llevar la barba y el cabello tan crecidos como en la actualidad. No obstante su estrañeza, el barbero liornés se puso á trabajar sin hacer al recien llegado ninguna pregunta.

Asi que la operacion se hubo terminado, así que Dantés sintió su barba completamente limpia, así que sus cabellos quedaron reducidos á su tamaño ordinario, pidió un espejo y se contempló en él con la mas precisa atencion. Tenia entonces, como ya hemos dicho, unos treinta y tres años, y los catorce que habia permanecido en prision, habian operado un cambio total en su figura. Dantés habia entrado en el castillo de If con la cara afable del jóven afortunado á quien los primeros pasos dados en la vida han sido fáciles, y que cuenta con el porvenir como una consecuencia natural de lo pasado. Todo esto se habia notablemente cambiado. Su rostro ovalado se habia alargado; su boca, en que tenia su asiento la sonrisa de un corazon esento de

Digitized by Google

penas, habia adquirido en sus estremos esas líneas firmes y pronunciadas que indican la resolucion; sus cejas se habian arqueado bajo una única y pensativa arruga; sus ojos se habian impregnado de una tristeza profunda, del fondo de la cual se desprendian de cuando en cuando los rayos sombríos de la misantropia y del odio: su tez, alejada tanto tiempo de la luz del dia y de los rayos vivificantes del sol, habia tomado ese color mate que forma, cuando la fisonomía se halla adornada por una cabellera negra, la belleza aristocrática de los hombres del norte. El caudal de conocimientos que habia adquirido en el encierro del castillo, habia además esparcido sobre toda su fisonomía una aureola de inteligente seguridad. Por separado, aunque de estatura mediana, habia adquirido ese vigor propio de un cuerpo acostumbrado á concentrar diariamente sus fuerzas en sí mismo. A la elegancia de sus formas nerviosas y delgadas habia sucedido la solidez de las formas redondeadas y musculares. En cuanto á su voz, los ruegos, los sollozos y las imprecaciones, habíanla trocado, tan pronto en un timbre de una dulzura estraña, como en una acentuacion áspera y casi ronca. Finalmente, sus ojos, habituados á las tinieblas de tantos años de calabozo, habian adquirido esa singular facultad de distinguir los objetos en medio de la oscuridad de la noche, como acontece á los de la hiena y los del lobo. Edmundo se sonrió al verse. Era imposible que su mejor amigo, si por ventura le quedaba alguno en el mundo, pudiese reconocerle: él mismo se desconocia á sí propio.

Digitized by Google

El patron de la *Jóven Amelia*, que tenia grande interés en conservar entre su tripulacion un hombre del mérito de Edmundo, le habia propuesto algunos adelantos sobre su parte de beneficios futuros, y él los habia aceptado. Su primer cuidado, al salir de casa del barbero que habia operado en su persona aquella primera metamórfosis, fué el de entrar en una tienda y comprar un vestido completo de marinero. Este traje, como es sabido, es muy sencillo: compónese de un pantalon blanco, una camisa rayada y un gorro colorado. Adornado con la nueva ropa, y llevando debajo del brazo el pantalon y la camisa que le habia prestado Jacopo, con el objeto de devolvérselo, volvió á presentarse Edmundo ante el patron de la *Jóven Amelia*, á quien tuvo precision de referir cuanto habia hecho en tierra, porque al capitan costábale trabajo reconocer en aquel elegante y apuesto marinero, al hombre de barba larga y espesa, de cabellos enmarañados con las algas del mar, y con el cuerpo chorreando agua, que habia acogido desnudo y moribundo á bordo de su embarcacion. Seducido por su buena traza, renovó, pues, á Dantés las proposiciones que anteriormente le habia hecho, dirigidas á que continuase empleado en la tartana, pero Dantés, que tenia otros proyectos, no quiso aceptarlas sino por el tiempo de tres meses.

Por lo demás no habia una tripulacion mas activa que la de la *jóven Amelia*, sometida como estaba á las órdenes de un patron acostumbrado á no perder el tiempo. Apenas habian pasado ocho dias de su llegada á Liorna, y ya los salientes flancos

Digitized by Google

del buque estaban llenos de muselinas pintadas, de algodones prohibidos, de pólvora inglesa y de tabaco, sobre cuyos tercios no se veia el sello de la Hacienda. Tratábase de hacer salir todos estos objetos de Liorna, puerto franco, por consiguiente esentos de registro, y de desembarcarlos en las costas de Córcega, desde donde, ciertos especuladores se encargarian de trasladar el cargamento á Francia. Partieron en efecto. Edmundo cruzó de nuevo aquel mar azulado, primer horizonte de su juventud, que tantas veces se le habia representado en sueños durante su largo cautiverio. Dejaba á su derecha la Gorgone, á su izquierda la Pianosa, y se adelantaba hácia la patria de Paoli y de Napoleon. Al dia siguiente al subir sobre cubierta, lo que hacia siempre muy de mañana, halló el patron á Dantés apoyado en la baranda de la tartana y mirando con una espresion particular una enorme masa de rocas de granito, que el naciente sol iluminaba en aquel momento con bellos y sonrosados matices. Era la isla de Monte-Cristo. La *Jóven Amelia*, la dejó á tres cuartos de legua poco mas ó menos por la parte de estribor y continuó su camino hácia la Córcega.

Dantés consideraba, al costear aquella isla cuyo nombre retumbaba tanto en su oido, que con solo echarse al agua y nadar por espacio de media hora, podia poner el pié sobre aquella tierra prometida. Pero qué haria en ella, careciendo de instrumentos para descubrir su tesoro y de las armas necesarias para defenderle? Además, qué dirian los marineros? Qué pensaria el patron? Era preciso tener paciencia

Digitized by Google

y esperar una ocasion mas á propósito. Afortunadamente, Dantés sabia esperar: catorce años dia por dia habia estado aguardando su libertad; de consiguiente, ahora que se hallaba libre, y en disposicion de acometer cualquier empresa que tuviera por conveniente, bien podia esperar seis meses ó un año la riqueza, objeto constante de sus meditaciones. No hubiera, mientras habia durado su encierro, aceptado la libertad sin la riqueza, si alguien se la hubiera propuesto? Y por otra parte, semejante riqueza, no era tal vez una pura quimera? Nacida en el enfermizo cérebro del pobre abate Faria, no habia muerto con él? Verdad es que aquella carta del cardenal Spada se hallaba concebida en términos muy precisos, y tambien lo era que Edmundo repasaba á cada instante en su memoria del principio al fin la dicha carta, de la cual no habia echado en olvido ni una sola palabra.

Llegó la noche. Dantés vió bañarse la isla con los varios y hermosos matices que el crepúsculo de la tarde esparce sobre todos los objetos, la vió tambien perderse poco á poco para todo el mundo en el seno de la oscuridad; mas en cuanto á él, con su mirada habituada á las tinieblas de la prision, continuó sin duda divisándola algun tiempo despues de anochecido, porque se quedó el último sobre cubierta. Al amanecer del siguiente dia se encontraba la tartana á la altura de Aleria. Todo este dia anduvieron corriendo bordadas, hasta que llegada la noche se encendieron hogueras en la costa. Estos fuegos indicaron sin duda que podia operarse el desembarco, porque apenas se hubieron echado de

Digitized by Google

ver, fué colocado un farol, en vez de bandera, en lo alto del palo y se aproximó el buque á tiro de fusil de la orilla.

Habia advertido Dantés, que cuando trató de aproximarse á tierra el patron de la *Jóven Amelia*, habia montado y puesto en disposicion de hacer su oficio, dos pequeñas culebrinas, que sin causar gran ruido, podian enviar cada una una bonita bala de cuatro libras á mil pasos de distancia. Pero lo que es en aquella noche, fué completamente inútil semejante precaucion, porque todo salió á pedir de boca, como quien dice. Cuatro chalupas se aproximaron al oir el ruido de la tartana, la cual sin duda para hacerles los debidos honores, echó su propia chalupa al mar; y con tanta habilidad y destreza se acertaron á conducir las cinco barquillas, que á las dos de la mañana habian ya pasado á tierra todo el cargamento de la *Jóven Amelia*. Tan puntual y exacto era el capitan de la tartana, que aquella misma noche se hizo el reparto de las ganancias entre los individuos de la tripulacion, tocándole á cada uno, en dinero contante, cien libras toscanas, es decir, veinte y cinco francos poco mas ó menos.

Pero como la espedicion no estaba aun concluida, se enderezó la proa en direccion á Cerdeña. Tratábase de volver á cargar la recien descargada nave contrabandista.

La segunda operacion se hizo con tanta suerte como la primera. La *Jóven Amelia*, navegaba, como suele decirse, viento en popa, y era prudente aprovecharlo antes que se viniese encima de improviso un cambio, que diera al traste con todo lo ade-

Digitized by Google

lantado hasta allí. El nuevo cargamento iba destinado para el ducado de Luca. Componíase casi enteramente de cigarros de la Habana, y de vino de Jerez y de Málaga. Pero apenas terminada la operacion del alijo, se vino encima el resguardo, aquel eterno enemigo del patron de la *Jóven Amelia*, y fué preciso sostener un choque, de resultas del cual un aduanero quedó en la estacada y dos marineros heridos de alguna consideracion. Dantés fué uno de estos: una bala le habia atravesado el hombro izquierdo.

Dantés se conceptuaba casi felíz de resultas de aquella escaramuza y casi contento con la herida en ella recibida. Semejante acontecimiento le habia servido para conocer con qué ojo miraba el peligro y con que corazon soportaba los sufrimientos. Habia mirado el peligro sonriéndose, y al recibir el tiro habia dicho como el filósofo griego: « Dolor, tú no eres un mal. » Por otra parte, habia examinado al aduanero herido de muerte, tendido á sus piés, inanimado, y ya fuese por el calor natural de la pelea, ya por la frialdad de los sentimientos humanos, aquella vista no habia producido en su interior sino una impresion muy ténue y fugaz. Dantés se encontraba colocado en la senda que queria recorrer y marchaba con paso firme hácia el objeto que anhelaba alcanzar: su corazon estaba á punto de petrificarse en el pecho.

Jacopo, que al verle caer le habia creido muerto, se habia precipitado sobre él, le habia levantado, y una vez en pié, le habia cuidado con todo el interés y solicitud de un buen compañero. Afortunadamen-

Digitized by Google

te, Edmundo, como ya hemos dicho, no estaba mas que herido. No hay en nuestro pobre y miserable mundo tantas virtudes como creia el doctor Panglosse, pero tampoco es tan malo como se lo imaginaba Dantés, y sino, vamos á ver, porque aquel hombre que nada, ó á lo menos bien poca cosa, podia esperar de su compañero, porque aquel hombre, decimos, esperimentaba tan viva afliccion al creerle muerto? ...

Felizmente, ya lo hemos dicho, Dantés solo estaba herido y gracias á ciertas yerbas, cojidas en ciertas épocas y vendidas á los contrabandistas por mujeres sardas, la herida se cerrò bien pronto. Edmundo quiso probar entonces á Jacopo: le ofreció, en cambio de los cuidados que le habia dispensado, la parte de beneficios que le corresponderia de la espedicion; pero el honrado marinero rehusó la oferta lleno de noble indignacion.

El resultado de esta especie de afecto simpático que Jacopo habia concebido por Edmundo desde la primera vez que lo habia visto, fue que Edmundo, en justa compensacion, empezó á cobrarle cierto afecto distinguiéndole ya del vulgo de sus demas compañeros. Ninguna otra recompensa, aparte de esta, anhelaba el fiel Jacopo: habia adivinado instintivamente en Edmundo, aquella suprema superioridad á su posicion, que ningun otro individuo de á bordo, incluso el patron, habia acertado á descubrir; y de consiguiente se contentaba el marinero con las preferencias que usaba con él un hombre del mérito de su nuevo camarada. Ademas, durante los largos dias de navegacion, cuando la nave des-

Digitized by Google

lizándose con seguridad sobre las azules y apacibles aguas del Mediterráneo, merced al viento favorable que soplaba, no tenia necesidad de otro auxilio que el del timonero, Edmundo, con una carta naútica en la mano, se hacia instructor voluntario de Jacopo, como el pobre abate Faria lo habia hecho con él en los eternos y monótonos dias pasados en el castillo de If. Mostrábale entonces la situacion de las costas, le esplicaba las variaciones de la brújula, y le enseñaba á leer en ese gran libro siempre abierto sobre nuestras cabezas, que se llama cielo, y en el cual ha escrito el Eterno, sobre páginas de purísimo azul, desconocidas frases con letras de diamante.

Y cuando Jacopo le preguntaba: «Para qué aprender todas esas cosas un pobre marinero como yo? Edmundo le respondia inmediatamente: «Quién sabe lo que la suerte te tendrá reservado! Quizá llegarás á ser algun dia capitan de un buque: tu compatriota Bonaparte llegó á ser Emperador.»

Se nos habia olvidado decir que Jacopo era natural de Còrcega.

Dos meses y medio habian ya transcurrido en estas espediciones suscesivas. Edmundo se habia hecho tan diestro en las navegaciones costaneras, como otras veces hábil y esperimentado capitan en los viages de alta mar. Habia trabado conocimiento con todos los contrabandistas de la costa: habia aprendido esos signos masónicos, á favor de los cuales todos esos semi-piratas se reconocen entre sí. Mas de veinte veces habia pasado y repasado

Digitized by Google

por delante de la isla de Monte-Cristo; pero en ninguna de ellas habia encontrado ocasion de desembarcar en ella. Cansado de esperar esta feliz oportunidad, que nunca llegaba, estaba resuelto, luego que concluyese su empeño con el patron de la *Jóven Amelia*, á fletar sin pérdida de tiempo por su propia cuenta (lo cual podia muy bien ejecutar, porque en sus diferentes viages en la tartana habia reunido una centenar de piastras) una embarcacion pequeña, y bajo un pretesto cualquiera, encaminarse á la isla de Monte-Cristo, en donde buscaria con libertad el tesoro de los Spadas. Verdad es que semejante libertad no seria muy completa, porque serian espiados todos sus pasos por los que le hubiesen conducido; pero no es dable en este mundo aventurar cualquiera empresa sin dejar de arriesgar alguna cosa.

Muy bien hubiera querido no arriesgar nada, porque la prision lo habia hecho prudente; Pero por mas que habia puesto en tortura su fecunda imaginacion, no habia encontrado otro medio de llegar á la deseada isla, que el de hacerse conducir á ella. Hallábase Dantés fluctuando en este mar de reflexiones y de dudas, cuando el patron, que habia puesto en él toda su confianza, y que tenia grandes deseos de conservarlo á su lado, le cojió una noche por el brazo y se lo llevó á una taberna de la Vía del Oglio, en la cual tenia costumbre de reunirse la flor y nata de los contrabandistas de Liorna. Allí era donde se trataban de ordinario los asuntos de la costa. Ya por dos ó tres ocasiones habia entrado Dantés en aquella Bolsa marítima, y al ver á todos

Digitized by Google

aquellos capitanes corsarios que ejercitaban su oficio en un litoral de mas de dos mil leguas de estension, se habia preguntado de que clase de poder no podria disponer un hombre que llegase á dar el impulso de su voluntad á todos aquellos hombres, colectiva ó aisladamente...! Esta vez era objeto de discusion general entre varios de ellos un negocio de considerable valor. Se trataba de un barco cargado de alfombras turcas, de géneros de Levante y de riquísimas cachemiras; faltaba encontrar tan solo un terreno neutral donde pudiera hacerse el trasbordo, y en seguida ir á realizar el alijo en las costas de Francia. Las utilidades eran enormes si la empresa salia bien; debian ascender nada menos que á la suma de cincuenta ó sesenta piastras por plaza.

El patron de la *Jóven Amelia* propuso como lugar de desembarco la isla de Monte-Cristo, la cual se hallaba completamente desierta, y que no teniendo por consiguiente soldados ni aduaneros, parécia haber sido colocada en medio del mar, desde los tiempos del Olimpo pagano, por Mercurio, ese dios de los comerciantes y de los ladrones, clases que nosotros hemos hecho separadas, sino distintas, y que la antigüedad, á lo que parece, colocaba en una misma categoría. Al oir el nombre de Monte-Cristo, Dantés se estremeció de júbilo: púsose en pié para evitar su emocion y dió en seguida una vuelta por aquella taberna llena de humo, en donde todos los idiomas del mundo conocido venian á refundirse en la lengua franca. Cuando volvió al grupo donde se encontraba el patron estaba ya elejido Monte-Cristo por lugar de desembarco, debiendo partir para la espedicion á

Digitized by Google

la siguiente noche. Consultado Edmundo, fué de opinion que la isla ofrecia todas las posibles seguridades, y que las grandes empresas para producir buen resultado, era preciso llevarlas á cabo con la mayor celeridad. Convínose, pues, en que se aparejaria para la noche del dia inmediato, y que se procuraria, supuesto que el mar se hallaba tranquilo y el viento era favorable, encontrarse á la caida de la tarde del dia posterior á la noche de la salida, en las aguas de la isla neutral.

Digitized by Google

Digitized by Google

23.

LA ISLA DE MONTE-CRISTO.

En fin Dantés, por una de esas felicidades inesperadas que sobrevienen algunas veces á aquellos á quienes el rigor de la suerte se ha cansado ya de perseguir, Dantés, decimos, iba á alcanzar su objeto, iba á tocar el término de sus constantes deseos por un medio sencillo y natural, y á poner el pié en la isla sin inspirar á persona alguna la menor sospecha.

Una noche lo separaba solamente de aquella partida tan ambicionada por él y esta noche fue para Dantés una de las mas agitadas que habia pasado en toda su vida; durante la cual todas las contingen-

Digitized by Google

cias buenas ó malas que podian sobrevenir de su viage se fueron representando paulatinamente á su imaginacion. Si cerraba los ojos, veia la carta del cardenal Spada escrita en caractéres relucientes sobre la superficie de las paredes. Si se dormia un instante, los sueños mas insensatos acudian á anidarse y rebullir en su cérebro: se le figuraba bajar á unas grutas encantadas en donde el pavimento era de esmeraldas, las paredes de rubies, los peñascos de diamantes, y de cuyas bóvedas se desprendian una á una finísimas perlas á la manera que filtra ordinariamente el agua en los subterráneos. Gozoso, arrebatado de placer, llenaba sus faltriqueras de joyas inestimables por su valor y hermosura: en seguida venia la luz del dia á disipar las tinieblas de la noche y las joyas quedaban convertidas en simples guijarros: procuraba entonces volver á penetrar en aquellas cuevas misteriosas, que solo habia entrevisto, y de las cuales acababa de salirse, pero el camino que conducia á ellas se torcia en espirales infinitas: la entrada se habia hecho invisible, é inutilmente buscaba en su fatigada memoria aquella palabra mágica y misteriosa que abria al pescador árabe las espléndidas cavernas de Alí-Babaá. Todo era inútil: el desaparecido tesoro habia llegado á ser propiedad de los genios de la tierra á los cuales habia tenido un instante la esperanza de podérselo arrancar.

Vino al fin el dia, casi tan fébril como lo habia sido la noche; pero trajo consigo la lógica en ayuda de la imaginacion y Dantés pudo concebir y determinar un plan hasta entonces vago y fluctuante en

Digitized by Google

su cérebro. Llegó despues la noche y con ella los preparativos de la partida. Estos preparativos eran un buen medio para que ocultase su agitacion. Poco á poco habia ido tomando sobre sus compañeros la autoridad de mandar como si fuese el gefe de la embarcacion; y como sus órdenes eran casi siempre claras, precisas y fáciles de egecutar, todos los camaradas le obedecian no solamente con prontitud sino hasta con gusto. El patron lo dejaba obrar. Tambien habia reconocido la superioridad de Dantés sobre los otros marineros y aun sobre él mismo: veia en aquel jòven su sucesor natural, y sentia en el alma no tener una hija para encadenar á Edmundo á su servicio por medio del lazo conyugal.

Á las siete de la noche todo estaba listo, y á las siete y diez minutos doblaba la tartana el faro, precisamente en el momento en que este se encendia. El mar se hallaba pacífico, y soplaba un viento fresco de la parte del sud-este. Se navegaba bajo un cielo azul, sereno y puro en el que la mano del Omnipotente iba tambien encendiendo esos faros, llamados estrellas, y cada uno de los cuales es un mundo. Dantés declaró desde luego que todo el mundo podia tenderse, y que él quedaba encargado del timon. Cada vez que el Maltés—así llamaban á Dantés—hacia una declaracion semejante, era esto suficiente para que cada cual se fuese á acostar con la mayor tranquilidad. Asi sucedia de cuando en cuando. Lanzado Dantés al mundo desde el seno de la soledad, en que tanto tiempo habia vivido, sentía á ratos una imperiosa necesidad de estar solo. Y qué soledad á la vez mas inmensa y mas poética que la

Digitized by Google

de una embarcacion que se desliza aislada, sobre el mar, durante la oscuridad de la noche, en el silencio de la inmensidad, y bajo la mirada del Ser Supremo? Pero esta vez fue poblada la soledad con sus pensamientos, iluminada la noche por sus ilusiones y animado el silencio con sus promesas.

Cuando el patron se dispertó, navegaba á toda vela la tartana: no habia un pedazo de trapo en la arboladura que no estuviese hinchado por el viento. Avanzaban dos leguas y media por hora. La isla de Monte-Cristo se engrandecia insensiblemente en el horizonte. Edmundo entregó la direccion del buque á su gefe y fue á tenderse á su vez en la hamaca: pero á pesar de la noche de desvelo que habia pasado, no pudo cerrar los ojos un instante. Dos horas despues volvió á subir sobre cubierta. El barco se preparaba á doblar la isla de Elba: hallábanse á la altura de Maréciane, y sobre la isla de la Pianosa. Se veia lanzarse hácia la bóveda celeste la magestuosa y elevada cima de Monte-Cristo. Dantés ordenó al timonero que pusiese el timon á babor, á fin de dejar la Pianosa á la derecha. Conforme habia calculado, cerca de las cinco de la tarde se obtuvo la vista completa de la isla, distinguiéndose hasta sus menores particularidades, gracias á esa claridad atmosférica que es peculiar á la luz que derraman los rayos del sol cuando se aproxima á su ocaso.

Edmundo devoraba con la vista aquella masa de rocas que iba pasando sucesivamente por todos los colores crepusculares, desde el rosa subido hasta el azul opaco: á cada instante se enrojecía su frente,

Digitized by Google

sudaba, invadian su rostro súbitas llamaradas, y le latia el corazon con violencia. Jamás jugador alguno, de esos cuya fortuna entera pende de una carta, podia haber esperimentado las angustias que sufría Edmundo en sus parasismos de esperanza.

Llegó la noche. Á las diez ancló la tartana siendo la *Jóven Amelia* la primera que acudió á la cita. Dantés, no obstante el imperio que estaba acostumbrado á ejercer sobre sí mismo, no pudo contenerse, saltó el primero en tierra y á haberse atrevido hubiera besado la tierra cual nuevo Bruto. La noche era muy oscura; pero á eso de las once salió la luna de en medio del mar plateando su dilatada superficie, y sus rayos, á medida que se elevaba, comenzaron á derramarse en blancas cascadas de luz sobre las hacinadas rocas de aquella otra Pelion.

La isla era conocida de la tripulacion de la *Jóven Amelia*, pues que era uno de los puntos en que acostumbraba hacer escala la nave contrabandista. En cuanto á Dantés, diferentes veces la habia visto á lo lejos en sus viajes á levante, pero jamás habia desembarcado en ella.

— Á donde vamos á pasar la noche? preguntó el jóven á Jacopo.

— Á donde ha de ser, contestó el marinero, sino á bordo de la tartana?

— No estariamos mejor en las grutas?

— En qué grutas?

— En las de la isla.

— No tengo conocimiento de tales grutas, ni jamas he oido hablar de ellas, dijo Jacopo.

Un sudor frio inundò la frente de Dantés.

Digitized by Google

—No hay grutas en Monte-Cristo?

—No.

Dantés permaneció un instante aturdido; pero en seguida consideró que aquellas grutas podian muy bien haber sido obstruidas por un acccidente cualquiera, ó quizá, para mayor precaucion, tapiadas por el mismo cardenal Spada. En semejante caso, lo que sobre todo importaba era encontrar la abertura perdida; cosa que era inútil ponerse á buscar durante la noche, y por consiguiente aplazó su investigacion para la mañana del inmediato dia; ademas, como á una media luega, mar á fuera, se habia visto elevarse una señal, á que la *Jóven Amelia* acababa de contestar por medio de otra parecida; signos que indicaban haber llegado la hora de echar mano al trabajo. Tranquilo el buque de la señal por la que hiciera la tartana, no tardó en aparecerse, blanco y silencioso como una fantasma, en el lugar convenido, y vino á echar el ancla á corta distancia de la orilla. Inmediatamente comenzó á verificarse el trasbordo.

Meditaba Dantés, ocupado en su trabajo, en el *hourra* de júbilo que una sola palabra suya podia provocar entre todos aquellos hombres, si dijera en alta voz el pensamiento que le rebullia en su cérebro y agitaba con violencia su corazon; pero lejos de revelar el magnífico secreto, temia haber dicho ya demasiado acerca de él, y con sus constantes idas y venidas de un lado para otro, con sus preguntas con sus observaciones minuciosas y su aire pensativo y ademas cabizbajo, haber despertado sospechas que pudieran serle perjudiciales. Feliz-

Digitized by Google

mente, á lo menos para esta circunstancia, los desgarradores recuerdos de sus pasados infortunios imprimian en su frente una tristeza indeleble, y los resplandores de alegria que al través de aquella nube podian distinguirse, no eran en realidad mas que rápidos y fugaces relámpagos.

Así pues, nadie concibiera la menor sospecha, y cuando á la mañana siguiente, tomando una escopeta y proveyendose de plomo y de pólvora, manifestó Dantés su intencion de ir á tirar á algunas de aquellas numerosas cabras salvajes que se veian saltar de roca en roca, se atribuyó esta escursion de Dantés á su aficion á la caza y al deseo de gozar un rato de soledad. El único que pretendió seguirle fué Jacopo; y temeroso Edmundo de inspirar sospechas, si manifestaba repugnancia de ser acompañado, tuvo buen cuidado de no decir una palabra; pero apenas hubo andadado un cuarto de legua, habiéndole proporcionado la suerte matar una cabra, se la dió á Jacopo para que la llevase á sus compañeros, á fin de que la guisaran, encargándole que así que la tuvieran lista, le diesen aviso disparando un fusil. Algunas frutas secas y un par de botellas de vino de Montepulciano debian completar el almuerzo. Dantés continuó entonces su camino, volviendo de cuando en cuando la cabeza con motivo de cerciorarse de que no era seguido. Llegado á la cima de una roca vió como á unos mil piés mas abajo que él, á sus compañeros á quienes acababa de reunirse Jacopo, ocupados en los preparativos del desayuno, aumentado, gracias á la destreza de Edmundo, con una pieza como aquella.

Digitized by Google

Largo rato estuvo contemplándoles Edmundo con esa sonrisa á la vez dulce y triste del hombre superior.

— Dentro dos horas, dijo, se volverán todos ellos con un caudal de cincuenta piastras, para ir, arriesgando la vida, en busca de otra suma semejante; y cuando hayan reunido seiscientas libras, no vacilarán un instante en malgastar en un punto cualquiera el fruto de sus afanes y penalidades. La esperanza que hoy me anima hace que desprecie la fortuna de mis camaradas, que me parece la mas mísera del mundo: y quizá mañana un terrible desengaño me pondrá en la precision de mirarla como el complemento de la felicidad..... Pero qué digo! esclamó Edmundo, eso no es posible: el sabio, el infalible Faria no se habrá engañado. Ademas, tanto valdria morir como continuar soportando esta vida miserable y esta condicion humillante en que me encuentro.

Así pues, Edmundo, que tres meses antes no aspiraba mas que á la libertad, no se contentaba ya con esta solamente, y anhelaba la riqueza, porque Dios que ha puesto límites al poder del hombre le ha dotado al propio tiempo de deseos ilímitados y por consiguiente insaciables.

Entretanto, por un camino perdido entre dos paredes de rocas, siguiendo una senda marcada por el torrente y que, segun todas las probabilidades, jamás planta humana la habia hollado, se habia Dantés acercado al sitio en donde suponia que las grutas habian debido existir. Siguiendo constantemente la orilla del mar, y examinando hasta los

Digitized by Google

menores objetos que se ofrecian á su vista, llamaron su atencion varios ladrillos, ladrillos que aunque de una especie particular, no obstante solo la mano del hombre podia haberlos labrado.

El tiempo que tiende sobre toda cosa física su manto de musgo, como sobre las cosas morales su manto de olvido, parecia haber respetado aquellas señales trazadas con cierta regularidad, y con el objeto probablemente de indicar un camino. De trecho en trecho, sin embargo, aquellas señales desaparecian bajo las espesuras de mirtos cargados de flores que se estendian por do quiera. Necesitaba Edmundo apartar las ramas ó arrancar el musgo, para poder encontrar las señales indicadoras que lo condujesen á aquel otro laberinto.

Sea como quiera, esas señales habian dado buenas esperanzas á Dantés. Qué inconveniente habia en creer que el cardenal las hubiese trazado, para que pudiesen en el caso de una catástrofe, que él no habia podido preveer fuese tan completa, servir de guia á su sobrino? Aquel lugar solitario era el mas á propósito para un hombre que quisiese, como el cardenal, ocultar un tesoro. Pero por otra parte, esas señales infieles no habian atraido otras miradas que aquellas para las cuales se hallaban trazadas, y la isla, de dilatadas y escelentes sombras, habria guardado fielmente su magnífico secreto?

Sin embargo á sesenta pasos poco mas ó menos del puerto, le pareció á Edmundo, oculto siempre á sus compañeros por las tortuosidades del terreno, que las piedras señaladas no proseguian mas adelante, á pesar de que no terminaban en ninguna

Digitized by Google

gruta. Una enorme piedra circular, colocada sobre una base sólida, era el solo objeto al que parecian conducir. Edmundo pensó, que en vez de haber llegado al fin, no se hallaba quizá por el contrario, sino al principio, y de consiguiente se volvió atrás. Entre tanto sus compañeros, que andaban disponiendo el desayuno, iban á sacar agua de un arroyo que corria cerca de la orilla, transportaban el pan y las frutas secas á tierra, y asaban la cabra cogida por su camarada. En el momento en que quitaban á esta de su improvisado caldero, divisaron á Edmundo, que lijero y atrevido como una gamuza, saltaba de roca en roca: al instante dispararon el tiro para hacerle señal de que acudiese á la orilla. El cazador cambió al punto de direccion, y echó á correr hácia ellos. Pero en el momento en que todos seguian con la vista la especie de vuelo que iba ejecutando, calificando su destreza de temeridad; como si hubiese querido justificar estos temores, faltó el pié á Edmundo, se le vió vacilar en la cima de una roca, dar un grito y desaparecer de repente.

Todos se precipitaron hácia el lugar de la catástrofe, porque todos le apreciaban y querian á pesar de su superioridad. El primero que llegó fué Jacopo, el cual encontró á Edmundo tendido, ensangrentado y casi sin conocimiento: habia debido caer de una altura de doce á quince pies. Se le administraron algunas gotas de rom, y este remedio, que tan eficaz habia sido ya para él, produjo igual efecto que la vez primera.

Edmundo abrió los ojos, quejándose de un agu-

Digitized by Google

do dolor en la rodilla, de una gran pesadez de cabeza y de insoportables dolores en los riñones. En vano se le quiso transportar hasta la playa, porque apenas le hubieron tocado, aunque era Jacopo el que dirigia la operacion para levantarle, declaró sollozando que no se sentia con fuerzas suficientes para resistir el camino. Fácil es comprender que en el estado en que se hallaba no se cuidaria de tomar parte en el almuerzo que estaba preparado, pero suplicó á sus compañeros, que no tenian los mismos motivos para ayunar, que se volviesen á su puesto. En cuanto á él, dijo que solo necesitaba descansar, y que á la vuelta del desayuno le hallarian muy aliviado. Los marineros no se hicieron de rogar: tenian hambre: llegaba hasta ellos el olor de la cabra, y sabido es que entre estas gentes no se guardan ceremonias ni cumplidos de ninguna clase.

De allí á una hora volvieron á donde habian dejado al herido. Todo lo que Edmundo habia podido hacer, durante este tiempo, habia sido arrastrarse á duras penas por un espacio como de doce pasos para apoyarse contra una roca cubierta de blando musgo. Pero lejos de calmarse los dolores de Dantés parecian haber aumentado su violencia. El patron que se veia obligado á partir para ir á depositar su cargamento en las fronteras del Piamonte y de Francia, entre Niza y Fréjus, hizo las mayores instancias á Dantés á fin de que procurase levantarse. El pobre herido procuró, á costa de crueles sufrimientos, complacer los deseos de su patron; pero á cada esfuerzo que hacia, volvia á dar consi-

Digitized by Google

go en tierra, quejándose amargamente y cubriéndose su rostro de una palidez mortal.

—Tiene la pierna rota, dijo el patron en voz baja, mas no importa, es un buen compañero y no debemos abandonarle: procuremos conducirlo á la tartana.

Al oir esto, Dantés declaró que preferia morir en donde estaba á soportar los atroces dolores que le ocasionaria el movimiento, por débil que fuese.

—Y bien! dijo el patron, suceda lo que suceda no se dirá que hemos dejado sin socorrer á un escelente compañero como vos. Quiere decir que detendremos la partida hasta la noche.

El patron era un hombre tan rígido, que los marineros no pudieron menos de admirarse al oir por primera vez en su boca una proposicion semejante. Sin embargo Dantés no quiso consentir que se hiciese en su favor una infraccion tan grave de las reglas de la disciplina establecida á bordo.

—No, dijo al patron; yo he sido un torpe, y justo es que pague la pena de mi torpeza. Dejadme unas galletas, un fusil, pólvora y balas para matar cabras, y aun para defenderme, si fuese necesario, y un azadon para cabar la tierra á fin de construir una especie de choza en el caso de que tardeis en venir á recogerme.

—Pero te vas á morir de hambre.

—Lo prefiero mil veces, respondió Edmundo, á sufrir los agudos dolores que el menor movimiento me hace esperimentar.

El patron se volvió entonces hácia el lado de la tartana, que se balanceaba dulcemente como indi-

Digitized by Google

cando hallarse pronta para hacerse á la vela al primer impulso que se la diese.

—Qué hemos, pues de hacer, maltés? dijo. Nosotros no podemos abandonarte así, y al mismo tiempo nos urge el partir.

—Partid! partid! esclamó Edmundo.

—Advierte que habremos de estar ausentes lo menos ocho dias, y que para volver, despues de ellos, á recogerte, nos será preciso separarnos de nuestro camino.

—Escuchad, dijo Dantés: si de aquí dos ó tres dias encontrais algun barco pescador ú otro que se dirija á estas aguas, recomendadme á él; en la inteligencia que estoy pronto á dar veinte y cinco piastras por mi regreso á Liorna. Y solo en el caso de que no encontreis ninguno, será cuando os agradeceré volvais segunda vez á Monte-Cristo para recojerme.

El patron meneó la cabeza en señal de duda.

—Escuchad, patron Baldi, un medio hay de conciarlo todo: partid, y yo me quedaré con el bote para asistirle, dijo Jacopo.

—Y qué, contestó Edmundo, renunciarás á tu parte de utilidades por quedarte conmigo?

—Sí; repuso Jacobo, y con mucho gusto.

—Eres un escelente mozo, Jacopo, interrumpió Edmundo, y no dudo que Dios te premiará tus buenos deseos: te agradezco semejante oferta, te la agradezco como si la aceptase, pero no necesito compañía; con un dia ó dos de reposo tendré lo suficiente para reponerme, y tambien espero encontrar entre esas rocas ciertas yerbas muy eficaces para las contusiones.

Digitized by Google

Una estraña y misteriosa sonrisa entreabrió los labios de Dantés al decir esto: estrechó en seguida con efusion la mano de Jacopo y una lágrima de reconocimiento humedeció sus megillas; pero permaneció firme en la resolucion de quedarse, y de quedarse solo. Los contrabandistas accedieron á sus deseos, y se alejaron, no sin volver la cara muchas veces para dar á su camarada herido el adios mas cordial, á cuyas demostraciones de afecto contestaba Edmundo con la mano solamente, como si le fuera imposible mover el resto de su cuerpo.

—Cosa estraña es, murmuró Edmundo riéndose así que hubieron desaparecido, que sea entre gentes semejantes en donde se encuentren pruebas de amistad y actos de verdadero cariño!

Se arrastró entonces con precaucion hasta un montecillo desde donde, sin ser visto, podia ver cómodamente la vecina playa, y al instante divisó la tartana que en aquel momento levaba el ancla, se balanceaba airosamente y emprendia su marcha. Al cabo de una hora habia desaparecido en el horizonte.

Entonces se puso en pié, mas ágil y lijero que una cabra entre los mirtos y los lentiscos, sobre aquellas encrespadas rocas, cogió el *fusil* con una mano, y el azadon con la otra, y echó á correr hácia aquella piedra de forma circular que habia visto antes.

—Y ahora, esclamó, acordándose de la historia de un pescador árabe que le habia contado el abate Faria, ahora, ábrete, Sésamo!

Digitized by Google

24.

HALLAZGO.

Habia ya andado el sol un tercio de su cotidiana carrera, y sus rayos ardientes y vivificantes se estrellaban sobre aquellas rocas que parecian no mostrarse insensibles á su calor. Millares de cigarras ocultas entre la maleza hacian oir su continua y monótona cantilena, y las hojas de los mirtos y olivos silvestres mecianse á impulso de la suave brisa, produciendo al chocar entre si un ruido casi metálico. A cada paso que daba Edmundo sobre aquel terreno pedruzco y abrasado, huian acá y allá lagartos que al pronto parecian preciosas esmeraldas. Se veian saltar á lo léjos las cabras salvages, que abundando en tanto número en toda la isla, atraen algunas ve-

Digitized by Google

ces á ella á los aficionados á esta clase de cacerias; en una palabra, la isla estaba habitada, viva, animada, risueña, y sin embargo, Edmundo conceptuabase solo en ella, sin otra áncora de esperanza ni otro guia que la mano del Ser Supremo. Esperimentaba cierta especie de emocion muy parecida al temor.

Este sentimiento era tan fuerte en él, que en el momento de ir á echar mano al trabajo, se detuvo, depositó en tierra la azada, empuñó el fusil, subió de nuevo á la roca mas elevada de la isla, y desde allí dirigió una vasta mirada sobre todo cuando le rodeaba.

Pero, debemos decirlo, lo que llamó su atencion en aquel instante, no fué ni aquella poética Corcega de la que podia distinguir hasta las casas, ni aquella Cerdeña casi desconocida que la acompañaba, ni en fin, aquella línea casi imperceptible que se estendia en el horizonte, y que á la inteligente mirada del marino, revelaba á Génova la soberbia y á Liorna la mercantil: fué únicamente el bergantin que habia partido al despuntar el dia, y la tartana que hacia poco se habia dado á la vela. El primero se hallaba á punto de desaparecer en el estrecho de Bonifacio, y la segunda, siguiendo opuesto rumbo, costeaba la Córcega cuya isla se preparaba á doblar.

Esta vista tranquilizó á Edmundo; volvió entonces los ojos hácia los objetos que le rodeaban mas inmediatamente, y se vió colocado á manera de estátua sobre el pico mas elevado de aquella isla cónica que le servia de inmenso pedestal: debajo de él no se distinguia ningun ser humano en toda la superficie de la

Digitized by Google

desierta Monte-Cristo: á su alrededor tampoco se veia embarcacion de ninguna clase; nada mas que el mar azulado que venia á batir la base de la isla, engalanándola y circuyéndola en su incesante choque con una franja de vistosa plata. Despues de haber contemplado un momento el magnífico panorama que la naturaleza desarrollaba ante sus ojos, volvió á descender á pasos acelerados, aunque sin embargo, lleno de prudencia y tomando las precauciones necesarias, porque temia en unos instantes tan preciosos para él, que le sucediese lo que con tanta habilidad y fortuna habia acertado á fingir.

Dantés, como ya hemos dicho, habia seguido anteriormente el camino donde se encontraban las señales marcadas sobre las piedras, y habia visto que la prolongada línea que formaban dichas señales conducia á una especie de cueva oculta como un baño de ninfa antígua. Esta cueva era bastante ancha en su abertura y demasiado profunda en su centro para poder con todo descanso dar cabida á una embarcacion pequeña. Siguiendo entonces el hilo de sus inducciones, ese hilo que en manos del abate Faria lo habia visto Edmundo servir de guia al espíritu, de una manera tan ingeniosa, en el laberinto de las probabilidades, se le ocurrió la idea de que el cardenal Spada, deseando no ser visto, habia abordado á aquella cueva, dejado en ella oculta la barquilla que lo condujera, y siguiendo despues la línea indicada por las señales, habria enterrado su tesoro al estremo de la misma línea. Esta suposicion era la que habia vuelto á conducir á Dantés al lado de la piedra circular. Solo una cosa le inquietaba; como habria

Digitized by Google

sido posible sin emplear fuerzas considerables, levantar aquella piedra, de un peso tan enorme, sobre la especie de base en que descansaba?...

De repente le ocurrió una idea.

— Quien me dice, esclamó que en lugar de hacer subir la roca, no la hayan hecho bajar!...

Y encaramóse al instante mismo sobre la roca á fin de buscar el sitio de su primera base. En efecto, no tardó en descubrir una especie de declive practicado de intento, por el cual la piedra habia rodado sobre su base y venido á detenerse en el sitio en donde otra piedra de tamaño mucho menor le habia servido de cala. Las piedrecitas y los guijarros habian sido cuidadosamente colocados en los huecos para hacer desaparecer toda solucion de continuidad, habiendo sido tapada aquella obra con tierra vegetal, que se hallaba cubierta de yerba, lentisco y mirtos. Dantés levantó con precaucion la tierra, y reconoció ó creyó reconocer aquel ingenioso artificio, é inmediatamente se puso á atacar con su herramienta aquella pared intermediaria, cimentada por el tiempo.

Despues de un trabajo de diez minutos, cedió la pared dejando aparecer trás ella un hueco en el que podia introducirse todo un brazo. Dantés desgajó entonces la mejor rama de olivo que pudo encontrar en aquellas inmediaciones, y la introdujo en el hueco á fin de servirse de ella en falta de palanca, pero la roca era tan pesada y estaba tan bien calzada por la piedra pequeña, que ninguna fuerza humana, aun cuando hubiese sido la del mismo Hèrcules, podia moverla de su sitio.

Dantés reflexionó en aquel apuro que lo que con-

Digitized by Google

venia desviar era la piedra pequeña, pero por qué medio? En tal compromiso lanzó una mirada investigadora á su alrededor, y sus ojos se clavaron en el cuerno lleno de pólvora que le habia dejado su amigo Jacopo. Edmundo se sonrió: la invencion infernal iba á producir sus naturales efectos.

Con la ayuda de su herramienta hizo, entre la piedra superior y la inferior que le servia de base, lo que se llama entre los mineros un conducto de mina; lo llenó de pólvora, comprimiéndola todo lo mejor que pudo; introdujo en él una de las puntas de su pañuelo; despues de haberlo bien retorcido y haberlo impregnado tambien con pólvora, prendió fuego en el estremo que quedaba colgando y se retiró apresuradamente para salvar su persona del grave riesgo que podia correr. La esplosion no se hizo esperar. La piedra superior se levantó un instante por la incalculable fuerza del combustible, mientras que la piedra inferior voló en mil pedazos. Por la pequeña abertura que al principio habia practicado, Dantés vió salir una multitud de insectos huyendo en todas direcciones, y una culebra enorme, guarda de aquel camino misterioso, rodó tras ellos y desapareció ocultándose entre la maleza.

Dantés se aproximó. La roca superior, falta ya de apoyo, se inclinaba sobre el abismo en cuyos bordes estaba colocada. El intrépido jóven dió una vuelta al rededor de la piedra, elijió el sitio por donde mas vacilante se hallaba, apoyó en el hueco su improvisada palanca y, semejante á Sísifo, empezó á empujar con toda la fuerza que le comunicaba el deseo. Removida de antemano por la esplosion, va-

Digitized by Google

ciló un instante la enorme piedra; Dantés redobló sus esfuerzos. Parecíase Edmundo á uno de esos Titanes que arrancaban de raiz las montañas para hacer la guerra al señor de los diosos. En fin la roca cede, rueda, salta, se precipita y desaparece sumergiéndose en el mar. Con su falta deja al descubierto ante Edmundo un sitio circular en el que se veia una argolla de hierro engastada en medio de una piedra de forma cuadrada que se hallaba metida en tierra hasta su superficie.

Dantés dió un grito de júbilo y de admiracion. No podia esperar, á la verdad, que coronase su primer tentativa un éxito mas feliz. Quiso continuar, pero sus piernas temblaban con tanta fuerza, y eran tan violentos los latidos que sentia en el corazon, que se vió precisado á detenerse. Sin embargo, este momento de duda tuvo solo la duracion del relámpago. Edmundo introdujo la rama de olivo por la argolla, tiró con todas sus fuerzas, y desencajada la piedra, se levantó dejando ver con bastante comodidad la rápida pendiente de una especie de escalera que iba á confundirse en las tinieblas de una caverna subterránea.

Cualquiera otro se hubiera precipitado por aquel camino, y hubiera prorrumpido en esclamaciones de alegria; pero Dantés, se detuvo, palideció, y titubeó acerca del partido que le convendria seguir.

—Veamos, dijo: obremos con prudencia. Acostumbrado á la adversidad no debo dejarme seducir por el iman de una idea quizá quimérica. La revelacion de Faria puede que haya sido el fruto de un sueño, de una ilusion de su fantasía. El cardenal

Digitized by Google

Spada jamás pensaria esconder en esa gruta tesoros de ninguna clase, y aun puede ser que jamás visitase los sitios en que me encuentro; y si por ventura los visitó, si encerró en las entrañas de esa cueva, que veo abierta bajo mis plantas, el caudal que me legara el abate, César Borgia, el intrépido aventurero, el infatigable y sombrío pirata, acudiria despues que aquel, y practicando las mismas operaciones que yo acabo de ejecutar, no habria dejado ni el menor vestigio del tesoro.

Edmundo, hechas las reflexiones que anteceden, quedóse por un instante inmóvil, pensativo y con los ojos fijos en aquella abertura sombria y profunda.

—Sí, sí, dijo, esta es una de las aventuras que habrá tenido lugar en la vida, mezcla de luz y tinieblas, de aquel real bandido. En esa cadena de estraños y misteriosos acontecimientos que componen la trama de su existencia, este fabuloso acontecimiento ha debido encadenarse insensiblemente á los demás. Sí, Borgia vendria aquí una noche, con un hachon en una mano y la espada en la otra, mientras que á veinte pasos de él, quizá al pie de esa piedra, dos esbirros interrogarian la tierra, el aire y el mar, en tanto que su señor entraba en esa cueva como yo voy á hacerlo, sacudiendo las tinieblas con su brazo invencible y reluciente.

—Sí, pero que haria César con los esbirros á quienes inició de esa suerte en su secreto? se preguntó Dantés.

—Lo que se hizo, se contestó sonriéndo, con los enterradores de Alarico, que fueron sepultados con el cadáver. Y supuesto que al presente no debo

Digitized by Google

seguir alimentando la menor sombra de esperanza, la continuacion de esta aventura en que me veo empeñado, es para mí un asunto de mera curiosidad y nada mas.

Y continuó inmóvil y meditabundo en el sitio en que se hallaba.

—Sin embargo, si llegó hasta aquí, replicó Dantés, si llegó á encontrar y á apoderarse del tesoro, Borgia, el hombre que comparaba la Italia á una alcachofa, que se la comia hoja á hoja; Borgia, digo, sabia emplear perfectamente el tiempo para haberlo perdido en volver á colocar esta piedra en su sitio. Bajemos.

Entonces comenzó á descender con la sonrisa de la duda en los labios y murmurando esa última palabra de la sabiduría humana: *Puede ser!*

Pero en lugar de las tinieblas que habia esperado encontrar, en lugar de una atmósfera opaca y viciada, Dantés no vió sino un débil y azulado resplandor: el aire y la luz se filtraban no solamente por la abertura que acababa de practicarse, sino ademas por las grietas abiertas en las piedras invisibles por la parte esterior, y á través de las cuales se veia el azul del cielo, mezclado con las ramas de las encinas verdes y con las raices espinosas de las zarzas. Despues de algunos segundos de detencion en aquella gruta, en que la atmósfera, mas bien templada que húmeda, mas bien odorífera que fétida, era á la temperatura de la isla, lo que la luz azulada que le comunicaba claridad era al sol; la mirada de Dantés, acostumbrada hacia tiempo á las tinieblas, pudo sondar hasta los rinco-

Digitized by Google

nes mas lejanos de la caverna: hallábase esta formada de granito, y todos sus costados brillaban como si estuviesen matizados de finísimos diamantes.

—Ay de mí! se dijo Edmundo sonriéndose, he aquí sin duda todos los tesoros que dejaria el cardenal, y he aquí tambien por qué el buen abate Faria, al ver en sueños estas paredes resplandecientes, concebiria las ricas esperanzas que alimentó hasta el postrer momento de su vida! Pero diciendo esto se acordó Dantés de las palabras del testamento que sabia de memoria: «En el ángulo mas lejano de la segunda gruta,» decia aquel.

De consiguiente era claro que Edmundo solamente habia penetrado en la primera gruta, y le precisaba ahora buscar la entrada de la segunda.

Dantés se puso á examinarlo todo y á calcular lo que deberia hacer. Aquella segunda gruta, que aun no habia descubierto, debia naturalmente seguir á la primera en direccion hácia el interior de la isla. Despues de mirar una por una la union de las piedras, fué á dar golpes en una de las paredes que le pareció debia ser aquella en que se hallaría dicha abertura, oculta para mayor precaucion. La espiocha resonó durante un momento, estrayendo de la roca un sonido mate cuya densidad hacia bañar de sudor la frente de Dantés. En fin al cabo de un rato pareció al perseverante minero que una porcion de la pared de granito respondia por medio de un eco sordo y profundo á la llamada que se acababa de hacer. Aproximó su mirada ardiente á la pared y reconoció, con el tacto esquisito de un hombre acostumbrado al encierro por espacio de diez años, lo

Digitized by Google

que ningun otro hubiera quizá reconocido, es decir, que debia haber en aquel sitio un hueco tapado. Sin embargo, á fin de no emplear un trabajo inútil, Dantés que, como Cesar-Borgia habia aprendido á apreciar el valor del tiempo, tanteó los otros lienzos de pared con la herramienta, dió varios golpes en el suelo con la culata del fusil, removió la arena en los sitios que le parecieron mas sospechosos, y no habiendo dado con lo que buscaba, se volvió hácia el pedazo de pared que despedia aquel sonido consolador. Llamó en seguida de nuevo y con mucha mayor fuerza que antes.

Vió entonces una cosa singular, y fué que á los golpes de la herramienta, una especie de mezcla formada con cal y yeso, se desprendia de la pared y caia al suelo, dejando descubrir una piedra blanquizca y blanda muy fácil de taladrar. Se habia tapado el hueco con piedras de distinta clase, cubriéndolas con dicha mezcla, y sobre ella se habia procurado imitar el color y figura del granito. Dantés volvió al instante la herramienta á fin de continuar golpeando con la punta del cabo de la misma, y logró introducirlo como una pulgada en el muro. Allí era donde debia continuar su comenzada tarea.

Por un misterio singular de la organizacion humana, al paso que se iban acumulando las pruebas que justificaban que Faria no se habia equivocado y que por consiguiente debian alentar á Dantés, su corazon desfallecia cada vez mas dejándose llevar de la duda y cayendo casi en una completa desanimacion. Esta nueva esperanza que hubiera debido prestarle nueva fuerza, le arrebató la que aun le

Digitized by Google

quedaba; la herramienta se le hizo tan pesada que tuvo què depositarla en tierra; se limpió en seguida el copioso sudor que inundaba su frente, y salió de la gruta, dándose á sí mismo por pretesto para ello el deseo de ver si alguien espiaba sus pasos, pero en realidad no por otra cosa sino porque tenia necesidad de respirar el aire puro, pues sentia que sa iba á desmayar.

La isla estaba desierta, y el sol, que se encontraba en su zenit, parecia cubrirla enteramente con su mirada de fuego: á lo lejos, algunas barcas pescadoras abrian sus alas sobre el mar de un azul de zafir. Dantés no habia tomado todavía ningun alimento, pero estaba bien distante de comer en semejante ocasion: lo que hizo fué echarse un trago de rom, y bajar de nuevo á la gruta con el corazon mas tranquilo. La herramienta, que poco antes le pareciera tan pesada, se le hacia ahora muy lijera, levantóla del suelo como hubiera podido hacer con una pluma, y se puso otra vez á trabajar con un ardor inesplicable. Así que hubo dado varios golpes, advirtió que las piedras no estaban unidas entre sí con yeso, sino solamente colocadas las unas sobre las otras y cubiertas con la mezcla de que ya hemos hablado; de consiguiente se apresuró á introducir el estremo de la herramienta en una de las junturas, y dejándose caer con todo su peso sobre el mango, vió con indecible alegría rodar la piedra y caer á sus pies. Edmundo no tuvo entonces otra cosa que hacer que ir separando cada piedra de por sí y cada una fué rodando y cayendo como la primera.

Digitized by Google

Desde aquel instante podia Dantés penetrar por la abertura que acababa de descubrir, pero retardando el verificarlo por algunos momentos, alejaba, digámoslo así, el desengaño que quizá le tendria reservado la suerte, y no se veia abandonado tan pronto de la esperanza consoladora que le animaba. En fin, despues de un nuevo pero corto instante de duda, se resolvió á ver el desenlace de tan singular aventura, y pasó de la primera á la segunda gruta.

Esta segunda gruta era mas baja, mas sombria, y de un aspecto mas tenebroso que la primera. El aire que no penetraba en ella sino por la abertura practicada en aquel mismo momento, tenia ese hedor mefítico, propio de los lugares subterráneos, que Dantés habia estrañado no advertir en la primera. A la izquierda del agujero habia un rincon profundo y sombrío. Pero ya lo hemos dicho diferentes veces, para el ojo de Dantés no habia tinieblas. De una sola mirada escudriñó la segunda gruta: hallábase esta vacia como la primera. El tesoro, si existia allí, estaria enterrado en aquel rincon sombrío.

Habia llegado la hora decisiva, el momento de una mortal angustia para Edmundo: solo faltaba cabar dos pies de tierra para ser felíz ó para verse desgraciado. Sin detenerse á reflexionarlo, se adelantó resueltamente hácia el sitio referido, y como si hubiese sido asaltado de una resolucion súbita, empezó á remover el suelo con un ardor indecible. A los cinco ó seis golpes, el hierro de la herramienta resonó en su choque contra un cuerpo tam-

Digitized by Google

bien de hierro. El ruido de cercana tormenta y la vista del rayo lanzado á sus pies desde las alturas, no hubiera producido en el ánimo de Dantés un efecto tan súbito y terrible como el que esperimentó al advertir aquel sonido inesperado. Púsose á cabar en el lado del sitio donde acababa de remover la tierra, y encontró la misma resistencia, pero no el mismo sonido.

—Es un cofre de madera con aro de hierro! esclamó.

En aquel momento una rápida sombra pasó interceptando por un instante el débil rayo de luz que en la gruta penetraba. Dantés dejo caer la espiocha de sus manos, tomó el fusil, pasó por la abertura y se lanzó fuera de la gruta. Una cabra salvaje habia saltado por encima de la primera entrada de la gruta y pacia á algunos pasos de allí. Era esta ciertamente una bella ocasion para que Dantés se asegurase una buena comida; pero renunció á ella, temiendo que la detonacion del fusil pudiera llamar la atencion de los barcos pescadores que andaban por las aguas de la isla. Despues de haber reflexionado un instante, desgajó varias ramas de un árbol resinoso, fué á encenderlas en el fuego, humeante aun, en que los contrabandistas habian hecho el desayuno, y volvió á penetrar en las grutas con una de las ramas encendida en la mano, á manera de antorcha. No queria perder el menor detalle de lo que iban á ver sus ojos.

Arrimó la antorcha al agujero informe y á medio concluir, practicado en el rincon de la segunda gruta, y reconoció lleno de júbilo que no se habia equi-

Digitized by Google

vocado. Sus golpes habian alternativamente dado sobre el hierro y sobre la madera. Colocó la antorcha en el suelo y prosiguió la obra comenzada. En un instante quedó abierto un hueco de tres pies de profundidad y dos de ancho poco mas ó menos, y Dantés pudo descubrir un cofre de madera de encina, con un aro de hierro engastado al rededor del mismo. En el centro de la tapadera brillaban sobre una plancha de plata, que la tierra no habia podido empañar, las armas de la familia Spada que consistian en una espada colocada horizontalmente sobre un escudo de figura oval, como todos los escudos italianos, teniendo encima por remate del blason un capelo cardenalicio. Todos estos objetos los reconoció Dantés fácilmente desde la primera ojeada, por habérselos oido esplicar infinitas veces al abate Faria, hasta el punto de quedársele impresos en la memoria. No podia pues quedar la menor duda de que el tesoro estaba alli encerrado; porque para enterrar un cofre vacío, ciertamente no se hubieran empleado tantas precauciones.

En pocos instantes quedó libre el cofre de la tierra que le habia cubierto, y Dantés vió aparecer sucesivamente la cerradura colocada en medio de la caja y las asas de los costados laterales, todo habilmente cincelado. Dantés intentó suspenderla, pero inútilmente, pues era cosa imposible. Quiso abrirla, pero las cerraduras y las cadenas estaban cerradas; aquellos fieles guardianes parecian resistirse con todas sus fuerzas á ceder el tesoro que encerraban. Entonces introdujo Dantés el pico de su herramienta entre el cofre y la tapa, se dejó caer con todo su peso sobre

Digitized by Google

el cabo del azadon, y la cubierta crugiendo por todas partes, saltó en mil pedazos, quedando la caja completamente destapada.

Una fiebre vertiginosa se apoderó al punto de Dantés, el cual, echando mano al fusil lo armó y lo puso junto á sí. Al principio cerró los ojos como si quisiese preguntar al sueño si lo que tenia ante su vista era una realidad ó una ilusion de su fantasia. Mas como el sueño huyese de sus párpados, abrió los ojos de nuevo y quedó deslumbrado con el aparato seductor de aquel magnífico hallazgo.

Tres divisiones contenia el cofre. En el primero brillaban escudos de dorado reflejo; en el segundo barras de oro y plata mal pulimentadas, pero colocadas en buen órden, y en fin, en el tercero, á medio llenar, removió Edmundo á puñados los diamantes, las perlas y los rubies, que al caer los unos sobre los otros, á manera de reluciente cascada, formaban un ruido parecido al que produce el granizo sobre los cristales.

Despues de haber tocado, palpado, enterrado sus manos en el oro y las pedrerias, se levantó Edmundo y salió precipitadamente de las grutas con toda la exaltacion de un hombre que raya en la locura. Así que estuvo fuera, saltó sobre una roca, desde donde podia descubrir el mar y no divisó nada: hallábase solo, enteramente solo, con sus riquezas incalculables, inauditas, fabulosas, que de allí en adelante le pertenecian. Pero soñaba, ó se encontraba despierto? era aquel un sueño pasagero, ó tocaba una magnífica realidad?

Aunque tenia necesidad de volver á echar una

Digitized by Google

ojeada sobre el misterioso cofre, conocia, sin embargo, que en aquel instante le faltaban las fuerzas indispensables para soportar una vista semejante.

Apoyó un instante las dos manos en su cabeza como para evitar á la razon que se le escapase, y en seguida se lanzó á traves de la isla, sin seguir ningun camino, porque no los hay en Monte-Cristo, sino atravesando la maleza, haciendo huir las cabras salvages y asustando á los pájaros de mar con sus gritos y sus gesticulacianes. En seguida, dando un pequeño rodeo, volvió al sitio de donde habia partido, dudoso todavia de su felicidad, y precipitándose de la primera en la segunda gruta se encontró de nuevo frente á frente de aquella mina de oro y de diamantes. Esta vez se dejó caer de rodillas comprimiendo con ambas manos su agitado corazon y murmurando una súplica ininteligible dirigida á Dios únicamente. De allí á poco se sintió ya mas tranquilo, porque desde entonces empezó á creer en su felicidad.

Entonces se puso á contar su fortuna: habia en primer lugar en el cobre mil barras de oro y plata de dos á tres libras cada una: despues sacó del segundo hueco hasta veinte y cinco mil escudos de oro, que podian valer cada uno ochenta francos, todos con el busto del papa Alejandro VI y de sus predecesores; habiendo advertido que aun quedaba por contar una gruesa suma de escudos dentro de la segunda division. Y por último, en la tercera era considerable el número de perlas y de diamantes, mucha parte de los cuales, montados por los mejores joyistas de la época en que se labraron, ofrecian un va-

Digitized by Google

lor escesivo por el trabajo empleado en ellos aun sin contar con su valor intrínseco.

Entretanto el sol se habia ocultado en el horizonte, y la imperfecta luz del crepúsculo, yéndose en pos de aquel, acababa de ceder su vez á las tinieblas de la noche. Temeroso Dantés de que alguien pudiera casualmente sorprenderle dentro de las grutas, se salió al momento de ellas sin soltar el fusil de la mano. Un pedazo de galleta y un poco de vino fueron su cena. Satisfecha esta imperiosa necesidad, tapó el agujero esterior de la gruta con la piedra, se acostó encima de ella, y durmió asi varias horas, cubriendo con su cuerpo la entrada de aquel lugar que ocultaba en su misterioso seno el mas fabuloso tesoro de que se ha tenido noticia. Aquella noche fué para Dantés una de esas noches deliciosas y terribles á la vez, como las que ya habia pasado dos ó tres veces en su vida.

Digitized by Google

Digitized by Google

25.

EL DESCONOCIDO.

Jamás dia ninguno habia sido esperado por Dantés con tanta impaciencia. A sus primeros y sonrosados albores, se puso en pié y trepó, como lo hiciera la víspera, sobre la roca mas elevada de la isla, á fin de esplorar las inmediaciones. Pero tambien como la víspera, todo se hallaba desierto.

Edmundo descendió entonces de aquella altura, levantó la piedra, bajó á la gruta, se llenó los bolsillos de cuantos diamantes pudieron contener; cerró el cofre del mejor modo que le fué dable, lo cubrió nuevamente con tierra; pateó esta, y luego le echó

Digitized by Google

arena encima; se salió de la gruta, cubrió la entrada con la piedra, echó sobre esta otras piedras de diferentes tamaños, rellenó con tierra los huecos que formaban entre sí, esparció por todo aquel sitio una porcion de yerba, plantó mirtos y arbustos, regó aquellas nuevas plantas á fin de que pareciesen mas antiguas, puso un escrupuloso cuidado en borrar una por una las muchas huellas de sus pasos impresas y hacinadas en aquellos alrededores, y despues de practicar estas y semejantes precauciones, se puso á esperar con impaciencia el regreso de sus compañeros. En efecto, no aconsejaba ya la razon el que siguiese pasando el tiempo entretenido en mirar aquel oro y aquellos diamantes, ni que se quedase en Monte-Cristo como un dragon vigilante de inútiles tesoros. Precisábale volver á la vida, entre los hombres, y tomar en la sociedad el rango, la influencia y el poder que dan en el mundo las riquezas, que es el primero y mayor medio de fuerza de que puede disponer la criatura humana.

Los contrabandistas verificaron su regreso al sesto dia. Dantés reconoció á lo léjos en el porte y en la marcha á la *Jóven Amelia*. Acudió inmediatatamente á la playa, y dándose las apariencias de convaleciente, manifestó á sus compañeros luego que hubieron desembarcado, que se encontraba, sino del todo, á lo menos mas aliviado de su dolencia. Á su vez oyó él la relacion de cuanto habia acontecido á sus camaradas durante la ausencia de la tartana. Su espedicion habia tenido, es verdad, un buen resultado; pero apenas habia sido depositado en tierra el cargamento, les llegó aviso de que un

Digitized by Google

brick del resguardo, que se encontraba anclado en Tolon, acababa de salir del puerto y se dirigia sobre ellos: de sus resultas habian tenido que hacerse á la vela con el enemigo á la vista, y sintiendo que Dantés, que sabia dar tanta celeridad al buque, no se encontrase á bordo para dirijirlo en semejante trance, pero merced á la noche y á haber doblado el cabo Córcega, habian al fin escapado á las miradas de su perseguidor. En suma, el viaje no habia sido malo, y todos, especialmente Jacopo, sentian que Dantés no hubiese estado con ellos, á fin de disfrutar una parte de las utilidades y ganancias que disfrutáran, parte que ascendia cada una á cincuenta piastras.

Edmundo oyó todo esto con la mayor seriedad y ni aun siquiera se sonrió al oir la enumeracion de las ventajas que hubiera reportado si hubiese podido dejar la isla, y como la *Jóven Amelia* no habia venido á Monte-Cristo mas que para buscarlo, se embarcó aquella misma noche, y siguió al patron á Liorna. Asi que nuestro jóven héroe arribó á esta ciudad, se fue á encontrar un judío á quien vendió en veinte y cinco mil francos cada uno los cuatro diamantes mas pequeños que habia traido consigo. El judío hubiera podido informarse de como un pobre marino se hallaba en posesion de unas alhajas de semejante mérito; pero tuvo buen cuidado de no meterse en tales averiguaciones, pues ganaba á ciencia cierta mil francos lo menos en cada uno de los cuatro diamantes. Al dia siguiente lo primero que hizo Edmundo fue comprar un barco nuevo, y se lo dió á Jacopo, añadiendo á este regalo cien piastras

Digitized by Google

á fin de que pudiese tripularlo, y sin mas condicion de que Jacopo habia de ir á Marsella á saber noticias de un anciano llamado Luis Dantés, que vivia frente al paseo de Meillan, y de una jóven que vivia en el pueblecito de los Catalanes y á quien nombran Mercedes.

Jacopo no sabia lo que le pasaba, y rehusaba dar crédito á cuanto sus ojos veian: le parecia que todo aquello era un sueño. Edmundo contó entonces que se habia hecho marino por una calaverada y porque su familia le negaba el dinero necesario para atender á su subsistencia; pero que al llegar á Liorna, se habia encontrado con la herencia de un tio que lo habia dejado por heredero único de sus bienes. La educacion esmerada de Dantés y la cultura de sus modales, daban á esta relacion un carácter de verosimilitud, que Jacopo no puso en duda un instante que su antiguo compañero le dijese la verdad. Por lo demas, como el tiempo del empeño de Edmundo á bordo de la *Jóven Amelia* habia espirado ya, no vaciló Dantés en despedirse del patron, el cual intentó al principio retenerle, pero habiendo sabido como Jacopo la historia de la herencia, renunció desde entonces á la esperanza de vencer la resolucion de su entendido marinero.

Al dia siguiente, Jacopo se hizo á la vela para Marsella; debiendo desde este punto ir á reunirse con Edmundo en la isla de Monte-Cristo. El mismo dia partió igualmente Dantés sin decir á donde iba, habiéndose antes despedido de la tripulacion de la *Jóven Amelia*, haciendo un buen agasajo á cada uno

Digitized by Google

de sus individuos, y prometió al patron comunicarle noticias de su paradero. Dantés se fue á Génova.

En el momento de su llegada se estaba construyendo en el puerto un pequeño yate de órden de un caballero inglés, que habiendo oido decir que los genoveses eran los mejores constructores del Mediterráneo, habia querido tener un yate construido en Génova. El inglés habia ofrecido por el buque cuarenta mil francos; Dantés ofreció sesenta mil, con tal de que aquel mismo dia le fuese entregado el barco. El inglés habia ido á dar una vuelta por Suiza, mientras que le concluian su yate, y no debia volver hasta dentro de tres semanas ó un mes; de modo que el constructor calculó que tenia tiempo suficiente para formar otro barco igual al que tan ventajosamente vendia. Dantés llevó al constructor á casa de un judío, entró con él en la trastienda, y el judío contó y puso en manos del vendedor los sesenta mil francos convenidos. El constructor ofreció á Dantés sus servicios para proporcionarle dos ó tres marineros de tripulacion, pero Dantés le dió las gracias diciéndole que tenia por costumbre navegar solo, y que lo único que deseaba era que se hiciese en el camarote á la cabecera de la cama, un armario ó secreto que contuviese tres separaciones secretas tambien. En seguida dió las medidas del armario y de las divisiones, y á la mañana del inmediato dia quedaron concluidos en los mismos términos que apetecía.

Dos horas despues, salia Dantés del puerto de Génova, escoltado por las miradas de multitud de curiosos que anhelaban ver al caballero español—por

Digitized by Google

tal se habia vendido — que acostumbraba navegar solo en los viages cortos. Dantés cumplió su palabra y salió lucido de su empeño: con la ayuda del timon, sin tener necesidad de soltarlo, hizo ejecutar al barco todos los movimientos que le parecieron convenientes. Los curiosos siguieron con la vista la pequeña embarcacion hasta que no pudieron distinguirla, y entonces comenzaron entre ellos las disputas sobre el punto á donde se encaminaria el desconocido: unos dijeron que á Córcega, otros que á la isla de Elba, estos que á España, aquellos que á Africa, pero á ninguno se le ocurrió nombrar la isla de Monte-Cristo.

Y sin embargo á Monte-Cristo era donde se dirigia el intrépido Dantés. Poco antes de espirar el segundo dia de navegacion, arribó con felicidad á dicha isla. El yate era escelente velero, habiendo recorrido la distancia que separaba del continente al desierto promontorio, en poco mas de treinta y cinco horas. Dantés habia reconocido perfectamente toda la costa, y en vez de abordar en el sitio de costumbre, fue á dar fondo por el lado opuesto. La isla seguia desierta: nadie parecia haber puesto la planta en ella desde que Dantés habia partido. El recien llegado corrió presuroso al lugar de su tesoro: todo estaba en la misma disposicion en que lo habia dejado.

Al otro dia por la noche la inmensa fortuna de los Spadas habia sido transportada á bordo del yate, y encerrada en las tres divisiones del armario secreto. Ocho dias mas tuvo Dantés que esperar la llegada de su fiel amigo Jacopo. Durante ellos hizo maniobrar

Digitized by Google

su yate al rededor de la isla, estudiándolo con el mismo cuidado que un ginete estudia á su caballo. Al cabo de este tiempo conocia ya sus defectos y buenas cualidades, y Dantés se prometió correjir los unos y aumentar las otras. Al octavo dia divisó una embarcacion que venia hácia él á toda vela, y reconoció al instante que era el barco de Jacopo. Puso una señal á la que Jacopo contestó, y dos horas despues la embarcacion habia fondeado junto al yate. El honrado marinero era portador de una respuesta en estremo triste á cada una de las preguntas hechas por Edmundo. El viejo Dantés habia muerto: Mercedes habia desaparecido.

Oyó Edmundo con semblante sereno estas fatales nuevas; pero inmediatamente bajó á tierra, prohibiendo que nadie le siguiese. Al cabo de un par de horas volvió á bordo: dos hombres de los de Jacopo pasaron al yate para ayudar la maniobra, y en seguida dió Edmundo la órden de enderezar la proa hácia Marsella. Dantés habia previsto de antemano la muerte de su padre. Pero Mercedes, qué habia sido de ella?

Dantés no podia dar instrucciones suficientes á un comisionado, sin grave riesgo de divulgar su secreto; ademas habia otras muchas noticias que deseaba adquirir, y para cuyo efecto solo se fiaba de sí mismo. El espejo le habia enseñado en Liorna que no corria el peligro de ser conocido; y por otra parte contaba entonces con todos los medios necesarios para disfrazarse bajo diferentes apariencias. Una mañana, pues, seguido el yate de la barca de Jacopo, entró impávidamente en el puerto de Mar-

Digitized by Google

sella, y se detuvo en frente del mismo sitio en donde aquella noche de fatal memoria habia sido embarcado Edmundo para ser conducido al castillo de If.

No le fué posible evitar un estremecimiento involuntario, cuando, en la falúa de sanidad, vió dirijirse hácia él un gendarme. Pero Dantés, con el aire de perfecta seguridad que habia llegado á adquirir, le presentó un pasaporte inglés, sacado en Liorna, y bajó á tierra sin ninguna dificultad. El primer objeto que se ofreció á los ojos de Dantés apenas puso el pié en la Cannebiere, fue uno de los antiguos marineros del *Faraon*. Aquel hombre habia servido bajo sus órdenes y parecia que se encontraba en aquel sitio para tranquilizar á Edmundo á cerca del cambio que habia esperimentado su fisonomía: dirijióse pues hacia el marinero resueltamente, y le hizo diferentes preguntas á las que respondió el hombre sin dar en lo mas mínimo á entender, ni por sus palabras ni por su fisonomía, que se acordaba de haber visto en su vida al que le dirigía la palabra. Dantés se despidió del marinero dándole una moneda en señal de agradecimiento por sus noticias; pero no bien hechó á andar, cuando advirtió que el buen hombre iba corriendo tras de él y llamándole con repetidas instancias.

—Perdonad, caballero, dijo el marinero deteniendo á Dantés; pero sin duda os habeis equivocado: habreis creido darme una moneda de veinte sueldos y lo que me habeis dado ha sido una pieza de einte francos.

—En efecto, amigo mio, dijo Dantés; me habia

Digitized by Google

engañado; pero como vuestra honradez es acreedora á una recompensa, hacedme el favor de aceptar esta otra para que bebais á mi salud con vuestros camaradas. El marinero quedó tan aturdido de resultas del regalo que se le hacia que ni aun siquiera se le ocurrió dar las gracias al desconocido, y lo miró alejarse diciendo: «Será algun *Nabá* que llega de la India.»

Dantés continuó su camino: cada paso que daba oprimia su corazon con una emocion nueva. Todos los recuerdos de su niñez, recuerdos indelebles, constantemente presentes á su memoria, estaban allí y le salian al encuentro en cada esquina y cada sitio de los que iba recorriendo. Al llegar al estremo de la calle de Noailles, y al distinguir la alameda de Meillan, sintió doblársele las rodillas, y poco faltó para que le cojiese la rueda de un carruage que á la sazon atravesaba por allí. En fin, llegó hasta la casa que habia habitado su padre. Las enredaderas y las capuchinas habian desaparecido de la ventana en que otras veces la venerable mano del anciano las cuidaba con tanto esmero y perseverancia. Dantés se apoyó contra uno de los árboles del paseo y permaneció algun tiempo pensativo y mirando sin pestañear los últimos pisos de aquella humilde casa: en fin, al cabo de un rato se adelantó hácia la puerta, atravesó el umbral, preguntó si habria allí alguna habitacion desocupada, y aun cuando le dijeron que todas se encontraban alquiladas, insistió con tanto empeño en el deseo de visitar el quinto piso, que el portero se vió en la precision de subir y pedir permiso de parte del

Digitized by Google

recien llegado, á los que lo ocupaban, para ver las dos piezas de que se componia.

Las personas que moraban en aquel piso tan reducido eran un jóven y una jóven que acababan de casarse hacia ocho dias solamente. Al ver á estos jóvenes esposos, dió Dantés un profundo suspiro. En cuanto á lo demas nada habia allí que pudiera recordar á Dantés el departamento de su padre. Todos los muebles viejos, aquellos amigos de la infancia de Edmundo, presentes siempre á su memoria, habian desaparecido en su totalidad. Las paredes tan solo eran las que no habian variado. Dantés se volvió hácia el rincon en donde estaba la cama, que ocupaba el mismo sitio que la del antiguo inquilino, y á pesar del esfuerzo que hizo para contenerse, sus ojos dejaron escapar algunas lágrimas; recordaba que en aquel rincon era donde tal vez el anciano habia debido espirar nombrando á su hijo.

Los dos jóvenes observaban admirados á aquel hombre de frente severa, y por cuyas mejillas se deslizaban gruesas lágrimas sin que su semblante se arrugase un solo instante: pero como todo dolor trae siempre consigo cierta especie de carácter respetuoso, los jóvenes no se atrevieron á dirigir ninguna pregunta al desconocido; contentáronse con retirarse un poco para dejarle llorar á sus anchuras, y cuando se marchó le acompañaron hasta la puerta, manifestándole que podia volver cuando quisiese, y que su pobre casa le seria constantemente hospitalaria.

Al llegar al piso de mas abajo, que era el cuar-

Digitized by Google

to, se detuvo Edmundo delante de otra puerta y preguntó si continuaba viviendo allí el sastre Caderousse; pero el portero le contestó que el hombre de quien hablaba habia dejado el oficio, y en la actualidad tenia á su cargo, en el camino de Bellegarde á Beaucaire, la venta del Puente de Gard.

Bajó Dantés, preguntó por la morada del propietario de la casa de la alameda de Meillan, se dirigió á ella, hízose anunciar al mismo bajo el título de lord Wilmore — que era el nombre y título que indicaba su pasaporte — y le compró dicha casa por la suma de veinte y cinco mil francos, es decir, diez mil cuando menos, mas de lo que valia; pero Dantés habria dado por ella aunque fuese medio millon á trueque de adquirir su propiedad.

Aquel mismo dia se notificó á los jóvenes inquilinos del último piso por el escribano que habian hecho la escritura de venta de la finca, que el nuevo dueño de ella los dejaba en libertad de elegir otro departamento de la casa, sin aumentar de ningun modo el alquiler, con tal de que le cediesen las dos habitaciones. Este estraño suceso ocupó por mas de ocho dias la atencion de todo el vecindario de la alameda de Meillan, dando lugar á que se formasen mil conjeturas, de las cuales ninguna resultó exacta. Pero lo que sobre todo produjo mas admiracion, fué el haberse visto, la misma noche del dia en que el desconocido habia entrado en la casa de la alameda de Meillan, pasear á este por el barrio de los Catalanes, y entrar en una miserable casucha de pescadores en donde se detuvo mas de una hora para adquirir noticias de muchas personas que habian

Digitized by Google

muerto ó que habian desaparecido hacia mas de quince ó diez y seis años.

Á la mañana siguiente los moradores de la casita en que habia entrado para hacer todas estas preguntas, recibieron en recompensa de tal favor una barca catalana nueva, provista de un par de redes para pescar. Bien hubieran querido aquellas pobres gentes haber manifestado su agradecimiento á su generoso bienhechor; pero el desconocido no les dió lugar de verificarlo, pues alejándose con precipitacion, se le habia visto, despues de dar algunas órdenes á un marinero, montar á caballo y salir de Marsella por la puerta de Aix.

Digitized by Google

26.

LA POSADA DEL PUENTE DE GARD.

Todo el que haya recorrido á pié el mediodía de la Francia, habrá sin duda reparado, á mitad poco mas ó menos del camino de Bellegarde á Beaucaire, una posada sobre cuya puerta cuelga una plancha de hierro, que azota la pared al menor soplo de viento, y en la cual está grotescamente pintado el puente de Gard. Esta reducida posada, construida en direccion del curso del Ródano, se encuentra situada al lado izquierdo del camino, volviendo

Digitized by Google

la espalda al rio, y hermoseada con lo que en el Languedoc se llama un jardin, es decir, que el frente opuesto á aquel en que tiene la entrada principal, cae á un cercado donde descuellan algunos olivos y varias higueras silvestres, de hojas plateadas por el polvo: en los claros que dejan los árboles entre sí, está sembrada la hortaliza, como pimientos, ajos y otras plantas de esta especie: en uno de los ángulos del jardin, como un centinela olvidado, un gran pino semejante á un parasol, eleva melancólicamente su flexible tronco, mientras que su cima, abierta en forma de abanico se abrasa bajo los rayos de un sol de treinta grados. Todos estos árboles, grandes ó pequeños, se conservan, inclinados naturalmente en la direccion del *mistral*, uno de los tres azotes de la Provenza. Esparcidas acá y allá en la vecina llanura que se asemeja á un gran lago de polvo, vejetan algunas matas de trigo, que los agricultores del pais crian sin duda por curiosidad, cada una de las cuales sirve de abrigo á una cigarra que persigue con su canto desabrido y monotóno á los viageros perdidos en esta otra Thebaida.

Hacia siete ú ocho años poco mas ó menos, que esta venta se hallaba á cargo de un hombre y de una mujer, asistidos, por todo servicio, de una criada llamada Trinidad y de un mozo de cuadra nombrado Pascual, con los cuales estaba suficientemente servida la casa, desde que el canal que conduce de Beaucaire á Aguas-muertas, habia hecho suceder los acelerados bateles á los coches y diligencias. Este canal, como para hacer mas vivos todavía los disgustos del desgraciado mesonero á quien

Digitized by Google

arruinára, pasa por entre el Ródano que le alimenta y el camino á quien limpia de carruajes á cien pasos, con corta diferiencia, de la posada de que acabamos de hacer una corta pero veridica descripcion. Para concluirla dirémos que habia allí tambien un perro, viejo guardian nocturno, el cual ladraba lo mismo de dia que de noche á cuantos pasajeros atravesaban por el camino, pues el pobre animal en fuerza de la soledad que paulatinamente se habia echado de ver en aquel paraje, se asustaba cada vez que distinguia alguna persona por separado de las cuatro que moraban en el meson.

El posadero era hombre de cuarenta á cuarenta y dos años, alto, seco y nervudo, verdadero tipo meridional, con sus ojos hundidos y brillantes, su nariz de pico de loro y sus dientes blancos como los de un animal carnivoro. Sus cabellos, que parecian á pesar de sus años, no poder decidirse á encanecer, eran, así como su barba, que la tenia corrida, espesos y crespos, y apenas se advertia en toda su cabeza alguno que otro pelo blanco. Su tez, tostada naturalmente, hallábase además cubierta de una capa negruzca por la costumbre que el pobre diablo habia adquirido de estarse colocado desde por la mañana hasta la noche en el umbral de la puerta de la posada, para ver, si ya á pie, ó ya en carruaje, le llegaba algun parroquiano; esperanza casi siempre ilusoria para el pobre posadero, y durante la cual no acostumbraba oponer al ardor insoportable del sol, otro preservativo para su cara que un pañuelo colorado amarrado á la cabeza, á semejanza de los arrieros españoles. Este hombre

Digitized by Google

era nuestro antiguo conocido Gaspar Caderousse. Su mujer, Madalena Radelle, — apellido que llevaba antes de casarse, y con el cual seguia conociéndosela — era una mujer pálida, flaca, y enfermiza. Nacida en las cercanías de Arlés, y aunque conservando las señales primitivas de la belleza tradicional de sus compatriotas, habia visto desfigurarse lentamente su cara en el acceso casi continuo de una de esas fiebres sordas, tan comunes en las poblaciones vecinas á los estanques de Aguasmuertas y á los pantanos de la Camargue. Casi-siempre se hallaba sentada en el fondo de su cuarto situado en el piso alto, recostada unas veces en un sillon y apoyada otras contra su cama, mientras que su marido se ponia á la puerta á continuar su acostumbrada centinela, centinela que prolongaba con tanto mas gusto, cuanto que cada vez que se encontraba al lado de su áspera mitad, lo abrumaba ella con sus eternas quejas contra la suerte, quejas á las cuales su marido no contestaba generalmente sino con estas palabras de filosófica resignacion:

— Cállate, Carconta! si nos vemos así, es porque Dios quiere! Este apodo de Carconta venia de que Madalena Radelle habia nacido en el pueblecito de la Carconte, situado entre Salon y Lambése. De consiguiente, siguiendo la costumbre generalmente admitida en el pais de designar á todo el mundo con un sobrenombre, su marido habia sustituido semejante apodo al nombre de Madalena, demasiado dulce y armonioso quizá para su rudo lenguaje.

Sin embargo, no obstante esta pretendida resignacion á los decretos de la Providencia, no se crea

Digitized by Google

que nuestro posadero dejase de sentir profundamente el estado de miseria á que le habia reducido aquel malhadado canal de Beaucaire, ni que fuese insensible á las incesantes quejas con que su mujer le perseguia. Como la mayor parte de los habitantes del Mediodia, era un hombre sin grandes necesidades, pero apasionado y vanidoso por las cosas esteriores. Así es que en los tiempos de su prosperidad perdida, jamas habia dejado pasar ni una feria, ni una prosecion, ni ningun acto público, sin presentarse en ellos con la Carconta, el uno adornado con ese traje gracioso y pintoresco de los hombres del Mediodia, que participa á la vez del catalan y del andaluz; la otra con los primorosos vestidos de las mugeres de Arles, que parecen traidos de la Grecia ó de la Arabia. Poco á poco habian ido desapareciendo las cadenas de reloj, los aderezos, los cinturones de varios colores, los corpiños bordados, las chupas de terciopelo, los zapatos con hebillas de plata y Gaspar Caderousse, no pudiendo continuar presentándose á la altura de su pasado esplendor, habia renunciado por si y por su mujer á todas estas pompas mundanas, cuyos ecos de bulliciosa alegria agitaban aun su corazon de cuando en cuando y llegaban hasta su oido en el interior de aquella humilde y pobre posada que continuaba habitando mas bien como un abrigo que como una especulacion. Un dia que Caderousse habia permanecido, como de costumbre, una parte de la mañana delante de la puerta paseando su mirada melancólica de un prado exausto de yerba, donde andaban picando varias gallinas, á los dos estremos del camino desierto que

Digitized by Google

se confundia por un lado en el Mediodia y por el otro en el norte, oyó de repente la voz desabrida de su mujer y esto le obligó á abandonar el puesto. Entróse en la venta refunfuñando, y subió al piso superior habiendo tenido no obstante la precaucion de dejar la puerta abierta de par en par, como para invitar á los viajeros á que no se olvidasen de entrar, si su mala estrella conducia algun viajero por aquellos alrededores.

En el instante en que Caderousse acudió al sitio donde estaba su *dulce* mitad, el camino de que ya hemos hablado, y cuya estension acababan de recorrer sus miradas, se hallaba límpio y solitario como los desiertos africanos: á uno y otro lado se estendia blanco y sin fin, entre dos filas de árboles secos, y era fácil comprender que ningun viajero, libre de escojer otra hora, querria esponerse á atravesar aquella terrible Sahara. Sin embargo, á pesar de todas las probalidades, si Caderousse no se hubiese apartado de su puesto, hubiera podido ver asomar por la parte de Bellagarde á un caballero y un caballo marchando con un aire sosegado y amigable que indicaba las mejores relaciones entre el hombre y el animal. Este era un caballo castrado, que marchaba con alegre desembarazo: el ginete era un eclesiástico vestido de negro y cubierto con un sombrero de tres picos. Á pesar del calor insoportable del sol, no salia el buen animal de un trote punto mas que moderado. Llegado ante la puerta se detuvo el grupo: pero difícil fuera por cierto decir si fué el caballo quien detuvo al hombre, ó el hombre quien detuvo al caballo; en fin, sea como

Digitized by Google

quiera lo cierto es que el ginete echó pié á tierra, tiró del animal por la brida, fué á amarrarle á uno de los listones de madera corrohida de la ventana, y adelantándose en seguida hasta la puerta, limpiando con un pañuelo de algodon encarnado su frente bañada de sudor, dió tres golpes en el umbral con la contera de laton de la caña de junco que llevaba en la mano.

De repente se puso en pié el perro, dió unos cuantos pasos y comenzó á ladrar enseñándo sus dientes blancos y afilados, doble demostracion hostil que probaba la poca costumbre que tenia de ver entrar gentes en casa de su amo. Inmediatamente se dejó sentir en la escalera de madera que se hallaba junto á la pared, el ruido de las pisadas de pobre dueño de la venta á cuya puerta se encontraba el eclesiástico.

—Aquí estoy, aquí estoy! decía Caderousse, sobremanera admirado: eh! Te callas Margotin! No tengais miedo, señor, ladra pero no muerde. Quereis vino, no es verdad? porque está haciendo un calor que se asa el mundo. Ah! perdonad, interrumpió Caderousse, al ver la clase de persona á quien dirijia la palabra, perdonad, no sabia á quien tenia el honor de recibir. Qué se os ofrece? que quereis, señor abate? Aquí me teneis á vuestras órdenes.

El eclesiástico miró al posadero por espacio de dos ò tres segundos con una atencion particular: parecia como que deseaba llamar sobre sí la atende aquel hombre, pero viendo que la esprecion de su fisonomia no revelaba otro sentimiento que el de

Digitized by Google

la sorpresa de no recibir una respuesta, juzgó que era ya tiempo de hacerla cesar, y dijo con un acento italiano muy pronunciado:

—No sois vos el señor Caderousse?

—En efecto, dijo el ventero mas admirado quizá de la pregunta que lo que lo habia estado del silencio; soy Gaspar Caderousse, para serviros.

— Gaspar Caderousse?..... Sí..... ese creo que era el nombre y el apellido. Vivísteis hace mucho tiempo, segun recuerdo, en la alameda de Meillan, cuarto piso, no es así?

—Así es.

— Y entonces ejerciais el oficio de sastre.

—Sí, pero el oficio ha ido muy á menos, y á mas, es tanto el calor que hace en esa condenada Marsella, que al fin creo que han de venir á parar las gentes en andar desnudos. Pero á propósito de calor, no quereis refrescar señor abate?

—Si tal. Dadme una botella del mejor vino que tengais, y quiere decir, que si os parece, volverémos despues de beber, á emprender nuestra conversacion en el punto en que la dejamos.

—Como gusteis, señor abate, dijo Caderousse.

Y deseando no perder esta ocasion de dar salida á una de las últimas botellas de vino de Cahors que le quedaban, se apresuró á levantar una especie de compuerta y bajó por un hueco practicado en el tablado de aquel cuarto bajo que servia á la vez de comedor y de cocina. Cuando al cabo de cinco minutos volvió á aparecer, halló al eclesiástico sentado en un banco y apoyado el codo en una mesa larga y angosta, mientras que Margotin, que parecia haber

Digitized by Google

hecho las paces con él, al advertir que contra la costumbre de la posada, aquel viagero singular iba á tomar alguna cosa, alargaba sobre su muslo su descarnado hocico y le arrojaba una lánguida mirada.

—Estais solo? preguntó el abate al posadero, en tanto que este colocaba delante de él en la mesa una botella y un vaso.

—Oh! Dios mio! si, solo ó casi solo, señor abate, porque aunque tengo á mi mujer, en nada puede ayudarme, pues la pobre Carconta siempre está mala.

—Ah! estais casado! dijo el eclesiástico con cierta especie de interés y echando una mirada alrededor de sí, que parecia espresar la compasion que le inspiraba el pobre y escaso mueblaje de la posada.

—Os hallais considerando que no soy rico, no es verdad, señor abate? dijo Caderousse dando un suspiro; mas qué quereis, no basta ser hombre honrado para prosperar en este pícaro mundo.

El abate fijó sobre él una mirada investigadora.

—Sí, hombre honrado; de esto me puedo vanagloriar, señor, dijo el ventero sosteniendo la mirada de su huesped, con una mano sobre el corazon y meneando la cabeza de ariba á abajo; y cuidado que en nuestra época no todos pueden decir lo mismo.

—Tanto mejor para vos, si lo que afirmais es positivo, dijo el abate; porque tarde ó temprano, tengo la firme conviccion de que el hombre honrado encuentra recompensa y el malo castigo.

—Vuestro estado os pone en el deber de hablar así, señor abate; esa es vuestra obligacion, repli-

Digitized by Google

có Caderousse con una espresion amarga. Aparte de esto, cada cual es libre de creer ó no lo que decis.

—Haceis muy mal en hablar así, amigo, dijo el abate, porque quizá yo mismo voy á daros una prueba de la verdad que acabo de proferir.

—Qué quereis decir con eso? preguntó Caderousse con aire de admiracion.

—Quiero decir que necesito ante todo asegurarme de que sois vos mismo la persona con quien deseo entenderme.

—Qué pruebas quereis que os dé?

—Conocisteis en 1814 ó 1815 á un marino que se llamaba Dantés?

—Qué si le conocí! Qué si he conocido al pobre Edmundo! ya lo creo, como que era uno de mis mejores amigos, esclamó Caderousse, poniéndose encendido como la grana, mientras que la mirada clara y segura del abate procuraba penetrar en el interior de aquel á quien interrogaba.

—Sí, en efecto, Edmundo, ese creo que era su nombre.

—Es tan cierto que se llamaba Edmundo Dantés, como que yo me llamo, á Dios gracias, Gaspar Caderousse. Y que ha sido de él, señor abate? Qué se ha hecho ese pobre Edmundo? continuó el mesonero. Le habreis conocido acaso? ¿Vive todavia? Está libre? es afortunado?

—Murió en prision mas desesperado y miserable que los forzados que arrastran una cadena en los presidios de Tolon, contestó el abate.

Una palidez mortal reemplazó en el semblante de Caderousse al vivo carmin que poco antes se habia

Digitized by Google

apoderado de él. Se volvió un poco, y el abate le vió enjugarse una lágrima con uno de los picos del pañuelo encarnado que tenia puesto en la cabeza.

— Pobre muchacho! murmuró Caderousse. Y bien! he ahí una prueba mas de lo que os decia hace poco, que Dios no es bueno sino para con los malos. Ah! continuó, con ese lenguaje figurado de la gente del Mediodia, este mundo vá de mal en peor. Están haciendo falta una lluvia de pólvora de dos dias, y otra de fuego de una hora. Hasta entonces no andará la cosa bien!

— A lo que parece queriais á aquel jóven con todo vuestro corazon? dijo el abate.

— Sí, le queria con estremo, aun que tengo que reprocharme el haber envidiado un instante su felicidad. Pero despues de ese instante, os lo juro á fé de Caderousse, he lamentado sin cesar su desgraciada suerte.

Sucedióse un momento de silencio durante el cual la mirada fija del abate no cesó de interrogar la fisonomía movible del ventero.

— Y le conocisteis? continuó Caderousse.

— Fuí llamado á su lecho de muerte para prodigarle los últimos auxilios de la religion, respondió el abate.

— Y dequé murió? preguntó Caderousse con una voz casi ahogada.

— De qué se muere en prision á los treinta años de edad, sino es de la prision misma?

Caderousse se limpió el sudor que discurria por su frente.

— Lo que hay de estraño en todo esto, replicó el

Digitized by Google

abate, es que Dantés en su lecho de muerte, y por el Santo Crucifijo cuyos pies besaba con fervor, me juró que bajaba al sepulcro ignorando la verdadera causa de su encierro.

—Es verdad, es mucha verdad, murmuró Caderousse; él no podia saberla, no, señor abate; el pobre mozo no mentia en eso.

Por esa razon me dejó encargado que no perdonase medio alguno para descubrir los hechos que produjeran su desgracia, y tambien que revindicase su memoria, en el caso de que se hubiese hecho caer alguna mancha sobre ella.

Y la mirada del abate, que cada vez iba haciéndose mas fija, devoró la espresion casi sombria que apareció sobre la frente de Caderousse.

—Un inglés rico, continuó el eclesiástico, su compañero de infortunio, y que salió de presidio en la segunda restauracion, era poseedor de un diamante de gran valor. Al salir del encierro, quiso manifestar á Dantés, que en una enfermedad que habia tenido lo habia cuidado como un hermano, un testimonio de su reconocimiento, y le dejó dicho diamante. Dantés en lugar de servirse de él para seducir á sus carceleros, lo conservó en su poder cuidadosamente para en el caso de que llegara á verse libre; porque si algun dia alcanzaba su libertad, tendria asegurada su fortuna con la sola venta de aquel diamante.

—Con que segun es eso, preguntó Caderousse con los ojos encendidos, era un diamante de gran precio?

—Todo es relativo, replicó el abate, de gran pre-

Digitized by Google

cio para Edmundo: el diamante se hallaba estimado en cincuenta mil francos.

—Cincuenta mil francos! dijo Caderousse. Seria tamaño, por lo menos, como una nuez?

—No tanto, dijo el abate; pero vos mismo vais á juzgar de su volúmen y mérito, porque lo traigo conmigo.

Las miradas de Caderousse parecieron, dichas estas palabras, buscar con avidez en el ropaje del abate el raro depósito de que hablaba.

El abate sacó de su bolsillo una cajita de cuero negro, la abrió è hizo brillar á los deslumbrados ojos de Caderousse la reluciente maravilla montada sobre una sortija de esquisito trabajo.

—Y eso vale cincuenta mil francos? preguntó ávidamente Caderousse.

—Sin la sortija, que separadamente tiene tambien su valor en sí misma, dijo el abate, y en seguida volvió á cerrar la cajita y se metió en el bolsillo el diamante que continuaba sin embargo reluciendo en lo mas íntimo del pensamiento de Caderousse.

—Pero cómo es que esa alhaja se encuentra en vuestro poder, señor abate? preguntó Caderousse; por ventura, os nombró Edmundo su heredero?

—No, pero si su albacea testamentario. Tenia yo, antes de que me pusiesen preso, me dijo Edmundo; tres buenos amigos y una novia; y estoy seguro de que todos cuatro, si viven, me compadecerán amargamente: uno de ellos se llamaba Caderousse.

Caderousse se estremeció.

—El otro, continuó el abate sin dar á entender

Digitized by Google

que habia reparado en la emocion de Caderousse, el otro se llamaba Danglárs, y el tercero añadió, aunque era mi rival, me queria como los demás...

Una sonrisa diabólica animó las facciones de Caderousse, que hizo un movimiento para interrumpir al abate.

—Esperad, dijo el eclesiástico, dejadme concluir, y si teneis alguna observacion que hacerme, al momento podreis verificarlo. El otro, aunque era mi rival, me queria tambien, y se llamaba Fernando. En cuanto á mí novia tenia por nombre..... Se me ha olvidado ya que nombre me dijo Edmundo añadió el abate.

—Mercedes, dijo Caderousse.

—Ah! sí, eso es, replicó el abate con un suspiro mal reprimido, Mercedes.

—Y bien! preguntó el posadero.

—A ver! acercadme una botella de agua, os lo suplico, dijo el abate.

Caderousse se apresuró á obedecer. El eclesiástico llenó el vaso y bebió algunos sorbos.

—En donde estábamos? preguntó colocando su vaso sobre la mesa. Ah! ya me acuerdo: la novia se llamaba Mercedes; sí, eso es. Ireis á Marsella... Advertid que es Edmundo el que sigue hablando, comprendeis?

—Perfectamente.

—Allí vendereis este diamante; con su producto hareis cinco partes, y las distribuireis entre esos escelentes amigos, los únicos seres que me han amado sobre la tierra?

—Cómo cinco partes? dijo Caderousse. Hasta

Digitized by Google

ahora no me habeis hablado sino de cuatro personas!

—Porque la quinta ha muerto, segun me han dicho..... La quinta era el padre de Dantés.

—Ay de mí! En efecto, dijo Caderousse conmovido por los encontrados afectos que combatian en su interior, ah! sí, el infeliz murió!

—He sabido esta desgracia en Marsella, contestó el abate haciendo un esfuerzo para parecer indiferente, pero hace ya tanto tiempo que esa muerte acaeció que no he podido averiguar ningun pormenor..... Sabeis casualmente alguna cosa relativa al fin de aquel anciano?

—Que si sé algo! dijo Caderousse: vaya! y quién puede saberlo mejor que yo?.... como que vivia en la propia casa que él..... Ay Dios mio! Sí, un año á penas, despues de la desaparicion de su hijo espiró el pobre viejo?

—Pero, de qué murió?

—Los médicos nombraron la enfermedad, calificándola, me parece de una gastro enteritis: los que le conocian mas que los facultativos, manifestaron que habia muerto de pesar..... pero yo, que casi le ví acabar, digo y sostengo que falleció.....

Caderousse se detuvo.

—Que falleció de qué? preguntó con ansiedad el eclesiástico.

—De hambre!

—De hambre! esclamó el abate, dando un brinco sobre el banco en que se hallaba sentado; de hambre! Los animales mas viles, los mas despreciables no mueren de hambre: hasta los perros que

Digitized by Google

andan errantes por las calles encuentran una mano compasiva que les arroja un pedazo de pan. Morir de hambre, perecer de necesidad un hombre, un cristiano, en medio de otros hombres que se llamaban cristianos como él!.... imposible; oh! eso es imposible!

— Á pesar de todo, me ratifico en lo dicho, replicó Caderousse.

— Pues haces mal, dijo una voz que salia de la escalera: á qué te mezclas tú en lo que no te importa?

Los dos interlocutores se volvieron y vieron á través de la baranda de la escalera la pálida y macilenta fisonomía de la Carconta, que se habia arrastrado hasta aquel sitio, y escuchaba la conversacion sentada en el último escalon, con la cabeza apoyada sobre las rodillas.

— Tú eres la que no debieras mezclarte en lo que estamos hablando, mujer, porque á tí es realmente á quien no le importa ni poco ni mucho, dijo Caderousse. El señor me hace varias preguntas y la política exige que le conteste.

— Sí, pero la prudencia exige que te calles. Quién te responde de la intencion con que te se quiere hacer charlar, imbécil?

— La intencion no puede ser ni mejor ni mas escelente, buena mujer, os lo aseguro, dijo el abate. Vuestro marido no tiene nada que temer con tal de que responda francamente.

— Nada que temer..... Sí, siempre se comienza dando buenas promesas y haciendo grandes ofertas, y luego todos esos ofrecimientos se vuelven agua de

Digitized by Google

borrajas, hasta que cuando menos se piensa se le viene encima un chubasco de desgracias al pobre mentecato que ha sido fácil de lengua, sin que le sea dable averiguar de donde ha salido el golpe.

—Sosegaos, buena mujer, respondió el abate, que lo que es por mi parte no os ha de venir desgracia alguna; os lo repito.

La Carconta murmuró unas cuantas palabras que no se pudieron entender; dejó caer de nuevo la cabeza sobre las rodillas, y siguió entregada al temblor de la calentura que la embargaba, dejando á su marido en libertad de poder continuar la conversacion, pero colocada de modo qne no se la escapase ni una palabra de ella.

Entretanto el abate habia bebido segunda vez un poco de agua, y se habia vuelto á sentar en el banco.

—Pero decidme, prosiguió sin apartar la vista del posadero, tan abandonado se hallaba de todo el mundo ese desgraciado anciano, que tuvo que perecer de necesidad?

—Oh! señor, replicó Caderousse, no todos le abandonaron, pues Mercedes la Catalana y el señor Morrél, uno de los armadores del buque á bordo del cual era segundo el pobre Dantés, le fueron consecuentes hasta lo último; pero al pobre viejo creo que se le anticipó la muerte de resultas de la profunda antipatía que concibió hácia Fernando, el mismo precisamente, continuó Caderousse con una sonrisa irónica, que Dantés os dijo que era uno de sus amigos.

—Y qué, no lo era en efecto? dijo el abate.

—Gaspar, Gaspar! murmuró la Carconta des-

Digitized by Google

de lo alto de la escalera, repara en lo que vas á decir!

Caderousse hizo un movimiento de impaciencia, y sin dar ninguna contestacion á la que le interrumpia, respondió al abate:

—Se puede ser amigo de aquel cuya novia se quiere? Ya se vé, Dantés con aquel corazon de perlas que tenia, daba á todas esas gentes el nombre de amigos..... Pobre Edmundo!.... Pero vamos al caso, me parece que es mucho mejor el que no hubiese llegado á saber ninguno de estos pormenores, pues le hubiera costado demasiada repugnancia el perdonar semejantes agravios en la hora de su muerte..... Y por fin, digan lo que se les antoje, añadió Caderousse con esa especie de lenguaje al cual no falta cierta ruda poesía, mas miedo tengo á la maldicion de los muertos que al odio de los vivos.

—Imbécil! dijo la Carconta.

—Sabeis, segun eso, lo que Fernando hizo contra Dantés? preguntó el abate.

—Que si lo sé? yo lo creo que lo sé!

—Pues decidlo.

—Gaspar, haz lo que te parezca, porque eres dueño de tus acciones, dijo la posadera; pero si quieres creerme, mas vale que te calles: ten presente el adagio de que en boca cerrada no entran moscas.

—Lo que es esta vez me parece que llevas razon, mujer, dijo Caderousse.

—Con que no quereis decir nada, replicó el abate.

—Y á qué fin? dijo Caderousse. Si Edmundo es-

Digitized by Google

tuviera vivo y se llegase á mí para conocer de una vez por todas á sus amigos y á sus enemigos, no le dejaria en sus dudas; pero segun me habeis dicho, el pobre mozo se halla comiendo tierra, es decir, que no pudiendo en el dia abrigar odio contra nadie ni vengarse de los que le hicieron malas pasadas, vale mas poner punto en boca que andar gastando saliva inutilmente.

— Luego quereis, dijo el abate, que yo dé á esos mismos á quienes apellidais indignos y falsos amigos, una recompensa destinada á la fidelidad.

— Es verdad, teneis razon en eso, dijo Caderousse. Ademas, que seria en la actualidad para ellos lo que les ha dejado el pobre Edmundo?..... Nada: una gota de agua echada en el mar.

— Y eso aun sin tener en cuenta, interrumpió la Carconta, que en la posicion á donde les ha llevado la suerte, tendrán en sus manos los medios de anonadarte el dia que se les antoje.

— Cómo! Por ventura los sugetos de quienes hablamos han llegado á hacerse ricos y poderosos?

— Segun eso, ignorais su historia?

— La ignoro y desearia que me la contáseis.

Caderousse pareció reflexionar un instante.

— No, no es posible, dijo en seguida, porque seria cosa muy larga.

— Haced lo que os parezca, amigo, dijo el abate, con el acento de la mas profunda indiferencia; por mi parte, respeto vuestros escrúpulos; y como mi encargo se reduce á llenar una simple formalidad, quiere decir que venderé el diamante y asunto concluido.

Digitized by Google

Diciendo estas palabras sacó el diamante de la faltriquera, abrió la cajita y lo mostró por segunda vez á los deslumbrados ojos del posadero.

— Ven, ven, y verás, mujer, dijo este con una voz ronca.

— Un diamente! esclamó la Carconta levantándose y bajando con paso firme la escalera. Qué diamante es ese?

— No has oido lo que se ha dicho acerca de él! dijo Caderousse: es un diamente que Edmundo nos ha legado á su padre, á sus tres amigos Fernando, Danglárs y yo, y á su novia Mercedes la Catalana. Vale la friolera de cincuenta mil francos!

— Cáspita, y que joya! esclamó la Carconta.

— Dijisteis que la quinta parte de esa suma nos pertenece, no es así? preguntó Caderousse.

— Así es, dijo el abate; y además la parte del viejo Dantés, que me creo autorizado para repartir entre vosotros cuatro.

— Y porqué decis entre los cuatro? preguntó la Carconta.

— Porque sois los cuatro amigos que tenia Edmundo.

— No pueden ser amigos ni lo serán nunca, los que hacen traicion á la amistad, murmuró á su vez la posadera.

— Si, si, Caderousse, y eso es precisamente lo que yo decia. Es casi una profanacion, un sacrilegio el recompensar la traicion, y quizá el crímen.

— Vos sois el que así lo habeis querido, replicó tranquilamente el abate, volviendo á meter el diamante en el bolsillo de su sotana. Ahora hacedme

Digitized by Google

el favor de indicarme las señas y paradero de los otros amigos de Edmundo á fin de que pueda llevar á efecto sus últimas voluntades.

El sudor se deslizaba en gruesas gotas por la frente de Caderousse. Vió levantarse al abate, dirijirse hácia la puerta, como para lanzar á su caballo una mirada de aviso, y volver en seguida á su asiento. Caderousse y su mujer se miraban con una espresion inesplicable.

— El diamante seria entero y verdadero para nosotros! dijo Caderousse.

— Lo crees así? contestó la Carconta.

— Un eclesiástico no es capaz de faltar á su palabra.

— Haz lo que quieras, dijo la mujer, por mi parte no pienso mezclarme en el asunto.

Y diciendo esto subió nuevamente la escalera temblando de piés á cabeza y dando diente con diente á pesar del escesivo calor que hacia. Al llegar al último escalon se detuvo un instante:

— Reflexiónalo bien, Gaspar! dijo.

— Estoy decidido, respondió Caderousse.

La Carconta se entró en su cuarto dando un suspiro, y haciendo crugir el piso de madera de la habitacion hasta llegar á alcanzar su poltrona en la que se dejó caer cuan larga era.

— Á que estais, decidido? preguntó el abate,

— Á decíroslo todo, contestó el posadero.

— Es lo mejor que podeis hacer, dijo el eclesiástico; y no porque yo desee precisamente saber los cosas que quereis decirme, sino porque será muy conveniente que me ilustreis sobre el medio de dis

Digitized by Google

tribuir el legado conforme á la voluntad del testador.

— Me lisonjeo de qué acertaré á conseguirlo, respondió Caderousse, con las mejillas encendidas por el fuego de la esperanza y de la codicia.

— Pues ya os escucho, dijo el abate.

— Esperad un momento, interrumpió Caderousse, podrian interrumpirnos, y una interrupcion es siempre molesta; ademas no hay necesidad de que nadie sepa que vos habeis venido aquí. Y se encaminó hácia la puerta de la venta, cerrándola del todo, y poniendo para mayor precaucion por la parte de adentro la tranca de noche.

Mientras tanto, el abate escojió un sitio desde donde poder escuchar comodamente lo que se le iba á decir, y al efectó se sentó en un rincon en el cual se hallaba confundido con la oscuridad, al paso que á su interlocutor, que debia situarse en frente de él debía darle de lleno en el rostro el reflejo del sol. Caderousse arrimó un banco y se sentó en efecto frente por frente del desconocido.

— Ten presente que yo no te comprometo á que hables, dijo la voz trémula de la Carconta, como si á través del pavimento del cuarto alto, hubiese podido ver la escena que se preparaba.

— Bien, bien, dijo Caderousse: no hablemos mas sobre el particular: cargo con gusto con toda la responsabilidad.

Y empezó en los términos siguientes:

Digitized by Google

27.

LA RELACION.

Ante todo, señor abate, dijo Caderousse, desearia suplicaros me prometieseis una cosa.

—Cual? preguntó el abate.

—Que si alguna vez haceis un uso cualquiera de los pormenores que voy á revelaros, no direis á nadie que los habeis sabido por mí; pues las personas de quienes pienso ocuparme son ricas y poderosas, y con solo tocarme con la punta del dedo, seria lo bastante para que me hiciesen pedazos como si fuera un cristal.

Digitized by Google

— Permaneced tranquilo en cuanto á eso, amigo mio; soy sacerdote y las confesiones mueren en mi seno. Acordaos de que nuestro objeto se limita á cumplir dignamente la última voluntad de nuestro infortunado amigo. Hablad, pues, sin rodeos y sobre todo sin pasion; decid la verdad, en toda su pureza. No conozco, ni probablemente llegaré nunca á conocer á las personas de quienes vais á ocuparos: ademas yo soy italiano y no francés; pertenezco á Dios y no á los hombres, y muy pronto volveré á entrar en mi rincon de donde he salido únicamente para cumplir la postrera voluntad de un moribundo.

Esta promesa, hecha en términos tan precisos, pareció dar á Caderousse alguna seguridad.

— Y bien! en ese caso, dijo el posadero, quiero, y aun diré mas, debo desengañaros acerca de esas amistades que el pobre Edmundo creia sinceras y afectuosas.

— Empecemos por su padre, si gustais, dijo el abate. Edmundo me habló muchas veces de ese anciano á quien amaba profundamente.

— Muy triste es su historia, señor, dijo Caderousse meneando la cabeza. Probablemente estareis instruido de los principios de ella, no es verdad?

— Sí, respondió el abate, Edmundo me la refirió con todos sus pormenores hasta el dia en que fué preso en una taberna cerca de Marsella.

— En la Reserva. Oh! Dios mio! Todavia veo lo que pasó aquel dia como si me encontrase allí en este momento.

— No fué un convite dado en celebridad de su misma boda que estaba para verificarse?

Digitized by Google

—Si, por cierto, y el tal convite que tuvo un principio alegre, concluyó de una manera bien triste. Nos hallábamos en los postres cuando entró un comisario de policía seguido de cuatro soldados y puso preso á Dantés.

—Aqui concluye lo que yo sé, dijo el eclesiástico. Dantés mismo no sabia nada mas sino lo que le era absolutamente personal; porque jamás volvió á ver ninguna de las cinco personas que os he nombrado, ni oyó hablar de ellas.

—Pues bien! Una vez preso Dantés, el señor Morrel corrió á tomar noticias de los motivos que hubieran podido ocasionar semejante desgracia; y halló que esos motivos eran bastante tristes. El viejo se volvió en derechura á su casa, quitóse su traje de bodas llorando amargamente, anduvo todo el resto del dia de un lado á otro de su habitacion, paseandose maquinalmente, y cuando llegó la noche ni se acostó tan solo; sé todo esto porque como yo vivia en el piso debajo del suyo, estuve oyendo sin cesar sus pisadas: tampoco pude yo entregarme al sueño: el dolor en que se hallaba embebido aquel pobre viejo me llegaba al alma, y cada uno de sus pasos me apretaba el corazon como si real y verdaderamente apoyase el pie sobre mi pecho. Al dia siguiente vino Mercedes á Marsella para implorar la proteccion del señor de Villefort; y aun cuando nada logró obtener, se fué en seguida á casa del anciano. Cuando le vió tan sombrío y abatido, y supo que habia pasado la noche sin acostarse y que no habia comido desde el dia anterior, quiso llevársele consigo para asistirle; pero el pobre viejo en manera alguna consintió.

Digitized by Google

—No, decia, no dejaré mi casa por ningun estilo, porque siendo yo la persona á quien mi hijo quiere sobre todas las cosas, si llega á verse en libertad, vendrá al momento aquí, y tendré el placer de ser el primero que le abrace. Qué diria si no estuviese yo en casa esperándole?

Todo esto lo escuchaba yo desde mi propio aposento con suma atencion, pues hubiera sido para mi muy satisfactorio el que Mercedes hubiese conseguido llevarse al anciano, porque, lo confieso, aquellas pisadas retumbando noche y dia sobre mi cabeza no me dejaban un instante de reposo.

—Pero no subiais nunca al cuarto del viejo para consolarle? preguntó el abate.

—Ah! señor, no se consuela jamás sino al que se quiere consolar y el padre de Dantés no se hallaba en este caso, rspondió Caderousse. Ademas, no sé por qué, pero me parecia que el buen hombre esperimentaba cierta repugnancia al verme. Sin embargo, una noche que le oí sollozar con mas fuerza que de costumbre, no pude contenerme y subí, pero así que llegué á la puerta habia dejado de sollozar, y estaba rezando. Imposible me seria repetiros las elocuentes palabras y la ternura con que dirigia á Dios sus súplicas; no era solo la piedad, era el dolor quien hablaba; como nunca he sido beato y no me han gustado los jesuitas, no pude menos de decirme, al oir aquella fervorosa oracion, que era ciertamente una felicidad para mí el ser solo en este mundo, y que Dios no me hubiese dado hijos, porque en el caso de tenerlos y de sentir una pena semejante á la de mi honrado vecino, como no podria encontrar

Digitized by Google

ni en mi memoria ni en mi corazon, todo lo que él decia al Ser Supremo, me iria en derechura á arrojarme al mar para librarme cuanto antes de padecer.

— Pobre padre! balbuceó el abate.

— Cada dia que pasaba, iba haciendose su vida mas aislada y mas sola: á menudo, asi el señor Morrel como Mercedes venian á verle, pero siempre encontraban la puerta cerrada, y á pesar de que yo estaba seguro de que se hallaba dentro del cuarto, nunca contestaba. Un dia que, contra su costumbre, habia dado entrada á Mercedes, y que esta, desesperada como estaba, procuraba no obstante consolarle por todos los medios que á mano tenia:

— Hija mia, le dijo el anciano interrumpiéndola, hija mia, desengáñate; Edmundo ha muerto..... y en vez de esperarle nosotros, el es quien nos espera.... Afortunadamente yo soy el mas viejo y seré por consiguiente el primero que le vea.....

Por bueno y compasivo que uno sea, llega por fin el dia en que deja de visitar las personas que solo sirven para entristecer; así es que el viejo Dantés vino á parar en quedarse absolutamente solo. Desde que el señor Morrel y Mercedes dejaron de visitarle como antes, no se veia ya subir por la escalera sino á personas desconocidas que bajaban con algun bulto mal oculto debajo del brazo. No tardé en averiguar lo que aquello queria decir: el infeliz iba vendiendo poco á poco todo cuanto tenia. Al cabo, despues de haberse desprendido el desdichado hasta de sus propios vestidos, se vió amenazado con que le arrojarian á la calle si no satis-

Digitized by Google

facia las mensualidades que llevaba y vencidas. En semejante apuro pidió al propietario de la casa ocho dias de término para satisfacer su adeudo, los cuales le fueron concedido. Supe esta circunstancia por el mismo propietario que al salir de la habitacion del anciano entró en la mia y me lo contó. Durante los tres primeros dias del fatal plazo le sentí andar por la habitacion como de costumbre, pero al cuarto, dejé de oirle. Me arriesgué á subir al instante, y aunque la puerta estaba cerrada, miré por el agujero de la cerradura y le ví tan pálido y cadavérico, que juzgando deberia encontrarse muy malo, me apresuré á dar aviso de ello al señor Morrél y á Mercedes. Uno y otra acudieron con presteza acompañados de un médico, que despues de reconocer al enfermo declaró se hallaba acometido de una gastro-enteritis y le ordenó que guardase dieta. Señor abate, yo me hallaba allí presente en aquel instante, y puedo aseguraros que jamás, jamás olvidaré la sonrisa del anciano al oir este precepto. Desde entonces dejó la puerta abierta, pues escudado con la órden del facultativo tenia un buen pretesto para no comer.....

El abate arrojó una especie de gemido que interrumpió la relacion del posadero.

—Parece que os interesa esta historia no es verdad, señor? dijo Caderousse.

—Sí, contestó el abate, es en efecto sumamente tierna; proseguid, proseguid.

—Volvió Mercedes y lo halló tan cambiado, que, como la primera vez, pretendió llevársele consigo. Esta era tambien la opinion del señor Morrél, pero

Digitized by Google

fué tanto lo que el viejo gritó y se acongojó, que no se atrevieron á tocarle. Mercedes se quedó á la cabecera de su cama. El señor Morrél se fué, haciendo seña á la catalana de que dejaba una bolsa sobre la chimenea. Pero inútilmente, porque atrincherado el paciente trás el dictámen facultativo que le prescribiera la dieta, no quiso tomar nada. En fin, al cabo de nueve dias de desesperacion y de abstinencia, espiró el viejo maldiciendo á los que habian causado su desgracia y diciendo á Mercedes:

—Pobre hija mia, si vuelves á ver á Edmundo, dile que muero bendiciéndole.

El abate se levantó y dió unos cuantos paseos por la estancia, aplicándose una mano á la garganta como si temiese que se iba á ahogar.

—Con qué vuestro parecer es de que murió.....

—De hambre..... señor, de hambre; dijo Caderousse; es tan cierto como que vos y yo somos cristianos.

El abate cojió con mano convulsa el vaso de agua á medio llenar, que tenia delante, y bebiéndola de un solo trago, se sentó de nuevo en el rincon con los ojos tan encendidos que parecian brotar fuego y las mejillas tan pálidas que parecian estar cubiertas por una capa de nieve.

—Confesad que es una desgracia terrible, dijo con una voz ronca.

—Y tanto mayor, señor, cuanto que Dios no ha tenido parte, habiendo sido los hombres únicamente causa de ella.

—Pasemos pues, á ocuparnos de esos hombres, dijo el abate; pero tened presente, continuó con

Digitized by Google

un aire casi amenazador, que os habeis comprometido á decirmelo todo; veamos, quienes son esos hombres que han hecho morir al hijo de desesperacion y al padre de hambre?

— Dos hombres celosos del primero, el uno por amor, y el otro por ambicion; Fernando y Danglárs.

— Y decid, de qué manera manifestaron esos celos?

— Denunciando á Edmundo como agente bonapartista.

— Pero cual de los dos denunció? Cuál de los dos fué el verdadero culpable?

— Ambos, señor; el uno por haber escrito la denuncia, el otro por haberla echado al correo.

— Y donde se escribió la tal denuncia?

— En la Reserva misma, la víspera del proyectado casamiento.

— Eso es, eso es! murmuró el abate. Oh! Faria! Faria! cuan bien conocias los hombres y las cosas!

— Qué decís, señor? preguntó Caderousse.

— Nada, replicó el abate, proseguid.

— Danglárs fué el que escribió la denuncia con la mano izquierda para que su letra no fuese conocida, y Fernando el que la envió.

— Pero, esclamó repentinamente el abate, vos estabais allí!

— Yo! dijo Caderousse sobresaltado, quien os ha dicho que yo estaba allí?

El abate echó de ver que se habia precipitado.

— Nadie me lo ha dicho, replicó, pero, para

Digitized by Google

estar tan al corriente de todos los pormenores, supongo que seriais testigo de los hechos.

— Es cierto dijo Caderousse, con voz sofocada, allí estaba yo.

— Y cómo no os opusisteis á semejante infamia? Precisamente seriais cómplice en ella.

— Habeis de saber, señor, dijo Caderousse, que los dos me habian hecho beber hasta el punto de perder casi del todo la razon. Ya no veia sino á través de una densa nube. Dije sin embargo todo lo que un hombre que se halla en tan fatal estado puede decir, pero ellos me respondieron que aquello era una broma que pensaban dar y que de seguro no tendria consecuencia alguna sensible.

— Pero al otro dia, muy bien visteis que las habia tenido, y no obstante eso continuasteis callado á pesar de haber estado presente cuando prendieron á Dantés.

— Sí señor, teneis razon, allí me encontraba, y quise hablar, quise decirlo todo, pero Danglárs me contuvo: «advierte, me dijo, que si por casualidad es culpable, si resulta ser cierto que ha hecho escala en la isla de Elba, si se halla efectivamente encargado de una carta para el comité bonapartista de Paris, y si dicha carta se le coje encima, todo el que haya salido á su defensa pasará por uno de sus cómplices.» Oidas estas palabras tuve miedo de meterme á defensor del prójimo. Confieso ingenuamente que me mantuve callado; aun mas, confieso que fué una cobardía, una accion casi infame, pero no un crímen.

Digitized by Google

—Vaya! ya lo entiendo ahora... Dejasteis obrar y punto rodondo.

—Sí, señor, contestó Caderousse, y ese es el orígen de los remordimientos que desde entonces no me abandonan noche y dia. A menudo pido perdon á Dios, con tanto mas fervor, cuanto què esa accion, la única que tengo seriamente que reprocharme en todo el curso de mi vida, es sin la menor duda la causa de mis desgracias. Bien á mis costas espío, señor abate, aquel momento de fatal egoismo y tan convencido estoy de que mis desgracias son un justo castigo de tan mala accion, que cuando oigo á la Carconta quejarse y lamentarse de nuestra infelíz situacion, le contesto siempre: «Cállate, mujer; Dios lo quiere así.»

Y dichas estas palabras, el posadero dejó caer la cabeza sobre su pecho, como abrumado por el peso de los remordimientos.

—Bien, amigo, bien, habeis hablado con franqueza; acusarse de esa suerte es hacerse acreedor al perdon.

—Desgraciadamente, dijo Caderousse, Edmundo ha muerto sin perdonarme.

—Él ignoraba..... dijo el abate.

—Ya, pero ahora no ignora nada; dicen que los muertos lo saben todo.

Siguióse un instante de silencio: el abate se levantó y dió unas cuantas vueltas por la estancia en ademan pensativo: de allí á poco volvió á su sitio y se sentó nuevamente.

—Me habeis nombrado por dos ó tres veces, si-

Digitized by Google

no he oido mal, á un tal Morrél; quien es ese sujeto?

—El armador del *Faraon*, el principal de Dantés.

—Y qué papel ha representado ese hombre en el asunto que nos ocupa? preguntó el abate.

—El papel de un hombre honrado, el de un amigo decidido y afectuoso. En mas de veinte ocasiones intercedió por Edmundo. Cuando el emperador volvió á ocupar su trono, escribió, suplicó y hasta llegó á amenazar con tanto ahinco, que en la segunda restauracion se vió por ello muy perseguido como bonapartista. Otra porcion de veces, como ya os he dicho, se fué á casa del padre de Dantés con el propósito de llevársele consigo; y la víspera ó la antevíspera de su muerte, segun tambien os he dicho, dejó sobre la chimenea una bolsa llena de dinero con el cual se pagaron las deudas del pobre viejo y se pudieron satisfacer los gastos del entierro, de manera que el infelíz anciano pudo al menos morir como habia vivido: con la satisfaccion de no haber causado perjuicio en los intereses de persona alguna. Aun tengo yo, y lo conservo como una halaja, el bolsillo de que os he hablado, que es de seda encarnada.

—Y ese señor Morrél, vive todavia? preguntó el abate.

—Todavia, dijo Caderousse.

—En ese caso, replicó el abate, la bendicion del cielo habrá caido sobre ese hombre..... Será rico, feliz..... verdad?

Caderousse se sonrió amargamente.

Digitized by Google

—Sí, tan feliz y afortunado como yo! esclamó.

—Qué decis! replicó el abate: acaso ese señor Morrél será desgraciado?.... es posible?

—Y tan posible: el pobre señor se halla á las puertas de la miseria, y quizá dentro de poco perderá su reputacion que es todavia peor.

—Pero.....

—No hay mas pero que la razon. Despues de veinte y cinco años de trabajar asidua y honradamente, despues de haber adquirido la reputacion mas distinguida en el comercio de Marsella, el señor Morrél se ve completamente arruinado. Ha perdido cinco buques en el corto espacio de dos años, ha sufrido tres bancarrotas seguidas, y todas sus esperanzas se cifran al presente en ese mismo *Faraon* que mandaba el pobre Edmundo, y que debe volver de las Indias con un cargamento de cochinilla y de añil. Si este buque se pierde casualmente como los otros, no le quedará mas remedio que suicidarse.

—Y tiene mujer é hijos el desgraciado? preguntó el abate.

—Sí, tiene una mujer, que en medio de estas adversidades se conduce como una santa; tiene una hija que iba á casarse con un hombre á quien amaba, pero al que su familia no permite enlazarse con una jóven sin fortuna; tiene en fin un hijo dotado de escelentes prendas, el cual sirve en el ejército con el grado de teniente. Pero ya comprendereis que todo esto no hace sino duplicar su sentimiento en lugar de dulcificarlo: si estuviese solo, no vacilo en creerlo, se levantaria la tapa de los sesos y asunto concluido.

Digitized by Google

— Cruel posicion ! murmuró el eclesiástico.

— He ahí la recompensa que obtiene comunmente la virtud, señor abate, dijo Caderousse. Y si no, en mí teneis un ejemplo; yo que jamás he cometido una mala accion, aparte de la que os he contado, me veo sumerjido en la miseria, y cuando haya visto morir á mi infeliz mujer, consumida lentamente por la fiebre, sin haber podido hacer nada en su alivio, me moriré de hambre como el padre de Dantés, sí, me moriré de hambre, mientras que Fernando y Danglárs nadan en el oro y en la abundancia.

— Y cómo así?

— Porque todo les ha salido bien, al paso que á los hombres honrados todo les sale mal.

— Qué se ha hecho de Danglárs, del mas culpable, es decir del instigador?

— Qué se ha hecho? Se marchó de Marsella, y entró por recomendacion del señor Morrél, que ignoraba su crímen, en casa de un banquero español. En la época de la guerra de España, estuvo encargado de una parte de las provisiones del ejército francés, é hizo fortuna. Con este primer dinero se empeñó en jugadas de bolsa, y ha triplicado y aun cuatriplicado su capital; á lo que se agrega que habiendo fallecido su mujer, hija del banquero su principal, ha casado en segundas nupcias con una viuda, la señora de Nargonne, hija del señor de Servieux, chambelan del rey actual, y que goza de un favor estraordinario. El resultado es que lo han hecho conde, y se titula el conde Danglárs, que tiene un palacio en la calle de Mont-Blanc, diez

Digitized by Google

caballos en sus caballerizas, seis lacayos en su ante-cámara y yo no sé cuantos millones en sus arcas.

— Ah! dijo el abate con un acento singular; será pues feliz con tanta fortuna?

— Feliz! quien puede decir eso? La infelicidad ó la desgracia es un secreto de las paredes, y aunque estas acostumbran á decir que tienen oidos, carecen sin embargo de lengua. Si la felicidad estriba en una gran fortuna, Danglárs no hay duda que es dichoso.

— Y Fernando?

— Fernando? otro que tal, ni mas ni menos.

— Pero como ha podido hacer suerte un pobre pescador catalan, sin recursos y sin educacion? confieso que es cosa que me confunde.

— Y á todo el mundo sucede lo mismo: necesario es convenir en que existe en él algun estraño secreto ignorado hasta el presente.

— Pero en fin, por qué visibles medios ha llegado á hacer fortuna, ó á subir á tan elevada posicion?

— Á todas dos, señor, á todas dos: Fernando tiene fortuna y posicion á la vez.

— El caso es que parece cosa de novela todo lo que me estais contando.

— Escuchad y comprendereis mejor:

Algunos dias antes del regreso de Dantés, habia vuelto Fernando á caer en la conscripcion. Los Borbones le dejaron tranquilo en los Catalanes; pero restituido á Francia Napoleon, fue decretada una quinta estraordinaria y Fernando se vió obligado á partir. Yo tambien lo verifiqué, pero como era de

Digitized by Google

mas edad que el Catalan y ademas acababa de casarme, fuí enviado á las costas únicamente. Por el contrario, Fernando ingresó en las filas de las tropas activas, ganó la frontera con su regimiento y asistió á la batalla de Ligny. La noche que siguió á la batalla estaba de centinela en la puerta de un general que tenia relaciones secretas con el enemigo. Aquella misma noche el general debia reunirse á los ingleses, y habiendo propuesto á Fernando que le acompañase, aceptó la indicacion, abandonó su puesto y siguió al general. Lo que le hubiera sometido á un consejo de guerra si Napoleon hubiese continuado en el trono, le sirvió de recomendacion para los Borbones. Mi hombre entró en Francia con las insignias de subteniente; y como la proteccion del general, que se halla á mucha altura, no le faltó ni un instante, era ya capitan en 1823, despues de la guerra de España, es decir, en los momentos precisamente en que Danglárs emprendia sus primeras especulaciones. Fernando, como español, fue enviado á Madrid para instruirse del estado de la opinion pública y sondear el espíritu de sus compatricios. Habiéndose encontrado en aquella corte con Danglárs, tuvo con él una conferencia, en seguida prometió á su general un apoyo entre los realistas de la capital y de las provincias, recibió promesas en cambio de las que hiciera, guió á su regimiento por caminos conocidos de él solo, á traves de gargantas guardadas por los realistas, y en fin, prestó tales servicios en esta corta campaña, que despues de la toma del Trocadero le nombraron coronel y recibió

Digitized by Google

la cruz de oficial de la Legion de Honor con el título de baron por añadidura.

— Oh! destino, destino! murmuró el abate.

— Si, pero escuchad, no es esto todo. Terminada la guerra de España, la carrera de Fernando se encontraba interrumpida por la larga paz que prometia reinar en Europa. Tan solo la Grecia se hallaba levantada contra la Turquía y acababa de comenzar la guerra de su independencia. Todas las miradas estaban fijas en Atenas: se habia hecho de moda compadecer y sostener á los griegos. El gobierno frances, sin protejerlos abiertamente, como sabeis, toleraba las emigraciones parciales. Fernando solicitó y obtuvo permiso de ir á servir á Grecia. Algun tiempo despues se supo que el baron de Morcerf, que así era su título, habia entrado al servicio de Alí-Pachá con el grado de general instructor. Alí-Pachá fue muerto, segun sabeis, pero antes de espirar, recompensó los servicios de Fernando dejándole una suma considerable con la cual volvió este á Francia en donde se le confirmó el grado de teniente general.

— De suerte que hoy.....? preguntó el abate.

— De suerte que hoy, prosiguió Caderousse, es conde, es diputado y posee un soberbio palacio en Paris, calle de Helder, número 27.

El abate abrió la boca, permaneció un instante como un hombre que titubea, pero haciendo por fin un esfuerzo sobre sí mismo:

— Y Mercedes? preguntó, me han asegurado que habia desaparecido.

Digitized by Google

— Desaparecido, dijo Caderousse, como desaparece el sol para aparecer al dia siguiente con nuevo brillo y magestad.

— Tambien ha hecho su parte de fortuna? preguntó el abate con sonrisa indefinible.

— Mercedes es hoy una de las principales damas de Paris, replicó Caderouse.

— Me está pareciendo que escucho la relacion de un sueño. Pero yo mismo he visto cosas tan estraordinarias, que las que me decis no pueden sorprenderme demasiado. Proseguid, proseguid.

—Al principio apoderóse de Mercedes la mayor desesperacion al recibir el inesperado golpe que le arrebató á su amante, y ya creo haberos dicho las instancias que hizo al señor de Villefort, y el cariño y pruebas de afecto que manifestó al padre de Edmundo. En medio de su desesperacion vino á acometerla un nuevo pesar, el de la partida de Fernando, cuyo crímen ignoraba y á quien miraba como á un hermano. Con la ausencia de Fernando quedó Mercedes absolutamente sola.

Tres meses transcurrieron sin que sus ojos se enjugasen un instante: ni una sola noticia recibió durante ellos de Edmundo ni de Fernando: el único objeto que tenia diariamente ante sus ojos era el de un anciano cuya vida iba lentamente minando la desesperacion. Una noche, despues de haber permanecido todo el dia sentada, segun su costumbre, en la union de los dos caminos que se dirijen de Marsella al barrio de los Catalanes, entró en su casa mas abatida que nunca al ver burladas todavia sus mas ardientes esperanzas. De repente le pareció

Digitized by Google

haber sentido el ruido de unos pasos que le eran conocidos: volvió la cara con ansiedad, abrióse con esto la puerta y vió á Fernando vestido con el uniforme de subteniente. Al instante cojió Mercedes las manos de Fernando con un trasporte que este interpetró favorablemente á sus intenciones amorosas, pero que en realidad fué solamente producido por el júbilo de verse acompañada, y de recobrar un amigo que pudiera distraerle en lo sucesivo de la pena que la devoraba. Jamás habia odiado á Fernando, aunque no le amaba..... Otro era el dueño esclusivo de su corazon, solo que este otro se hallaba ausente..... habia desaparecido..... y quizá habia muerto. Esta última idea arrancaba mil sollozos á la afligida Mercedes, y cada vez iba adquiriendo mas raices en su imaginacion, porque el viejo Dantés la decia constantemente: «Nuestro Edmundo ha muerto; si estuviese vivo ya se hubiera reunido con nosotros.»

Al cabo falleció el anciano, como ya os he dicho. Si hubiese continuado viviendo, quizá Mercedes no hubiera llegado á casarse, porque el viejo le hubiera echado en cara su infidelidad. Comprendiendolo asi Fernando, se apresuró á volver á los Catalanes en cuanto tuvo noticia del fallecimiento del viejo Dantés. Entonces ya era teniente. En su primer viage, no habia dicho á Mercedes ni una palabra de amor, mas en el segundo la recordó que continuaba adorandola; Mercedes le pidió seis meses mas para esperar y llorar.

—Es decir, que todo junto compone el plazo de diez y ocho meses, dijo el abate con una sonrisa

Digitized by Google

amarga. Qué mas puede pedir el amante mas afortunado? Y en seguida murmuró estas palabras del poeta inglés: *Frailty, ty name is woman!*

—Seis meses despues, replicó Caderousse, tuvo lugar el casamiento en la iglesia de las Accoules.

—Esa era la misma iglesia en donde Mercedes debia haberse casado con Edmundo, murmuró el eclesiástico; de manera que toda la variacion se redujo al novio.

—Casóse, pues, Mercedes, continuó Caderousse, pero aunque á los ojos de todos apareciese la pobre muchacha tranquila y satisfecha, poco le faltó para desmayarse al pasar por delante de la Reserva, en donde diez y ocho meses antes se habia celebrado el convite de sus próximas bodas con el que hubiera podido ver que amaba todavia si hubiese osado mirar el interior de su corazon. Fernando, mas contento y feliz que su recien esposa, aunque no mas tranquilo, porque en aquel entonces temia sin cesar el regreso de Edmundo, lo primero que hizo fué sacar á Mercedes de Marsella y aun alejarse él mismo de esta ciudad donde se conceptuaba comprometido gravemente. Así es que á los ocho dias de la boda partieron los novios.

—Y volvisteis á ver á Mercedes? preguntó el abate.

—Sí, cuando ocurrió la guerra de España, en Perpiñan, á donde Fernando la habia dejado. Allí se hallaba ocupada en la educacion de su hijo.

El abate se conmovió.

—De su hijo? dijo.

Digitized by Google

—Si, respondió Caderousse, del pequeño Alberto.

—Pero careciendo de instruccion, como es notorio que carecia, cómo podia educar á su hijo? preguntó el abate. Recuerdo muy bien haber oido decir á Edmundo diferentes veces que era hija de un simple pescador, bella, pero inculta.

—Oh! replicó Caderousse, pues muy mal conocia á su prometida esposa! Mercedes hubiera podido ocupar un trono, señor, si la corona debiese colocarse solamente sobre las cabezas mas bellas y mas inteligentes. Su fortuna iba ya engrandeciéndose y ella se engrandecia á par de la misma. A un mismo tiempo aprendia el dibujo, la música... en una palabra lo aprendia todo. Por otra parte, y aqui para entre nosotros, yo estoy persuadido de que ella hacia todo esto por distraerse, por olvidar, y que llenaba su cabeza con tantas cosas á la vez para ahogar la especie de remordimiento que oprimia su corazon. Pero lo que es en la actualidad, y lo digo así porque nada debo ocultaros, la fortuna y los honores la han consolado sin duda de su pena. Es rica, es condesa, y sin embargo...

Caderousse se detuvo.

—Y sin embargo qué? preguntó el abate.

—Y sin embargo, persuadido estoy de que no es feliz, dijo Caderousse.

—Y por qué motivo lo creeis así?

—Escuchad. Cuando llegué á caer en desgracia y me vi miserable y desprovisto de todo humano recurso, creí que mis antiguos amigos me ayudarian en algo. En efecto, me presenté en casa de Danglárs

Digitized by Google

y no quiso recibirme. Pasé á la de Fernando y este dió órden de que me entregasen cien francos.

—Luego entonces no visteis á ninguno de los dos?

—No, pero la señora de Morcerf me vió muy bien.

—Como?

—Cuando salí á la calle, cayó á mis pies una bolsa, que contenia veinte y cinco luises. Alzé la cabeza para mirar quien me habia arrojado aquel presente y alcancé á ver á la señora de Morcerf que estaba cerrando la persiana.

—Y el señor de Villefort? preguntó el abate.

—Oh! el señor de Villefort nunca habia sido mi amigo, no le conocia, y de consiguiente nada tenia que pedirle.

—Pero no sabeis qué se ha hecho de él, y la parte que haya podido tener en la desgracia de Edmundo?

—No: lo único que sé es que algun tiempo despues de haber hecho arrestar á Edmundo, se casó con la señorita de Saint-Meran abandonando de allí á poco á Marsella. Sin duda que la fortuna se le habrá mostrado risueña como á los otros, y será rico como Danglárs, estará en elevada posicion como Fernando. Yo solo, segun estais viendo, yo solo soy el que me he quedado pobre, miserable y olvidado de Dios.

—Os equivocais, amigo mio! Dios no se olvida jamás de ninguna de sus criaturas; y si no, ahora mismo vais á recibir una prueba de ello.

A estas palabras, sacó el abate el diamante de su bolsillo y presentándoselo á Caderousse:

Digitized by Google

— Tomad, le dijo, tomad este diamante, porque es vuestro.

— Como! mio solamente! esclamó Caderousse. Ah! señor, es eso una chanza?

— Este diamante, ó mejor dicho, su valor, debia ser distribuido entre los amigos de Edmundo, pero como este solo tenia un amigo, inútil es por consiguiente el reparto que pensaba hacer. Tomadlo y vendedlo; os repito que vale cincuenta mil francos, suma suficiente en mi concepto para sacaros de la miseria en que vivis.

— Oh! señor abate, dijo Caderousse adelantando timidamente una mano mientras que con la otra limpiaba el sudor que corria por su frente, oh, señor! no os burleis asi de la felicidad y desesperacion de un hombre!

— Demasiado sé lo que es tu dicha y la desesperacion, y nunca me burlaré de tales sentimientos, contestó el abate; tomadlo pues, pero en cambio...

Caderousse, que tenia ya entre los dedos el diamante, retiró la mano con presteza, y advirtiéndolo el abate no pudo menos de sonreirse.

— En cambio, continuó, dadme ese bolsillo de seda encarnada que el señor Morrél dejó sobre la chimenea del viejo Dantés, y que segun me habeis dicho se halla en vuestro poder.

Cada vez mas asombrado Caderousse con lo que veia y oia, se llegó á un armario de encina, lo abrió y puso en manos del abate una bolsa larga de seda encarnada pero bastante usada y descolorida por el tiempo, en rededor de la cual habia dos anillos de

Digitized by Google

cobre que se conocia haber sido dorados en otro tiempo.

—Oh! señor, esclamó Caderousse así que hubo entregado la bolsa y se vió en posesion del diamante, preciso es confesar que sois un hombre sin segundo, porque no pudiendo nadie saber que Edmundo os habia dado esta alhaja muy bien podiais haberos quedado con ella.

—Ola! dijo el abate para sí, eso quiere decir que te hubieras conducido de esa suerte á haberte hallado en mi lugar!

El abate se levantó, tomó el sombrero, recojió los guantes, y volviéndose á Caderousse, le dijo:

—Supongo que cuanto me habeis dicho es la pura verdad, y puedo creerlo en todas sus partes, no es esto?

—Esperad, señor abate, dijo Caderousse, ahí teneis en ese rincon un crucifijo de madera bendita, y en ese otro lado el libro del Evangelio de mi mujer: con una mano puesta encima del libro y con otra colocada sobre el crucifijo voy á juraros por la salvacion de mi alma, y á fé de cristiano que soy, que todo lo que acabo de manifestaros es la verdad pura, como el ángel de los hombres la dirá al oido de Dios el dia del juicio final.

—Está bien, dijo el abate convencido por el acento de Caderousse de que no mentia; está bien: aprovechaos con juicio de la fortuna que la Providencia ha colocado en vuestras manos. Por lo que hace á mí, me vuelvo ahora mismo á mi retiro, lejos de los hombres que tanto mal se hacen los unos á los otros. Adios.

Digitized by Google

Y el abate escapando no sin trabajo á los entusiastas transportes de Caderousse, levantó por sí mismo la barra de la puerta, salió al camino, montó á caballo, saludó otra vez al posadero que no escaseaba por cierto los saludos y partió siguiendo la misma direccion que habia traido.

Cuando Caderousse se volvió, para entrar en la posada, vió detrás de sí á la Carconta mas pálida y trémula que nunca.

— Es un sueño, ó es una realidad lo que he oido?

— Qué? qué nos ha dado el diamante para nosotros solos?

— Sí.

— Nada hay mas cierto: míralo.

La pobre mujer lo miró un instante y en seguida con una voz sorda exclamó:

— Y si fuese falso?

Caderousse palideció á su vez y no supo al principio que decir.

— Falso! murmuró, falso!.... Y porqué me habia de haber dado ese hombre un diamante falso?

— Para apoderarse de tu secreto sin que le cueste el dinero, inbécil?

Caderousse quedó un instante confundido bajo el peso de semejante suposicion.

— Oh! dijo al cabo de un momento, cojiendo el sombrero y encasquetándoselo encima del pañuelo encarnado que tenia en la cabeza, muy pronto vamos á salir de dudas.

— Y cómo?

— Hoy es la feria de Beaucaire, á donde sabes que concurren joyeros de París: voy á enseñárselos,

Digitized by Google

á fin de que me digan la verdad. Entretanto, tú guardarás la casa; dentro un par de horas me tendrás de vuelta.

Y dicho esto, arrojóse Caderousse fuera de la casa, emprendiendo á paso largo el camino opuesto al que acababa de tomar el desconocido.

—Cincuenta mil francos! murmuró la Carconta cuando se quedó sola; no es mala cantidad..... pero dista mucho de ser lo que se llama una fortuna.

Digitized by Google

Digitized by Google

28.

LOS REGISTROS DE CÁRCELES.

Á la mañana siguiente del dia en que ocurriera en la posada del puente de Gard la escena que acabamos de referir, un hombre de treinta á treinta y dos años, con frac azul, pantalon de Nankin y chaleco blanco, reuniendo á la vez el porte y el acento británico, se presentó al *maire* de Marsella.

—Caballero, le dijo: soy el primer oficial de la casa Thomson y French de Roma, estamos hace diez años en relaciones de comercio con la casa Mor-

Digitized by Google

rél é hijo de Marsella; tenemos interesados en estas relaciones hasta cien mil francos, poco mas ó menos, y á mis principales no dejan de inquietarles algun tanto los rumores que corren sobre la ruina y próxima quiebra de esa casa. Con este solo objeto he venido de Roma, y me atrevo á suplicaros que me deis algunas noticias sobre el estado de la casa.

—Caballero, contestó el *maire*, sé efectivamente que hace cuatro ó cinco años la desgracia parece perseguir al señor Morrel: ha perdido sucesivamente cuatro ó cinco buques, y tres ó cuatro quiebras han disminuido su caudal: pero no es de mi incumbencia, á pesar de ser su acreedor por unos diez mil francos, el dar ninguna noticia sobre el estado de su fortuna. Preguntadme como á *maire* lo que pienso del señor Morrél, y os contestaré que es un hombre íntegro y probo en toda la estension de la palabra y que hasta el presente ha cubierto sus compromisos con escrupulosa exactitud. Esto es todo lo que puedo deciros, caballero; si queréis saber mas, dirigios al señor Boville, inspector de cárceles, que vive en la calle de Nouailles, núm. 15; el cual tiene, si no me engaño, doscientos mil francos colocados en la casa Morrél; si en realidad hay algo que temer, como esa suma es mas considerable que la mia, es probable que dicho caballero esté mejor informado que yo por lo que concierne á ese punto.

El inglés dió muestras de apreciar tan estremada delicadeza; saludó, salió y se dirijió, con ese paso monótono y peculiar á los hijos de la Gran Bretaña, hácia la calle indicada. El señor Boville es-

Digitized by Google

taba en su gabinete: al verle, el inglés hizo un movimiento de sorpresa que parecia indicar no ser aquella la vez primera que se encontraba en presencia de aquel á quien iba á visitar. Por lo tocante al señor Boville, estaba tan desesperado que era evidente que todas las facultades de su espíritu, absortas en el pensamiento que en aquel entonces le ocupaba, no dejaban ni á su memoria ni á su imaginacion el tiempo necesario para recordar lo pasado. El inglés, con esa flema característica de su nacion, le hizo casi en idénticas palabras la misma pregunta que pocos minutos antes dirijiera al *maire* de Marsella.

—Oh! caballero, esclamó el señor de Boville, vuestros temores son desgraciadamente muy fundados, y aquí donde me veis estoy desesperado. Tenia colocados en la casa Morrel doscientos mil francos, destinados para el dote de mi hija á la que trataba de casar dentro quince dias; de los doscientos mil francos debian reembolsárseme cien mil el 15 de este mes, y los otros cien mil el 15 del siguiente. Manifesté al señor Morrel que deseaba se me reembolsasen con exactitud, quedamos convenidos y he aquí que se me presenta apenas hará una hora, para decirme que si su buque el *Faraon* no ha fondeado de aquí al 15, se verá en la imposibilidad de realizar ese pago.

—Eso tiene trazas de demandaros una próroga.

—Mejor direis que tiene trazas de una quiebra! contestó de Boville con muestras de la mayor desesperacion.

El inglés pareció quedar un breve rato pensativo.

Digitized by Google

— Así pues, señor mio, dijo en seguida, vuestro crédito os inspira serios temores?

— Y tanto! como que ya me lo considero perdido.

— Pues bien! os lo compro.

— Vos!

— Sí, yo.

— Pero será con un descuento enorme, sin duda?

— No: os daré por el vuestro doscientos mil francos: nuestra casa, añadió el inglés riendo, no hace negocios como esos.

— Y pagareis....?

— Al contado.

Y el inglés sacó de su bolsillo un paquete de billetes de banco que sin duda alguna contendria el doble de la suma que el Sr. Boville temia perder. Un rayo de alegría animó el rostro del señor Boville: hizo con todo un esfuerzo para dominarse y dijo:

— Caballero: debo preveniros que segun toda probabilidad no lograreis sacar el seis por ciento de esa suma.

— Lo que es á mí no me importa; contestó el inglés, eso es cuenta de la casa Thomson y French cuyo apoderado soy. Tal vez esté interesada en apresurar la ruina de una casa rival. Lo que si sé, caballero, es que estoy pronto á entregaros la suma en cambio del endoso que me hareis; tan solo os pediré el derecho de corretaje.

— Nada mas justo, caballero, esclamó el señor de Boville. La comision por lo comun vale uno y medio por ciento, quereis el dos? el tres? el cinco? quereis mas aun? Hablad!

Digitized by Google

—Caballero, contestó el inglés riendo, yo soy como la casa de que dependo, no hago negocios de esa clase, no; mi derecho de corretaje es de otra especie.

—Hablad pues, os escucho.

—Sois inspector de cárceles?

—Hace mas de catorce años.

—Tendreis los registros de entrada y salida?

—Sin duda.

—En esos registros habrá adjuntas las notas relativas á los presos?

—Cada preso tiene la suya.

—Pues bien, caballero, habeis de saber que he sido educado en Roma por un pobre diablo, un abate que de la noche á la mañana desapareció. He sabido despues que habia sido conducido preso al castillo de If, y como me han noticiado su muerte desearia algunos pormenores relativos á este fallecimiento.

—Cómo se llamaba?

—El abate Faria.

—Oh! recuerdo perfectamente, esclamó el señor de Boville, estaba loco.

—Así decian.

—Oh! era muy cierto.

—Posible es qué fuese así. De qué género era su locura?

—Pretendia conocer el punto en que estaba escondido un inmenso tesoro y ofrecia enormes sumas al gobierno si consentía en ponerle en libertad.

—Pobre diablo! y ha muerto?

—Sí señor; hará como unos cinco ó seis meses: en febrero último.

Digitized by Google

— Teneis una memoria felíz, caballero, pues que así recordais las fechas.

— Lo recuerdo tanto mas, cuanto una singular circunstancia acompañó la muerte de este infelíz.

— Podria saberse cual? preguntó el inglés con una espresion de curiosidad que un observador profundo se hubiera admirado de encontrar en aquel flemático rostro.

— No hay inconveniente: el calabozo del abate estaba cuarenta ó cincuenta pies distante del de un antiguo agente bonapartista; uno de esos que mas contribuyeron al regreso del usurpador en 1815, hombre del todo resuelto y peligroso.

— Diablo! dijo el inglés.

— Sí, contestó el señor de Boville: tuve ocasion de visitar á ese sujeto en 1816 ó 1817, y por cierto que jamás se bajaba á su calabozo sin ir acompañado de algunos soldados: aquel hombre me hizo una profunda impresion, tánto, que jamás olvidaré sus facciones.

Una inperceptible sonrisa entreabrió los labios del inglés.

— Deciais pues, añadió, que los dos calabozos....

— Estaban separados por una distancia de cincuenta piés, mas parece que el tal Edmundo Dantés.....

— Ah! ese hombre peligroso se llamaba...?

— Edmundo Dantés, si señor: pues como decia parece que el tal Dantés se habia procurado herramientas ó se las habia fabricado, puesto que se encontró un pasillo por el cual comunicaban ambos presos.

Digitized by Google

— Y ese pasillo lo fabricarian sin duda con objeto de escapar ?

— Eso es: mas desgraciadamente para los presos, el abate Faria se vió atacado de una catalepsia y murió.

— Ya comprendo: este suceso debió retardar sus proyectos de fuga.

— Para el muerto sí, mas no para el vivo: muy al contrario, Dantés vió en ello un medio de apresurar su fuga; pensó sin duda que los presos muertos en el castillo de If se enterraban en un cementerio ordinario, por lo que trasportó á su cuarto el difunto, ocupó su lugar en el saco con que se le amortajára y esperó el momento del entierro.

— Muy aventurado era ese medio y no deja de indicar algun valor, repuso el inglés.

— Oh! ya os he dicho que era hombre muy resuelto y peligroso; afortunadamente él mismo libró al gobierno de los temores que le infundia!

— Como?

— Como? no lo comprendeis?

— No.

— El castillo de If no tiene cementerio; los muertos se arrojan sencillamente al mar atando á sus piés una bala de á treinta y seis.

— Y qué? dijo el inglés como si fuera de tardía comprension.

— Y qué! le ataron á los piés la bala de á treinta y seis y le arrojaron al mar.

— Canario! esclamó el inglés!

— Si señor; continuó el inspector. Ya comprenderéis cual debió ser el pasmo del fugitivo cuando

Digitized by Google

se sintió precipitar de la cumbre de las rocas. Hubiera querido ver su cara en aquel momento.

—Difícil era por cierto.

—No importa, contestó de Boville á quien la certidumbre de reembolsar sus doscientos mil francos pusiera de buen humor. No importa, casi me la represento.

Y dió una carcajada.

—Y yo tambien; dijo el inglés, y se puso á reir, mas con la risa de los ingleses, es decir de dientes á fuera. Con qué, continuó, pues fue el primero en recobrar su sangre fria, con que el fugitivo murió ahogado?

—No que no!

—De modo que el gobernador del castillo se vió á la vez desembarazado del furioso y del loco?

—Justamente.

—Pero sobre ese suceso se instruiría el espediente oportuno?

—Si, si, acto mortuorio, porque ya comprendereis que los parientes de ese Dantés, si es que los tiene, podian tener un interés en asegurarse de si estaba vivo ó muerto.

—De modo que al presente pueden estar tranquilos los que hayan heredado de él, si es que algo habia que heredar. Estais bien cierto de que murió?

—Tan cierto que se les librará el competente certificado siempre que lo exijan.

—Entonces que Dios le tenga en su santa gloria y punto concluido, dijo el inglés; volvamos ahora á los registros.

Digitized by Google

—Teneis razon. Esta historia nos ha distraido del objeto principal: perdonad.

—De qué? muy al contrario, me ha parecido en estremo curiosa.

—En efecto lo es. Con qué deseais ver caballero, todo lo relativo á vuestro infeliz abate, que por cierto era la dulzura personificada?

—Tendré en ello sumo placer.

—Pasemos pues al despacho, y os lo mostraré.

Y los dos pasaron al despacho del señor de Boville.

Todo estaba allí en el mayor órden; cada registro numerado, cada legajo en su respectiva casilla. El inspector hizo sentar al inglés en su sillon, y le puso delante el registro y legajo correspondiente al castillo de If, dejándole en libertad de hojearle y examinarle á su albedrío, mientras que él repantigándose en otro sillon, se engolfaba en la lectura de un periódico.

El inglés encontró fácilmente los papeles pertenecientes al abate Faria; mas al parecer la historia que le contára de Boville le habia llamado vivamente la atencion, porque despues de haber examinado los primeros papeles, continuó hojeando el registro hasta tanto que dió con el legajo perteneciente á Dantés. En él encontró cada cosa en su lugar: denuncia, interrogatorio, peticion de Morrél, anotacion de Villefort. Dobló con disimulo la denuncia, guardósela en su bolsillo, leyó el interrogatorio y vió que el nombre de Noirtier no sonaba para nada en él; examinó la solicitud fechada en 10 de abril de 1815, en la que Morrél, segun los consejos del substituto, exageraba con buen fin, pues que Napoleon reinaba

Digitized by Google

entonces, los servicios que Dantés prestara á la causa imperial, servicios que el informe de Villefort atestiguaba. Entonces lo comprendió todo. Esta súplica á Napoleon conservada por Villefort, habiase convertido cuando la segunda restauracion en un arma terrible en manos del procurador del rey. No le causó pues admiracion hojeando el registro, encontrar esta nota junto á su nombre:

EDMUNDO DANTÉS. { Bonapartista furibundo; tomó una parte muy activa en el regreso de la isla de Elba. Guárdesele en el mayor secreto y con la mas severa vigilancia. }

Al pié de estas líneas habia escrito en otro carácter:

« Vista la nota anterior, *no puede hacerse nada en favor del preso á que se refiere.* »

Tan solo comparando la letra de la nota con la del informe que acompañaba la solicitud del armador Morrél, fue como se cercioró Edmundo de que ambas estaban escritas por la misma mano, es decir, por Villefort.

Por lo que toca á la otra nota que al pié de la primera estaba, el inglés dedujo que debió ser escrita por algun inspector que tomára un interés pasagero por la situacion de Dantés; pero que las notas de que acabamos de hablar habian imposibilitado el continuar interesándose por él.

Como hemos dicho ya, el inspector, por discrecion y por no distraer al alumno del abate Faria en sus investigaciones, se habia alejado y puesto á leer la *Bandera blanca*. En su consecuencia no vió como

Digitized by Google

el inglés doblaba y guardaba en su bolsillo la denuncia escrita por Danglárs bajo el emparrado de la Reserva, timbrada en la administracion de correos de Marsella, el 27 de febrero, á las seis de la tarde. Mas, preciso es decirlo, aunque lo hubiese visto, como tenia en poco aquel papel y estimaba en mucho sus doscientos mil francos, tampoco se hubiera opuesto á lo que hacia el inglés, por irregular que le hubiese parecido.

—Mil gracias, dijo por fin este, cerrando con estrépito el registro. Sé ya lo que deseaba: ahora me toca cumpliros mi palabra; dadme un simple endoso de vuestro crédito por valor recibido, y voy á contaros la suma.

Y cedió su lugar en el bufete al señor de Boville, que se sentó y puso manos á la obra apresurándose á estender el endoso pedido, mientras que el inglés contaba sus billetes de banco que pasaron muy pronto á manos del inspector.

Digitized by Google

Digitized by Google

29.

LA CASA MORRÉL.

El que hubiese partido de Marsella algunos años antes, conociendo el interior de la casa de Morrél, y hubiese vuelto á entrar en ella en la época á que hemos llegado, hubiera observado un cambio estraordinario. En lugar de aquel aire de vida y felicidad que se exhala, por decirlo así, de una casa que prospera; en vez de aquellos rostros placenteros que se dejaban ver tras las cortinillas de las ventanas, de aquellos dependientes atareados que cruzaban los corredores con una pluma atravesada en la

Digitized by Google

oreja; en vez de aquellos patios atestados de fardos, de que partian las risas y algazara de los dependientes que cuidaban de ellos, echábase de ver á la primera ojeada un no sé qué de luto y tristeza en aquellos desiertos corredores, en aquel patio vacío. De la multitud de dependientes que en otro tiempo ocupáran los escritorios, tan solo dos habian quedado: el uno era un jóven de veinte y tres á veinte y cuatro años, llamado Manuel Raymond, el cual estaba enamorado de la hija del señor Morrél, y habia quedado en la casa á pesar de las gestiones de sus padres para sacarle de ella: el otro era un viejo cajero, tuerto, llamado Coclés; apodo que le pusieron los jóvenes que en otro tiempo pululaban en aquella casa hoy dia casi inhabitada; apodo que habia en tal grado substituido á su verdadero nombre que, segun toda probabilidad, no hubiera vuelto la cabeza si le llamáran por su apellido.

Coclés habia quedado al servicio del señor Morrél, verificándose un cambio notable en su situacion: habia á la vez conservado su grado de cajero y descendido al rango de criado. No por eso dejó de ser el mismo Coclés, bondadoso, paciente y amante de su principal, pero inflexible en tocando á la aritmética, único punto sobre el que se las hubiera mantenido firmes aun con el mismo señor Morrél, no conociendo mas qne su tabla pitagórica, que sabia de corrido bajo todos los aspectos en que pudieran presentársela y en todas las ocasiones en que por probarle le pusieran algun error.

En medio de la tristeza general que se habia apoderado de la casa Morrél, Coclés fué el único que

Digitized by Google

permaneciera impasible. Mas esta impasibilidad no procedia de falta de afecto, sino, por el contrario, de una conviccion íntima é invencible. Asi como los ratones, que, segun se dice, abandonan poco á poco un buque condenado por el destino á naufragar, —de modo que esos egoistas animales le han abandonado ya del todo cuando leva áncoras, — asi tambien todo aquel tropel de oficinistas y dependientes, cuya subsistencia dependia de la casa del armador, habian ido poco á poco desertando de los escritorios y almacenes. Coclés les vió marchar á todos sin pensar siquiera en deslindar la causa de su partida; todo se reducia, como ya se ha dicho, para Coclés á una cuestion de números, y como despues de veinte años que estaba en casa Morrél habia visto siempre verificarse los pagos en las horas de oficina con una exactitud casi sin ejemplo en los fastos comerciales, no creia pudiese alterarse esta exactitud, ni suspenderse estos pagos, á la manera que un molinero, que posee un molino cuyo movimiento promueve un abundante canal, no puede creer el que las aguas dejen de correr por aquel punto. En efecto, hasta entonces nada habia venido á contrariar la íntima conviccion de Coclés. Los pagos del último fin de mes se habian saldado con rigurosa puntualidad. Coclés habia reparado un error de setenta céntimos cometido por el señor Morrél en contra suya, y en el mismo dia entregó los catorce sueldos de esceso al infortunado comerciante, que tomándolos y dejándolos caer en un cajon casi vacío, dejó escapar una melancólica sonrisa mientras decia á su cajero:

—Bien, Coclés; eres la perla de los cajeros.

Digitized by Google

Y Coclés se habia retirado muy satisfecho; porque un elogio del señor Morrél, modelo de los hombres de bien de Marsella, lisonjeaba mas á Coclés que una gratificacion de cincuenta escudos. Mas despues de este fin de mes tan victoriosamente saldado, el señor Morrél habia pasado horas crueles: para hacer frente á ese fin de mes, habia agotado todos sus recursos, y temeroso de que el rumor de sus apuros se esparciese por Marsella, cuando le vieran recurrir á tan estremos medios, hizo un viaje á la feria de Beaucaire para vender algunas alhajas pertenecientes á su esposa é hija y una parte de sus cubiertos. Mediante este sacrificio, todos los negocios terminaron honrosamente para la casa Morrél. Mas la caja habia quedado completamente vacía. El comercio de Marsella, alarmado en gran manera por los rumores que corrian, habia retirado su crédito al señor Morrél con ese egoismo que tanto caracteriza y que es tan habitual al comercio, y para hacer frente á los cien mil francos que debia reembolsar el 15 del mes de la fecha al señor de Boville y á los otros cien mil francos que vencian el 15 del siguiente mes, el señor Morrél no tenia, en realidad, mas que la esperanza de la vuelta del *Faron*, cuya salida habia sabido por un buque que levára áncoras junto con él y que habia llegado salvo al puerto. Mas este buque, viniendo como el *Faraon* de Calcuta, hacia quince dias que habia llegado, mientras que del *Faraon* nada se sabia.

Tal era el estado de cosas en que se hallaba la casa Morrél, cuando se presentó en ella el representante de la casa Thomson y French de Roma. Manuel le re-

Digitized by Google

cibió. El jóven, á quien espantaba cada fisonomía nueva, porque anunciaba un nuevo acreedor que segun sus recelos iba á reconvenir al gefe del establecimiento, el jóven, decimos, quiso ahorrar á su principal el fastidio de semejante visita; preguntó al recien llegado; mas este le contestó que nada tenia que ver con Manuel, y que solo al señor Morrél en persona era con quien deseaba hablar.

Manuel llamó suspirando á Coclés. Presentóse este, y el jóven le mandó conducir el estranjero al gabinete del señor Morrél. Coclés tomó la delantera y el desconocido le siguió. En la escalera encontró una linda jóven de diez y seis á diez y siete años la que miró al estranjero con inquietud.

Coclés no reparó siquiera en esa espresion que sin embargo pareció no haber escapado al inglés.

—El señor Morrél, está en su gabinete, no es así señorita Julia? preguntó el cajero.

—Sí, digo! creo que sí, contestó la jóven titubeando: vedlo antes, Coclés, y caso de estar papá, anunciadle al caballero.

—Seria inútil, señorita, contestó el inglés: el señor Morrél no conoce mi nombre. Este buen hombre ha de decir tan solo que es el primer dependiente de los señores Thomson y French de Roma, con los que está en relaciones la casa de vuestro señor padre.

La jóven palideció y continuó bajando, mientras que Coclés y el estrangero siguieron subiendo. Julia entró en el despacho en que estaba Manuel, y Coclés mediante una llave que tenia en su poder, indicio cierto de lo mucho que su señor le apreciaba y queria, abrió una puerta situada en un ángulo de la

Digitized by Google

meseta de la escalera del segundo piso, por la que introdujo al estranjero en una antesala; abrió en seguida una segunda puerta que cerró tras sí, y despues de dejar solo por un instante al enviado de la casa Thomson y French, volvió á aparecer haciéndole una seña de que podia entrar. El inglés entró: encontró al señor Morrél sentado delante de su bufete, pálido y turbado ante las espantosas columnas de guarismos inscritas en el libro mayor y que en aquel momento se hallaba revisando. Al ver al estranjero, el señor Morrél cerró el libro, se levantó y le acercó una silla, sentándose luego en cuanto vió que lo verificaba aquel.

Durante el transcurso de 14 años habia cambiado notablemente el digno comerciante, que de edad de treinta y seis años al comenzar esta historia, rayaba ya en los cincuenta. Sus cabellos habian encanecido, su frente se hallaba surcada por profundas y espaciosas arrugas; en fin su mirada en otro tiempo fija é invariable, se habia transformado en vaga é irresoluta, parecia temer siempre verse precisado á fijarse ó en una idea ó en un hombre. El inglés le miraba con una especie de curiosidad mezclada evidentemente de cierto interés.

—Caballero, dijo Morrél, al que este exámen parecia redoblar la desazon, deseabais hablarme?

—Si señor. Ya sabéis de parte de quien vengo, es así?

—De parte de la casa Thomson y French, á lo menos eso me ha dicho el cajero.

—Y asi es en efecto, caballero. La casa Thomson y French tiene que satisfacer algunos pagos en Fran-

Digitized by Google

cia por todo el corriente mes y el próximo por valor de 3 ó 400000 francos, y conociendo vuestra escrupulosa exactitud, ha comprado todos los pagarés vuestros que circulan en la plaza, encargándome que á medida que vayan venciendo los plazos de ese papel, recoja de vos su importe y dé á los fondos el competente destino.

Morrél arrojó un profundo suspiro y pasó la mano por su frente inundada de sudor.

— Con qué es decir, caballero, preguntó Morrél, que poseeis pagarés mios?

— Sí señor; por una suma bastante considerable.

—Y como á cuanto ascenderán? preguntó con aparente tranquilidad Morrél.

— Ved aquí primero, dijo el inglés sacando de su bolsilo una cartera, un endoso de doscientos mil francos librado á nuestro favor por el señor de Boville, inspector de cárceles. Reconoceis deber esta suma al señor de Boville?

— Si, señor; es de unos fondos que colocó en mi casa al interés de cuatro y medio por ciento, hará como unos cinco años.

— Y cuyo plazo vence?...

— La mitad el quince de este mes, la otra mitad el quince del pròximo.

— Eso es: ved aqui tambien treinta y dos mil quinientos francos que vencen al fin del corriente: son libranzas aceptadas por vos y que nos ha proporcionado el corredor.

— Las reconozco: dijo Morrél cuyo rostro invadia el rubor de la vergüenza al pensar que por

Digitized by Google

primera vez en su vida no podia hacer el debido honor á su firma. Es eso todo?

—No, señor: tengo aun para fines del mes próximo otros pagarés que nos han sido endosados por la casa Pascale y la casa Wild y Turner de Marsella: cincuenta mil francos á poca diferencia, que componen todo junto un total de doscientos ochenta y siete mil quinientos francos.

Lo que padecia el infeliz Morrél durante esta enumeracion no es posible describirlo.

—Doscientos ochenta y siete mil quinientos francos! repitió maquinalmente.

—Si señor, contestó el inglés. No puedo empero ocultaros, señor de Morrél, continuó despues de un momento de silencio, aunque sin ánimo de ofender vuestra probidad no desmentida hasta la fecha, que los rumores que en Marsella circulan, son de que no os hallais en estado de hacer frente á esta clase de negocios.

A tan brusca declaracion Morrél se puso terriblemente pálido.

—Caballero, dijo, hasta el presente, y desde hace mas de veinte y cuatro años que me entregó mi padre la direccion de la casa, á cuyo frente estuvo por espacio de treinta y cinco años; hasta el presente, digo, no se ha presentado letra alguna, aceptada por Morrél é hijo, que no haya sido satisfecha en el acto.

—Lo sé; contestó el inglés, pero os advierto que hablais con un hombre de honor; decidme pues francamente, caballero; pagaréis estos créditos con la misma exactitud?

Digitized by Google

Morrél se sobresaltó y miró al que asi le hablaba mas fijamente de lo que tenia acostumbrado.

— A preguntas hechas con tanta franqueza, dijo, debe darse una contestacion franca tambien; sí, caballero, pagaré, si como espero, llega mi buque salvo al puerto, puesto que su llegada me devolverá el crédito que los sucesivos y continuados accidentes de que he sido víctima me han quitado; mas si por desgracia el *Faraon*, este último recurso con que cuento, me falta... si me falta... Y las lágrimas que se agolparon á sus ojos ahogaron tambien su voz.

— Y bien! preguntó su interlocutor, si este último recurso os falta?

— Pues bien caballero; contestó Morrél, cruel es decirlo... mas habituado ya á la desgracia, preciso es que me acostumbre á la deshonra... si me falta... creo que me veré forzado á suspender los pagos.

— No teneis amigos que puedan ayudaros en esta circunstancia?

Morrél se sonrió tristemente.

— En los negocios, caballero, no hay amigos, demasiado lo sabreis; no hay mas que corresponsales.

— Verdad es, murmuró el inglés: con qué no teneis mas que una esperanza?

— No mas que una.

— La última?

— La última.

— De modo que si esta os sale fallida...

— Soy perdido, caballero; completamente perdido.

— Cuando me encaminaba yo á vuestra casa, entraba en el puerto un buque.

Digitized by Google

— Ya lo sé. Un jóven que se me ha mantenido adicto á pesar de mi funesta estrella, pasa una gran parte del dia de pié en el mirador situado en lo alto de la casa con la esperanza de venir el primero á anunciarme tan feliz nueva. Por él he sabido la entrada de ese buque.

— Y no es el vuestro?

— No: es un bergantin burdelés, *la Gironda*: viene de la India tambien, pero no es el que yo espero.

— Tal vez habrá sabido noticias del *Faraon* y os trae alguna nueva.

— Será preciso que os lo diga, caballero; tan sensible me es ir á saber noticias de mi fragata como permanecer en la incertidumbre, porque á lo menos en esta hay todavia esperanza, y luego, añadió el señor Morrél con apagada voz: este retardo no es natural; el *Faraon* salió de Calcuta el 5 de febrero; hace mas de un mes que debiera hallarse aqui.

— Qué será eso, dijo el inglés con oido atento, qué significa ese ruido?

— Oh! Dios mio! Dios mio! esclamó Morrél palideciendo, me falta apurar la copa hasta las heces?

Sonaba efectivamente un grande rumor en la escalera; iban y venian y se oyó tambien un grito de dolor. Morrél se levantó para ir á abrir la puerta, mas le faltaron las fuerzas y volvió á caer en su sillon.

Entonces aquellos dos hombres quedaron frente á frente: Morrél temblando como un azogado, el estranjero mirándole con una espresion de profunda piedad. El ruido habia cesado, mas á pesar de esto

Digitized by Google

se hubiera dicho que Morrél esperaba alguna desgracia, porque aquel ruido debia necesariamente tener una causa y esta su consecuencia. Parecióle al estranjero que subian con tiento la escalera y que los pasos, al parecer de muchas personas, se detenian en la meseta. Introdujeron en la cerradura una llave y la puerta rechinó sobre sus goznes.

— Tan solo dos personas tienen llave de esa puerta, murmuró Morrél; Coclés y Julia.

Al propio tiempo se abrió la segunda puerta en que apareció la jóven, pálida y bañadas en llanto sus mejillas. Morrél se levantó temblando, y se afianzó en uno de los brazos del sillon, pues sin aquel apoyo no hubiera podido tenerse en pié. Quiso hablar pero le faltó la voz.

— Oh! padre mio, dijo la jóven juntando sus manos, perdonad á vuestra hija el ser la mensajera de una funesta nueva.

Morrél palideció espantosamente: Julia se arrojó en sus brazos.

— Oh! padre mio, padre mio! dijo, valor!

— Con que el *Faraon* se ha perdido? preguntó Morrél con voz ahogada.

La jóven no contestó; pero hizo con la cabeza, que apoyaba en el pecho de su padre, una señal afirmativa.

— Y la tripulacion? preguntó Morrél?

— Se ha salvado, dijo la jóven, gracias al buque burdelés que acababa de entrar en el puerto.

Morrél levantó sus dos manos al cielo con una espresion de resignacion y de súblime reconocimiento.

Digitized by Google

—Gracias, Dios mio, dijo: por lo menos yo solo soy la víctima.

A pesar de la flema que aparentaba el inglés, una lágrima humedeció sus párpados.

—Entrad, dijo Morrél; pues que presumo estareis todos en la puerta.

En efecto, apenas pronunciára estas palabras, cuando entró llorando la señora Morrél, seguida de Manuel: en el fondo de la antesala se veian las rudas facciones de siete ú ocho marineros medio desnudos. A la vista de aquellos hombres, el inglés se inmutó: dió un paso como para dirijirse á ellos, pero conteniéndose, fué á ocultarse en el rincon mas oscuro y aislado del gabinete. La señora Morrél se sentó en el sillon, tomó entre sus manos una de las de su marido, mientras que Julia se mantenia en pié, apoyada en el seno de su padre. Manuel quedó en medio del cuarto y parecia servir de lazo entre el grupo de la familia Morrél y los marinos que habia en la puerta.

—Cómo sobrevino ese acontecimiento? preguntó Morrél.

—Acercaos Penelon, dijo el jóven, y contad el suceso del modo que haya tenido lugar.

Un viejo marinero, de rostro bronceado por el sol del Ecuador, se adelantó dando vueltas entre sus manos á los restos de su sombrero.

—Buenos dias, señor Morrél, dijo como si se hubiese marchado de Marsella el dia antes y llegase de Aix ó de Tolon.

—Buenos dias, amigo mio; dijo el armador, no

Digitized by Google

pudiendo menos de sonreirse á pesar de sus lágrimas; mas donde está el capitan?

—En cuanto al capitan, señor Morrel, quedó enfermo en Palma; mas, Dios mediante, su mal no será nada y vereisle llegar dentro breves dias tan fresco y lozano como vos y yo.

—Está bien.... ahora hablad, Penelon; dijo Morrél.

Penelon pasó su mascada de tabaco del carrillo derecho al izquierdo, puso la mano delante la boca, volvió la cabeza, escupió en la antesala una gran porcion de saliba negruzca, adelantó un pié y bamboleándose sobre sus caderas dijo:

—Pues como decia, señor Morrél, estaríamos sobre poco mas ó menos entre el cabo Blanco y el Bojador, adelantando con hermosa brisa Sud-sud-oeste, despues de haber ido á bordadas durante ocho dias de calma, cuando el capitan Gaumard se me acercó, —y aquí es fuerza deciros que yo estaba en el timon, —y me dijo: —Compadre Penelon, que opinais de aquellas nubes que se levantan allá bajo, en el horizonte?— Precisamente las estaba contemplando ahora, capitan, le contesté, y lo que pienso es que suben con mas velocidad de lo que es menester y que son mas negras de lo que conviene á unas nubes que no abriguen siniestras intenciones. —Esa es tambien mi opinion, dijo el capitan, y voy á tomar desde el momento mis precauciones. Tenemos tendidas demasiadas velas para el viento que va á cargar de repente..... Hola, eh! amainen velas! Ya era tiempo: apenas se ejecutára la órden cuando se nos encajó el chubasco encima y el bu-

Digitized by Google

que empezó á inclinarse hácia un lado. —Bueno, dijo el capitan, aun tenemos demasiadas velas; carga y aferra mayores. Cinco minutos despues estaban ya aferradas y navegábamos con el trinquete, gavias y juanetes. Que tal, compadre Penelon, me dijo el capitan; porque sacudís de ese modo la cabeza? —Porqué yo en vuestro lugar, no me quedaria aun con tanto trapo. —Creo que tienes razon, viejo, dijo; vamos á tener otro golpe de viento. —Diantre, capitan, le contesté, ó yo no entiendo pizca, ó se nos vá á echar encima un huracan de todos los diablos. Esto lo dije porque veia venir el viento cual se vé venir el polvo de Montredon: felizmente daba con un hombre que le conocia.

—Prepararse á tomar dos fajas de rizos á las gavias, gritó el capitan; larga bolina, arría y aferra juanetes, y sujétense los palanquines á las vergas!

—Todo eso no era suficiente en tales parajes, dijo el inglés; yo en vuestro lugar hubiera hecho mas, hubiera tomado cuatro rizos á las gavias y me hubiera desembarazado del trinquete.

Esta voz firme, sonora, inesperada, sobresaltó á todo el mundo. Penelon puso su mano haciendo sombra á la vista y miró al que con tanto aplomo censuraba la maniobra de su capitan.

—Pues mas que eso hizimos, caballero, dijo el viejo marino con cierto respeto, porque cargamos la mesana y pusimos la barra al viento á fin de correr en popa la tormenta. Diez minutos despues aferramos las gavias y nos quedamos á palo seco.

Digitized by Google

El inglés meneó la cabeza.

—El buque era demasiado viejo para arriesgarse á todo eso, dijo.

—Pues bien; precisamente fué eso lo que nos perdió: al cabo de doce horas de ir dando tumbos en aquel infierno, de tal suerte que parecia que andaba el diablo en el negocio, se declaró mas fuerte el huracan, y el capitan me dijo: —Penelon, amigo mio, creo que nos llenamos de agua; dame pues la caña y baja á la bódega. Le entregué el timon y bajé: habia ya tres pies de agua. Volví á subir gritando, á las bombas! á las bombas! mas ay Dios! era ya demasiado tarde. Pusiéronse manos á la obra, pero si... creo que cuanta mas sacábamos otra tanta entraba. Ah! por Cristo, dije despues de cuatro horas de trabajar, puesto que nos vamos á fondo dejémosle; así como así no se muere sino una vez.—Es este el modo que tienes de dar ejemplo, compadre Penelon?.... dijo el capitan: Bueno! me gusta!..... pero aguarda un momento y te enseñaré cuantas son quince. Dicho esto, bajó á su camarote á tomar un par de pistolas.—Al primero que abandone la bomba, exclamó cuando estuvo otra vez entre nosotros, le levanto la tapa de los sesos de un pistoletazo!

—Muy bien, esclamó el inglés.

—Nada da tanto valor como las buenas razones, continuó el marino, y tanto mas cuanto que el tiempo se iba aclarando y el viento habia cesado, mas tampoco era menos cierto que el agua ascendia mas y mas; no mucho, unas dos pulgadas por hora, mas ello es que subia dos pulgadas por hora, cosa

Digitized by Google

que, por de pronto y se quiere, no es nada, pero que en doce horas son veinte y cuatro pulgadas y veinte y cuatro pulgadas componen dos pies. Dos pies y tres que ya teníamos hacen cinco. Por lo que cuando un buque tiene cinco piés de agua en su barriga puede muy bien pasar plaza de hidrópico. — Vamos, dijo el capitan, basta con lo que se ha practicado; el señor Morrél nada tendrá que charnos en cara; hemos hecho cuanto nos ha sido posible para salvar la embarcacion y ahora es preciso tratar de salvar los individuos. A la chalupa hijos mios, á la chalupa lo mas pronto posible!....

— Ya veis, señor Morrél, continuó Penelon, nosotros amábamos en estremo al *Faraon*; mas por mucho que quiera un marino á su buque estima en mas su pellejo. Así es que no nos hicimos de rogar, á mas de que, ya veis, el buque se quejaba y parecia decirnos. «Marchaos, marchaos!» y en verdad que el pobre *Faraon* no mentia, pues que le sentíamos hundirse bajo nuestros pies. Tanta prisa nos dimos que en un abrir y cerrar de ojos estuvo en el mar la chalupa y nosotros ocho en ella. El capitan bajó el último; ó mejor no, no bajó, puesto que no queria abandonar el buque; fuí yo que le cojí en brazos y lo lancé á mis camaradas y hecho esto salté á mi vez. Ya era tiempo. A penas acabé de saltar, el puente se abrió con tal estruendo que se hubiera dicho ser la andanada de un buque de á cuarenta y ocho. Diez minutos despues sumergió la proa, luego la popa, enseguida empezó á girar sobre sí mismo cual un perro que juega con su

Digitized by Google

cola, y despues, buenas noches!.... punto concluido..... se acabó el *Faraon*!....

Por lo que toca á nosotros, estuvimos tres dias sin comer ni beber y tratábamos ya de echar suertes sobre quien serviria de alimento á los demás, cuando divisamos *la Gironda*, á la que hicimos señales que por fortuna echó de ver; enderezó su rumbo hácia nosotros, nos envió su chalupa y nos recogió á su bordo. Héos aquí el suceso tal cual aconteció, señor Morrél, os lo juro bajo palabra de honor de marino! no es así compañeros?

Un murmullo de general aprobacion indicó que el compadre Penelon habia reunido todos los sufragios por la verdad con que contára el suceso y por lo pintoresco de sus detalles.

—Bien, amigos mios, bien, dijo Morrél, sois hombres cumplidos; ya sabia yo que la fatalidad que apoya su mano de hierro sobre mi cabeza era por la voluntad del ser supremo y no por culpa de los hombres. Dios lo quiere así; hágase pues su voluntad. Ahora decidme, como estais de pagas?

—Bah! bah! no hablemos de eso señor Morrél.

—Al contrario: ajustemos cuentas; dijo el armador con triste sonrisa.

—Pues bien; se nos deben tres meses.

—Coclés entregad doscientos francos á cada uno de estos escelentes marinos. En otra época, amigos mios, dijo Morrél, no solo os hubiera pagado vuestro salario, si que os hubiera regalado á cada uno doscientos francos de gratificacion, pero los tiempos son malos, amigos mios, y el poco dinero que

Digitized by Google

me queda no me pertenece; dispensadme pues y no por eso me estimeis menos.

Marcóse en el rostro de Penelon una notable espresion de enternecimiento, juntóse con sus compañeros con los que tuvo una corta conferencia y volvió.

— Y para qué ese dinero, señor Morrél? dijo pasando su mascada de tabaco del uno al otro lado de la boca y lanzando una porcion de saliva que fué á reunirse con la primera; para qué ese dinero?

— Qué quereis decir?

— Ese dinero.....

— Y bien, ese dinero, qué?

— Qué, señor Morrél! los camaradas dicen que por de pronto tienen bastante con cincuenta francos cada uno y que para el resto esperarán.

— Gracias, amigos mios, gracias! exclamó el señor Morrél enternecido; teneis un corazon bellísimo; sumamente agradecido os quedo á esa nueva prueba de aprecio, pero, creédme, tomad lo que os ofrezco, tomadlo sin reparo alguno, y si hallais un buen acomodo no le dejeis pasar, sois libres.

Esta última parte de la frase produjo un efecto prodigioso en los dignos marinos que se miraron unos á otros con la mayor sorpresa pintada en sus semblantes. Penelon, al que faltára la respiracion, por poco se traga la mascada de tabaco, mas felizmente llevó á tiempo la mano á la garganta.

— Cómo! señor Morrél, exclamó con voz ahogada, nos despedís? estais quejoso de nosotros?

— No, hijos mios, dijo el armador, no, no estoy descontento de vosotros, muy al contrario; tampoco

Digitized by Google

os despido, no es tal mi ánimo, pero qué quereis! como ya no tengo buques tampoco necesito marineros.

—No teneis buques, dijo Penelon, y bien! eso qué importa! mandareis construir otros; esperarémos; felizmente sabemos ya lo que es correr de bolina.

—No tengo dinero para hacer construir nuevas embarcaciones, Penelon, dijo el armador con triste sonrisa. No puedo por consiguiente aceptar vuestra oferta por afectuosa que sea.

—Pues bien! si no teneis dinero, tampoco teneis que pagarnos; harémos como el pobre *Faraon*, corréremos á palo seco, y se acabó.

—Basta, basta, amigos mios; dijo Morrél, al cal ahogaba la emocion; basta, os lo ruego. Ya mejorarán los tiempos. Manuel; añadió el armador, acompañadles y procurad que se cumplan mis deseos.

—Por lo menos, no nos despedimos sino hasta otro dia, no es así, señor Morrél? dijo Penelon.

—Sí, amigos mios; por lo menos así lo espero. Marchad.

É hizo un signo á Coclés para que andára delante: los marinos siguieron al cajero y á aquellos Manuel.

—Ahora, dijo el armador á su esposa y á su hija; dejadme solo un instante porque tengo que hablar con el señor.

É indicó con la vista al comisionado de la casa Thomson y French que habia quedado en pié é inmóvil en un rincon del aposento durante esta es-

Digitized by Google

cena, en la que no tomó parte sino con las pocas espresiones que hemos ya mencionado. Las dos mujeres dirijieron sus miradas al estranjero, al que habian completamente olvidado, y se retiraron; mas no salió la jóven tan precipitadamente, que no tuviese tiempo de dirijir al inglés una mirada de rendida súplica á la que contestó aquel con una sonrisa que un indiferente observador se hubiera admirado de hallar en aquel rostro glacial. Los dos hombres quedaron solos.

— Y bien, caballero? dijo Morrél dejándose caer en un sillon; ya lo habeis visto, ya lo habeis oido, no tengo por lo tanto nada que añadiros.

— He visto, caballero, dijo el inglés, que os ha sobrevenido una desgracia inmerecida como las otras, y esto me afirma en los deseos que ya tenia de seros útil.

— Oh! caballero, dijo Morrél.

— Veamos pues, continuó el estranjero; yo soy uno de vuestros principales acreedores, cierto?

— Sois por lo menos el que posee valores á mas corto plazo.

— Desearias que os concediese una próroga?

— Una próroga podria salvar mi honor, dijo Morrél, y por consiguiente mi vida.

— Cuanto tiempo necesitais?

Morrel permaneció indeciso un breve instante.

— Dos meses, dijo por fin,

— Bueno; os concedo tres.

— Pero continuó Morrel; creeis que la casa Thomson y French....

Digitized by Google

— Quedad tranquilo, caballero; queda á mi cargo..... Estamos hoy en 5 de junio?

— Eso es.

— Pues bien; renovadme estas letras para 5 de setiembre, y en este dia á las 11 de la mañana, — el reloj del aposento señalaba precisamente las 11 — en aquel momento — me presentaré yo aquí.

— Perded cuidado; os esperaré, caballero, dijo Morrel, y vos seréis pagado ó yo habré muerto.

Estas últimas palabras las pronunció en voz tan baja que el estranjero no pudo oirlas. Renovó las letras, rasgó las antiguas y el pobre armador se encontró por lo menos con tres meses de plazo para reunir sus últimos recursos. El inglés recibió las mas vivas demostraciones de gratitud con aquella flema peculiar á su nacion, y se despidió de Morrél, que bendiciéndole le acompañó hasta la puerta. En la escalera encontró á Julia; la jóven hacia como que bajaba, mas en realidad le esperaba.

— Oh! caballero, dijo juntando sus manos.

— Señorita, contestó el estranjero; recibiréis un dia una carta firmada por Simbad el marino..... Ejecutad al pié de la letra lo que os dirá aquel escrito por estraño que os parezca el encargo; os lo suplico.

— Está bien, señor, contestó Julia.

— Me prometeis hacerlo?

— Os lo juro.

— Corriente: adios, señorita; continuad siendo una doncella buena y pura cual hasta hoy lo habeis sido, y espero que Dios os recompensará dándoos á Manuel por esposo.

Digitized by Google

Julia dejó escapar un ahogado suspiro, sus mejillas tomaron repentinamente el color de la grana y se vió precisada á apoyarse en el pasamano de la escalera para no dar en tierra con su cuerpo. El estranjero continuó su camino haciéndola un saludo. En el patio encontró á Penelon que tenia un cartucho de cien francos en cada mano y estaba indeciso sin decídirse á llevárselos.

—Venid, amigo mio, le dijo, me interesa hablaros.

Digitized by Google

30.

EL CINCO DE SETIEMBRE.

La próroga otorgada por el representante de la casa Thomson y French, en el momento en que Morrél menos lo esperaba, fué para él pobre armador uno de esos impensados acontecimientos de felicidad que anuncian al hombre que la suerte se cansa ya de perseguirle. En el mismo dia contó el suceso á su hija, á su esposa y á Manuel, con lo que renació en aquella familia un rayo de esperanza ya que no de tranquilidad. Pero desgraciadamente tenia pendientes otros negocios á mas de los de la casa Thomson y French que tan noblemente se portára

Digitized by Google

con él, y como ya hemos tenido ocasion de decir, en el comercio no hay amigos, hay tan solo corresponsales. Aunque mucho lo reflexionaba, no podia atinar sin embargo, en el motivo que tan generosamente impulsára á obrar así á los señores Thomson y French, y solo se lo esplicaba algun tanto la siguiente reflexion que muy bien pudiera haberse hecho aquella casa. « Vale mas sostener á un hombre que nos debe cerca trescientos mil francos y tener estos trescientos mil francos al cabo de tres meses, que apresurar su ruina, y cobrar solo el seis ú ocho por ciento del capital. »

Desgraciadamente, ya por odio, ya por ceguedad, no todos los acreedres de Morrél se hicieron la misma reflexion, y aun algunos pensaron en sentido contrario. Las letras aceptadas por Morrél fueron presentadas para su cobro con escrupuloso rigor, y gracias á la dilacion concedida por el inglés, fueron pagadas honradamente por Coclés á su presentacion. Continuó pues Coclés en su imperturbable tranquilidad; pero Morrél conoció no sin terror, que si hubiese tenido que reembolsar el 15 los cincuenta mil francos al señor de Boville y el 30 los treinta y dos mil quinientos francos en letras, por las que, así como para el crédito del inspector de cárceles, obtuviera plazo mas largo, en aquel mes se veia perdido sin remedio.

La opinion general en Marsella estaba unánime en que con los sucesivos contratiempos que le abrumaban, Morrél no podia sostenerse. La admiracion fué pues estrema cuando vieron al fin de mes que cubria los compromisos con su ordinaria ecsactitud;

Digitized by Google

mas á pesar de eso no renació la confianza en los espíritus, y todos unánimamente aplazaron para fines del siguiente mes el balance que debia poner en claro la fatal posicion del infeliz armador.

Pasóse todo el mes en enojosas tentativas por parte de Morrél á fin de reunir todos sus recursos. En otro tiempo, su papel era tomado con confianza á cualquier precio, y aun hasta buscado. Probó Morrél de negociar papel á los noventa dias, mas halló cerradas todas las cajas. Felizmente debia tener Morrél algunas entradas con las que podia contar; estas se verificaron y Morrél se vió en el caso de poder cumplir sus compromisos á fin de julio.

Por lo demas, nadie habia vuelto á ver en Marsella al comisionado de la casa Thomson y French. Al siguiente dia de su visita al señor Morrél, habia desaparecido: y como no habia tenido en Marsella mas relaciones que con el *maire*, con el inspector de cárceles y con Morrél, su tránsito no dejó rastro sino en los distintos recuerdos de estas tres personas. En cuanto á los marineros del *Faraon* habian sin duda encontrado colocacion pues que habian desaparecido.

El capitan Gaumard, repuesto ya de la enfermedad que le retuviera en Palma, volvió á Marsella. Estaba receloso de presentarse al señor Morrél, mas este supo su llegada, y fué en persona á buscarle. El digno armador sabia de antemano, por la relacion que le habia hecho Penelon, la valerosa conducta del capitan cuando el siniestro desastre, por lo que fué él quien tuvo que consolarle. Llevóle el importe de su sueldo, que el capitan Gaumard re-

Digitized by Google

husó terminantemente y no quiso en manera alguna aceptar.

Al bajar la escalera, encontróse el señor Morrél de manos á boca con Penelon que subia con aquella indolencia tan propia de un marino. Este habia, al parecer, empleado bien su dinero, pues que llevaba un vestido todo nuevo. Al ver al armador, el digno timonero pareció muy embarazado, arrinconóse en el ángulo mas separado de la meseta, pasando alternativamente su mascada de tabaco de derecha á izquierda y de izquierda á derecha, girando sus grandes ojos azorados y no contestó sino con una tímida presion al apreton de mano que le diera con su ordinaria cordialidad el señor Morrél. Este atribuyó el embarazo de Penelon á la elegancia de su traje: era evidente que el buen hombre no habia podido vestirse de su cuenta con tanto lujo; estaba pues ajustado sin duda á bordo de algun otro buque, y su vergüenza provenia, si puede espresarse asi, de no haber llevado por mucho tiempo luto del *Faraon*. Tal vez venia para ofrecer al capitan Gaumard una parte en su buena fortuna y hacerle proposiciones de parte del nuevo amo.

— Buena gente! dijo el armador alejándose; pueda vuestro nuevo amo amaros como yo os amaba y ser mas feliz que yo he sido...

El honrado armador ocupó todo el mes de Agosto en hacer incalculables esfuerzos para restablecer su antiguo crédito ó abrirse otro nuevo. El 20 de agosto se supo en Marsella que habia tomado un asiento en la dilijencia, y se atribuyó esta marcha á que el señor Morrél no queria presenciar personalmente su

Digitized by Google

declaracion de quiebra; acto que no podia diferirse despues de fines del mismo mes, delegando sus facultades sin duda á su primer dependiente Manuel y á su cajero Coclés. Mas contra todas las presunciones, llegó el dia 31 de agosto y la caja se abrió como de costumbre. Coclés apareció en su escritorio, tranquilo como el justo de que nos habla Horacio; examinó con la acostumbrada atencion el papel que se le presentaba, y desde la primera á la última, satisfizo todas las letras con la misma exactitud. Hasta se presentaron dos letras intervenidas por el señor Morrél y que Coclés pagó con la misma puntualidad que si hubiesen sido negocios peculiares del armador. Nadie podia comprenderlo; hiciéronse mil suposiciones, y aplazaron por fin la quiebra para fines de setiembre.

El dia primero de este mes llegó Morrél: esperábale toda su familia con gran ansiedad porque de este viage á Paris debia surgir la primera fuente de salud; Morrél habia pensado en Danglárs, millonario en aquella fecha y que á mas debia estarle reconocido por cuanto á consecuencia de la recomendacion de Morrél, Danglárs entrara al servicio del banquero español en cuya casa comenzára su inmensa fortuna. Hoy en dia, Danglárs, decia Morrél; es hombre de seis á ocho millones, y un crédito ilimitado; Danglárs sin sacar de su bolsillo un solo escudo, puede salvarme completamente; para eso no tiene mas que garantir el préstamo que yo contraiga. Morrél hacia tiempo que pensaba en Danglárs, mas uno tiene en su interior ciertas antipatías instintivas que no es dueño de dominar, y Morrel solo en el último apuro se determinó á recurrir al antipático

Digitized by Google

banquero. Y en verdad que lo adivinara pues que al fin y al cabo tuvo que volverse á Marsella con la humillacion de haber recibido una redonda negativa.

Asi es que á su regreso no dejó escapar queja alguna, no se vió en sus ojos la huella de ninguna lágrima; tan solo abrazó llorando á su esposa y á su hija, tendió una mano de amigo á Manuel, encerrose en un gabinete del segundo piso y mandó llamar á Coclés.

— Lo que es ahora, dijeron las mugeres á Manuel, somos perdidos.

Luego, en un pequeño conciliábulo celebrado entre ellas, convinieron en que Julia escribiria á su hermano, que se hallaba de guarnicion en Nimes, para que se pusiese en camino inmediatamente. Las pobres conocian que necesitaban de todas sus fuerzas para sobrellevar el golpe que las amenazaba, á mas de que Maximiliano Morrél, aunque apenas de edad de veinte y dos años, tenia ya una grande influencia sobre su padre.

Era un jóven recto é inflexible. Desde el momento en que se trató de elegir carrera, su padre no quiso indicarle ningun porvenir, consultando solo la voluntad y deseos del jóven. Este determinó entonces seguir la carrera militar, para lo que hizo escelentes estudios, entró por oposicion en la escuela politécnica, y de alli salió con la charretera de subteniente con destino al 53 de línea. Al cabo de un año que poseia este grado se le prometió el de teniente en la primera promocion. En el regimiento, Maximiliano Morrél era citado como el mas rígido observador no

Digitized by Google

solo de las obligaciones que le correspondian como á soldado, si que de los deberes del hombre en sociedad, de modo que se le llamaba el escéptico. Es por demas decir que muchos de los que le designaban con este epiteto lo repetian tan solo por haberlo oido, mas no porque supiesen su significado. A este jóven pues enviaron á buscar su madre y hermana para que las ayudase á sobrellevar los graves conflictos que presentian.

Y efectivamente, no se habian engañado sobre la gravedad de las circunstancias, porque un instante despues de entrar Morrél en su gabinete con Coclés, Julia vió salir á este último pálido, temblando y con el rostro descompuesto. Quiso interrogarle cuando pasó por su lado mas el buen hombre, continuando en bajar la escalera con una precipitacion que no le era natural, se contentó con esclamar levantando sus manos al cielo.

—Oh! señorita, señorita! qué horrorosa desgracia! quien hubiera jamás llegado á figurársela!

Un instante despues volvió á verle subir, cargado con dos ó tres registros, una cartera y un saquillo de plata. Morrél consultó los registros, examinó la cartera, contó el dinero. Todos sus recursos subian á seis ú ocho mil francos, las entradas hasta el dia 5, á cuatro ó cinco mil; todo lo que componia, sobre poco mas ó menos, un capital de catorce mil francos para hacer frente á un crédito de doscientos ochenta y siete mil quinientos. No habia medio de ofrecer á cuenta tan corta cantidad.

Con todo, cuando Morrél bajó para comer, parecia bastante tranquilo y aquella calma espantó mas á

Digitized by Google

las dos mugeres de lo que lo hiciera el mas profundo abatimiento. Despues de comer, Morrél tenia la costumbre de salir un rato á paseo: iba á tomar su café al de los Marinos y leía allí el *Semafore*: aquel dia en vez de salir volvió á subirse á su escritorio.

En cuanto á Coclés parecia como atontado. Habia pasado una parte del dia en el patio, sentado sobre una piedra, descubierta la cabeza y espuesta á un sol de treinta grados.

Manuel trató de tranquilizar á las mugeres, pero no encontraba para ello palabras á propósito. El jóven estaba demasiado al corriente de los negocios de la casa, para no presentir la gran catástrofe que pesaba sobre la familia Morrél; llegó la noche: las dos mujeres quedaron en vela esperando que al bajar Morrél de su gabinete entraria en su cuarto; mas le oyeron pasar por delante su puerta, alijerando el paso sin duda por temor de que le llamáran; escucharon con atencion y le oyeron entrar en su cuarto cerrando la puerta por dentro.

La señora Morrél hizo acostar á su hija; al cabo de media hora de haberse retirado esta, se levantó, quitose los zapatos y se deslizó por el cerredor á fin de ver por el ojo de la cerradura lo que hacia su marido. En el corredor percibió una sombra que se retiraba. Era Julia que inquieta tambien, habia precedido á su madre. La jóven se dirigió á esta y la dijo:

— Está escribiendo.

Las dos mujeres se habian entendido sin hablar.

La señora Morrél se inclinó hasta ponerse al nivel de la cerradura, y vió que en efecto Morrél escribia; mas lo que no vió su hija lo observó ella:

Digitized by Google

su marido escribia en papel sellado. Hirió su imaginacion la terrible idea de que escribia su testamento: estremeciéronse convulsivamente todos sus miembros, pero tuvo sin embargo la suficiente fuerza para no decir nada.

Al siguiente dia parecia el señor Morrél completamente tranquilo; estúvose en su bufete como de ordinario, bajó para almorzar segun costumbre: tan solo despues de comer, hizo sentar á su hija á su lado y cojiendo su cabeza la estrechó largo rato contra su pecho. Por la noche dijo Julia á su madre que, aunque en apariencia tranquilo, el corazon de su padre latia con violencia. Los dos dias siguientes se pasaron del mismo modo. El 4 de setiembre por la noche, el señor Morrél exigió de su hija le devolviese la llave del gabinete. Julia se estremeció á esta exigencia que le pareció siniestra. Porqué su padre la recogía aquella llave que siempre habia tenido en su poder, escepto cuando, siendo niña, se la queria castigar? La jóven miró pasmada al señor Morrél.

—En qué puedo haberos disgustado, para que me recojais esa llave?

—En nada, niña mia; contestó el infortunado Morrél, al que tan sencilla pregunta hizo brotar las lágrimas; tan solo es un deseo.

Julia hizo como que buscaba la llave.

—Tal vez la habré dejado en mi cuarto, dijo.

Y salió: mas en vez de ir á su cuarto, bajó corriendo y fuélo á consultar con Manuel.

—No entregueis á vuestro padre esa llave, dijo este y mañana por la mañana, si es posible no os separeis de su lado.

Digitized by Google

Probó ella de preguntar á Manuel, mas este no sabia ó tal vez no queria decir mas.

Durante la noche del 4 al 5 de setiembre, la señora Morrél estuvo siempre con el oido pegado al tabique que la separaba de su esposo: hasta las tres de la madrugada, oyóle andar ajitado por su habitacion; á esta hora se acostó. Las dos mujeres pasaron la noche juntas: desde la víspera esperaban á Maximiliano. A las ocho de la mañana, entró el señor Morrél en su cuarto: estaba tranquilo, mas la ajitacion de la pasada noche se veía impresa en su semblante pálido y traspostado. Las mujeres no se atrevieron á preguntarle si habia descansado. Morrél se portó mejor con su mujer y mas paternal con su hija de lo que jamás lo hubiera hecho, no se cansaba de mirar y de abrazar á la pobre niña.

Julia se acordó de lo que le encomendára Manuel y quiso seguir á su padre cuando salió, mas este la rechazó con suavidad.

— Quédate con tu madre, dijo.

Julia quiso insistir.

— Yo lo quiero, dijo Morrél.

Era esta la vez primera que hablaba tan imperiosamente á su hija. « Yo lo quiero » mas lo habia dicho con un acento de tan paternal dulzura que Julia no se atrevió á dar un paso mas. Quedóse en el mismo lugar, de pié, muda é inmóvil. Un instante despues la puerta volvió á abrirse y sintió dos brazos que ceñian su cuerpo y una boca que besaba su frente. Levantó los ojos y arrojó una esclamacion de gozo.

— Maximiliano! hermano mio! esclamó.

Digitized by Google

A este grito, la señora Morrél se precipitó y arrojó en los brazos de su hijo.

—Madre mia, dijo el jóven mirando alternativamente á la señora Morrél y á su hija, que es lo que hay? que sucede? vuestra carta me espantó y he venido volando!

—Julia, dijo la señora Morrél haciendo una señal al jóven; vé á decir á tu padre que Maximiliano acaba de llegar.

La jóven se lanzó fuera del cuarto, mas al subir el primer escalon se encontró con un hombre que llevaba una carta en la mano.

—Sois acaso la señorita Julia Morrél? dijo aquel hombre con un acento italiano de los mas pronunciados.

—Sí señor, contestó Julia balbuceando; que me quereis? no tengo el honor de conoceros!

—Leed esta carta, dijo el hombre dándola un billete.

Julia vaciló un instante.

—Vá en ello la salud de vuestro padre, dijo el mensajero.

La jóven le arrancó de las manos el escrito que abrió con viveza, y leyó:

«Señorita, cuando hayais leido la presente carta, dirijios sin pérdida de momento á la calle de Meillan, entrad en la casa núm. 15, pedid al portero la llave del cuarto del quinto piso, entrad en aquella habitacion, tomad un bolsillo de seda encarnada que vereis sobre el antepecho de la chimenea, y llevadlo á vuestro padre. Es importante que lo tenga antes de las once. Me prometisteis obedecerme

Digitized by Google

ciegamente y os recuerdo por lo mismo vuestra promesa.

SIMBAD EL MARINO.

La jóven lanzó un grito de alegría, levantó los ojos buscando para interrogarle al hombre que le diera el billete, mas habia desaparecido. Dirijió por segunda vez los ojos sobre el escrito para leerle de nuevo y entonces observó una posdata que leyó con avidez:

«Es importante que desempeñéis esta comision en persona y sola; si vais acompañada ó se presenta en vuestro lugar otra persona sea quien fuere, el portero contestará que no sabe de que se le habla.»

La posdata no causó á la jóven la misma alegria que el resto de la carta. A que exijirle tan estraña circunstancia? Tenia que temer algo? seria esto algun lazo que le tendian? Ignoraba en su inocencia los peligros que podia correr una jóven de su edad. Mas no es necesario conocer el peligro para temerlo: hay tambien que observar una cosa y es que precisamente son los peligros desconocidos los que inspiran mayor terror. Julia estaba indecisa; resolvió por fin aconsejarse con alguien; mas por un sentimiento original no fué á su madre ni á su hermano á quienes acudió para ello; fué á Manuel.

Bajó pues; contóle lo que la sucedió el dia en que el comisionado de la casa Thomson y French vino á casa de su padre; esplicóle la escena de la escalera, repitióle palabra por palabra la promesa que le hiciera y le enseñó la carta.

—Es preciso ir, señorita, dijo Manuel.

Digitized by Google

— Ir? murmuró Julia.

— Sí; pero no hayais cuidado pues que yo os acompañaré.

— Pero no habeis leido que debo ir sola?

— Bueno, ireis sola, contestó el jóven, porque yo os esperaré en la esquina de la calle del Museo: si veo que tardais lo bastante para causarme inquietud iré entonces á reunirme con vos, y desgraciados de aquellos que os hayan dado que sentir!

— Entonces, Manuel, dijo la jóven indecisa aun; vuestro parecer es de que vaya?

— Sí, señorita, y á mas no os ha dicho el mensajero que iba en ello la salud de vuestro padre?

— Bueno, todo esto está muy bien, Manuel, pero que peligro amenaza á mi padre? preguntó la jóven con suma sencillez.

Manuel vaciló algunos instantes en contestar, pero el deseo de determinar á la jóven sin retardo, pudo mas en él que la intencion que tenia de evitarle un motivo de disgusto.

A este fin, le contestó:

— Escuchadme; hoy es el 5 de setiembre, verdad?

— Sí.

— Hoy á las once, vuestro padre tiene que pagar cerca trescientos mil francos.

— Sí: lo sabemos.

— Pues bien, dijo Manuel, apenas hay quince mil en caja.

— En este caso que es lo que va á suceder?

— Vá á suceder que hoy, antes de las once, si vuestro padre no ha encontrado quien le preste su

Digitized by Google

ayuda, al medio dia se verá obligado á declararse en quiebra.

—Oh! vamos, vamos pues, exclamó la jóven arrastrando consigo á Manuel.

Mientras pasaba esta escena, la señora Morrél lo habia contado todo á su hijo: el jóven sabia bien que de resultas de las desgracias sucesivas que habian sobrevenido á su padre, se habian efectuado grandes reformas en los gastos de la casa; mas ignoraba el estremo á que habian llegado las cosas. Un momento quedó aterrado como el hombre á quien se acaba de comunicar una inaudita desgracia, pero luego volvió en sí, precipitóse fuera de la habitacion, subió con rapidez la escalera, puesto que creia hallar á su padre en el despacho, y llamó á la puerta, pero en vano. Entonces oyó abrir la puerta del aposento; volvió la cabeza y vió á su padre. En vez de subir á su despacho el señor Morrél habia entrado en su cuarto é iba á salir en aquel entonces. El señor Morrél arrojó un grito de sorpresa al observar á Maximiliano pues ignoraba la llegada del jóven. Quedóse inmóvil en el mismo lugar, apretando con su brazo izquierdo un objeto que tenia oculto bajo su capa. Maximiliano descendió con prontitud los escalones y se arrojó al cuello de su padre: mas de repente retrocedió, dejando tan solo su mano derecha apoyada en el hombro de Morrél.

—Padre mio, le dijo palideciendo por qué llevais un par de pistolas debajo de vuestra capa?

—Oh! he ahí lo que me temia, dijo Morrél.

—Padre mio..... padre mio! en nombre del cielo, esclamó el jóven, para que quereis esas armas?

Digitized by Google

— Maximiano, contestó Morrél fijando en su hijo la vista; te creo hombre y hombre de honor: ven y te lo diré.

Y Morrél subió con segura planta á su despacho, mientras que Maximiliano le seguia sin poderse casi sostener. Morrél abrió la puerta que cerró tras de su hijo; atravesó luego la antesala, se acercó al bufete, dejó las pistolas sobre un ángulo de la mesa y designó con el dedo á su hijo un registro abierto. En aquel rejistro se veia demostrado el estado exacto de su situacion. Morrél debia pagar dentro media hora, doscientos ochenta y siete mil quinientos francos; poseyendo tan solo doce mil doscientos cincuenta y siete francos.

— Lee, dijo Morrél.

El jóven leyó y quedó como petrificado por un momento: Morrél no decia una palabra; que hubiera dicho que no dijesen ya aquellos guarismos?

— Y habeis recurrido á todos los medios, habeis ya apurado todos los recursos, padre mio, para hacer frente á esa desgracia?

— Sí, contestó Morrél.

— No contais ya con ninguna entrada?

— Con ninguna.

— Habeis hecho todo lo posible para evitar esa desgracia?

— Todo.

— Entonces, dentro media hora..... añadió el jóven con sombrio acento, nuestro nombre será deshonrado?

— La sangre lava el deshonor.

— Teneis razon, padre mio, dijo; os doy la ra-

Digitized by Google

zon y os comprendo. Tendiendo luego su mano hácia las pistolas añadió; hay una para vos y otra para mí; gracias.

Morrél detuvo su mano.

— Y tú madre..... y tú hermana? que será de esas dos pobres mujeres abandonadas en este mundo á sus propios recursos?

Maximiliano se estremeció.

— Padre, dijo; acordaos de que me hablais de vivir!

— Sí, te lo digo, repuso Morrél, porque es tú deber; tú tienes el espíritu tranquilo y recto, Maximiliano..... tú no eres un hombre vulgar, nada te recomiendo, nada te ordeno, tan solo te digo: examina la situacion como si fueses un extraño y dime que es lo que harias en tal apuro.

Maximiliano quedó un momento pensativo, luego tomaron sus ojos una espresion de resignacion sublime, y con un movimiento pausado y triste se quitó las insignias de su grado, y tendiendo la mano al señor Morrél, dijo:

— Está bien; morid en paz, padre mio, yo viviré.

Morrél hizo un movimiento como para arrojarse á los pies de su hijo: Maximiliano le recibió en sus brazos: aquellos nobles corazones latieron por un momento uno contra otro.

— Ya sabes que no es por culpa mia? dijo Morrél.

Maximiliano se sonrió melancólicamente.

— Sé, padre mio, que sois el hombre mas de bien que he conocido.

Digitized by Google

—Está bien; ahora hemos acabado ya, por lo tanto vuélvete al lado de tu madre y hermana.

—Padre mio, dijo el jóven doblando una rodilla, dadme vuestra bendicion.

Morrél cojió con ambas manos la cabeza de su hijo, la acercó á su rostro é imprimió en ella sus lábios repetidas veces diciendo:

—Oh! sí, sí, yo te bendigo en mi nombre y en nombre de las tres generaciones irreprensibles que se han sucedido. Escucha pues lo que te dicen por mí boca: el edificio que la providencia ha derruido puede volverlo á levantar. Al verme muerto de semejante modo, los mas inexorables tendrán piedad de mí; á tí tal vez te concederán los plazos que á mi me han negado; en este caso procura evitar que se pronuncie la palabra *infame;* pon manos á la obra; trabaja, jóven, lucha con ánimo y ardor. Vive tú, tu madre y hermana con lo mas estrictamente necesario á fin de que cada dia se aumenten los bienes de los sujetos á quienes debo y á fin de que cada dia fructifiquen en tus manos. Piensa siempre que será un dia bello, un dia grande, un dia solemne el de la liquidacion, el dia aquel en que en este mismo bufete dirás: « Mi padre ha muerto porque no podia hacer lo que yo hago hoy, pero ha muerto tranquilo y satisfecho porque al morir ya sabia que yo haria lo qne hoy hago. »

—Oh! padre mio, padre mio: si mientras tanto pudieseis vivir? exclamó el jóven.

—Sí vivo todo se ha perdido: si vivo el interés se convierte en duda, la piedad en ira: si vivo no seré jamás sino un hombre que ha faltado á su pa

Digitized by Google

labra, que no ha cumplido con sus compromisos; seré por fin un hombre que ha quebrado. Si muero, por el contrario; acuérdate Maximiliano, que mí cadáver no es sino el de un hombre desgraciado. Vivo, mis mejores amigos se alejarán de mi casa; muerto, Marsella en peso me acompañará llorando hasta mi postrer morada. Vivo, te avergonzarias de llevar mi nombre; muerto, erguirás la cabeza y dirás: « soy el hijo de aquel que se suicidó porque por la primera vez en toda su vida se vió precisado á faltar á su palabra! »

El jóven lanzó un gemido, pero pareció resignado. Era la segunda vez que la conviccion entraba sino en su corazon en su espíritu por lo menos.

— Ahora dijo Morrél, déjame solo y procura alejar á tu madre y á tu hermana.

— No queréis volver á ver á mi hermana?

Como el jóven no dejó de abrigar una vaga y postrera esperanza durante toda la conversacion, por esto hizo aquella pregunta. Morrél movió la cabeza negativamente.

— La he visto ya esta mañana, dijo, y me he despedido de ella.

— Teneis que hacerme alguna recomendacion particular, padre mio? preguntó Maximiliano con voz alterada.

— Si tal, hijo mio; una recomendacion sagrada.

— Decid, padre mio.

— La casa Thomson y French es la única que por humanidad, por egoismo tal vez, pues no le es á uno posible leer en el interior de los hombres, ha tenido piedad de mí. Su comisionado aquel que dentro

Digitized by Google

diez minutos se presentará para cobrar el importe de un crédito de doscientos ochenta y siete mil quinientos francos, no diré que me concedió, sino que me ofreció tres meses de espera; que sea esa casa la primera que reembolse sus valores, hijo mio, que te sea sagrado ese hombre.

—Lo será, padre mio.

— Y ahora, por otra vez y no mas, adios: vete, vete, necesito estar solo: encontrarás mi testamento en la papelera de mi dormitorio.

El jóven quedó de pié é inmovil; tenia tan solo la fuerza de la voluntad mas no la de accion.

—Escucha Maximiliano, dijo su padre, supon que fuese militar como tú, que recibiese la orden de tomar un reducto y que supieses que iba á morir en el ataque, di, no me dirias entonces lo que hace poco me has dicho: id, id, padre mio, porque de otro modo vais á quedar deshonrado y mas vale la muerte que la deshonra!... Di, no me dirias esto?

—Oh! si, si, dijo Maximiliano, si.

Estrechando entonces convulsivamente á Morrél entre sus brazos:

—Id, padre mio! dijo.

Y se lanzó fuera del gabinete.

Cuando salió su hijo, Morrél quedó por un instante en pié, fijos los ojos en la puerta, alargó luego la mano, cojió el cordon de la campanila y tiró de él. Al cabo de un momento compareció Coclés. No era ya el mismo hombre; aquellos tres dias de conviccion le habian anonadado. Esta idea: « la casa de Morrél va á suspender sus pagos» le encorvaba há-

Digitized by Google

cia la tierra mas que no lo hicieran veinte años que pesáran sobre su frente.

— Mi buen Coclés, dijo Morrél con un acento imposible de describir, vas á quedarte en la antesala. Cuando el caballero que vino hace tres meses, ya sabes, el representante de la casa Thomson y French se presente, me lo anunciarás.

Coclés no contestó palabra; hizo una señal afirmativa con su cabeza, fué á sentarse en la antesala y esperó. Morrél cayó sobre una silla y sus ojos se fijaron maquinalmente en la esfera del reloj: quedábanle siete minutos de vida ni mas ni menos; la aguja marchaba con una velocidad increible y hasta le parecia verla andar. Lo que paso entonces, en aquel momento supremo, en el interior de aquel hombre que, jóven aun, á consecuencia de un razonamiento, tal vez falso, pero fundado en la apariencia, iba á separarse de todo lo que mas amaba en este mundo y á quitarse la vida en que disfrutaba de todas las dulzuras de la familia, es imposible de describir: hubiera sido preciso ver, para formarse una idea, su frente inundada de sudor y con todo resignada, sus ojos anegados en lágrimas y con todo dirijidos al cielo.

La aguja seguia avanzando: las pistolas estaban prevenidas; alargó la mano, tomó una y murmuró el nombre de su hija; volvió luego á dejar el arma fratricida, tomó una pluma y escribió algunas palabras. Parecíale que no se habia despedido lo suficiente de su hija querida: dirijió luego su vista al reloj; no contaba ya por minutos, sino por segundos. Volvió de nuevo á tomar el arma, entrea-

Digitized by Google

bierta la boca y fijos los ojos en la esfera del reloj, luego se estremeció al solo ruido que el mismo hizo montando el gatillo. En este momento un sudor aun mas frió manó de su frente, una angustia aun mas mortal le oprimió el corazon; oyó rechinar sobre sus goznes la puerta de la escalera, luego abrirse la del gabinete; el reloj iba á marcar las once.

Morrél no volvió la cabeza siquiera, esperaba de Coclés estas palabras: « El comisionado de la casa Thomson y French » así que, aproximó el arma á la boca... De improviso oyó un grito... era la voz de su hija...

Volvió la cabeza y vió á Julia: la pistola se le escapó de las manos.

—Padre mio, esclamó la jóven sofocada y trasportada de alegria, salvado! ya estais salvado!

Y se arrojó en sus brazos, llevando en la mano un bolsillo de seda encarnada.

—Salvado! hija mia, que quieres decir?

—Si, salvado: mirad, mirad.

Morrél tomó el bolsillo y se estremeció; un vago recuerdo le hizo fijar su atencion en este objeto pues le parecia haberle pertenecido. En un estremo estaba el crédito de los doscientos ochenta y siete mil quinientos francos, pagado ya. En el otro un diamante tamaño como una avellana con estas tres palabras escritas en un pedacito de pergamino: « Dote de Julia. »

Morrél pasó la mano por su frente; parecióle estar soñando. Entonces dió el reloj las once. La campana vibraba para él como si cada golpe de aquel martillo de acero vibrase sobre su propio corazon.

Digitized by Google

—Veamos, hija mia, dijo, esplícate. Donde has encontrado este bolsillo?

—En una casa de la calle de Meillan, número 15, sobre el antepecho de la chimenea de una reducida habitacion del quinto piso.

—Pero, esclamó Morrél, este bolsillo no es tuyo.

Julia entregó á su padre la carta que recibiera por la mañana.

—Y has ido tu sola á esa casa? dijo Morrél despues de haber leido.

—Manuel me ha acompañado, padre mio; me esperaba en la esquina de la calle del Museo; mas, cosa estraña, á mi vuelta ya no estaba alli.

—Señor Morrél! gritó una voz desde la escalera, señor Morrél!

—Es su voz, dijó Julia.

Al propio tiempo entró Manuel, demudado el rostro por la alegria y la emocion.

—El *Faraon*, esclamó, el *Faraon*!

—Que estás diciendo! El *Faraon*! Tú estás loco, Manuel! ya sabes que naufragó.

—El *Faraon*, señor, el vijia señala el *Faraon*! el *Faraon* va á entrar en el puerto!

Morrél cayó de nuevo sobre su silla, las fuerzas le abandonaron: su inteligencia no podia creer en esta continuada série de sucesos inauditos, increibles, fabulosos. Mas su hijo entró á su vez esclamando:

—Padre mio, porque me dijisteis que se habia perdido el *Faraon*? el vigia le señala y segun dicen está entrando ya en el puerto.

Digitized by Google

—Amigos mios, dijo Morrél, si esto es asi, preciso será creer en un milagro de la providencia; imposible! imposible!

Mas lo que tambien era real y no menos increible era el bolsillo que tenia en la mano; aquella letra de cambio satisfecha y aquel magnífico diamante.

—Ah, señor! dijo Coclés á su vez, es posible que el *Faraon...?*

—Vamos, hijos mios: dijo Morrél levantandose, vamos al puerto y Dios tenga piedad de nosotros, si eso es alguna noticia falsa.

Todos salieron entonces; á mitad de la escalera les esperaba la señora Morrél: la pobre mujer no se habia atrevido á subir. En un instante estuvieron en la Cannebiere. Habia en el muelle una inmensa muchedumdre, que asi que llegó el señor Morrél se abrió en dos filas haciéndole paso con el mayor interés y curiosidad.

—El *Faraon*, el *Faraon!* decian todos á una voz.

Y en efecto, cosa maravillosa, inaudita! frente la torre de San Juan, una embarcacion, en cuyo popa se hallaban escritas en letras blancas estas palabras: EL FARAON: — MORRÉL É HIJO DE MARSELLA; de porte exactamente igual al del otro *Faraon*, y como el otro cargado de cochinilla y añil, soltaba el áncora y cargaba velas; sobre el puente daba sus órdenes el capitan Gaumard, y maese Penelon hacia señas al señor Morrel. No habia ya que dudar, el testimonio de los sentidos lo autorizaba y diez mil personas lo confirmaban.

Digitized by Google

Mientras Morrél y su hijo se abrazaban en el muelle entre los aplausos de toda la ciudad, testigo de este prodijio, un hombre, cuyo rostro estaba medio cubierto con una barba negra, y que oculto tras la garita de un centinela contemplaba esta escena con enternecimiento, murmuró estas palabras.

—Sé dichoso, noble corazon: sé bendecido por todo el bien que has hecho y por el que harás todavia, y que mi reconocimiento quede oculto en el misterio como ocultos estaban tambien tus beneficios.

Y con una sonrisa en la que revelaba el gozo y la dicha, abandonó el puesto en que estaba escondido y sin que nadie absolutamente fijase en él su atencion, pues todos estaban preocupados con el suceso de aquel dia, descendió por una de las pequeñas escalinatas que sirven de desembarcadero y llamó tres vez con la bocina:

—Jacopo! Jacopo! Jacopo!

A este grito se acercó á él una chálupa que le recibió á bordo y le condujo á un yate ricamente adornado sobre cuyo puente se lanzó con la ligereza de un marino: desde allí contempló otra vez aun á Morrél que llorando de alegria distribuia cordiales apretones de mano á toda aquella multitud, y daba gracias con su vago mirar al invisible bienhechor que parecia buscar en el cielo.

—Y ahora, dijo el desconocido, adios bondad, humanidad, reconocimiento..... adios todos los sentimientos que dilatan el corazon!.... Me he sustituido á la providencia para recompensar á los bue-

Digitized by Google

nos..... Que el Dios vengador me ceda ahora su puesto para castigar á los malvados!

Dichas estas palabras hizo una casi imperceptible señal, y como si solo hubiese esperado esta señal para partir, el yate hendió con notable rapidez las aguas del mar.

FIN DE LA PRIMERA PARTE Y DEL TOMO PRIMERO.

Digitized by Google

Digitized by Google

ÍNDICE

DEL TOMO PRIMERO.

PARTE PRIMERA.

1.° *Marsella. — La llegada.* . Pág. 5.
2.° *Padre é hijo.* . . . . . 21.
3.° *El barrio de los Catalanes.* . . 33.
4.° *Complot.* . . . . . 53.
5.° *El convite de esponsales.* . . . 65.
6.° *El substituto del procurador del Rey.* . . . . . 87.
7.° *Interrogatorio.* . . . . . 105.
8.° *El castillo de If.* . . . . . 123.
9.° *Viaje inesperado.* . . . . . 141.
10. *El gabinete de las Tullerías.* . . 153.
11. *El buitre de Córcega.* . . . . . 165.
12. *El padre y el hijo.* . . . . . 177.
13. *Los cien dias.* . . . . . 188.
14. *El preso furioso y el preso loco.* 203.
15. *El número 34 y el número 27.* . 221.
16. *Un sabio italiano.* . . . . . 251.
17. *El calabozo del abate.* . . . . 267.

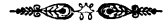
Digitized by Google

18. *El tesoro*. . . . . 299.
19. *El tercer ataque*. . . . . 319.
20. *El cementerio del castillo de If*. 337.
21. *La isla de Tiboulen*. . . . . 347.
22. *Los contrabandistas*. . . . . 369.
23. *La isla de Monte-Cristo*. . . . 385.
24. *Hallazgo*. . . . . 399.
25. *El desconocido*. . . . . 417.
26. *La posada del puente de Gard*. . 429.
27. *La relacion*. . . . . 451.
28. *Los registros de cárceles*. . . . 477.
29. *La casa Morrél*. . . . . 489.
30. *El cinco de setiembre*. . . . . 511.

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO.

Digitized by Google

ADVERTENCIA INTERESANTE.



Agradecidos los editores al buen éxito que ha obtenido y obtiene la novela EL CONDE DE MONTE-CRISTO, han resuelto dar á los suscritores á esta obra por la mitad del precio que satisfarán los que no lo sean el drama

LOS MOSQUETEROS,

ORIGINAL DE

Alejandro Dumas,

ARREGLADO AL TEATRO ESPAÑOL

POR

D. Victor Balaguer.

Este hermoso drama ultimamente publicado en Paris, ha obtenido un éxito el mas completo, siendo estraordinarios los aplausos que del público ha recibido y los elogios que la prensa le ha prodigado.

Tan pronto como se halle de venta esta

Digitized by Google

nueva produccion, que será dentro cortos dias, se advertirá á los suscritores á fin de que se sirvan pasar á recojerlo en la librería de *Mayol* calle de Fernando VII los que tan magnífica obra dramática deseen adquirir.

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

BIBLIOTECA DE CATALUNYA
1001973103

DIPUTACIÓ PROVINCIAL
DE BARCELONA

Biblioteca de Catalunya

Reg. 447512

Sig. Tor 147-

BIBLIOTECA
«TORRES AMAT»
SALLENT

Registro 4149

Digitized by Google